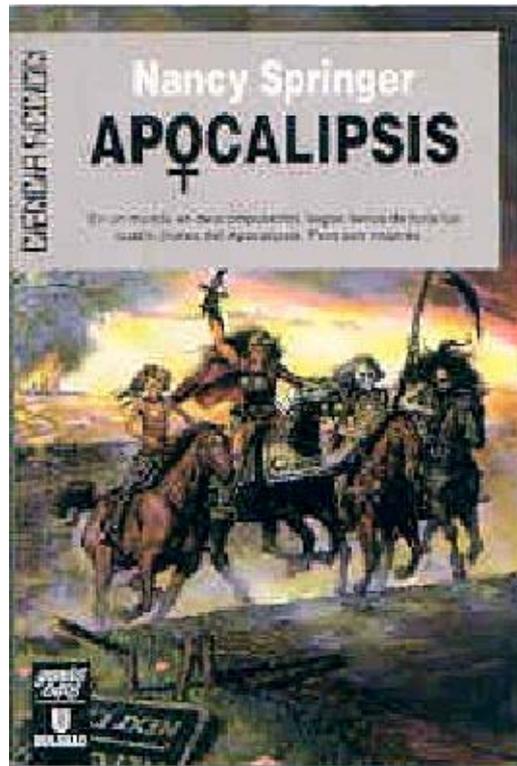


APOCALIPSIS



Nancy Springer

Título original: Apocalypse
Traducción: Albert Solé
© 1989 by Nancy Springer
© 1990 Ultramar Editores
San Andrés 505 - Barcelona
ISBN: 84-7386-675-4
Scan: Elfowar
Revisión: Centurión
R6 02/03

PRÓLOGO

El apartamento de una sola habitación situado encima del Salón de Belleza Bronceado Tropical: en invierno el calor entraba por los viejos tablones del suelo, y nunca hacía más falta que entonces, pues en las montañas de Pennsylvania los inviernos suelen ser gélidos; pero también entraba en verano, cuando las tempestades hacían que el vapor surgiera de los pavimentos llenos de baches y agujeros y de los techos alquitranados de Hoadley, consiguiendo que cada nuevo día fuese más asfixiante que el anterior, y entonces cualquier cantidad adicional de calor era una auténtica perversión.

Una vela negra arde en la oscuridad de una noche de mayo espantosamente cálida. La ocupante de la habitación utiliza esa débil luz para entregarse al estudio de las perversiones. Lee las obras de Albertus Magnus y Aleister Crowley, las profecías de Nostradamus y las novelas eróticas de Anaïs Nin. Ama la oscuridad.

Si pudiera leer con menos luz lo haría. La tenue claridad de la vela suaviza los torcidos rasgos de su cara pero no basta para enderezarlos del todo. Su nariz y los huesos de sus mejillas medio aplastadas se unen formando una serie de ángulos erróneos. Su cabeza y su cráneo se inclinan hacia un lado, como si quien los creó se hubiera enfadado y hubiese arrojado el molde contra la pared. Su boca es un rictus eterno causado por un labio leporino. No tiene mentón. Y sus ojos..., la luz de la vela se refleja en el blanco de esos ojos cuyo iris está rodeado por una aureola que tiene el color del barro y las algas. Tiene unos ojos inmensos. Enormes. Como los de una rana...

Esta noche lee esa infame obra del hechicero y místico de origen alemán que vivió en Pennsylvania, John George Homan, *Der Lang Verbogne Freund*, «El amigo largo tiempo perdido».

Levanta sus ojos de rana de la página impresa y le sonrío a la pared: está sentada de espaldas a la única ventana del apartamento y su refugio sumido en la oscuridad no contiene ningún espejo. Cuando sonrío no cierra la boca, pues respira a través de ella. Su nariz es una mera excrescencia pegada a su rostro, algo que no sirve para nada.

La luz de la vela le arranca destellos a las lunas huecas de sus ojos, a la joven piel pálida que cubre el desastre de su cara, a la boca que aspira el aire... La boca se mueve y habla.

Lleva algunos años leyendo en voz alta las poesías de Donne, Dylan Thomas y Sylvia Plath. Posee una voz algo grave y sedosa, una voz que sabe darle emoción a los versos pese a la leve distorsión causada por el labio leporino y el bloqueo impuesto por la nariz. La práctica ha hecho que su dicción sea muy precisa y entona las poesías con un apasionado convencimiento.

—La fiebre que crece —le dice a la oscuridad o a la pared—, y el irse consumiendo, y las escamas en sus ojos, y el fuego que arde. Y las piedrecillas en su orina, y las convulsiones... Eso es lo que les da miedo. —La mano que reposa sobre las páginas del volumen de negras tapas se curva y los músculos se tensan haciendo que las blancas uñas se hundan en la carne amarilla de su palma.

Echa hacia atrás su silla con un seco chirrido de madera arañando el suelo y se pone en pie. Las manchas que cubren su traje comprado en la tienda más barata que conoce son visibles incluso a la luz de la vela. Su cuerpo no merece nada mejor. Es joven pero se mueve con torpeza. No está gorda pero tiene un aspecto vagamente enfermizo y vivir demasiado tiempo en la oscuridad ha hecho que su piel adquiriera el color de los hongos. Da uno o dos pasos por el angosto recinto de la habitación

alquilada, alarga el brazo y coge la caja de zapatos escondida en el fondo de un estante. Al sentir su contacto la ocupante de la caja se yergue apartando la cabeza de los papeles de periódico que le sirven como lecho: es una serpiente minúscula con cabeza humana, nacida de un hechizo, el agua de un manantial y el pelo arrancado a la vulva de una yegua en celo.

Coloca la caja de zapatos junto a la vela que hay sobre la mesa y la serpiente, no mucho mayor que un gusano, vuelve su rostro andrógino hacia ella y espera oír sus palabras.

—Esos idiotas... La enfermedad les asusta —le dice a su minúscula aliada o a la oscuridad—. Harían mejor temiendo el pozo que ellos mismos han cavado. Un pozo tan negro como sus almas... Nosotras les enseñaremos lo que es bueno, ¿verdad, Serpentina? —Sus ojos saltones se clavan con fervorosa pasión en aquel ser que le sirve de amigo—. Recibirán su merecido. Todos ellos... Todos y cada uno de los habitantes de este pueblo asqueroso.

CAPÍTULO UNO

Está hambrienta. Sí, incluso ahora, sentada sobre la grupa de su montura en esa dulce primavera que resuena con el salvaje carnaval de los pájaros: está hambrienta. Después de haber pasado por el matrimonio, la crianza de los niños y los demás accidentes de la vida, Cally Wiltmore concibió la teoría de que montar a caballo hacía que el cerebro liberase unas sustancias cuyos efectos eran parecidos a los de las drogas y que podían suprimir todas las incomodidades, tanto físicas como psíquicas, pero esta vez el remedio no parecía servirle de nada. Aún notaba el hambre, y no sólo el pinchazo que le atravesaba las tripas, sino toda aquella aureola de hambre suspendida sobre su cuerpo como la calina que ocupaba el cielo amarillo de Hoadley.

Tiró bruscamente de las riendas haciendo encabritarse a su montura. La negra ala de su sombrero le ocultaba la parte del cielo donde quizá aún quedara un resto de auténtico color azul. No importaba. El cielo azul no la alimentaría. Vio una banda color verde guisante que iba volviéndose de un amarillo plátano: hacia el horizonte el amarillo se convertía en un color sopa de gallina. Esos colores tampoco la alimentarían.

La luz del sol caía sobre ella como si se filtrara por unas cortinas de cocina hechas con tela barata. Hoadley yacía envuelto en las sombras incluso cuando no había nubes.

Cally oyó un rugido en sus oídos y sintió la embestida del vértigo, aunque sus ojos siguieron abiertos. Fue bajándolos lentamente hasta la mina abandonada y los bosques, los troncos achaparrados que se alzaban más allá de las orejas de su yegua. Fuera de ella nada parecía haber cambiado pero dentro de su mente había un torbellino, un girar tan incesante e implacable como el paso del tiempo. Y la sensación de una catástrofe inminente e imposible de evitar... En los últimos tiempos aquella sensación había acabado volviéndose muy familiar.

—Qué diablos... —murmuró—. ¿A quién le importa? —Sus flacas manos sujetaron las riendas y los tacones de sus botas apretaron los flancos de la yegua para que volviera a ponerse en marcha.

El rugido seguía sonando.

Venía de lejos pero aun así estaba por todas partes, como si no tuviera comienzo ni final, aunque Cally acababa de cobrar conciencia de él: era una especie de zumbido, un ruido apagado que entraba en la categoría de los fenómenos, un sonido vidrioso, constante y solitario que recordaba el hueco rugido de una línea telefónica durante una llamada a larga distancia, un sonido tan hueco como las minas de carbón que había debajo de Hoadley, tan hueco como el vientre de Cally, tan hueco como un corazón derrotado... Cally abrió un poco más los ojos pues ya había oído antes ese sonido: era un sonido que conocía en lo más hondo de sus recuerdos, casi palpable, algo que casi

podía olerse y casi podía notar su sabor en el olor de las flores recalentadas por el sol, la fragancia de las moras y la retama que saturaban la atmósfera, pero que no lograba evocar del todo.

No era el rugir flatulento e ininteligible de la mina perdida en los bosques. Cally conocía muy bien aquel sonido. Era mucho más potente y resultaba mucho menos fantasmagórico. En este sonido de ahora había sutiles intimaciones de una amenaza mortal.

Hasta la yegua parecía algo nerviosa y trató de encabritarse, no queriendo seguir adelante. Cally le clavó los talones para hacer que continuara avanzando sobre la arcilla y los guijarros en dirección al bosque. Sé cómo se siente el ciervo cuando los cazadores enarbolan las aleteantes tiras de plástico, pensó, pero tengo que acercarme un poco más. Tengo que echar una mirada. Necesito verlo.

Entonces lo vio, y comprendió.

La tierra desolada de aquella zona estaba cubierta de malas hierbas que crecían abundantemente allí donde nada más era capaz de vivir, y la maleza era una mancha de largos tallos verdes, con una excepción..., en cada tallo, haciendo inclinarse los hierbajos y formando espesos racimos sobre los duros tallos de la achicoria, se veían puntitos marrones. Al principio Cally creyó estar viendo montones de hojitas muertas que colgaban de las grandes hojas y tallos carnosos como si fueran sanguijuelas. Tiró de las riendas deteniendo a su montura y las examinó con más atención: eran cascarones vacíos, recipientes amarrados de los que habían emergido...

—Cigarras —dijo en voz alta.

Habían surgido del suelo en una sola noche de mayo, millares de ellas, cientos de miles, burbujeando como una erupción de espuma, y ahora debían estar escondidas entre los árboles de troncos achaparrados, emitiendo su chirrido. Al estar más cerca de ellas Cally pudo distinguir las voces individuales de los insectos que se mezclaban para formar el zumbido colectivo. Entre el zumbido y el continuo parloteo había algo que parecía un suspiro. O un grito...

—En el nombre de Dios, ¿qué...?

Y otra vez, y otra, muchas veces, emitidos por muchas voces distintas..., los gritos. Aquellos gimoteos agónicos, esos leves chillidos tan fríos y distantes como las notas de una flauta y, aun así, tan cargados de una terrible tristeza...

—¡Parecen bebés!

Demonios que aún no habían crecido y se preparaban para bajar al pozo infernal...

—Almas perdidas —murmuró Cally. Sabía que no eran más que cigarras, pero nunca las había oído haciendo semejante ruido. Su canción proyectaba una sombra que caía sobre la luz del día como si fuera una capa de sucia neblina amarillenta.

—Uh —farfulló. Sus huesudos hombros se movieron en un leve encogimiento, como si quisieran hacerle olvidar todas esas tonterías que le habían pasado por la cabeza. Siguió adelante y se metió por el sendero que se ocultaba entre la verde escarpadura del bosque, oscuro y empinado como el túnel de una mina.

En aquella parte de Pennsylvania una mujer adulta a la que le gustara montar a caballo era considerada un poco rara. Y si esa mujer se dedicaba a montar sola por las reservas de caza estatales, aún se la consideraba más rara. Cally sabía que las mujeres de Hoadley, ésas a las que su mente aplicaba el calificativo de «las vacas», se pasaban la vida hablando de ella. Sólo Dios sabía qué podrían llegar a pensar si se enteraban de lo que oía ahora: las cigarras escondidas en las sombras verde lechuga de aquella espesura, rodeándola por todas partes, suspirando «El fin..., el fin...».

Contempló los bosquecillos que se extendían durante kilómetros y kilómetros de terreno montañoso, terrenos públicos, zonas de tala, viejas minas y granjas de suelo rocoso que habían desaparecido bajo el manto de aquella maleza medio muerta y medio viva. Troncos podridos, enredaderas que buscaban a ciegas algo a lo que agarrarse, rocas

agazapadas y arbolillos desesperados que alzaban su delgado tronco hacia la luz... Y ni un solo sonido salvo el canto de las cigarras y las secas protestas de las ardillas, nada que pudiera justificar aquella extraña tensión de su espalda y sus nalgas, la sensación de que pronto iba a ocurrir algo terrible.

Su yegua se puso al trote.

La sorpresa le resultó tan deliciosa que durante unos segundos Cally la dejó avanzar. «Paloma», una yegua de color pardo tan pequeña que casi parecía un pony, tenía un temperamento muy tranquilo. Con ella no corría peligro, y eso la irritaba. Montarla resultaba tan aburrido... Comprarle una yegua segura y aburrida era algo muy típico de Mark. La inesperada rebelión de la yegua le dio tantos ánimos como si fuera ella misma quien se hubiese rebelado. Dejó que «Paloma» se saliera del sendero; se afirmó un poco más en la silla de montar y fue agachándose para esquivar las ramas mientras «Paloma» subía por una cuesta cubierta de maleza, casi pegando los cuartos traseros al suelo para superar la pendiente, y acababa llegando a un camino usado por los taladores. En cuanto sus cascos tocaron la tierra apisonada la pequeña yegua apretó el paso hasta alcanzar algo que casi era un galope.

—De acuerdo, ya basta —dijo Cally, y tiró de las riendas.

«Paloma» echó hacia atrás sus orejas color ratón, meneó la cabeza y empezó a luchar con el bocado, galopando cada vez más deprisa aunque los esfuerzos de Cally casi la hicieron desviarse a un lado.

—¡«Paloma»! —exclamó Cally, más asombrada que asustada—. ¿Adonde crees que vas?

Y, como en respuesta a su pregunta, las orejas de la yegua se irguieron y apuntaron hacia delante. Cally alzó los ojos y dejó flojas las riendas. «Paloma» fue abandonando el galope hasta llegar al trote y el paso normal, caminando con dignidad hacia la presencia que la atraía. Un halcón de cola roja pasó sobre la cabeza de Cally, yendo en la misma dirección que la yegua. Cally se dio cuenta de que la maleza que la flanqueaba estaba llena de roces y crujidos: debía ser algún animal..., pero no volvió la cabeza para mirar. Clavó los ojos en la persona que tenía delante, sentada en la cuneta del camino.

Cally se enorgullecía de su intelecto y de ser mucho más sofisticada que aquellas mujeres casi bovinas entre las que vivía. El mero hecho de que aquel hombre estuviera totalmente desnudo no bastaba para explicar el que no pudiese apartar los ojos de él. No, había más, mucho más... El halcón se posó sobre una rama nudosa, cerca de su hombro. Una serpiente negra estaba inmóvil junto a él, con su cuerpo formando una críptica serie de anillos. Y también había un ciervo, tan cerca que habría podido tocarlo. Un zorro rojo como una llamarada se había inmovilizado bajo las caricias de su mano. Los árboles que les rodeaban estaban llenos de pájaros que parloteaban con las cigarras, las ardillas correteaban y conejos cubiertos de pulgas se agrupaban alrededor de sus fuertes pies desnudos, y una inexplicable certeza le dijo que de noche habría también osos negros, gatos monteses y quizá hasta bestias de mayor tamaño surgidas de lo más profundo del bosque.

«Paloma» siguió avanzando hasta ponerse a la altura del ciervo y se detuvo sin que su dueña se lo hubiera indicado. Cally se había quedado rígida en la silla de montar, temblando, con los ojos clavados en unas pupilas color marrón caramelo.

Era joven, o quizá no tuviera edad, y era ridículamente hermoso, tanto que Cally supo que debía ser una criatura sobrenatural, algo surgido de otro mundo, lo que su profesor de folklore en la literatura solía llamar erróneamente un doble. Tanto el rostro como el cuerpo eran demasiado bellos para pertenecer a un ser humano..., al menos, a los seres humanos que Cally había conocido en Hoadley. Sus ojos eran demasiado brillantes, límpidos como cristales, y no tenían ni una sola venilla: parecían haber sido hechos con dos trocitos de miel acaramelada que se hubiera solidificado. Su cuerpo recordaba a las estatuas de los héroes griegos y toda su piel era del mismo color que el alabastro..., no, era del color de la

mantequilla usada para recubrir los pasteles, y la carne producía tal impresión de suave dulzura que Cally no tardó en olvidar la imagen de la piedra. Éste es mi cuerpo, toma y come de él... Se fijó en sus labios y se dio cuenta de que la curva de aquella boca opulenta no estaba sujeta a ninguna restricción o norma de moral, y aunque no había hecho ni un solo gesto de repente Cally comprendió el significado de la palabra «pagano» tal y como solían utilizarla los viejos estirados de su Escuela Dominical. Sí, el mundo estaba dividido entre los cristianos y los que no eran creyentes...

El hombre estaba sentado en una postura llena de gracia, apoyándose en un antebrazo con las rodillas dobladas y separadas en un perezoso abandono. Sin poderlo evitar, Cally sintió cómo sus ojos iban bajando por sus robustos hombros y su pecho hasta llegar a esos genitales exhibidos con tanta despreocupación. Eran muy grandes, incluso en su estado de reposo actual. Cally nunca había visto el pene de un hombre no circuncidado y sus labios se movieron como si tuviesen voluntad propia: sintió el deseo de metérselo en la boca, el anhelo de saborear aquella cosa nueva, la fruta exótica... Un nudo de calor fue apretándose en su ingle, haciéndola tensarse torpemente sobre la silla de montar, y la imagen de Mark pasó velozmente por su cabeza para esfumarse enseguida. Le amaba. Le amaba. Pero había pasado tanto tiempo desde que Mark había sido capaz de producirle semejante reacción, y los paganos también eran llamados infieles... Esperaba no haberse ruborizado, pero le pareció que el azúcar con que había sido esculpido el rostro de aquel extraño desconocido se iluminaba con el breve destello de una sonrisa.

El hombre se humedeció lentamente los labios, moviendo la lengua como si buscara algo, y habló.

—Prepárate —dijo.

Los dedos de Cally soltaron las riendas de «Paloma» y fueron hacia los botones de la camisa de algodón suspendidos entre sus flacos pechos.

—¿Cómo? —murmuró—. ¿Qué quieres decir?

—Prepárate —repitió él, y no dijo nada más.

El hombre no se había movido: su mano seguía acariciando al zorro rojo y la serpiente no se había apartado de él, y ni un solo músculo de su cuerpo se había tensado —Cally podía verlo con toda claridad—, pero aun así sólo se le ocurrió un acontecimiento inmediato para el que pudiera prepararse y su mente sólo fue capaz de concebir un pensamiento, medio asustado y medio emocionado: Es Peligroso.

—Vete —le dijo, dado que ni aun el estar montada en la yegua parecía bastar para que fuera ella quien se marchara—. Déjame en paz.

El hombre le sonrió con malicia y su cuerpo empezó a oscilar como si estuviera hecho de humo y calina, difuminándose y desapareciendo. Allí donde había estado sentado se alzaba un gran tocón que tendría noventa centímetros de grosor, cubierto de extrañas señales y surcos, como si alguien provisto de una sierra mecánica se hubiera vuelto loco y hubiese querido hacerlo pedazos.

El ciervo, el zorro, el halcón y la serpiente siguieron unos segundos donde estaban y antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría el ciervo dio un salto, el halcón salió disparado hacia el cielo y los otros animales se perdieron en la espesura. La serpiente se desenroscó perezosamente, contemplando a la mujer y a la yegua con la más absoluta falta de interés. «Paloma» pareció verla por primera vez, se encabritó y empezó a piafar.

Cally la hizo volver grupas, le clavó los talones y la obligó a galopar hacia el establo. Pero «Paloma» ya volvía a ser la yegua perezosa de siempre y no fue capaz de mantener el galope durante mucho rato por aquellas abruptas pendientes. Cally acabó dejándola ir a su paso de costumbre. Pensándolo bien, ¿acaso había algo de qué huir? No podía estar oyendo lo que creyó haber oído en el coro de las cigarras; no podía haber visto lo que creyó ver. Tenía que estarse volviendo loca.

La idea no la inquietó. Dadas sus circunstancias personales, la locura parecía una solución bastante razonable.

El sendero pasaba junto a la mina de carbón: aquel día la mina estaba inactiva, o de lo contrario Cally no habría podido pasar junto a la mina ni con una yegua tan mansa como «Paloma». La mina armaba un jaleo increíble; habría hecho vibrar el bosque con el ronroneo de un gato gigantesco. Una bestia inmensa enterrada en la oscuridad, oculta e invisible, haciendo temblar el mundo...

Hizo que «Paloma» se metiera por el sendero de gravilla negra de la mina, el que acabaría llevándoles hasta la estructura de troncos por desbistar que se alzaba sobre los arbolillos.

El ermitaño de la mina la vio llegar: los cascos de «Paloma» le arrancaban secos chasquidos a los guijarros.

—Hola, señor Zankowski —le saludó Cally, pues uno de sus principios de etiqueta personal era el mostrarse afable con todo el mundo, sin importar cuál fuese su estado de ánimo. Pero el saludo le salió un poco precipitado, pues el señor Zankowski la había puesto nerviosa.

Le había visto unas cuantas veces y él siempre se había limitado a responderle con una tímida sonrisa y un vacilante gesto de la mano. El señor Zankowski era flaco y más bien bajo: vestía un mono de faena demasiado grande para él y explotaba la mina sin ayuda de nadie, desafiando docenas de reglamentos gubernamentales, y vivía en el cobertizo que había junto al pozo. Sobre sus tablones y su techo cubierto de óxido había mensajes y consignas pintadas con aerosol. «¡Arrepentíos!», y «Kilroy estuvo aquí», «La eternidad espera» y «No le haga daño a la serpiente»...

—Hola, señor Zankowski —repitió Cally en cuanto se encontró un poco más cerca de él.

El señor Zankowski estaba de pie junto al camino, como si la esperase, y no sonrió ni levantó la mano, sino que la interpelló con una voz aguda y nerviosa:

—¿Ha visto a mi serpiente negra?

Cally se dispuso a menear la cabeza pero no llegó a hacerlo: sus pupilas se dilataron un poco y tiró de las riendas. El señor Zankowski dio unos cuantos pasos hacia ella.

—Mantiene a las ratas alejadas de la casa —le dijo—. Y también me hace compañía... No la encuentro. No se ha bebido la leche. ¿La ha visto?

El cuerpo del señor Zankowski se estremecía con cada palabra que pronunciaba. Cally había oído contar que tenía una hermana llamada Rose, y una llamada Lily, y una llamada Daisy, y que su nombre de pila era Bud. A veces los padres eran capaces de hacerle cosas terribles a sus hijos... Cally sentía una cierta simpatía hacia él.

—Vi una serpiente negra —le dijo—. Puede que no fuera la suya. —Comparado con ella el señor Zankowski era un verdadero excéntrico y el verle hizo que Cally se olvidara de que debía seguir concentrándose en su locura. Quizás aquel nervioso y pequeño recluso supiera algo sobre la manifestación desnuda que acababa de ver...—. Estaba al lado de una especie de salvaje, en el camino de los taladores.

—¿Un salvaje? ¿Qué salvaje?

Cally descubrió que no podía admitir lo extraño y lo hermoso que era, y decidió optar por el laconismo.

—Iba desnudo. Lo único que me dijo fue: «Prepárate», y lo repitió.

Se dio cuenta de que debería haberse guardado esos detalles para ella pero ya era demasiado tarde. El rostro del señor Zankowski se volvió de un color gris ceniza. Puso los ojos en blanco, cayó de rodillas sobre la dura gravilla negra y empezó a gritar.

—¡Arr-magedón! —Alzó su flaco rostro hacia el cielo y la piel se le puso azul, como si el color del cielo fuera una enfermedad contagiosa—. ¡Preparaos para el éxtasis final! Oh, Señor, ten piedad de mí, pobre pecador, los hombres gemirán y harán rechinar sus dientes... ¡La luna se volverá de sangre! ¡Los arroyos se llenarán de hiél! ¡Es un signo, es un signo!

Su voz estridente se confundió con el coro de las cigarras. Sus gemidos parecían

idénticos a los de los insectos. Eso o sus palabras tuvieron tal efecto sobre los ya algo maltrechos nervios de Cally que clavó los talones en los flancos de «Paloma», olvidándose de sus reglas de etiqueta.

—¡El Día del Juicio se acerca! Ese día de ira los caballos chapotearán en mares de sangre que les llegará hasta los ollares. Y la Bestia, la Bestia...

Cally hizo que «Paloma» se pusiera al galope y dejó a su espalda los alaridos de aquella voz estridente, pero aun así conocía las palabras que estaba gritando. Cally iba a la iglesia. La Bestia iba a salir del pozo sin fondo.

En cuanto a las cigarras, era imposible dejarlas atrás. Estaban por todas partes.

Cuando llegaron a la mitad de la cuesta siguiente Cally dejó que «Paloma» redujera la velocidad hasta ponerse al paso y descubrió que las manos que sostenían las riendas se habían convertido en puños temblorosos, y se irritó consigo misma por haber salido huyendo. Oía y veía cosas extrañas porque no había comido, nada más. Todo era culpa de aquella dieta rigurosa a la que pensaba ser fiel pasara lo que pasase. Demostraría que era capaz de ejercer cierto control sobre su cuerpo, su mente y su personalidad. Jamás llegaría a ser como aquellas imbéciles supersticiosas y omnívoras que la rodeaban, mujeres de cerebros mezquinos y crédulos que se pasaban la vida colocando bien las servilletas... No, eso no ocurriría nunca.

—Ignorante —murmuró, volviendo su ira hacia el señor Zankowski. Estaba claro que aquel bobo sufría un ataque agudo de fiebre apocalíptica, nada más, y veía el fin del mundo en cualquier cosa que mirara. Muchas personas carentes de educación habían ido contrayendo esa dolencia a medida que se acercaba el final del siglo, y la enfermedad era especialmente virulenta entre los habitantes de Hoadley, lo cual resultaba un tanto absurdo ya que Hoadley parecía haber quedado atrapado para siempre en la década de los cincuenta—. Son unos histéricos —gruñó, intentando aflojar un poco la tensión de sus manos.

Cally Fayleen Anderson Wilmore, intelectual, neurótica y aspirante a víctima de la anorexia, era una de las pocas personas de todo Hoadley que no había pasado la totalidad de su existencia en el pueblo. Mark Comelius Wilmore la trajo allí después de haberse casado con ella y durante los diez años siguientes Cally fue una figura algo borrosa, tanto para su propia percepción de sí misma como para la de los demás: su vida flotaba sobre la superficie de Hoadley, unida a ella sólo por el punto de amarre de su matrimonio. Era un vacío, un enigma; ¿cómo era posible que alguien llegase a comprenderla cuando no habían conocido a sus padres y a sus abuelos y no sabían cuáles eran los vicios familiares, la iglesia a la que había pertenecido originalmente, el talante de sus hermanos y hermanas y qué tal se habían portado en la escuela? Cally era un óvalo sin rasgos metido en una ranura bajo la que había una etiqueta donde ponía «Esposa de Mark».

Pasó junto a dos coches semidestrozados. Estudié en la universidad de Pittsburgh y me gradué con honores en Literatura Inglesa, pensó, y ahora mi mente está empezando a convertirse en algo parecido a este bosque; es un lugar lleno de la basura y los desperdicios dejados por la gente, y empiezo a ver sus fantasmas. Pasó junto a una enigmática estructura de cemento incrustada en la colina: la entrada estaba inundada de un agua negra como el café. Los macizos de laurel silvestre ya estaban cubiertos de hojas nuevas gruesas y relucientes, tan carnosas y de aspecto tan suculento que la hicieron pensar en pequeños bistecs verdes. Pasó junto a un montículo de chapas metálicas, un montón de ganga y escombros, un cobertizo enterrado bajo la yedra y las maltrechas piedras de una granja en ruinas: todo había sucumbido bajo la invasión de los árboles.

Había visto una aparición y lo único que recordaba claramente de ella era su aparato sexual. Muy bien. Nadie tenía por qué enterarse.

Su espalda y sus muslos se fueron relajando poco a poco, adaptándose al ritmo que les imponía el lento paso de «Paloma». Ésta era la razón de que Cally montara a caballo: aquel agradable cansancio, aquella sensación de ir olvidándolo todo... La personalidad se perdía

en el trayecto pese a que ese trayecto describiera un círculo y acabara volviendo al sitio donde había empezado: no iba a ninguna parte, pero eso no tenía importancia. Casi nada tenía importancia. Cally empezó a emitir un leve zumbido melodioso, como si una pequeña mina estuviera funcionando en sus entrañas, y pasado un rato empezó a murmurar las palabras que recordaba haber estudiado durante los temas dedicados a Yeats en el curso de Poesía Moderna 201:

«Girando y girando en un círculo que crece
El halcón no puede oír al halconero...»

Elspeth estaba tumbada entre los caballos que pastaban, haciendo un dibujo y siendo bastante consciente de la imagen que ella misma ofrecía acostada sobre la hierba, con su «dashiki» de vivos colores y sus piernas desnudas bañadas por las sombras suaves que proyectaban los verdes tallos de la primavera. En cuanto se hubiera pasado un mes tomando el sol su cuerpo color de té se oscurecería hasta adoptar la tonalidad de una pasa, pero su rostro no perdería la blanca delicadeza de la piel y seguiría teniendo el mismo aspecto exótico de ahora. A Elspeth le gustaba tener apariencia de artista y que la gente volviera la cabeza en cuanto la veían. Eso era algo que debía agradecerle a su mezcla de sangres y a su agudo sentido de la elegancia. Su madre era negra y había nacido en Norteamérica, su padre descendía de antepasados chinos, irlandeses y españoles. Aquel estofado de razas había dado como resultado a Elspeth y su cuerpo grácil y delicado provisto de una lustrosa cabellera negra y ojos del mismo color a los que se añadían unos labios opulentos, un rostro asombrosamente bello, una mente algo confusa y un temperamento terrible.

No estaba dibujando los caballos que pastaban, las colinas de Pennsylvania o algo tan bonito como esas dos cosas —para ella «bonito» era una palabra peyorativa—, sino escenas de su mente. Sus dibujos solían describir escenas de guerra y combates primigenios, batallas duras, salvajes y honrosas que se libraban a punta de espada.

Sobre su cabeza se extendía el cielo de Hoadley, puntuado aquí y allá por los borrosos manchones de nubes a medio formar. La mente de Elspeth estaba llena de pensamientos tan vagos como esas nubes y el interior de su cabeza era como una pincelada de ocre amarillento adornada con manchitas grisáceas. Una mariposa de colores tan abigarrados como los de su «dashiki» se posó sobre un montoncito de estiércol de caballo recién excretado y se quedó inmóvil, sorbiendo su alimento de él. Elspeth la contempló, disfrutando no de su belleza sino de la ironía encerrada en aquella imagen. Pensó que ella era la mariposa y todo el mundo sabía qué era Hoadley. Pero Elspeth seguía aferrándose a Hoadley y, sin saber muy bien cómo, Hoadley le ofrecía lo que necesitaba para alimentarse, porque Shirley la había traído aquí.

Shirley había reparado la granja y también había levantado las vallas y un establo prefabricado. Shirley había derribado el viejo granero medio en ruinas para sustituirlo por un castillo: el silo de ladrillos esmaltados fue cubierto con un tejado y Shirley le añadió habitaciones, escaleras de caracol y ventanitas parecidas a rendijas que hacían pensar en hileras de almenas, y todo porque así lo quería Elspeth. Ahora el silo era la fortaleza de Elspeth, la torre a la que podía retirarse, su recompensa por haber sido traída a este sitio lleno de estiércol que a veces también era el nido de amor compartido con Shirley.

Elspeth firmó su dibujo con una floritura que había copiado de la firma de la reina Isabel I, la marimacho poderosa y pseudovirginal que tanto la había influido cuando llegó el momento de escoger un nombre. Elspeth no utilizaba ningún apodo. La elección de una firma había requerido una considerable cantidad de práctica y capacidad artística —y quizás incluso de artificio—, por lo que escoger el nombre fue algo para lo que necesitó muchas horas de meditación. Ni la misma Elspeth conocía demasiado bien los motivos que la impulsaban —quizá deseara sentir que podía ocupar un puesto en el mundo blanco, anglosajón y protestante—, pero acabó descartando el nombre que le habían dado sus padres y decidió

llamarse Elspeth, un nombre inglés de pies a cabeza, pese a que por sus venas no corría ni una gota de sangre inglesa. En cuanto al apellido, prescindía de él, ya que no podía utilizar el de Shirley.

La estólida gente de ascendencia alemana, eslava y anglosajona entre la que vivía no se dejó impresionar demasiado por su pseudónimo. Fuera cual fuese su nombre, los habitantes de Hoadley no podían ver con buenos ojos a una joven de raza inclasificable que cruzaba los campos montada a caballo para acudir a la oficina de correos.

Y sin embargo, aquellas mismas personas de mentes angostas y llenas de prejuicios parecían haber aceptado a Shirley, a pesar de que su nombre y su procedencia eran tan dudosos como los de Elspeth. Elspeth había intentando disfrutar de esa ironía pero lo único que había conseguido era aumentar la amargura que ya sentía. Lo que más la irritaba no era tanto el que todo el mundo pareciera apreciar a Shirley, sino el que Shirley...

La silueta de Cally Wilmore montada a caballo apareció en el campo visual de la artista: debía volver al establo después de haber dado un paseo. Elspeth no la saludó, aunque le complacía tener a alguien que pudiera verla y apreciar el cuadro formado por su cuerpo tumbado sobre la hierba, rodeado de caballos y con su castillo privado alzándose como telón de fondo.

Y, casi sin pensarlo, pasó la página de su bloc y dibujó la cabeza de un bebé que lloraba, reflejando toda su conmovedora agonía, y terminó uniéndola al desgarrado cuerpo alado de una cigarra.

—¡Hola, Cally! —la saludó Shirley desde lo alto de una montañita de abono a la que acababa de añadir el contenido de la última carretilla sacada de los establos. Su voz resonó con la límpida potencia de siempre y su cabello corto aclarado por el sol, que tenía el color y, a menudo, hasta la textura de los hilos usados por los encuadernadores, atraía la atención incluso recortándose contra el cielo cubierto de una calina amarillenta. En Shirley Danyo todo era grande y dorado; casi chillón. Tenía una poderosa voz de campana; unas manos grandes y hábiles, unas pantorrillas que parecían postes y unos sólidos pies enfundados en botas de trabajo. Su metro ochenta de estatura era lo bastante fuerte para domar caballos, colocar vallas de alambre, manejar balas de paja y limpiar establos hasta dejar las paredes y el suelo desnudos de toda porquería. Tenía un rostro ancho y de rasgos sencillos, y una gran sonrisa.

Dejó su carretilla y bajó de la montañita de abono para echarle una mano con «Paloma», no porque tuviera que hacerlo y ni tan siquiera para mantener contenta a una dienta, sino porque le gustaban los caballos y la gente que amaba a los caballos. Lo único que había deseado durante toda su vida era tener un lugar con algunos caballos, y si montar un negocio de alquiler de caballos era la forma de conseguirlo..., bueno, lo montaría, aunque Hoadley no fuera el sitio más adecuado para ese negocio. Pocas de las personas que vivían allí podían permitirse el lujo de montar a caballo, ni tan siquiera con las tarifas de Shirley.

Por otra parte, la tierra era barata aunque, de hecho, Shirley había escogido un sitio tan poco adecuado para convertir su sueño en realidad impulsada por otras razones. De todas formas, ya iba siendo hora de intentarlo. Pronto cumpliría cuarenta años, y cada día que pasaba era un día más vieja.

—¿Has tenido un buen paseo? —le preguntó a Cally mientras le quitaba la silla a «Paloma».

—Sí, todo ha ido bien.

—La has hecho correr mucho. —Shirley pasó su mano por el mojado y ardiente pecho de «Paloma» y le acarició el cuello. Después le examinó los ollares, que estaban muy dilatados. Cally se limitó a asentir con la cabeza y Shirley se volvió hacia ella—. ¿Te ocurre algo?

—No, nada... —Y, para decir algo, Cally añadió—: He visto montones de cigarras.

—¡Vaya! ¡Yo creía que eran langostas! —Shirley era capaz de entusiasmarse con casi

todo—. ¡Menuda sorpresa! ¿Y había montones de ellas?

—Batallones enteros. Estaban por todas partes.

—Vaya, vaya... Las plagas de langosta van de diecisiete años en diecisiete años. ¿Crees que...? No, no puede ser. —La generosa boca de Shirley aleteaba a cada palabra, como si la vibración de los labios fuese necesaria para mantener su acostumbrado volumen sonoro—. Hubo plaga de langostas en el setenta y en el ochenta y siete, y sólo estamos a mil novecientos noventa y nueve.

—Bueno, pues ya han asomado la nariz.

Cally siempre estaba demasiado tensa: Shirley lo sabía, aunque eso no impedía que le cayera bien. Y no tenía razón para estarlo, pues era una mujer bastante atractiva. En Hoadley casi todas las mujeres acababan engordando, pero Cally seguía estando delgada..., de hecho, tenía un cuerpo parecido al de un chico que aún no ha alcanzado la pubertad. No tenía por qué ser tan dura consigo misma y no necesitaba atormentarse con esas dietas suyas. Cally era guapa, y habría bastado con que se diera cuenta de ello. Tenía una agradable carita de gata, que ahora estaba bastante pálida... ¿Se habría asustado al ver tantas cigarras? Quizá tuviera alguna fobia contra los insectos... Oh, sí, siempre estaba nerviosa y se pasaba la vida obsesionada por la sangre y los peligros imaginarios, y tampoco montaba demasiado bien: no siempre sabía controlar a su yegua, aunque normalmente se las arreglaba para mantenerse encima de la silla. Pero nada de eso era motivo para que Shirley la menospreciara. Las dos eran mujeres que montaban a caballo en un pueblo y una cultura donde se suponía que las mujeres debían olvidarse de sus sueños y deseos tan pronto como tenían hijos, si es que no antes. Shirley y Cally habían logrado conservar algo a lo que las demás mujeres habían renunciado, y eso bastaba para crear un lazo entre ellas.

—¿Qué tal se ha portado «Paloma»?

—Estuvo algo caprichosa, para variar. Casi fue divertido.

Llevaron a la yegua hasta las frescas sombras del establo donde los gatos se agazapaban formando racimos parecidos a hongos. Gladys «Gigi» Wildasin estaba en el pasillo que separaba los apriscos, cepillando a su cara montura de raza appaloosa, «Aceite de serpiente shoshone». La corpulenta mujer de ascendencia alemana las saludó con la cabeza pero no dijo nada y tanto Cally como Shirley aceptaron aquel mudo recibimiento. Las dos conocían bien a «Gigi». «Gigi» era una auténtica rebelde de cabellos grises, una adolescente atrapada en un cuerpo de vieja con un apodo demasiado relamido para ella. «Gigi» no asistía a ningún salón de belleza, no iba a la iglesia, no participaba en la vida social y observaba a Hoadley con unos ojos cínicos parecidos a guijarros de río que no sentían compasión por ninguna persona. A veces tenía ganas de conversar y a veces no, y aquel día había decidido no hablar con nadie.

Cally y Shirley hablaron entre ellas mientras se ocupaban de «Paloma». Cuando llevaban unos instantes en aquella tenue penumbra, Shirley intentó reprimir un tremendo bostezo.

—Dios, qué cansada estoy —dijo disculpándose—. He dormido fatal. —Pronunció aquellas palabras con una gran sonrisa, como si fueran una bendición—. La maldita mina de carbón estuvo retumbando en mis oídos toda la noche... Hacía tanto ruido que hasta la cama temblaba. Por el jaleo que arma, casi juraría que esa jodida mina está justo debajo de la casa.

—Probablemente lo esté —dijo «Gigi», decidiendo que ahora sí tenía ganas de hablar. Shirley se volvió hacia ella pero su mano siguió manteniendo el lento ritmo del cepillado.

—Pues se supone que no debe estarlo.

—No importa. —«Gigi» no alzó los ojos de los suaves flancos de «Aceite de serpiente shoshone» que estaba cepillando. Nunca se enfadaba pero hablaba de una forma tan tosca como la nariz plantada en el centro de su vieja y arrugada cara—. A los propietarios de la mina todo les da igual. Excavan túneles por donde quieren y esos políticos culogordos nunca harán una ley que se lo prohíba.

Shirley lo sabía, naturalmente, pero no dio señales de irritación.

—Lo que quiero decir —aclaró—, es que Zankowski me dijo que la mina no llega hasta aquí.

—Zankowski es igual que todos los demás. Me acuerdo de cuando era joven..., los ruidos de la mina hacían temblar todo Hoadley, día tras día y noche tras noche. Estaban excavando túneles justo debajo del pueblo. Nadie pudo dormir durante años enteros. Las ventanas se rompían, las casas se inclinaban, los cimientos se agrietaban y los propietarios de la mina se cruzaron de brazos y siguieron excavando. Ya sabrás que luego nunca rellenan los túneles, ¿verdad? Todo el subsuelo del pueblo sigue estando lleno de túneles. Me asombra que Hoadley aún no haya desaparecido dentro de un gran agujero.

—Quizá fuera buena idea —dijo Cally.

—¡Oh, vamos, Cally! —protestó Shirley, riéndose igual que si fuera una gran campana, y «Gigi» ladró emitiendo una risa muy distinta, la breve y dura carcajada de la mujer que guarda un secreto.

Una sombra delgada y celosa emergió de la luz solar: Elspeth. Shirley no se sorprendió de su presencia. Elspeth había visto cómo Shirley entraba en el establo con Cally, y aunque no sentía celos de «Gigi» haber oído la risa de Shirley era razón más que suficiente para olvidarse de sus dibujos y entrar en el establo a vigilarlas. Elspeth montaba a caballo pero los animales no eran más que extensiones de su propio ego. Jamás comprendería el lazo existente entre dos mujeres que amaban a los caballos; no podía comprender que la amistad que unía a su amante y a Cally no representaba ninguna amenaza para ella, y Shirley no sabía cómo tranquilizarla al respecto.

—Hola, Elspeth, ¿cómo va todo? —dijo Shirley.

La artista le lanzó una mirada feroz y no respondió. Aquella mocosa mimada y egoísta de pechos puntiagudos..., ¿cómo podía ser tan exquisita e increíblemente hermosa y, aun así, cómo era posible que siguiera sin saberlo? ¿Cómo era posible que aún no supiera que Shirley amaba hasta la última gota de sudor que perlaba su frente de cierva?

Santo Dios, Elspeth, Cally es tan espantosamente normal que debe pensar que vivimos juntas para reducir los gastos...

—Hace calor, ¿eh? —dijo Shirley, volviendo a probar suerte.

Elspeth se limitó a encogerse de hombros.

Cally estaba tan acostumbrada a los silencios de Elspeth como a los de «Gigi» y la extraña artista no le caía ni bien ni mal: confiaba en ella igual que confiaba en Shirley y en «Gigi» por el puro y simple hecho de que eran mujeres. Aun así, captó la tensión que hacía vibrar la atmósfera del establo, y no comprendió a qué se debía. Dejó los cepillos y llevó a «Paloma» hasta su aprisco.

—El viejo Zankowski dice que no consigue encontrar a su serpiente negra —balbuceó, envuelta en la neblina de su propia incomodidad.

—Bueno, mientras no se le ocurra presentarse aquí... —replicó Shirley sin pestañear—. Por mí puede quedarse con su maldita serpiente. —Un silencio incómodo—. ¡Eh, tengo que enseñaros lo que he conseguido para el establo! —Fue rápidamente hacia el cuartito de las herramientas: quería conseguir que aquellas tres mujeres tan alarmantemente distintas se sintieran más a gusto las unas con las otras. Salió del cuartito llevando en la mano una gran bolsa de papel—. Se la compré a uno de esos buhoneros que van de pueblo en pueblo —explicó—. Esos tipos que venden signos y diagramas para protegerse de los hechizos y el mal de ojo, ya sabéis... ¿Qué os parece?

Y, con un gesto ampuloso, les enseñó un círculo de masonita sobre el que había una tosca pintura al óleo que representaba el gordo cuerpo de un insecto negro del que brotaban alas anaranjadas: sus garras parecían arañar el aire.

—Dios —dijo Elspeth, rompiendo su silencio impulsada por el desdén—. ¿Para qué has comprado eso? Yo podría hacer algo mejor con los ojos cerrados.

—Eso espero —dijo «Gigi».

—Vamos, ya sabes que no estás dispuesta a perder el tiempo pintando diagramas para el establo, ¿verdad? —replicó Shirley con voz jovial. Bajó los ojos hacia lo que tenía en la mano y sus labios, grandes y flexibles, se curvaron en una mueca de disgusto y sorpresa tan exagerada que casi resultaba cómica—. Pero qué... ¡Maldita sea! ¡Éste no es el que yo le compré! —Le dio la vuelta y lo contempló fijamente—. En el que yo escogí había uno de esos pajaritos de la suerte que se posan sobre un corazón... ¡Bueno, que alguien me diga que no me estoy volviendo loca!

Elspeth se limitó a lanzarle una mirada de fastidio y puso cara de aburrimiento y «Gigi» siguió cepillando a «Aceite de serpiente», pero Cally retrocedió un par de pasos. Cally no podía saber que el leve mohín de Elspeth ocultaba el miedo que sentía, y que ese mismo día Elspeth también se había tropezado con lo inexplicable.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo Cally con un hilo de voz, y salió casi corriendo del establo.

CAPÍTULO DOS

Cally había abreviado bastante su paseo a caballo y eso le permitió volver al Salón de Pompas Fúnebres El Reposo Perfecto de Hoadley, que también era su hogar, con el tiempo suficiente para saludar al propietario —su esposo—, antes de que tuviera que pasar por la escuela y recoger a los niños.

Mark Wilmore ya llevaba el discreto y elegante traje de tres piezas que utilizaría para atender a los clientes de la tarde y estaba en la Sala Azul, uno de los cuartos donde se exhibía a los difuntos, intentando conseguir que un cadáver asumiera la posición del reposo perfecto. El hombre —o lo que había sido un hombre—, era bastante corpulento y sus pulgares, que ya se habían quedado rígidos, se negaban a unirse sobre su abundante estómago, resbalando una y otra vez hacia los costados.

—Un poco de cola —murmuró Mark, con su hermosa frente arrugada en un leve fruncimiento de ceño—. No creo que su familia tenga muchas ganas de hacerle mimos... —Mark quería decir que sus desconsolados parientes eran gente muy civilizada y no desearían estrechar la mano del difunto o meterse dentro del ataúd con él, como ocurría de vez en cuando. A veces el impedir que los afligidos toquetearan demasiado al difunto podía ser un auténtico problema, sobre todo si el difunto había muerto a causa de algún accidente violento y había necesitado unos cuantos remiendos hechos con cera. Pero nadie querría estrechar las manos de un *paterfamilias* tan apacible e imponente—. Cally, ve al sótano y tráeme la cola del cuarto de embalsamar, ¿quieres? —Hasta entonces ni tan siquiera la había mirado—. ¡Call! —exclamó con voz quejumbrosa—. ¿Tienes que entrar aquí con las botas de montar puestas? —Mark se esforzaba por mantener bien limpio su negocio—. ¡Vas a llenar la alfombra de estiércol!

—No la llenaré de estiércol —mintió Cally—, ya me las he limpiado antes de entrar. —Si pudiera, se pasaría el día entero llevando las botas de montar. Odiaba los zapatos de mujer, tanto los frágiles y flaccidos zapatos bajos como los incómodos tacones altos que la impedían moverse; odiaba tener que ponerse un traje y zapatos elegantes para ir a la iglesia, a un funeral o a un velatorio. Los zapatos de mujer la hacían sentirse indefensa: no la protegían del frío y la lluvia, y en caso de peligro le impedirían correr; tanto si tenían tacón como si no, aquellos malditos trastos habían sido diseñados para que se torciera el tobillo apenas intentaba dar un paso con ellos. Y, en su opinión, los tacones altos hacían que todas las mujeres caminaran como si fuesen unas zancudas. Cally amaba las botas. Cuando llevaba botas podía caminar deprisa y contonearse. Solía permitirse fantasías en las que un atracador o un violador era lo bastante estúpido para atacarla cuando llevaba botas. Le bastaría con una buena patada en la ingle, o con dejar caer el peso de un resistente tacón de cuero sobre el empeine, y ya verían lo que era bueno...

Bajó corriendo las escaleras, cogió la cola y volvió a subir corriendo. Aprovechaba cualquier ocasión de correr y gastar calorías. Quería estar delgada, poseer un aspecto juvenil y ser amada... Mientras observaba cómo Mark colocaba en su sitio las manos del muerto oyó los gruñidos de su estómago. No, nada de muerto: difunto. No pronuncies nunca la palabra «muerto».

Deseaba que Mark le diera las gracias, que se fijara en ella o que le diera un beso, pero Mark estaba absorto en su trabajo.

—Ha quedado precioso —dijo Cally, cumpliendo su deber de buena esposa. Mark amaba su trabajo y su habilidad era un motivo de orgullo para él. Sabía devolverle el color rosado a sus cadáveres, les aplicaba los cosméticos con arte y los exhibía con un notable buen gusto (él mismo se encargaba de colocar las flores), y si era necesario hasta podía usar la cera para hacer unas reparaciones faciales de lo más convincente. No eran el tipo de logros de los que pudiera alardear en las reuniones de los Rotarios, por lo que sólo Cally sabía hasta qué punto era más artista que hombre de negocios. Por ejemplo, sabía cómo había luchado con el cadáver de un maníaco depresivo que saltó de un paso elevado a una de las cuatro calzadas de la autopista justo cuando pasaba un semirremolque... Casi todos los empresarios de pompas fúnebres se habrían limitado a cerrar el ataúd pero Mark había conseguido que en su entierro aquel hombre tuviera un aspecto casi tan decente como el de un diácono. Por desgracia el ingrato cadáver empezó a soltar líquidos, con lo que casi había logrado que sus esfuerzos no sirvieran de nada. Por muy bien que los remendaras, los que saltaban de lugares elevados siempre acababan soltando líquidos...

Cuando Mark hubo terminado de arreglar las manos del robusto cadáver no se podía ver ni una gota de cola.

—Muy digno —aprobó Cally—. ¿La manicura es suya?

—Sí, me he limitado a repararla un poco.

—Muy elegante.

Mark asintió y el corazón de Cally se vio invadido por un hambre salvaje, como si fuera un intestino dolorido. Mark era tan apuesto... Sintió deseos de arrancarle aquel traje de pingüino y ponerle unos téjanos: ésa era la ropa que debía llevar, la ropa que había llevado cuando se conocieron..., no, aún mejor, bastaría con quitarle el traje, dejarle desnudo y llevarle a la cama... ¿Cuánto tiempo llevaban sin hacer el amor? Demasiado. Los empresarios de pompas fúnebres (no pronuncies nunca la palabra «enterrador») solían verse obligados a trabajar de noche.

—Ve a la Melocotón, saluda a Barry y échale un vistazo a lo que está haciendo —le sugirió Mark.

Se refería a la Sala Melocotón: era su máximo logro en el campo de la decoración, con sus gruesos cortinajes de damasco dorado y sus lámparas con pantallas de cristallitos tallados, y una fuente de tres pisos que farfullaba nasalmente hablando consigo misma como un sacerdote distraído. Que Mark tuviera dos salas ocupadas al mismo tiempo quería decir que el negocio andaba bien. Su servicio de pompas fúnebres (Mark prefería ese término al de «mortuario», que le parecía demasiado frío) debía ser uno de los pocos negocios de Hoadley que iban sobre ruedas, y no era extraño. Hoadley estaba repleto de ancianos que andaban muy ocupados muriéndose. Y normalmente siempre se morían a la peor hora, pensó Cally, sintiendo una cierta emoción: oh, que pensamiento tan osado y cínico... «Gigi» habría estado orgullosa de ella.

Aún no tenía el valor suficiente para preguntarse por qué Mark parecía estarla echando de allí, o para dejar de obedecerle. Cally fue a ver qué pasaba en la Sala Melocotón.

—Hola, Barry.

—Hola, señora Wilmore.

Otro hombre de esa edad, veintipocos años, probablemente la habría llamado por su nombre de pila pero Barry Beal siempre la llamaba señora Wilmore. Era la esposa del

jefe y Barry se tomaba muy en serio ese tipo de cosas. De hecho, Barry se lo tomaba casi todo muy en serio... Tenía las manos muy blancas y los dedos algo romos, y siempre trabajaba despacio. Cally vio el perfil de su rostro recortado sobre su trabajo actual; la mitad que podía ver tenía la misma blancura terrón de azúcar que sus manos, y poseía una especie de tosca belleza. Una antigua batalla con el acné la había dejado llena de señales y pequeñas cicatrices que hacían pensar en una estatua de mármol maltratada por el tiempo y la intemperie.

Barry se volvió hacia ella.

Cally ya sabía lo que iba a ver, claro está, pero el espectáculo siempre lograba afectarla un poco. La otra mitad del rostro de Barry estaba ocupada por una gran mancha rojiza cuyo tono variaba desde el morado hasta el púrpura, pasando por el cereza y un rosa chillón color helado de fresa. La marca de nacimiento empezaba un poco por encima del nacimiento de su pelo e iba bajando como un chorro de mermelada salida del tarro, abarcando el ojo, la sien, la mejilla y el mentón, así como una fosa nasal y una comisura de sus estoicos labios. La mancha le convertía en un hombre de dos caras, una agradable, otra horrenda.

—Aún no he conseguido dejarle como quiero —dijo Barry, pero dio un paso hacia atrás para enseñarle a Cally lo que había estado haciendo.

Los féretros de buena calidad (nunca se les llamaba «ataúdes») tenían un revestimiento de seda abullonada en colores claros y la mayoría contaban con un delgado y suave lienzo del mismo tejido que servía para tapar al «durmiente» del interior. Barry era un poco duro de mollera —de hecho, quizá sufriera de un cierto retraso mental—, pero como le ocurría a muchos de quienes eran como él poseía un talento natural que, en su caso, era el de cómo colocar bien esos lienzos. Era algo más que un don o un talento: era un genio y una auténtica obsesión. Sus manos tozudas e incansables iban haciendo que la flaccida tela se cubriera de surcos, arrugas e intrincados dobladillos que acababan cayendo en pliegues y doseles tan hermosos que casi hacían llorar. Barry se pasaba horas luchando con los lienzos y a Mark no le importaba pagarle todas las horas que él quisiera invertir en tal labor.

Su problema actual consistía en el cuerpo de una mujer de mediana edad que lucía un peinado horrible cortesía de «Temblores» Enwright, la única peluquera de Hoadley dispuesta a ocuparse de los muertos. «Temblores» se encargaba de que los llorados difuntos lucieran rígidos casquetes de pelo empapados de perfume, sin importarle en lo más mínimo cuál hubiera sido el estilo que utilizaban en vida. Cally necesitó un momento para hacer que sus ojos pasaran del horripilante espectáculo ofrecido por esa tiesa cabellera al lienzo color rosa claro delicadamente ondulado y arreglado a *la Barry Beal*.

—Pues a mí me parece que está muy bien —dijo. Pero aunque la disposición de la tela era realmente impresionante, Cally sabía que aún no estaba a la altura de las mejores obras de Barry. Durante las últimas dos semanas Barry no había logrado concentrarse en su trabajo. De hecho, desde que la chica de los Musser se escapó Barry vivía sumido en una callada y terca infelicidad.

Su desdicha sólo era visible en la calidad de su trabajo y en la pregunta que le formulaba cada vez que la veía. La misma que le formuló ahora...

—Señora Wilmore, ¿ha sabido algo de Joanie?

Joan Musser... Barry salía con ella desde los tiempos de la escuela. Cally la había visto unas cuantas veces y, apenas, había comprobado que el verla siempre le producía la misma reacción: torcía el gesto, apartaba los ojos y acababa volviendo a mirarla, igual que hacían todos los patanes de Hoadley. Joan era increíblemente fea, mucho más fea que Barry, y el que fuera una mujer hacía que su fealdad resultara todavía más impresionante. El sistema de rumores y cotillees del pueblo le había informado de que Joan había sido llamada «Cara de rana» (casi siempre a espaldas suyas),

prácticamente desde el día de su nacimiento. La opinión dominante en Hoadley era que ella y Barry Beal habían acabado formando pareja porque no había nadie más dispuesto a salir con ellos. Quizá fuera así. Quizá ella no sentía nada hacia Barry. Pero lo que sí estaba claro era que Barry parecía estar realmente enamorado de Joan.

—No, Barry —dijo Cally, procurando hablar con voz afable y educada aunque ya había respondido una docena de veces a esa misma pregunta. ¿Qué podía hacer aquel pobre inocente salvo pedirle ayuda a sus dioses, los adultos en plena posesión de todas las facultades intelectuales?—. No la he visto desde aquella vez en que os llevé al establo.

A petición de Barry. Le dijo que Joan quería ver los caballos. Y Cally se quedó asombrada cuando «Paloma», siempre tan tranquila, le soltó una coz a la chica de Barry. ¿Qué podría haberle estado haciendo a la yegua aquella mujer con cara de rana mientras Cally le daba la espalda? Siempre podías confiar en «Paloma», incluso cuando estaba en celo.

Cally pronunció aquellas palabras con los ojos clavados en el rostro de la muerta coronada por su casquete de cabellos; Barry se miraba los pies, y eso le impidió ver lo que vio Cally. Después Cally intentó convencerse de que se lo había imaginado, que todo fue un truco de la luz, una sombra fugaz o alguna jugarreta de su mente, aunque ella no era de las que se dejan impresionar por los cadáveres y empiezan a imaginarse cosas. Estaba acostumbrada a su presencia. Cuando Mark se quedaba a hacer horas extras en la sala de embalsamamiento Cally le llevaba café y dormía cada noche en el apartamento del piso superior sin pensar ni una sola vez en los durmientes de la planta baja, los que ya nunca volverían a despertarse.

—No, no tengo ni idea de dónde puede estar Joan —dijo Cally.

Y la muerta abrió los ojos.

No fue más que un pestañeo, un fugaz atisbo de los implantes negros que cubrían sus hundidos globos oculares para que los párpados cerrados tuvieran la apariencia de un pacífico reposo. Los párpados habían sido pegados con cola: ¿cómo podían moverse? Pero eso hicieron, moviéndose en un veloz aleteo para revelar unos muertos globos de plástico mucho más horribles que cualquier mirada concebible en un esqueleto. La visión sólo duró un instante y a Cally se le puso el rostro color ceniza y empezó a oscilar sobre sus botas de montar, oyendo cómo Barry Beal le decía:

—¿Señora Wilmore? ¿Señora Wilmore? ¿Se encuentra bien? ¿Recuerda si ha oído algo sobre Joanie, señora Wilmore?

Soy Barry Beal y he conocido a Joanie prácticamente desde que nacimos y el que desapareciera de esa forma no me gustó nada.

No empecé a conocerla realmente bien hasta cuando estuvimos juntos en la secundaria. Cuando estábamos en la elemental íbamos a escuelas distintas. Ella vivía en Hoadley y yo vivía a unos dieciséis kilómetros del pueblo. Claro que yo sabía quién era... Todos los habitantes del condado sabían quién era desde la primera vez en que su mamá la sacó a la calle. Bastaba con que le echaras una mirada a su cara y ya no la olvidabas. No parecía una chica: parecía una rana aplastada, una rana aplastada con una larga cabellera amarilla. Su mamá solía pasarle el peine por esa hermosa cabellera y le ponía cintas como si quisiera intentar que la gente sólo se fijara en las cintas, pero no servía de nada. La gente sólo se acordaba de la cara.

Los chicos la llamaban «Cara de rana». Los chicos de la secundaria eran malos, peores todavía que los de la elemental. Los papas de esos chicos trabajaban en las acerías o en las minas de carbón y todos los chicos creían que debían hacerse los duros. Quiero decir que siempre me andaban llamando Retrasado, Tardón, Cabeza Espesa y ese tipo de cosas, y me gastaban bromas pesadas y me tomaban el pelo, pero en la secundaria además me robaban el dinero y mis cosas, me encerraban en los

armarios y me ponían la zancadilla en los pasillos..., ese tipo de cosas. Esos pasillos de la secundaria con todos los chicos dándome puñetazos y empujándome por mucho que les riñeran los profesores..., eran como el infierno.

Hasta las chicas eran malas. Aprovechaban cualquier ocasión para arañarme y darme bofetadas. Y los chicos mayores, los que se hacían los duros, me dieron una paliza al salir de la escuela. Hicieron falta muchos chicos y sólo ocurrió una vez. Tengo hermanos mayores que pueden ocuparse de ellos, ¿comprenden?

Pero lo que quiero decir es que en la secundaria nadie quiere ser amigo de un retrasado, un tipo raro o alguien cuya cara te dé ganas de vomitar. Y hay una especie de regla por la que quienes no son lo que la gente llama normales acaban juntándose. Aquellos con los que casi nadie habla acaban hablando entre ellos. Me di cuenta apenas entrar en la secundaria, así que Joanie y yo, que éramos los más feos de la escuela, acabamos viéndonos con mucha frecuencia, a la hora del almuerzo, en la sala de estudios y un poco en todas partes.

Pero Joanie no era retrasada como yo. Joanie era muy lista.

Creo que en clase casi nadie se daba cuenta de lo lista que era. Siempre estaba como enroscada en su asiento, como si no quisiera que nadie la mirase, y las primeras veces en que almorcé con ella apenas si me dijo nada. Pero en cuanto hube almorzado dos o tres veces con ella empezó a hablarme y entonces me di cuenta de que era muy lista.

—Esa marca de tu cara —me dijo—. Sé qué es.

El caso es que tengo una gran mancha púrpura en la cara. Sin ella no pasaría de ser un tipo feo pero con ella soy un maldito fenómeno. Además, entonces la tenía llena de granos.

—He estado haciendo algunas investigaciones —me dijo Joanie—. Se llama hema..., hema no sé qué, una mancha de oporto. Puedes quitártela, ¿lo sabías? Pueden quitártela con un láser.

—No quiero que ningún médico láser me ponga la mano encima —le dije yo.

—Qué ignorante eres. Si mi madre me dejara te aseguro que me arreglaría la cara.

Cuando oigo ese tipo de frases tengo que irlas digiriendo poco a poco.

—¿Quieres decir que los doctores del láser te pueden arreglar la cara? —le pregunté. Me parecía que nadie podría arreglar esa cara suya, usara lo que usara.

—No me refiero a los doctores del láser. Hablo de los cirujanos plásticos. Pueden cambiar los huesos de sitio, pueden ponerte huesos nuevos..., ese tipo de cosas.

Supongo que si hubieran podido hacerle eso Joanie habría sido capaz de respirar por la nariz y comer con ella habría resultado bastante más agradable. Comer con ella era horrible... Masticaba con la boca abierta y oías los bufidos que daba al echar aire mientras comía. A mí no me importaba porque la verdad es que mis modales a la hora de comer tampoco son lo que se dice una maravilla.

Me concentré en la otra parte de lo que me había dicho.

—¿Y tu madre no te da permiso para arreglarte la cara?

Pero ella se limitó a seguir masticando y no volvió a dirigirme la palabra en todo el resto del día.

Si quiero soy capaz de entender las cosas. Necesito un poco de tiempo, pero si decido que quiero hacerlo puedo hacerlo, así que lo hice. Me dediqué a escuchar las conversaciones de los profesores, lo que decía la gente del pueblo y los cotilleos de mi mamá cuando llamaba por teléfono a sus amigas y acabé descubriendo algunas cosas. Y luego, en cuanto me conoció mejor, Joanie me contó unas cuantas más.

La madre de Joanie se llamaba Norma Koontz. Su padre es el señor Koontz, el que vende seguros... La mandaron a estudiar a la universidad y se casó con un artista que se llamaba Roland Musser y volvió a Hoadley con él. Montaron una galería de arte pero el negocio no les funcionó bien y no me extraña teniendo en cuenta cómo es el pueblo. Ni a mí se me habría ocurrido montarla... La gente no tiene dinero suficiente para pagar las

facturas, así que ¿cómo van a comprar arte? La galería acabó quebrando, Joanie nació más o menos por aquella época y Roland empezó a beber. Ha estado bebiendo desde entonces. Bebe mucho y pasados unos años los padres de Norma se cansaron de ayudarles. Se fueron a Florida y dejaron de mandarles dinero. La madre de Joanie trabajó en varios empleos distintos pero es difícil encontrar buenos trabajos en Hoadley, y al final acabó frecuentando la iglesia que hay cerca del pueblo, y los tipos de la iglesia se quedaron con todo el dinero que el padre de Joanie no se había bebido, así que Joanie jamás ha tenido ni un centavo.

Supongo que debe hacer falta un montón de dinero para que te arreglen la cara, pero acabé enterándome de que Norma Koontz no habría dejado que su hija se arreglara la cara ni aunque tuviese dinero. La madre de Joanie tenía unas ideas bastante raras.

Cuando empezamos noveno Joanie y yo éramos buenos amigos. Mi autobús llegaba a la escuela bastante temprano y Joanie también solía venir pronto. Habría podido llegar más tarde porque venía andando, pero siempre llegaba pronto. Paseábamos por allí y hablábamos de toda clase de cosas. A veces pensaba que me apreciaba porque venía a la escuela cuando aún faltaba bastante para la primera clase y no tenía por qué hacerlo, pero sabía que no lo hacía por mí. Venía pronto para escapar de su casa. Sabía dónde vivía: en una de esas casuchas que hay entre el río y las vías del ferrocarril, junto al montón de las escorias. Luego descubrí que no era sólo por salir de casa.

—Mi madre renunció a mí cuando yo tenía diez años —me dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de que renunció a tí? —le pregunté.

—Justamente eso, que renunció. Un día me hizo sentar delante de ella y me dijo que era mala, que estaba hundida en el pecado, que llevaba el diablo dentro y que por eso tenía la cara así, y me dijo que no sabía qué acabaría siendo de mí pero que no quería tener nada que ver conmigo. Y desde entonces apenas si me ha hablado.

—¡Jesús! —No podía creer lo que estaba oyendo. Recuerdo que entonces casi me dio envidia, porque mi mamá siempre andaba riñéndome por una cosa o por otra—. ¿Quieres decir que no le importa...?

—No le importa adonde voy o a qué hora vuelvo a casa. No me prepara la comida. Siempre tengo que hacérmela yo. Lava mi ropa sucia porque la pongo con el resto de la ropa, pero no la dobla. La deja tirada encima de mi cama.

Supuse que, después de todo, tener una madre así debía ser bastante desagradable. En cuanto me contó eso comprendí por qué siempre tenía tan mal aspecto, y no me refiero sólo a la cara. No es que yo fuera ninguna belleza y no vengo de una familia fina pero Joanie no cuidaba de sí misma, seguramente porque nadie la animaba a hacerlo. Tenía el cabello grasiento y la carne flaccida: no es que estuviera realmente gorda, sólo que tenía todo el cuerpo flojo, y vestía de una manera horrible y a veces olía mal. Yo no sabía gran cosa sobre las chicas pero estaba seguro de que habría podido hacer algo para no oler así, y como no podía masticar bien porque tenía la cara torcida siempre se le escapaba algo de comida y acababa manchándose.

Cuando empezamos el décimo curso tuvimos que ir a otro edificio y Joanie se metió en la rama académica y yo en la rama general. Los ratones de biblioteca y los campesinos no suelen mezclarse los unos con los otros y supongo que de no ser por su cara habría dejado de verla, pero siguió almorzando conmigo cada día.

Los almuerzos de la escuela eran horribles pero Joanie se lo comía casi todo porque en su casa apenas si había nada para ella. Pasado un tiempo supe qué era lo que más le gustaba. Los plátanos la volvían loca y a mí no me gustaban demasiado, así que siempre le daba el mío. Joanie lo pelaba en un segundo, le quitaba todas esas cositas que parecen pelitos y le arrancaba la parte negra del final, y si no podía arrancarla no se lo comía.

—Puedes comértela, no te hará daño —le dije yo una vez.

—¿Cómo lo sabes? —replicó ella—. Me recuerda a un gusano. Esa cosa negra... Aj.

A veces otros chicos le ofrecían la comida que no querían pero no lo hacían para ser

amables con ella. Lo hacían para divertirse. Joanie nunca la aceptaba.

—Odio a la gente normal —me dijo un día.

—¿Eh?

—Odio a la gente que tiene la cara normal. Las chicas con el pelo ondulado y ropas bonitas que creen que son guapas, los chicos que están convencidos de ser irresistibles, los profesores que se creen muy listos y se imaginan que conocen todas las respuestas... Odio a la gente que se tapa la boca con la mano para hablar en voz baja, y a las entrometidas de la tienda de oportunidades, y a los viejos gandules del parque... Les odio a todos.

—Sí —dije yo. No había comprendido casi nada pero pensé que sería mejor que no le dijera nada de su pelo grasiento o quizá también acabara odiándome.

—Algún día me vengaré de ellos —me dijo.

Ponía una cara que... Me asustó. Era como si realmente pudiera hacer algo para vengarse de ellos. No dije nada y ella se quedó callada durante un rato, como si estuviera pensando.

—He dejado de ir a la iglesia —me dijo por fin.

La verdad es que yo no sabía gran cosa de la iglesia. Mis padres eran gente decente, pero no iban a la iglesia. Lo único que sabía era que en Hoadley casi todo el mundo era católico y el resto se repartía entre los luteranos o los Hermanos, y la mamá de Joanie no era ninguna de las dos cosas. La iglesia adonde iba Norma Musser tenía un predicador que se llamaba Culp y algunos decían que estaba loco. Se pasaba la vida soltando sermones sobre el infierno y el Armagedón. Mis padres decían que era más astuto que un zorro, que tenía engatusada a mucha gente y que les sacaba dinero.

—Ya estoy harta —dijo Joanie—. No me importa lo que Culp o mamá puedan hacerme.

—¿Y qué puede hacerte el reverendo Culp?

—¡Puede rezar por mí! Y su forma de rezar es terrible, Bar. Cree que soy tan mala que... Bueno, casi podría ser el Anticristo. —Estaba diciendo cosas muy raras, como si se hubiera vuelto loca—. Será mejor que me deje en paz o..., o no respondo de lo que pueda pasarle.

—¿Cómo sabes lo que dice si no estás allí? —le pregunté.

—Lo sé —dijo ella—. Esa serpiente... Lo siento. Ha estado sermoneándome, escupiendo su veneno sobre mí cada semana desde que nací.

—¿Cada domingo?

—Cada domingo intenta curarme.

—¿Estás enferma?

—¡Dios, no! ¡Mi cara, Bar, mi cara! Se supone que si la tengo así es por mi culpa. Dios me está castigando. No quiero renunciar al pecado. Bueno, Dios puede irse al infierno... No pienso volver. No volveré, y si mi madre quiere echarme a patadas de la casa que me eche.

Su madre no la echó a patadas de casa pero estoy seguro de que no debió tomárselo demasiado bien y a partir de entonces Joanie cambió. Empezó a fumar hierba siempre que podía conseguirla. Nunca tenía dinero suficiente para conseguir mucha, pero durante ese curso tuvo algunos problemas con los chicos. Supongo que algunos debieron pensar que era tan fea que sería presa fácil. Empezaron a rondar por su casa haciendo sonar las bocinas de sus coches, gritando..., ya saben, ese tipo de cosas.

Supongo que su madre pensaba lo mismo.

—Mi madre dice que soy una puta —me contó.

—No sé, Joanie. ¿Lo eres? —repliqué yo.

—Mierda —dijo ella y se rió. Últimamente decía muchas palabrotas. Eso y el que fumara porros le estaba dando muchos problemas en la escuela: los profesores le mandaban notas a su madre y ese tipo de cosas. Creo que le gustaba hacer enfadar a su madre. Creo que hasta le gustaba que la llamara puta, pero creo que nunca llegó a hacer nada con ningún chico. Bueno, no es que esté seguro pero no lo creo...

—La vieja dice que soy la Ramera de Babilonia —dijo Joanie—. Dice que Dios me fulminará con un rayo y que iré directa al infierno. Ah, me gustaría arrancarle la lengua y

enseñársela...

Yo estaba bastante acostumbrado a su forma de hablar pero aquello hizo que se me revoliera el estómago.

—*Joanie* —le dije.

—¡De veras! Es odiosa. Cree que cada vez que sale de casa para ir a la iglesia llevo allí a diez hombres para que fornicuen conmigo sobre la mesa de la cocina.

—¿Y por qué en la mesa de la cocina?

—Bar... Olvídalo.

—Bueno, ¿y qué dice tu padre de eso?

—¿Él? No sirve de nada. —Volvió a reírse—. Es un vegetal. Un auténtico vegetal escabechado... Aunque esté allí, es como si no estuviera.

Tendría que habérmelo imaginado. Ya le había visto algunas veces.

Su madre la tenía realmente preocupada.

—Mierda, cree que estoy podrida. Puta, puta podrida hasta la médula... Bueno, si hago de puta al menos le daré la satisfacción de ver que estaba en lo cierto, ¿no? —dijo *Joanie*—. Te aseguro que el dinero me iría muy bien. Y hay quien dice que resulta divertido.

—No digas esas cosas —dije yo, y *Joanie* se enfadó mucho.

—¡No intentes decirme lo que puedo hacer y lo que no! —me gritó, y se fue. Volví a casa en el autobús, hablé con tres de mis hermanos y nos fuimos al pueblo. Su casa era de las que tienen ese recubrimiento asfaltado que siempre se cae y los peldaños de madera habían perdido la pintura. Su padre estaba sentado en esos peldaños con una botella en la mano y vimos a unos cuantos tipos con muy mala pinta, pero el señor Musser no se enteraba de nada. Yo y mis hermanos salimos del coche y empezamos a ocuparnos de esos tipos para alejarles de allí, y el señor Musser se puso a sonreír de oreja a oreja, como si fuera una de esas calabazas a las que les meten una vela dentro. Yo y mis hermanos recibimos algunos golpes pero acabamos consiguiendo que esos bastardos se marcharan. Mis hermanos se quejaron un poco pero yo pensaba que habíamos hecho bien. Después nos volvimos a casa.

A la mañana siguiente *Joanie* vino hacia mí hecha una furia. Me sorprendí. Yo estaba seguro de que había hecho bien.

—¿Quién infiernos te crees que eres? —me chilló—. ¡No soy propiedad tuya!

Me quedé realmente sorprendido.

—¿Quieres que vuelvan? —le pregunté—. Bueno, les buscaré y les mandaré para allá.

—¡No, diablos! —Se calmó un poco—. Estoy intentando comprender cómo funciona ese cerebro de saurio tuyo, eso es todo. ¿Con qué derecho...? Ni tan siquiera me has pedido que salgamos juntos.

—Pues ahora te lo pido —dije yo. La verdad es que nunca se me había pasado por la cabeza pero tendría que haberlo hecho antes. A partir de entonces todo fue bien. *Joanie* se convirtió en mi chica y los tipos listos la dejaron en paz.

Fuimos a ver una película. Los cines están oscuros pero aun así tuvimos que aguantar unas cuantas miraditas y los comentarios de la gente ignorante. «¿Cómo se atreven a exhibirse en público?», dijo una señora. No volvimos al cine. Estuvimos saliendo durante dos o tres años, una vez a la semana sin saltarnos ninguna porque no había nadie más que quisiera salir con ninguno de los dos. Ibamos a mi casa a ver la televisión y cuando conseguí un Chevy íbamos a dar paseos en él, o a la biblioteca. ¡La biblioteca, por todos los santos...! *Joanie* hizo que la llevara a todas las bibliotecas que había en muchos kilómetros a la redonda, y se sacó la tarjeta para entrar en cada una de ellas.

Las bibliotecas pequeñas no sirven de nada pero debo admitir que las bibliotecas grandes son unos sitios muy agradables e íntimos, sobre todo sí te metes entre los estantes del fondo.

Cuando estás en los últimos cursos el sexo es como una obligación. Mis hermanos se metían conmigo y no paraban de preguntarme hasta dónde había llegado con

Joanie. Yo no les respondía y la verdad es que no me importaba pero pasado un tiempo pensé que debía intentarlo. Joanie no me parecía muy atractiva y no quería liarme con ella por todo eso que me había contado sobre la Ramera de Babilonia, porque pensaba que no le gustaría, pero cuando hablábamos a veces se me acercaba bastante y tuve la impresión de que no se enfadaría. Ya he dicho que el sexo era una especie de obligación, así que una noche intenté besarla entre los estantes de la biblioteca. Nada más intentarlo supe que ella tenía tan poca idea del asunto como yo. Juntamos las bocas, apretándonos el uno contra el otro, y me pregunté por qué se suponía que eso debía resultar agradable. Aun así el pensar en lo que estábamos haciendo hizo que empezara a excitarme y me froté contra ella, le puse una mano sobre el pecho y de repente Joanie me apartó de un empujón.

—¡Bar, qué basto eres! —dijo, y se enfadó mucho y no quiso hablar conmigo. Pero en cuanto volvimos a vemos empezó a hacer lo mismo que antes, acercándose hasta que casi nos tocábamos.

Nos pasamos una temporada así, frotándonos los labios y toqueteándonos, y Joanie siempre acababa rechazándome. Era como si no fuese capaz de decidir si le gustaba el sexo o no, y al final lo dejé correr. Supongo que mis padres también lo dejaron correr hacía ya mucho tiempo. Me parecía que no valía la pena tomarse tantas molestias. Nunca llegamos a quitarnos la ropa ni nada parecido. No le reprocho el que no se lo tomara con más entusiasmo, porque se supone que la chica debe mantenerse a raya. Supongo que podríamos haber vuelto a intentarlo en cuanto Joanie consiguió un sitio donde vivir, pero eso ocurrió bastante tiempo después y a esas alturas yo ya me encontraba bastante a gusto con el tipo de relación que teníamos.

Joanie abandonó la escuela en cuanto cumplió los dieciséis años. Eso no me sorprendió, pues yo había hecho lo mismo. Naturalmente, ella era mucho más lista que yo pero estaba impaciente por conseguir un trabajo, su propio apartamento y alejarse de su madre. No pudo conseguir ningún buen empleo —ni la gente normal puede conseguir buenos empleos en Hoadley—, pero consiguió un trabajo de venta por teléfono y lo hacía bastante bien. Siempre había tenido una voz muy bonita, con auténtica clase... Ahora tenía su teléfono y su apartamento encima del Bronceado Tropical y apenas si salía de allí, pero seguía queriendo que la llevara en coche a las bibliotecas. Siempre andaba leyendo y desde que la conocí siempre había leído mucho: poesía, libros de historia y esas cosas. En cuanto consiguió un trabajo tuvo el dinero suficiente para ir viviendo y dedicó todo el resto de su tiempo a leer, y cuando miraba por encima de su hombro podía ver que estaba leyendo cosas realmente extrañas, con imágenes de estrellas y serpientes y águilas y caballos y letras extrañas y personas desnudas. Pero normalmente las personas desnudas no estaban haciendo nada relacionado con el sexo.

Como ya he dicho antes, puede que Joanie y yo hubiéramos tenido más éxito en eso del sexo en cuanto ella consiguió un apartamento propio, pero a esas alturas yo ya había estado con unas cuantas putas de las de verdad. Sabía lo que hacían y Joanie me caía bien y no quería molestarla pidiéndole que hiciera esas cosas. Me parecía que era una buena chica y que eso no le interesaría, y ella nunca hizo nada que me llevara a cambiar de opinión al respecto. Aunque quizá me equivocara, claro.

En aquella época estaba trabajando con mi tío en la construcción y cuando terminaba la jornada solía pasar por casa de Joanie. Siempre andaba con la nariz metida en un libro, igual que cuando estábamos en la escuela. Yo le preguntaba qué estaba leyendo porque pensaba que eso me ayudaría a saber cómo era, pero ella siempre decía que no lo entendería. Me decía que casi todo eran libros sobre magia, brujería y hechizos. Cosas que no existen, ya saben... La verdad es que a Joanie nada de lo real parecía interesarle mucho.

—Te pasas la vida leyendo y acabarás quedándote sin vista —le dije.

—Sí, Bar, tienes razón.

—¿Es que nunca sales de aquí?

—En cuanto ha oscurecido.

—No tendrías que hacerlo, no es sano. ¿Qué has estado comiendo últimamente?

No me respondió. No estaba prestándome atención.

—Sé que has estado comiendo porquerías. Mira, te he traído unos cuantos plátanos. Toma un plátano.

—Bar, déjame sola —me dijo.

—Ya te pasas demasiado tiempo sola.

—Barry, no lo entiendes —me gritó—. Ya casi he logrado encontrar la solución, ya sé cómo voy a... —Y se calló de golpe.

—¿Cómo vas a qué?

No quiso decírmelo.

Hacía una noche muy oscura, una noche estupenda para los retrasados y las caras que te hacen vomitar.

—¿Quieres que te invite a tomar una coca-cola? —le pregunté.

Lo único que hizo fue menear la cabeza. La verdad es que era lo que me había esperado. Ahora ya no salía casi nunca, así que le di las buenas noches y me marché.

Un par de días después se presentó a verme en el trabajo. Estábamos haciendo un nuevo porche de cemento para una casa: la madera del viejo estaba totalmente podrida. En Hoadley apenas si se construía y yo había empezado a hacer horas en el salón de pompas fúnebres, pero aquel día estaba trabajando con mi tío. A mi tío no le importaba que Joanie viniera a verme.

—Bar —me dijo—, necesito que me prestes quinientos dólares.

—¿Para qué? —Había dejado de fumar hierba un par de años antes, más o menos cuando abandonó la escuela porque dijo que ya no la necesitaba, así que eso no me preocupaba. Quería saber para qué necesitaba el dinero, nada más.

No quiso decírmelo. Lo único que me dijo fue:

—Te los devolveré.

Yo estaba seguro de que me los devolvería. Cuando estábamos en la escuela siempre me pedía dinero para el almuerzo. Su madre no le daba ninguna asignación, y si no conseguía algún trabajo de canguro no tenía dinero para el almuerzo, y no podía hacer de canguro con mucha frecuencia porque su cara asustaba a los crios. Pero aun así siempre se las arreglaba para devolverme el dinero. Quitaba nieve, fregaba suelos..., ese tipo de cosas. Mi mamá y otras personas le daban ropas. Siempre iba vestida con ropas viejas y le sentaban fatal.

—¿No tienes nada ahorrado? —le pregunté. Su habitación no podía estarle costando demasiado dinero.

—Es por culpa de mi ma-dre. —Lo dijo justo así ma-dre—. Cada vez que consigo ahorrar un poco de dinero se presenta en mi apartamento y dice que no tiene nada de comida y que tiene hambre.

—Bueno, pues no le des dinero —dije yo—. No le debes nada.

—¡Ya lo sé! ¡La odio! —Joanie golpeó el suelo con el pie—. Pero es como si..., no puedo evitarlo.

Se quedó callada e hizo un ruido que parecía una especie de sollozo. Yo me quedé con la boca abierta pues no recordaba haberla visto llorar nunca, y eso que la gente siempre le decía montones de cosas feas, ¿y ahora iba a llorar por su madre? Pero no lloró. Se puso tiesa y me miró fijamente.

—¿Puedes prestarme tanto dinero? —me preguntó.

—Claro que puedo. —Aún vivía en casa, no tenía ninguna clase de gastos dejando aparte mi coche y tengo montones de dinero. Bueno, no es que tenga montones de dinero, pero sí el suficiente...—. Pero no será para tu madre, ¿verdad?

—No —dijo ella, y nunca me dijo para qué era.

Pasé por el banco después de trabajar, fui a casa de Joanie y le di el dinero.

—Una cosa más —me dijo—. ¿Puedes prestarme tu máscara de soldador?

—Claro. —Ya no la utilizaba. Pronto trabajaría a jornada completa en el salón de pompas fúnebres. No le pregunté para qué quería mi máscara de soldador porque sabía que siempre le había gustado. Solía jugar con ella y a veces se la ponía y decía que debería llevarla por la calle, porque así la gente no la miraría tanto. Pensé que iría a algún sitio y que querría taparse la cara.

Siempre llevo montones de cosas mías en el maletero del coche y la máscara de soldador también estaba allí. La cogí y se la di.

—Gracias, Bar —me dijo y me miró de una forma bastante rara, como si estuviera tomándome una foto con los ojos—. Ya te la haré llegar —me dijo.

No tenía ninguna razón para no creerla. Entonces no me di cuenta de que no había dicho que fuera a devolvérmela personalmente, sólo que me la haría llegar, pero no caí en eso hasta después.

—Bueno, tengo que volver a casa a cenar —le dije. Era una estupidez, claro: acababa de dejarle dinero suficiente para que se largara de aquel maldito pueblo y lo único que se me ocurría decirle era que tenía que volver a casa para cenar... ¡Qué estupidez! Joanie asintió con la cabeza, volvió a mirarme de una forma rara y me marché a casa.

Y me quedé sentado delante de la tele, viendo la película como un imbécil, me fui a dormir y a la mañana siguiente fui a trabajar. Supongo que ella debió coger el autobús del mediodía, porque cuando fui a verla esa noche ya no estaba allí. Todo había desaparecido. Hasta quitó su nombre del buzón. Nunca he vuelto a saber nada de alguien llamado Joanie Musser..., ni yo ni nadie del pueblo.

Cuando alguien le preguntaba adonde había ido, su madre decía que estaba segura de que se había marchado para convertirse en prostituta. Siempre fue una mala hija.

Unas semanas después recibí un paquete postal con la máscara de soldador dentro. Parecía como si hubiese estado en un incendio. No había nada más. Ni una carta..., nada. Y tampoco había remite.

CAPÍTULO TRES

Cally llegó a la escuela un poco más temprano que de costumbre para recoger a Tammy y Owen: los niños estaban pasando por la inspección semanal para ver si tenían piojos. La escuela era pequeña y no demasiado formalista; Cally entró, habló con los profesores y vio cómo la enfermera, que parecía una salchicha blanca, le levantaba el cabello de la nuca a cada niño, usando un depresor nuevo cada vez. Jamás tocaba a un niño con las manos.

Los labios de Cally se curvaron en una sonrisa algo vacilante, se rascó distraídamente y se dedicó a observar el examen. Era bastante extraño, desde luego, pero a veces los niños lograban parecer dulces y guapos sin importar de dónde vinieran. De todos los niños reunidos allí no había ninguno realmente feo, salvo quizá aquel al que llamaban «Oruga», uno bastante corpulento con el pelo cortado a cepillo... pero hasta las regordetas mejillas de «Oruga» estaban cubiertas por una piel tan suave y fresca como los pétalos de una flor. Y las niñas, las pequeñas irlandesas, polacas o italianas de largas cabelleras adornadas con cintas o prendedores y su dulce petulancia... Cally conocía a sus padres y a sus hermanas mayores y sabía que acabarían creciendo hasta que sus ojos oscuros y su perfecta estructura ósea las convirtieran en jóvenes de una belleza devastadora. No pensarían en nada que no fuera el echarse novio, y así seguirían siendo hasta que se casaran y, de la noche a la mañana, se convertirían en vacas de cuerpos gordos y torpes, vacas aburridas y desprovistas de toda hermosura... Era

bastante difícil de creer cuando contemplabas a esas niñas etéreas, una de las cuales estaba siendo examinada por la enfermera en esos mismos instantes para ver si tenía piojos.

La niña estaba sentada en la butaca especial con la cabeza inclinada en lo que parecía un gesto de penitencia mientras la enfermera le apartaba la espesa cabellera a un lado e iba peinando con su palito de madera las finas hebras que crecían en la base de su cuello. La enfermera llevaba unos guantes de plástico blanco que relucían sobre sus fuertes y nudosas manos como las tiras de tripa en el tocino recién cortado.

—Huevos —anunció la enfermera—. Miren...

Todos los profesores y padres que aguardaban el resultado del examen dieron un paso hacia delante —la comunidad iba a validar el hallazgo—, pero procuraron no acercarse demasiado y estiraron los cuellos para contemplar aquellos pequeños abultamientos que parecían miguitas de pan adheridos a las hebras de cabello. Asintieron, murmuraron que eran huevos, en efecto, y algunos de los presentes empezaron a rascarse.

—¡Sólo con pensar en los piojos ya siento picores! —exclamó la profesora del jardín de infancia.

—¡En, la semana pasada encontramos uno vivo en un chico! —El profesor de quinto curso parecía haber adquirido parte del elevado volumen sonoro con que hablaban sus estudiantes—. Lo pusimos sobre una plaquita de cristal y lo colocamos bajo el microscopio. ¿Quieren verlo?

—¡No, gracias!

—Me gustaría verlo —dijo Cally. No quería presenciar cómo la enfermera cumplía con todo el papeleo necesario y le entregaba a la niña los documentos que debería llevar a su casa: habría que hablar con sus padres y la niña quedaría separada de los demás alumnos. Los piojos eran una vergüenza para la familia, por mucho que la propaganda intentara explicar que no tenían nada que ver con la pobreza y la suciedad.

Subió (deprisa; gasta calorías) los empinados y viejos peldaños que llevaban al aula de quinto en el segundo piso. (Casi podía oír lo que habría dicho algún profesor: «Pongamos a los chicos mayores aquí arriba. Esperemos que sean lo bastante responsables para no tirarse los unos a los otros barandilla abajo y hacerse picadillo en el vestíbulo...»). Y otro profesor habría respondido: «Hay algunos que estarían mejor hechos picadillo».)

Encontró el microscopio colocado sobre el alféizar de la ventana y le echó una mirada al piojo.

Y emitió un leve jadeo que murió apenas nacer. Y se quedó boquiabierta contemplándolo. Había esperado algo parecido a una pulga, alguna especie de insecto, pero esto no era nada que la mente pudiera captar con tanta facilidad. Lo que había bajo el microscopio parecía venir hacia ella como si estuviera asomándose por una mirilla negra nadando lentamente. Era una cosa traslúcida con un número de patas decididamente excesivo, aunque no podía estar segura de si aquellas protuberancias alargadas eran patas, pelos, alguna especie de antenas o... Sí, quizá fueran algo parecido a los zarcillos de una enredadera pero había muchos, muchísimos, y Cally no se tomó el tiempo necesario para descifrar del todo lo que había visto. Se apartó del microscopio con un estremecimiento, recordando el plato de espaguetis fríos que había visto durante la fiesta de Halloween en la Casa de los Horrores de los boy-scouts —«¡Tóquenlas, son sus tripas!»—, recordando los largos tentáculos de una vieja pesadilla infantil, sintiendo aquel recuerdo igual que a veces sentía la presencia de Hoadley chupándole la sangre.

O la de la familia.

El padre de Cally vendía carne congelada, profesión que desempeñó con cierto éxito, y había conseguido una modesta prosperidad, logrando mantener a su mujer y a sus hijas y dándoles una vida de la que podía estar orgulloso: murió de un ataque cardíaco

cuando aún era relativamente joven. Fue un hombre decente y trabajador que tenía derecho a descansar y a que le dejaran en paz cuando estaba en casa. Él y la madre de Cally dormían en camas separadas. Cally jamás había visto discutir a sus padres y nunca les había visto besarse. La madre de Cally había pasado toda su existencia de adulta sumida en la depresión, y sus hijos se habían llevado la desagradable sorpresa de ver cómo recuperaba la salud mental con una sorprendente rapidez poco después de la muerte de su esposo. Vivía en el distrito de Finger Lakes, en el estado de Nueva York, pasaba el invierno en la costa de Florida y consagraba sus días a las cartas, los clubs y los almuerzos igual que en un tiempo los había consagrado a las citas con el médico, los libros sobre cómo ayudarse a sí mismo, la isometría, la religión, la terapia mental, la gimnasia aeróbica, los catálogos de alimentos naturales, la psiquiatría, las píldoras de polen, las reuniones evangelistas, la astrología y el I Ching. Todo eso le dejaba poco tiempo y energía para cuidar de sus hijos en lo que no fueran las necesidades físicas más apremiantes de su crecimiento. Cally había recibido una alimentación adecuada, pero había crecido anhelando el amor de sus padres y ese deseo hacía que sus padres tuvieran un inmenso poder sobre ella. Aquel lazo era como una sanguijuela que la envolvía con largos tentáculos capaces de atravesar hasta la distancia del tiempo, la muerte y el lugar de residencia.

Cuando era pequeña Cally se imaginaba escenas de tormentos y palizas. A veces su padre y su madre eran los perpetradores de las torturas. Los sueños habían sido bastante agradables porque después de soportarlos tenía la sensación de que merecía ser amada. Los malos tratos imaginarios encerraban un agrí dulce placer; el verse abandonada en la realidad no.

Sufre, le decía su mitología de la Cenicienta, y alguien te rescatará y te amará y cuidará de ti para siempre. Y te hará feliz. Y entonces apareció Mark y se la llevó a Hoadley... Su nueva familia.

Y Cally se apartó del piojo y se estremeció, pues el contacto de la nueva familia era tan viscoso y desagradable como el de la antigua.

Por la tarde Cally y los niños fueron a cenar a casa de sus suegros porque había exhibición de difuntos. Cuando el Salón recibía la visita de los deudos ningún olor culinario procedente del apartamento de arriba debía insinuar su grosera presencia en las salas; las carreras, golpes y vociferaciones infantiles quedaban severamente prohibidas y hasta el sonido de unos pasos normales estaba mal visto..., cuando tenía que ir de un lado para otro Cally cubría el suelo con almohadas viejas y caminaba por encima de ellas. Pero la solución habitual era que ella y los niños se marcharan.

Aquel día de mayo, cálido por fin después del largo invierno de Hoadley —el día en que empezaron los presagios—, no había prisa alguna y fueron a pie. Tammy tenía diez años y Owen era un poco más joven que ella: estaban llenos de la energía reprimida típica de los niños que van a la escuela y enseguida echaron a correr. Cally llevaba botas pero ni aun así pudo mantenerse a su altura, y descubrió que tampoco podía seguir con su zancada habitual, el paso rápido que servía para quemar calorías; estaba un poco mareada, ya fuera por los acontecimientos del día o por su habitual estado famélico del anochecer. Se dedicó a observar cautelosamente cuanto la rodeaba, medio convencida que el escaso tráfico de la calle principal iba a convertirse en un ejército invasor. Los conejos de plástico, las estatuillas de cerámica que representaban a niñitos holandeses dándose besos, los patos de madera con alas movidas por resortes tirados sobre el césped de los jardines..., sus ojos veían cómo todo aquello se convertía en algo horrible, y ella no podría hacer nada por evitarlo.

(Aunque, de hecho, los jardines de Hoadley ya le parecían francamente horribles. Los inmensos leones de cemento, las urnas y las fuentes de tres pisos con que Mark adornaba la fachada de su salón de pompas fúnebres tampoco le parecían ninguna maravilla, pero al

menos le agradecía el que su idea de la dignidad correspondiente a semejante negocio le impidiera decorarlo con esas margaritas de plástico cuyos pétalos giraban alrededor de un eje.)

Unas cuantas casas más allá del salón vio a Sojourner Hieronymus sentada en su porche delantero esperando a que llegara la hora de la cena. Cally se paró a hablar con ella. No podría haber pasado de largo en silencio ni aunque lo hubiese querido. El código que regulaba el comportamiento a observar en los porches de Hoadley era muy estricto, pese a que no estuviera escrito en ningún libro. En casos de emergencia y si tenía mucha prisa una persona podía pasar de largo con un gesto de la mano o gritando un saludo, pero después siempre debía dar alguna explicación y más valía que tales emergencias no fueran demasiado frecuentes, pues de lo contrario se sospecharía que el perpetrador de tales faltas era una persona hosca, tenía problemas de hígado y simpatías subversivas. La conducta generalmente aceptada era que los niños debían pararse unos momentos y pronunciar un respetuoso hola antes de salir corriendo para ocuparse de sus cosas, y los adultos debían mantener por lo menos cinco o diez minutos de conversación en la acera o acodados en la barandilla del porche, dependiendo del grado de intimidad y el calor de la relación..., pero nunca debían subir al porche y sentarse a menos que se les hubiera invitado. El porche era una extensión del hogar de quien estaba sentado en él y era tratado como territorio soberano, igual que si fuese una embajada extranjera.

Cally se habría parado a conversar con Sojourner Hieronymus fueran cuales fuesen las circunstancias. Aquella anciana le interesaba, aunque sólo fuese porque en el patio de Sojourner no había mofetas de cerámica, molinillos, farolitos de madera, burritos mejicanos repletos de plantas, flamencos con patas hechas de alambre, bolitas cubiertas de espejitos o baños para pájaros color verde pistacho con la forma de un caballito de mar. Ni tan siquiera cultivaba petunias... Las líneas de su casa, inocentes de todo adorno, escrupulosas y tan volcadas hacia el cielo como las arrugas de su cara, brotaban austeramente de su césped, siempre recortado al máximo. Una escoba y una pala colgaban de la pared de su casa, sostenidas por clavos lo bastante grandes para durar eternamente. Delante del porche un pequeño huerto de forma severamente rectangular alisado con el rastrillo esperaba recibir a tres tomateras encerradas en jaulitas de alambre. Las dos sillas del porche estaban hechas de un frío metal que había sido pintado muchas veces. Junto a la puerta había una caja de madera grisácea para dejar las botellas de la leche. Cally apreciaba a Sojourner Hieronymus y su total ausencia de azucaramiento.

—Buenas noches —le dijo.

En la anciana todo parecía gris: el cabello cubierto por un bonete de oración, la bata casera..., de hecho la bata era de una tela azul adornada con flores descoloridas pero daba la impresión de haberse vuelto tan gris como un pedazo de carne vieja. Sojourner asintió y movió la cabeza señalándole la silla vacía que había a su lado. Cally fue hacia ella y subió al porche. La silla metálica era de ésas que tienen agújenlos en forma de diamante y sólo poseía dos patas, un par de tubos metálicos que brotaban de la parte delantera y se curvaban hasta crear un soporte en forma de U. Cuando te sentabas en ella cedía igual que si tuviera muelles y se la podía hacer temblar hasta que tenías la impresión de estar en la vieja atracción de un envarado parque de diversiones. Las sillas tendrían que haber estado acompañadas por un sofá balancín metálico, pero Sojourner lo había vendido.

—¿Qué tal está?

—¿Qué tal está?

Ninguna de las dos mujeres escuchó la pregunta ni respondió a ella. Aquel ritual no necesitaba respuestas. Sus ojos observaron a los niños que se divertían en la acera, dando palmadas y llamando a un perro de raza indefinida que vivía en el patio contiguo y siempre estaba dispuesto a jugar. Cally no sintió la tentación de contarle a Sojourner algo sobre

aquellas locas experiencias que la estaban atormentando. Sojourner la habría escuchado porque en su vida había algo más que la continua preocupación por los achaques y el funcionamiento del cuerpo que obsesionaba a tantas personas mayores. Y, pese a su bonete de oración, Cally no creía que Sojourner se pusiera a gritar «¡Armagedón!» para acabar cayendo al suelo presa de un ataque epiléptico. Sojourner era demasiado dura y seria para ese tipo de cosas, pero sabía que Sojourner no aprobaría el que estuviese viendo manifestaciones extrañas. Había muy pocas cosas que merecieran su aprobación.

—¿No se te ocurre nada mejor que besar a ese perro? —le dijo la anciana a Tammy—. ¡No sabes dónde ha estado metiendo la nariz!

Tammy le dirigió una sonrisa pensativa, con su chata nariz casi rozando el morro canino que era objeto de tales suspicacias, y no le hizo caso alguno. En una ocasión la señora Hieronymus le dijo que si un gato se mete en la cuna de un bebé recién nacido olerá leche en el aliento del bebé y lo ahogará intentando quitarle la leche de la boca a lametones. Tammy había aprovechado las siestas de su hermano para presentarle a varios gatos del vecindario pero no había obtenido ningún resultado satisfactorio. La señora Hieronymus también le dijo que si un niño muerde una piel de plátano contraerá la lepra. Tammy sometió a prueba en varias ocasiones dicha afirmación metiendo pieles de plátano en la boca de su hermano y haciendo que sus dientes se cerraran sobre su amarillenta amargura. Sus observaciones tampoco produjeron ningún resultado satisfactorio, salvo el revelar que Owen sentía un feroz odio hacia los plátanos. Ahora Tammy pensaba que escuchar a la señora Hieronymus era perder el tiempo.

Cally cambió de tema.

—¿Conocía a la señora Zepka?

Era la difunta que ocupaba la Sala Melocotón, la que le había mirado como se supone que no ha de mirar un cadáver, por breve que fuera esa mirada. La pregunta de Cally era una velada petición de información que Sojourner se apresuró a proporcionarle.

—Estaba divorciada y era atea. —La señora Hieronymus bajó el tono de voz para que palabras tan peligrosas no pudieran llegar hasta los niños—. Enterrarla en suelo consagrado es una blasfemia pecaminosa. No sé en qué está pensando el reverendo Barkey... Y todo porque su padre está en el concejo municipal.

En Hoadley la palabra «ateo» sólo significaba que no ibas a la iglesia. «Gigi» Wildasin era una «atea». A Cally le encantaría poder ser atea, pero el negocio de Mark dependía de los que iban a la iglesia.

—Dicen que murió de un aneurisma —dijo Sojourner—, pero yo he oído contar algo distinto. —La anciana bajó un poco más la voz hasta dejarla convertida en un ronco murmullo—. He oído decir que dormía desnuda y he oído contar que un murciélago entró en su habitación cuando dormía. Ya sabe cómo son los murciélagos, se meten por cualquier agujero... Bueno, pues le entró por la vagina y cuando despertó ella no sabía lo que le había pasado. Creyó que todo había sido un sueño. —Sojourner le imprimió un leve énfasis desaprobatorio a la palabra «sueño» y su voz volvió enseguida al tono horrorizado anterior—. Y el murciélago se le pudrió allí dentro —susurró—, y la envenenó y ella murió por culpa de eso.

Cally fue salvada de tener que reaccionar a tal revelación por Oona Litwack, quien salió al porche de su casa sonriente y con el cabello todo vaporoso.

Las dos casas se hallaban casi pegadas la una a la otra pues formaban parte de la misma estructura, un dúplex. El porche de Oona, idéntico al de Sojourner, contenía un paquidermo blanco que le llegaba a la cintura y que le servía de maceta a una inmensa planta muerta, varias mesas plegables de plástico blanco que sostenían macetas con coleus, una inmensa rana de cerámica que le hacía de tope a la puerta y un koala de mimbre situado junto al balancín del porche que acunaba unas revistas pegadas a su pecho barnizado. Oona había usado el pequeño patio delantero para darle rienda suelta a su habitual demencia de primavera, cavando en el jardín con alegre abandono y

esparciendo la tierra hasta que sólo dejó un retazo de césped, y llenándolo luego con una dispersa exuberancia de molinos en miniatura, ardillas de plástico, impatiens, cosmos, Bambis tumbados, enanitos, dalias y dragoneras. Cally sabía que a finales de año el jardín parecería una jungla pues las flores y los hierbajos acabarían con las buenas intenciones de Oona. Las ardillas de ojos azules sentadas sobre sus traseros asomarían la cabeza sonriendo por entre toda aquella confusión. Al otro lado de la línea divisoria, en la propiedad de Sojourner, tres tomateras asentirían apaciblemente dentro de sus jaulitas de alambre. La doble casa no podría haberle presentado al mundo un rostro más contradictorio, ni aun suponiendo que fuera Barry Beal.

Oona Litwack era una mujer regordeta y canosa que vestía pantalones de poliéster y lucía unos rizos de aspecto perruno que a Cally le hicieron pensar en las limaduras de coco.

—Miren lo que he conseguido —le trinó a Sojourner y Cally, enseñándoles los objetos que colgaban de su mano. Eran unas campanillas de macramé y cerámica en forma de buhos, obviamente encontradas en alguna venta de trastos viejos.

—Si se pasa mucho tiempo escuchando el ruido que hacen esas cosas se volverá sorda —le dijo Sojourner con voz sombría.

—Bueno, entonces no podré oír a Gus cuando me llame —replicó Oona y, con más entusiasmo que prudencia, trepó a su balancín para colgar su hallazgo entre una impresionante colección de tientos recubiertos de macramé, más campanillas y unos *objets d'art* giratorios a los que sería muy difícil darles nombre hechos con botellas de Orange Crush de dos litros. Empezó a moverse con el balancín, se agarró al poste del porche y se quedó quieta con los ojos clavados en la calle.

—Eso es alguien montando a caballo, ¿no?

Cally sonrió.

—¿Nunca ha visto a Elspeth cuando va a recoger el correo en su apartado postal? Ata las riendas a un parquímetro...

Cally se volvió a mirar y su sonrisa se desvaneció. No era Elspeth.

—No sé qué razón puede tener la gente para montar a caballo —dijo Sojourner con voz severa, sabiendo que Cally montaba varias veces a la semana—. Nunca sabes qué puede hacer el caballo. Y la altura a que vas... Los pájaros vuelan demasiado cerca de tu cabeza, se te enredan en el pelo y te dan picotazos en los ojos.

Sin saber por qué, Cally se puso en pie y bajó los peldaños del porche. Fue hacia donde estaban sus niños y colocó una mano sobre cada uno para protegerlos de algún peligro ignorado mientras la mujer pasaba junto a ellos como la hilacha de un sueño surgido de los abismos del tiempo.

Era una mujer joven, tan hermosa que Cally enseguida supo que nunca la había visto en Hoadley: si fuese conocida por alguien del pueblo Cally ya habría oído hablar de ella, tan inolvidable, simétrica y fantasmagórica era la belleza finamente moldeada de su rostro... Su larga cabellera color rubio luna caía en ondulaciones sobre sus hombros hasta llegar a la grupa del caballo blanco y por un instante Cally pensó vagamente en lady Godiva, aunque esta joven belleza iba vestida con un sencillo traje parecido a una llama que la cubría hasta los pies. Sus ojos, perdidos entre una neblina de sombras azules, parecían inmensos. La desconocida, fuera quien fuese, no volvió la cabeza ni miró a quienes estaban en la acera contemplándola boquiabiertos —pues Cally y sus niños no eran los únicos—, sino que siguió con los ojos clavados en la lejanía. No dijo nada. Cabalgó por la calle principal y su caballo mantuvo un paso vivaz y alegre mientras mordisqueaba el bocado. En cuanto hubo doblado la curva que había bajo el puente del ferrocarril Cally ya no pudo seguir viéndola.

Y aunque sus niños estaban tirando de ella y parloteando Cally se volvió hacia Sojourner Hieronymus y le preguntó:

—La ha visto, ¿verdad? Usted también la ha visto, ¿no?

—Vi a una joven desvergonzada que montaba un caballo blanco —respondió secamente Sojourner.

—El caballo... —murmuró Cally. Aquella extraña mujer de belleza tan increíblemente excesiva no había entrado en Hoadley por casualidad, Cally estaba segura de eso. Su aparición había sido cuidadosamente preparada. Conseguir que el pelaje de un caballo tuviera esa blancura requería horas de trabajo. El animal había sido acicalado como para participar en un desfile. Y en cuanto a la desvergonzada, ¿montaba realmente a la jineta? ¿O había sido una ilusión causada por aquella tela iridiscente roja como una llama, un mero efecto de su elaborado atuendo? Cally recordaba haber visto una brida enjorada con un reluciente círculo de bronce a la altura de la mejilla. Con esa brida, la coraza del pecho que hacía juego, las crines revueltas y los cascos brillantes el caballo parecía..., parecía..., bueno, no se parecía a ninguno de los caballos que Cally había visto en su vida. Su conformación no encajaba con la de ninguna raza conocida por ella. Un perfil recto, la cabeza erguida y altiva, la delgadez de los miembros y esa blancura...—. Parecía un caballo de tiovivo —dijo Cally en voz alta.

Naturalmente. Ese círculo de bronce era el número que identificaba al caballo. Si hasta tenía los ojos en blanco y la boca abierta enseñando los dientes como el caballo de un tiovivo... Cally dudaba de que hubiera un solo caballo de tiovivo que tuviera la boca cerrada.

—Yo nunca dejaría que mis hijos subieran en un tiovivo —declaró Sojourner—. Cuando esos caballos empiezan a subir y bajar les salen serpientes por la boca. Conocí a un niño que se montó en un tiovivo y un montón de víboras cabeza de cobre salieron de la boca del caballo y le mordieron. La muerte se lo llevó allí mismo, sentado en ese caballo.

Cally se quedó sin habla. A lo largo de los años se había acostumbrado al hecho de que Sojourner no aprobaba el helado («¡No sabes qué le han metido dentro!»), los libros, las mariposas, las campanas, los árboles («¡Nunca sabes qué puede caer de ellos!»), los cachorros, los trituradores de basura y las telas que no necesitaban ser planchadas, pero acababa de llegar a los límites de su creencia en lo negativo: nadie podía odiar a los caballos de tiovivo.

Oona Litwack había aprendido hacía mucho tiempo que sus deberes de buena vecina incluían el no escuchar ni una sola palabra de lo que decía Sojourner, y su voz de pájaro trinó intercalando un comentario a lo dicho por Cally.

—Antes teníamos un tiovivo maravilloso. Estaba en el parque del tranvía.

—¿El parque del tranvía?

—¿No lo sabía? Hoadley tenía un tranvía y había un parque de atracciones al final de la línea, en pleno campo, con un tiovivo y todo lo demás. Así la gente podía ir allí con sus familias los domingos por la tarde y todo el mundo se lo pasaba muy bien.

—Y la compañía del tranvía ganaba montones de dinero —añadió Sojourner.

—Oh, ya sabe que entonces a nadie le importaba demasiado el dinero. Cuando nos subíamos al tiovivo nos olvidábamos de todo lo demás. Sí, aquellos días eran realmente maravillosos... Teníamos la sensación de que había un futuro esperándonos.

—El tranvía sólo servía para que las jovencitas salieran la noche del sábado y perdieran la decencia —dijo secamente Sojourner.

—No perdían la decencia, se casaban —dijo Oona con voz jovial—. Así me casé yo... ¿No es verdad, Cally? Ya sabe lo que dicen: el primero llega en cualquier momento y después de ése hacen falta nueve meses.

Cally no la estaba escuchando. Había empezado a soplar un poco de brisa y sus ojos no se apartaban de los numerosos molinillos de Oona que giraban, giraban, giraban... Saludó con la mano a las señoras inmóviles en sus porches y reanudó el camino, pensando vagamente en Yeats y en sus giros, el gigantesco carrusel del tiempo... Alzó los ojos hacia el cielo y contempló los haces luminosos que se abrían paso por entre las nubes que cubrían Hoadley, como si fueran radios de oro polvoriento unidos a una rueda celestial. A

Cally siempre le había gustado contemplar el cielo. Solía alzar los ojos hacia él con mucha frecuencia: cuando iba a comprar, durante la clase de lecturas bíblicas, en el dentista... El cielo le hacía sentir como si estuviera montada en un caballo volador, alargando la mano para coger un anillo de bronce eternamente situado allí donde no podía alcanzarlo. La imagen de los gansos volando en el otoño y los gritos con que se llamaban los unos a los otros bastaban para llenarla de un agradable y melancólico anhelo. Sí, eran la mismísima canción del cielo. Si tenía tiempo para perderse en él un crepúsculo bastaba para hacer que los ojos se le llenaran de lágrimas. Y los rayos del sol girando sin parar, señales del tiempo que pasaba...

Sus hijos le tiraron de las manos.

—¡Si una persona mira demasiado tiempo el cielo acaba volviéndose loca! —gritó Sojourner a su espalda.

«Gigi» Wildasin fue la primera en afirmar que algo extraño estaba pasando. No estaba asustada, oh, no, no la vieja y dura «Gigi», la cínica de ojos límpidos con aquel apodo aparentemente francés... «Gigi», le explicó a Cally, Elspeth y Shirley en el establo, no era más que «G. G.», Gladys Gingrich, su nombre de soltera. («¿Y quién diablos puede tener ganas de ir por el mundo llamándose Gladys?») No les dijo que en ciertos ambientes de la secundaria y la escuela de enfermería también había sido llamada «T. F.», o «Trasero Feliz», una traducción literal de ese «Glad Ass» que había surgido como alteración chistosa del «Gladys» con que había sido bautizada. Y, desde luego, había buenas razones para que su trasero hubiera recibido el calificativo de feliz... Pero aquellos recuerdos de sus escapadas sexuales sólo eran asunto suyo, por muy agradables que le resultaran. «Gigi» solía pregonar su opinión sin tapujos sobre casi todo, pero tenía sus asuntos íntimos, las cosas secretas que guardaba para sí misma.

Cally sabía que algo extraño estaba pasando pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Sus niños lo sabían y no estaban asustados: se limitaban a observar con esos ojos suyos, aquellas pupilas de conmovedora belleza que le servían de velo a sus extraños pensamientos propios, tal y como han hecho siempre los niños en todas partes. Pero «Gigi» veía lo que había por ver y, como era costumbre suya, decía lo que pensaba al respecto y el destinatario de esas opiniones fue Homer, quien se enteró de ellas cuando «Gigi» volvió a casa para prepararle la cena.

Se había pasado el día en el establo, naturalmente. Le gustaba estar allí, y solía visitarlo a horas intempestivas: el amanecer, el ocaso o a finales del atardecer, cuando las jóvenes esposas como Cally Wilmore tenían que volver corriendo a sus casas para recibir a los niños que salían de la escuela y preparar apresuradamente la cena. Tiempo atrás «Gigi» decidió que si ella no estaba en casa su esposo tendría que prepararse la cena. El único sistema de protesta utilizado por su esposo, Homer Carville Wildasin, era el no comer ni tan siquiera un bocadillo: cuando su mujer no estaba en casa para alimentarle iniciaba una silenciosa y ceñuda huelga de hambre. Homer pasaba mucha hambre.

Ah, las esposas jóvenes... No tenían el coraje de plantarle cara a sus maridos. «¿Cómo conseguiste que Homer te comprara a "Aceite de serpiente"?», le preguntó un día esa debilucha de Cally cuando estaban dando un paseo a caballo. Mark, el esposo de Cally, insistía en que debía llevar ese ridículo sombrero cubierto de terciopelo y montar sólo la yegua «a prueba de accidentes» que él le había comprado, y la pobrecita no sabía qué hacer al respecto. Esa boba... «Gigi» sabía que Cally la apreciaba. La admiración de Cally la divertía porque se basaba en un error de apreciación. Había unas cuantas cosas que Cally no sabía o no comprendía sobre ella. Cally era inocente, normal y demasiado nerviosa y revelarles los hechos de la vida tal y como ella los percibía hacía que «Gigi» sintiera una especie de amargo placer.

Por fortuna las mujeres que montaban a caballo juntas no hablaban de los temas que llenaban sus sesiones de café vespertino: no hablaban de recetas, limpiadores de

alfombras, problemas de pañales o los tópicos habituales en las cenas organizadas por la iglesia. Sus conversaciones eran mucho más profundas y giraban en torno a los esposos, los niños, los caballos, los esposos, otras ocasiones en que habían montado a caballo, las cosas que habían visto y sentido... Y las culpas, las alegrías, las infancias (sus infancias), la adolescencia, la madurez y la esperanza. Y los esposos. Y los hombres en general. Los hombres eran un tema muy abordado pues los caballos eran un dominio reservado a las mujeres lo bastante osadas y locas para atreverse a reclamarlo. Algunas clientas del establo de Shirley no eran más que adolescentes con la cabeza hueca pero no había ningún hombre o muchacho. «Gigi» sabía para qué servían los hombres. Los hombres se encargaban de proporcionar los artículos auxiliares —fotos, herramientas, admiración—, y los servicios de apoyo, como herrar los caballos, hacer de veterinarios, suministrar paja, pienso y dinero.

—¿Te costó mucho convencer a Homer? —le había preguntado Cally, clavando los talones en los flancos de su lenta y perezosa «Paloma» mientras «Gigi» flotaba por delante de ella con el grácil trote de «Aceite de Serpiente».

—No.

—Ese hombre debe ser un santo —dijo Cally.

—De santo nada —replicó «Gigi»—. Si no tuviera cáncer no tendría una montura que vale cinco mil dólares. Pero lo tengo. Tengo seis clases distintas de cáncer y puedo conseguir todo lo que quiera.

Shirley y Elspeth, que iban detrás, pusieron ojos de asombro y no dijeron nada.

—¿Cáncer? —susurró Cally, que estaba más acostumbrada a la muerte y a hablar de la muerte que ellas (aunque le costaba mucho hablar del sexo).

—No hay nada como el cáncer para salirte con la tuya. El SIDA no sirve porque sólo lo pillas si te has portado mal. Pero con el cáncer..., no eres más que una pobrecita desgraciada. —«Gigi» se volvió hacia los tres rostros perplejos que la contemplaban y curvó sus labios en una especie de extraña sonrisa invertida—. ¡Caray, mujeres! No hace falta que os desmayéis... Llevo muriéndome desde que nací.

Cally le lanzó una mirada de asombro.

—¿Has estado leyendo a Dylan Thomas?

Pero aquella mujer de modales toscos y cuerpo endurecido se limitaba a pregonar la verdad tal y como ella la veía. Había nacido con tumores malignos en su cuerpo de bebé. Los médicos se los extirparon y unos años después intentaron mejorarla un poquito más quitándole una gran mancha de nacimiento color rojo cereza que tenía en el brazo. Le pusieron radio —en aquella época la ciencia médica había utilizado nuevos y maravillosos tratamientos para las enfermedades de la piel, como por ejemplo los rayos X para el acné—, y Gladys todavía recordaba cómo sus bienintencionados padres habían tenido que sujetarla durante las dolorosas aplicaciones del radio. Algunas le produjeron quemaduras, dejándole el brazo lleno de señales blancas y tejido cicatricial que aún conservaba. Y, naturalmente, sus células corporales seguían llevando dentro el potencial de su propia destrucción. Cada vez que veía al chico que tenía esa horrible marca de nacimiento en la cara, Barry Beal, pensaba en decirle lo afortunado que era al haber conseguido que no le curaran hasta matarlo.

—Creo que si sumas lo que me falta y lo que aún tengo, ganaría lo que me falta —le dijo a Cally.

Como un árbol viejo y capaz de resistirlo todo, con el tronco hueco inclinado hacia un lado, pudriéndose por dentro, la mitad de las ramas muertas y a punto de caerse, pero con las raíces tozudamente hundidas en el suelo, conservando todavía esa manchita de verdor en lo alto de la copa... Y con la corteza tan dura como el hierro.

—Cada vez que entraba en ese maldito hospital para que los doctores me quitaran otro pedacito, me hacía la promesa de que un día obtendría algo a cambio —había dicho—. Y no aceptaría un no por respuesta. El cáncer tiene una cosa buena: hace que

cuantos te rodean se sientan culpables por no tenerlo, y así conseguí mi primer caballo, y luego lo vendí y conseguí a «Aceite de serpiente».

El caballo de raza appaloosa era hermoso de cuerpo pero no de color. «Aceite de serpiente» tenía ese color confuso y lleno de manchitas típico de un camino de tierra en pleno verano, amarronado por el polvo y salpicado por el blanco de la gravilla. No importaba. «Gigi» adoraba a su castrado. Homer había tenido que pagar mucho dinero por él.

Y así son las cosas, pensó «Gigi», contemplando a Homer durante la cena en su pequeña casa de la calle del ferrocarril de Hoadley, donde habían vivido desde que se casaron. *Las cosas son como son, y en este momento las cosas son algo extrañas.*

—Homer, los campos están llenos de cigarras —le dijo—. Pero no deberían estar ahí.

Homer se limitó a gruñir con la boca llena de macarrones y queso. Oh, cómo le habría gustado comer unos buenos macarrones caseros con queso, y no este maldito mejunje sacado de una caja... Se había pasado toda la vida deslomándose en la acería, haciendo turnos dobles y a veces hasta triples para que tres chicos pudieran asistir a la universidad, y lo único que deseaba de su mujer era que se ocupara de la casa y de los chicos y le hiciera comidas sabrosas. Su mujer había estudiado enfermería porque sus padres la habían obligado a ello pero Homer sabía que odiaba esa profesión y jamás había intentado conseguir que la ejerciera. La jubilación acabó llegando —Homer logró jubilarse justo antes de que cerraran la acería—, y aquí estaba ahora, en la misma situación de esos jóvenes sin empleo que rondaban por la casa sin nada que hacer salvo ir a pescar, y ahora podría pasar un poco de tiempo con ella y su mujer le había hecho ocupar el segundo puesto de su vida, poniéndole detrás de un maldito caballo... Hubo un tiempo en que la idea de perderla bastaba para hacerle un nudo en la garganta —sus primeras visitas al hospital estuvieron a punto de acabar con él—, pero ahora ya no sentía ningún nudo en la garganta. Y, desde luego, no tenía ganas de oír sus noticias traídas del establo.

—Y Shirley dijo que le ocurrió algo extraño. Compró una de esas cosas para poner en lo alto de los graneros, un pájaro del amor, y cuando se lo trajo a casa resultó que se había convertido en una maldita langosta. Y ahora ha vuelto a convertirse en un pájaro. Dice que tiene la sensación de estar volviéndose loca.

—No me sorprendería —gruñó Homer. Tenía una opinión muy baja de Shirley, aunque no la había visto nunca. «Gigi» le ignoró.

—Y dijo que Cally volvió de montar con la misma cara que si hubiese visto a un fantasma. Y luego está lo de esa mujer que recorrió la calle principal montada a caballo...

Homer la interrumpió. Ya había oído más que suficiente sobre la mujer que había cruzado Hoadley montada a caballo.

—Supongo que si una persona tiene ganas de vestirse como Robín Hood y recorrer la calle principal montada a caballo tiene todo el derecho del mundo a hacerlo, ¿no? —se quejó. Homer sólo interpretaba el papel de abogado de las libertades civiles cuando no quería seguir oyendo más comentarios sobre alguien.

—No iba vestida como Robín Hood. Llevaba una especie de traje largo. Y no me refiero a eso, Homer. El problema es que nadie la conoce. Conozco a toda la gente que monta a caballo en kilómetros a la redonda y no tengo ni idea de quién puede ser.

—Según mis últimas noticias, en el mundo aún quedan personas a las que no conoces.

—¿Y qué razón puede tener alguna de ellas para venir a Hoadley?

Eso logró hacerle callar. Hoadley, perdida en los Appalaches de Pennsylvania, no podría haber estado más olvidada o aislada. Los barones del carbón la habían violado y habían seguido adelante, dejando a su espalda muertos con los pulmones negros y los montones de escoria que los mineros llamaban pilas de huesos. Las acerías se estaban

convirtiéndose en esqueletos oxidados. La tierra estaba saturada de venenos. Los arroyos tenían el agua de color naranja. Pero la comunidad seguía viviendo, alimentándose de la generosidad gubernamental y devorándose a sí misma como si fuera un caníbal. Para casi todos los que vivían aquí —habían vivido allí toda su existencia, y era frecuente que hubieran pasado toda su vida en la misma casa, con los mismos amigos, los mismos enemigos, los mismos e irritantes lazos de parentesco y religión—, Hoadley seguía estando en el centro del tiempo y el espacio y más allá de las montañas el mundo seguía girando cada vez más deprisa, acercándose al final del milenio.

«Gigi» decidió aprovechar la ventaja momentánea que había conseguido.

—Sabes tan bien como yo que aquí nunca viene nadie.

Homer lanzó un bufido.

—Probablemente será alguna campaña publicitaria. Estarán anunciando algún producto nuevo.

—¿Quién escogería este sitio para empezar una campaña publicitaria? Aquí no hay dinero, Homer Wildasin, y tú lo sabes.

Homer puso los ojos en blanco.

—Algo muy extraño está pasando —dijo «Gigi» en voz baja.

Homer se levantó de la mesa; no creía haber comido lo suficiente pero se daba cuenta de que no iba a conseguir ni un bocado más. Pasaría las horas que faltaban para acostarse examinando un catálogo de armas. Homer Wildasin poseía el perverso y algo retorcido orgullo de un mártir. Sufrir en un noble silencio era preferible a hablar en voz alta..., especialmente cuando una mujer no le estaba atendiendo como debería hacerlo, y especialmente cuando una mujer estaba demostrando lo estúpida que era.

La casa de mamá Wilmore no era un ejemplo tan extremo como el de Oona pero podía considerarse una muestra típica de cuáles eran los gustos de Hoadley: en la ventana había un cactus con un sombrero de ganchillo hecho especialmente por mamá Wilmore. El cactus se llamaba Fred. Al lado de Fred había una botella vacía que había contenido un producto Avon: estaba hecha de cristal ambarino con manchitas plateadas y tenía la forma de un pavo. Al otro lado había una cabeza de caballo de cerámica con rosas de plástico asomándole detrás de las orejas. Mamá Wilmore recibió a Cally y los niños en la puerta —sin dar muestras de sorpresa, pues llamaba al propietario del salón de pompas fúnebres varias veces al día—, y también ella llevaba un sombrero de ganchillo muy parecido al del cactus: el sombrero servía para aliviar su neuralgia. Lo llevaba tanto en invierno como en verano, tanto dentro como fuera de la casa. Pero ella no se llamaba Fred. Se llamaba mamá. Cally no la conocía por ningún otro nombre. Quizá no lo tuviera.

—Cally, ¿viste a la chica que montaba a caballo? Era muy guapa, ¿verdad?

Cally pensó que sólo mamá Wilmore o alguna otra mujer de Hoadley perteneciente a la vieja generación habría sido capaz de referirse a la aparición usando las palabras «chica» o «guapa», y pensar en ello le hizo sentir cierta amargura. Mamá Wilmore era capaz de contemplar una buganvilla en todo el increíble y exuberante esplendor de su floración y decir que era «una planta muy mona», tal y como hacía con las hidrangeas que había junto a la puerta de su sótano, unas flores que parecían estar hechas de papel y cambiaban de color como si fueran litmus según la profundidad alcanzada por los meados de perro que iban impregnando sus raíces.

—¿Sabes montar tan bien como ella? —Mamá Wilmore jamás esperaba el tiempo suficiente para obtener una respuesta, dando la impresión de que sus preguntas eran mayormente retóricas y que su objetivo era provocar la reflexión en el oyente. Con Cally normalmente lo conseguían. Mamá Wilmore nunca habría podido imaginarse el papel inspirador que sus palabras jugaban en los pensamientos de su nuera.

La televisión estaba encendida y, como de costumbre, no había nadie viéndola. Cally le echó un fugaz vistazo a la pantalla —estaban volviendo a pasar un episodio de los Smurfs—

, y recordó con melancolía lo emocionante que le había parecido la televisión de niña, antes de la censura. Desde que los fundamentalistas llegaron al poder ni la televisión ni los periódicos contenían nada que valiera la pena. Teniendo en cuenta sus convicciones liberales, le parecía algo extraño que la censura de lo que podía ver por televisión fuera más irritante que la censura impuesta a las noticias y las ideas, aunque resultaba menos aterradora que la pérdida de las libertades civiles.

Mamá Wilmore no conocía el concepto de la libertad de escoger. Cally nunca había tocado el tema —aprendió a una edad muy temprana que era mejor no menear la barca familiar—, pero estaba bastante segura de que su suegra aprobaba la ley contra el aborto.

Mamá sirvió la cena sin apagar la televisión.

—Cally, esa chica del caballo blanco... —insistió, alzando la voz para dominar el clamor de los dibujos animados—. ¿Sabes quién era?

Siguió volviendo sobre el mismo tema durante toda la cena. Mamá parloteaba y papá Wilmore le sonreía desde el otro extremo de la mesa divirtiendo a los niños con su mano, que era capaz de representar en forma muy convincente a un hombre lobo, un murciélago y otras bestias diabólicas. Papá Wilmore había perdido casi todos los dedos en un accidente ocurrido durante la recogida del maíz cuando era niño y al parecer el accidente también había servido para aflojarle algunas articulaciones, pues era *capaz* de manipular los muñones de una forma realmente espantosa. Tammy y Owen siempre acababan gratificándole con chillidos de horror y admiración.

—Elmo, para ya —ordenó mamá Wilmore sin enfadarse. Las cejas en forma de ala de su esposo indicaban que tenía un temperamento algo difícil, y cuando se casó con él ya lo sabía—. Cally, come algo. Me preocupas. Te estás matando de hambre y uno de estos días conseguirás que se te lleve el viento.

La cena consistía en asado, guarnición de verduras y puré de patatas, y Cally no estaba probando ninguna de las tres cosas. Veía cómo los niños engullían la comida y sabía lo sabrosa que debía estar; la cocina de mamá Wilmore siempre era excelente. Sintió los pinchazos de su estómago vacío y la ira contenida. El dolor era una recompensa muy superior a cualquiera de las que hubiese podido proporcionarle la comida. Ella era Cally, la Señora de su Yo, y estaba por encima de todo esto. Jamás sería como esas vacas de Hoadley. Jamás sería carnosa, complaciente y cotilla como ellas. Sabía que Mark detestaba a su madre. Jamás la detestaría de esa manera. Cally estaría tan delgada como una princesa y Mark la amaría.

La familia era la familia y al parecer no había forma de escapar a ella. Pero su cuerpo le pertenecía y cuánto más la apremiaba mamá Wilmore a comer, más cortésmente se negaba Cally a hacerlo.

CAPÍTULO CUATRO

Shirley estaba junto a la valla, esperando: no era su forma habitual de pasar el tiempo, al menos no cuando podría haber estado haciendo algo, pero la calina amarillenta que se cernía sobre Hoadley parecía cargada de una tensa espera.

Estaba apoyada en la valla que rodeaba a la casa: era su valla de ya-verán, y no se parecía en nada a una valla corriente de granja. La había construido usando postes y alambre de gallinero, y el alambre no tenía como propósito el que algo o alguien se quedara a un lado o a otro de la línea divisoria, ni tan siquiera las gallinas... Casi habría podido limitarse a clavar los postes en el suelo, pues el alma de la estructura se hallaba en los postes. Sobre cada uno había colocado un caballo, un caballito de plástico con su silla estilo Viejo Oeste y sus bridas cubiertas de remaches, y los adornos eran tan inseparables de los caballos como sus crines onduladas y sus colas que parecían talladas a golpes de cuchillo. Pinto, ruano, bayo; ojos muy grandes, dientes de aspecto amenazador, cabezas inclinadas,

caballos lanzados a un salvaje galope que habían sido rescatados de los basureros, las buhardillas y los patios traseros invadidos por las malas hierbas de toda California..., un muestrario de caballitos minúsculos y rechonchos de feroz apariencia que habían soportado las cabalgadas de los niños y los gritos con que les daban ánimo. Shirley había remendado cuidadosamente los agujeros de sus hombros y sus flancos, ocultando las perforaciones causadas por los resortes o el sitio del que habían sido arrancados los balancines.

Elspeth se había encargado de pintarlos usando expertamente el aerógrafo y acompañando su tarea con un sinfín de quejas. Ahora los caballitos rodeaban la granja, suspendidos a un metro veinte de altura, con un poste sosteniendo cada vientre tensado en el acto de volar. Eran una auténtica preciosidad...

Shirley había sacado la idea de un sito que había visto en algún lugar del oeste, un cobertizo con calaveras de vaca colocadas encima de los postes: las calaveras alternaban el color amarillo de un autobús escolar y el negro noche. A Shirley el espectáculo que ofrecían le pareció un tanto ominoso y deprimente, como si estuvieran alterando el equilibrio de las cosas mundanas hacia el lado más oscuro, y su instinto la impulsó a ponerse en acción creando un contrapeso. Las calaveras de vaca negras y amarillas eran horribles. Sus caballitos eran hermosos. Shirley había ocupado su lugar en la línea de combate. Para ella, era así de sencillo.

Apoyó los hombros en un diminuto palomino inmovilizado en un enloquecido galope y observó a Elspeth, que estaba entrenando a su yegua en la pista circular, haciéndole dar vueltas y más vueltas.

Tener a Elspeth en la granja era como vivir con un animal exótico, una cría de jaguar o algo parecido. Elspeth sólo servía para ser contemplada. Shirley había creado la granja a partir de la nada arrancando los matorrales de zumaque, moras y zarzales, había levantado las vallas electrificadas para el ganado y había construido el anillo de cañería y caucho negro tomado de las cintas transportadoras de las minas, había limpiado bañeras viejas para que sirvieran como abrevaderos, había cavado las zanjas de los desagües y había transportado las balas de paja mientras Elspeth se quedaba sentada con las piernas cruzadas en lo alto de su castillo, haciendo bosquejos y bajando de vez en cuando los ojos hacia el sitio donde Shirley estaba trabajando en aquel momento. Y a Shirley no le importaba. Le gustaba sentir la caricia del viento y el sol, trabajando duro y cuanto más duro fuera el trabajo mejor para ella. Y le gustaba tener cerca a su cría de jaguar y cuidar de ese inteligente animal doméstico que sabía pintar acuarelas y óleos. Dócil y llena de adoración, vivía sintiendo un cierto temor hacia Elspeth y procuraba mantenerse lejos de sus garras.

Mientras observaba a la artista que montaba a caballo en sus ojos había algo más fuerte que el amor normal y corriente, pero aun así sus grandes labios se curvaban en una mueca de diversión. Elspeth había logrado encontrar otro de sus extraños atuendos. Vestía una especie de túnica demasiado grande para ella, unos leotardos rojos y unas botas marrones de cuero flexible que le llegaban hasta más arriba de las rodillas y que casi se unían al dobladillo de su túnica estilo Robin Hood. Una de sus manos tiraba continuamente del cinturón que completaba el conjunto intentando mantenerlo bajo control y la yegua trataba de arrancarle las riendas de la otra mano, con el resultado de que también ella perdía el control de su galope. Elspeth maldecía igual que un camionero y la sonrisa de Shirley se fue desvaneciendo poco a poco: esperaba que Elspeth no acabara enfadándose demasiado con la yegua... Cuando pintaba Elspeth podía ser increíblemente paciente pero la gente y los animales enseguida la sacaban de quicio.

Cally Wilmore entró por el camino levantando un chorro de polvo y aparcó junto al granero haciendo repiquetear la grava. Shirley salió de su desacostumbrada inactividad y fue hacia ella. Elspeth, que siempre era muy consciente de lo que hacía cuando Cally estaba presente, se calló a mitad de una maldición. Un instante después «Gigi» Wildasin

apareció igual que una tempestad de polvo montada en su enorme coche.

Si no había problemas de horario, todas aquellas mujeres solían reunirse los fines de semana para montar a caballo sin verse obligadas a soportar las risitas de las adolescentes. Shirley fue en busca de «Dama sombría», su delgada y elegante yegua pura sangre.

«Gigi» siguió sentada detrás de su volante recubierto de cuero y vio cómo Cally entraba en el establo. Sonrió, haciendo que los dientes de la mandíbula superior y los de la inferior encajaran los unos en los otros. Sabía muy bien lo que estaría pensando mientras caminaba con esas botas suyas, delgadas como cañerías. Cada vez que Gladys «la Trasero Feliz» se ponía sus apretados pantalones de montar hechos de ante y sus negras botas de caña, tenía la sensación de que su flácido culo empezaba a balancearse ligeramente y que su zancada se alargaba ganando unos cuantos centímetros cargados de arrogancia y seducción. «Gigi» sabía muy bien lo que Cally pretendía conseguir cuando pasaba ante su esposo para ir a montar: esperaba que Mark se fijara en ella. «Gigi» hacía lo mismo con Homer y podría haberle dicho que era inútil. Los hombres siempre acababan convirtiéndose en cascarones resecos antes de que la mujer empezara a notar algo. Pero eso no le impedía menear el trasero, y sabía que probablemente tampoco impediría que Cally meneara el suyo. Ese trasero en el que apenas si quedaban unos gramos de carne... El trasero de Cally no era mucho más grande que dos granos de café colocados encima de un palo. Qué estupidez: matarse de hambre pensando que eso le serviría para conseguir que su marido la amase... «Gigi» podría haberle dicho que con los hombres eso no servía de nada.

Cally no le caía mal del todo. Para «Gigi» Homer tenía la misma importancia que sus sabuesos, unos animales estúpidos que sólo servían para cazar, pero apreciaba a Cally y a Shirley. Aun así, era lo bastante anticuada para no permitirse el maldecir o el sentir deseo hacia otro hombre que no fuera Homer, ya que estaba casada con él. Pero, al menos, podía apreciar a las mujeres. Para la manera de pensar de la gente de su generación el que una mujer sintiera afecto hacia otras mujeres no era un acto de infidelidad. «Gigi» no era una inocente como Cally; comprendía a Shirley, sabía lo que era y no le importaba, al menos mientras se limitara a Elspeth. Después de todo, era algo muy natural. A «Gigi» no le importaba lo que dijeran los predicadores; había observado a los caballos en los pastizales y a los perros en los patios, y sabía que eso era algo tan natural como lo otro. «Gigi» era una auténtica librepensadora, hasta tal extremo que no tenía amigas de su edad. Ésa era la razón de que le gustaran las mujeres con las que montaba a caballo (salvo Elspeth; no podía tenerle mucho respeto a una tortillera que se negaba a actuar con honestidad y ser una tortillera) y por eso apreciaba a Shirley y Cally.

Y amaba a su caballo. Sólo las personas que han dejado de amar a sus compañeros e hijos amaban a sus animales domésticos de la forma en que ella amaba a ese caballo. Sabía que Homer sentía el mismo amor hacia sus perros, y se daba cuenta de que Cally seguía amando a Mark porque Cally no amaba a esa plácida y encantadora yegua suya llamada «Paloma». Se limitaba a montar en ella. Pero «Gigi» podía comprender eso. A «Gigi» no le importaba utilizar a los animales o a las personas.

Recordaba que hubo un período de su vida durante el que amó a Homer. Quizá diez años antes todavía siguiera amándole pero Homer era como todos los hombres que conocía: sólo pensaba en su trabajo, sus cacerías y su cerveza, y quería que ella se ocupara de todo lo demás. Y «Gigi» sentía un agudo desprecio hacia las labores domésticas. Santo Dios, cómo las detestaba, igual que su madre las había odiado antes que ella, y ese odio había hecho que mamá se convirtiera en una arpía cuando podría haber sido una mujer dulce y encantadora... A «Gigi» le habría gustado trabajar. No quería ejercer la enfermería; sus padres la habían obligado a estudiar esa profesión y, de repente, cambiaron de parecer y le prohibieron que aceptara un empleo en Baltimore

porque eso habría significado tener que marcharse de Hoadley. No querían dejarla marchar de casa..., y ella había deseado ir a Baltimore, ver un poco de mundo, ver el océano y la capital. Pero ellos la habían mantenido atada a las cintas del delantal, así que acabó casándose con Homer y rechazó cualquier oferta de trabajar en el hospital local, y les mandó a todos al infierno.

Se había pasado toda su vida de adulta pensando que le gustaría trabajar en algún otro empleo que no fuese la enfermería: un despacho, las acerías..., donde fuese, incluso en una carretera soportando el calor del sol mientras se encargaba de hacerle señales al tráfico para que supiera que había obreros trabajando, tal y como hacían algunas mujeres. Pero Homer pensaba que su deber era quedarse en casa y «cuidar» de él. Bueno, «Gigi» se había quedado en casa y había encontrado una forma de ganar dinero sin moverse de ella, y ese dinero era suyo porque Homer no sabía lo que hacía mientras él estaba en la acería y los niños estaban en la escuela. Los padres de «Gigi» nunca supieron en qué utilizaba el entrenamiento como enfermera que le habían obligado a tragarse por la fuerza.

Homer y sus padres no podían quejarse de ella: la infancia de los niños había sido un período durante el que «Gigi» habría merecido llevar la palabra Deber como segundo nombre. Aquellos mocosos desagradecidos ya no vivían en casa y Homer se había jubilado. Ahora pasaba las horas en casa, estorbándola, y se portaba igual que un crío encerrado en un cuerpo de adulto, convencido de que «Gigi» debía estar allí para hacerle de niñera.

Bueno, Homer, mala suerte... «Gigi» tenía su caballo y ese caballo estaba a diez kilómetros de Hoadley, en pleno campo, allí donde una persona podía respirar, y también tenía su coche para llevarla hasta allí. También tenía su cáncer, y eso era algo que Homer tampoco podía quitarle.

Salió del coche meneando las caderas y balanceando el trasero. Lástima que no hubiera ningún hombre para verla... Sabía que «Aceite de serpiente» no se dejaría impresionar por sus contoneos. Shirley estaba sacando a «Dama sombría» de los pastizales; «Gigi» la obsequió con su breve y dura sonrisa, fue hacia el establo donde la aguardaba su castrado y pasó sus viejos brazos cubiertos de cicatrices alrededor de su cuello, dándole un beso en el suave y perfumado pelaje del rostro.

Cuando las demás mujeres hubieron salido del establo y montaron en sus caballos Elspeth salió del anillo de entrenamiento para reunirse con ellas. No haber participado en la charla preliminar era algo muy típico de Elspeth. Elspeth poseía su orgullo pero hoy tenía otra razón para mantenerse alejada de ellas, una razón de tanta importancia que la había ocultado entre la hierba que rodeaba el anillo de entrenamiento, dejándola allí donde Shirley no la vería hasta el último minuto. En cuanto se lo puso tuvo la sensación de que el objeto colgado de su cintura pesaba mucho más de lo que realmente podía pesar.

Fue hacia ellas desafiándolas con una expresión impasible en el rostro, sin mostrar ni una sola fracción de la inseguridad que sentía. El objeto atado con una cinta a su pierna no la estorbaba como había temido o deseado.

—¡Caray! —exclamó Shirley nada más verlo, tal y como Elspeth había sabido que haría—. ¿De dónde has sacado eso?

El cinturón de Elspeth sostenía lo que al principio parecía un extraño colgante de última moda pero en realidad era una espada metida en una vaina cubierta de terciopelo azul prusia.

—Del mercadillo —replicó Elspeth, negándose a responder a las preguntas que no habían sido formuladas en voz alta: ¿Por qué llevas un arma? ¿Para qué la necesitas? Desenvainó la espada y la sostuvo en su mano durante unos segundos. Era como una cortante extensión de su brazo, un objeto muy ligero que respondía a cada flexión de su muñeca. La hoja reluciente se dobló un poco asustando a la baya de pelaje rojizo. Elspeth

siempre la llamaba «baya de sangre», insistiendo en que las demás hicieran como ella, al menos cuando estaba lo bastante cerca para oírlas. Su color era denso y lustroso y poseía toda la brillantez del rojo acastañado pero era de una tonalidad más rica, no tan cobriza. Dejando aparte el color su yegua no era ninguna belleza: tenía la cabeza pesada, los miembros algo toscos y un pésimo temperamento. A Elspeth no le importaba. Dejaba que la yegua se asustara e hiciera corvetas, chocando con los demás caballos. Había comprado la yegua por su color y la había bautizado con el nombre de «Guerrera».

Las mujeres reaccionaron a la visión de la espada con el mismo temor que la yegua y todas contemplaron a Elspeth, su arma, su expresión sardónica y su «Guerrera» color sangre con un auténtico miedo. Durante un segundo el retazo de hierba que había delante del establo se convirtió en una pintoresca confusión de mujeres montadas a caballo y animales que se revolvían y piafaban con una espada alzándose sobre el cuadro general.

—Elspeth, por el amor de Dios, guarda esa cosa —le ordenó Shirley, con un tono de voz al que le faltaba su serenidad habitual.

Elspeth obedeció, envainando el largo acero, y la escena se fue calmando gradualmente.

—Bueno, ¿para qué quieres esa cosa? —le preguntó Shirley.

—Siempre andas diciendo que los senderos están llenos de maleza y hierbajos.

La respuesta había sido preparada de antemano y brotó de sus labios con una rápida facilidad. De hecho, ni la misma Elspeth sabía por qué había comprado la espada. Era una auténtica «kaskara» sudanesa y le había salido bastante cara, incluso adquiriéndola en el mercadillo de Hoadley. Pero cuando su mano tocó aquella empuñadura envuelta en una apretada correa, Elspeth sintió la punzada de un extraño anhelo oscuro e innombrable que la atravesó hasta lo más hondo de su ser... La respuesta proferida con tanta seguridad bastó para tranquilizar a Shirley y la corpulenta mujer rubia echó la cabeza hacia atrás para reírse estruendosamente de sus propios temores.

—¡Te has comprado una espada para cortar moras!

Los arbustos de moras a los que se refería Shirley eran auténticos zarzales que siempre alargaban sus dedos espinosos hacia los jinetes que recorrían los senderos. Cuando se llenaran de moras su zumo haría que la espada se volviera de un negruzco color sangre.

—Hay que llamarla Matamoras —dijo Cally. Se refería a la espada, claro. ¿Cómo era posible que esa mocosa supiese que una espada necesitaba un nombre? ¿Cómo se atrevía? El nombre que Elspeth le diera a su espada era un asunto privado. Elspeth la miró fijamente y Cally le devolvió la mirada, muy seria.

La muy... Elspeth quería detestarla porque a Shirley le caía demasiado bien, pero Cally poseía cierta cualidad extraña y misteriosa que hacía de ella algo distinto a una simple neurótica. Quizá no fuera más que el estar tan flaca, pero esa extremada delgadez suya bastaba para que pareciese más de lo que era, igual que un lebrél parece ser más que un simple perro... Quizá todas aquellas percepciones sólo estuvieran en la mente de Elspeth. Elspeth pensaba muy a menudo en Cally, no lo podía evitar. Y se hacía preguntas sobre ella.

Ahora, aferrando la empuñadura de una espada que aún carecía de nombre, Elspeth se preguntó qué había oculto detrás de su nombre. Cally... ¿De qué era abreviatura? ¿Calipso? ¿Calíope? Una vez oyó cómo «Gigi» se lo preguntaba pero Cally emitió una risita irritablemente inadecuada y no respondió. Ahora había cometido la temeridad de sugerir un nombre para la espada. ¿Qué sabía Cally de los nombres y del arte de darle nombre a las cosas? Como si esperase que el arma sólo sería utilizada contra los arbustos de moras...

Shirley seguía riéndose igual que una gran campana de bronce pero Cally no se reía. Maldita mujer... Ella sabía que... ¿Qué sabía? No había nada que saber.

Los dedos de Elspeth soltaron la empuñadura de la espada.

—Muy bien —dijo fríamente—. Se llamará Matamoras.

Y cuatro mujeres demasiado viejas para esa clase de cosas salieron a dar un paseo a caballo: «Gigi», la del cabello canoso, con su propia muerte cabalgando dentro de ella, y Shirley, la de los senos opulentos y los rizos bronceados, y Cally, neurótica y flaca como un lebel, y una silueta absurda vestida con un atuendo pseudo-medieval que se hacía llamar Elspeth... Pero apenas montaron y empezaron a alejarse del establo sintieron cómo el contoneo de los caballos y el ritmo primigenio del trote las iban alterando, haciéndolas crecer y expandirse de tal forma que ya no eran Shirley, Cally, «Gigi» y Elspeth, sino algo distinto, algo más viejo, mucho más poderoso e implacable.

Montar a caballo les resultó todavía más agradable que de costumbre. Ahora tenían que dejar atrás más cosas que en un día normal. La conversación mantenida dentro del establo mientras se ocupaban de los caballos había sido algo tensa y no tan placentera como solía serlo. Algo de lo que ninguna hablaba en voz alta había estado acechando igual que una rata en las sombras del pasillo.

—¿Adonde vamos? —preguntó de repente Elspeth, que normalmente era la que nunca decía nada.

Elspeth había mirado a Shirley pero fue Cally quien habló. El primer trote por los pastizales había bastado para que su tenso rostro empalidecido por sus continuas privaciones alimenticias se hubiera vuelto algo más suave y sonrosado.

—Detrás de la mina —dijo. Montada en un caballo y rodeada por sus compañeras se sentía dispuesta a enfrentarse con las mismas cosas que la hacían salir huyendo durante sus pesadillas en el lecho nupcial del hogar. Quería volver al sitio donde le había visto... Quería volver al lugar donde se encontró con aquel ser desnudo cuyo rostro no podía recordar tan claramente como recordaba su ingle.

Cally se puso en cabeza. Las llevó por el camino más largo, cosa que no le importó a nadie; cuanto más tiempo cabalgaran, mejor. El trayecto iba por lo que llamaban el Sendero de las Vincapervincas hasta llegar al viejo camino de Seldom, y luego subía por el Sendero de las Parras... Elspeth no se ofreció a usar la espada, aunque las vides silvestres eran bastante espesas. Nadie le recordó que la llevaba.

—¿Dónde se han metido las cigarras? —preguntó Cally de repente.

Elspeth se envaró, pues en su cuaderno de dibujo había un esbozo que no era obra suya; algo había tomado el control de su mano. Pero logró ocultar su inquietud con una capa de desprecio.

—Se han largado. ¿Dónde esperabas que estuviesen?

—Esperaba encontrar otra cosa —dijo Cally. Ir montada a caballo bastaba para darle un poco de valor. La camaradería del montar y el lazo establecido entre las mujeres a caballo hicieron que se sintiese capaz de contarles aquel extraño encuentro del que no había hablado con nadie. Las mujeres dejaron que sus monturas mordisqueasen la hierba y la escucharon: Shirley con mucha atención, «Gigi» con una hosca sonrisa y Elspeth, como siempre, ocultando las emociones que sentía detrás de su ceñudo y hermoso rostro.

—¿Iba totalmente desnudo? —preguntó «Gigi», con más salacidad que asombro.

—Estaba rodeado de animales y era como si él mismo fuese otro animal. Pero me miró como si fuera capaz de pensar.

Ni tan siquiera «Gigi» se rió. La atmósfera se había vuelto demasiado sombría para reírse. El silencio de las cigarras se cernía sobre ellas tan pesadamente como la calina color azafrán sobre Hoadley.

—¿Y todo lo que dijo fue «Prepárate»? —Shirley había sido conductora de autobús, fontanera, operaría de carretilla mecánica y cocinera en una cafetería. Llevaba mucho tiempo como encargada de todos los asuntos prácticos y, en su calidad de tal, quería asegurarse de haber comprendido bien el mensaje.

—Prepárate. Eso es todo lo que dijo. Después desapareció.

—Quiero verle —dijo «Gigi», que llevaba su montura cuesta abajo y la metía en los ríos y que siempre era la más osada del grupo, aunque también fuera con mucho la más vieja. Quizá precisamente porque era la más vieja: era quien tenía menos que perder.

—Yo no —dijo Elspeth, siendo honesta por una vez. Sentía un frío extraño, como si notara sobre ella la mirada de unos ojos tan extrañamente brillantes como los de un lobo.

—Bueno, me parece que el verlo o no es algo que no depende de nosotras —dijo Shirley, acabando con la discusión antes de que pudiera nacer. No levantar la voz y esforzarse por mantener la paz era una tendencia natural en ella, incluso más que en la mayoría de las mujeres. En su familia ése era el papel reservado a una mujer de Hoadley, y para Shirley el mundo era su familia y su papel era evitar que surgieran problemas—. Lo que sí podemos hacer es ir al sitio donde estaba —añadió igual que si fuera una madre bondadosa que no quiere decepcionar del todo a sus hijos.

Las mujeres tiraron de las riendas para que sus monturas dejaran de pastar y volvieron a ponerse en marcha. Cabalgaron durante un rato por el angosto sendero lleno de maleza manteniéndose en un silencio antinatural.

—¿Crees que podría ser la...? Bueno, ya sabes... ¿Crees que podría ser la Segunda Venida para la que se supone debemos prepararnos? —preguntó «Gigi» cuando acabaron llegando al camino maderero.

—¿El milenio? ¿El Juicio Final? —Elspeth habló con un tembloroso desprecio y su voz fue subiendo de tono a cada palabra.

—No tiene por qué tratarse de eso —dijo Shirley intentando calmarla—. Podría ser otra cosa.

—¿Como cuál? —Elspeth se encaró con ella.

—Como... ¡No sé! Como esos chalados de California con sus prácticas de brujería.

—Una bruja. —Elspeth se echó a reír, lanzando carcajadas demasiado estridentes—. Eso es lo que necesitamos: una caza de brujas.

—En este pueblo hay montones de personas que podrían desempeñar muy bien el papel de brujas —dijo «Gigi» con su peculiar mezcla de sequedad y entusiasmo—, ¿Conocéis a Sojourner Hieronymus?

Cally pensó en Sojourner Hieronymus sentada en su porche impoluto, enviándole su odio a las mariposas. En una ocasión Sojourner le contó la historia de una mujer que estaba en un lugar público a la que se le metió una mariposa debajo de la falda. La mariposa se abrió paso por su ropa interior y allí se quedó, aleteando hasta morir. Le proporcionó un orgasmo tan fuerte que de puro agotamiento y vergüenza la mujer acabó teniendo un ataque cardíaco. Se murió allí mismo. Fuera donde fuese, Sojourner siempre llevaba consigo un bastón para asustar a las mariposas, los ratones y cualquier criatura de tamaño aún más pequeño que pudiese asaltar el santuario de su falda. Sojourner nunca llevaba pantalones. No aprobaba los pantalones.

Pero en vez de replicar que ella sí conocía a Sojourner Hieronymus Cally dijo:

—Escuchad. —Tiró de sus riendas y las demás, que la seguían, no tuvieron más remedio que imitarla.

—¿En? —protestó Shirley—. ¿Escuchar el qué?

Y entonces todas lo oyeron. El sonido primigenio, hueco, iracundo y lleno de anhelo, tan vacío como el vientre de Cally, tan solitario como su corazón de niña...

—Langostas —dijo Shirley, respondiéndose a sí misma.

—Cigarras —dijo Cally—. Están por todas partes.

—¿Y qué? —dijo Elspeth, levantando innecesariamente la voz, y Cally encogió sus delgados hombros e hizo que «Paloma» volviera a ponerse en marcha.

El camino se fue estrechando hasta convertirse en un sendero cubierto de hierba. Los árboles se apelotonaban a su alrededor como los bandidos en un callejón y las mujeres

empezaron a distinguir las voces individuales que formaban el hueco rugido de la multitud de insectos: chirridos, cloqueos, gritos casi imperceptibles... Empezaron a ver los miles y miles de caparazones que colgaban de las ramas y los tallos de hierba.

—Sí, son langostas —dijo «Gigi».

—Son cigarras —dijo Cally.

—Tanto da —replicó «Gigi». En la voz de cada mujer había una vibrante cuerda de tensión. Shirley también parecía algo nerviosa.

—Bueno, no le hacen daño a nadie —dijo, hablando con apenas una fracción de su volumen sonoro habitual—. Ni tan siquiera a los árboles. No sé dónde he oído que no mastican, lo único que hacen es chupar. Salen..., salen del suelo... —Su voz se fue apagando lentamente. Había tirado de las riendas, deteniendo a su montura, y las demás mujeres imitaron su gesto. No permitieron que sus caballos mordisquearan la hierba sino que se quedaron inmóviles apretando las riendas entre sus dedos, escuchando. Por entre los árboles que las rodeaban se oían miles y miles de voces, millones de voces de..., ¿de qué?

Algo estaba llorando. O quizá fueran muchos algos. Oyeron los gimoteos perdidos entre el zumbido y el clamor de los chirridos y los graznidos.

—¡Parecen bebés! —exclamó Elspeth.

—Eso es lo que dije la primera vez que les oí. —Cally logró controlar su voz, pero su cuerpo temblaba con una delicada vibración, siguiendo el estremecerse de los árboles y los ecos de las cigarras.

Shirley, más inclinada que cualquiera de ellas a decir en voz alta lo que le pasaba por la cabeza, exclamó:

—¿Habéis oído hablar de esa mujer que murió hace unos cuantos años, la de la Mina 27? Cuando entraron en su casa encontraron bebés en la buhardilla. Cinco bebés secos y amarrados, envueltos en periódicos y metidos en una caja. ¿Podéis imaginároslo? Dijeron que uno de ellos casi había cumplido un año antes de que la mujer...

—No quiero oír hablar de eso —la interrumpió Cally, y su temblor se hizo un poco más fuerte.

—He oído decir que a veces los ciervos hacen un ruido parecido —intervino «Gigi» con más nerviosismo y menos cordura de lo que era común en ella—. Como si fueran humanos...

—Eso no son ciervos —se limitó a decir Elspeth.

Y el coro se hizo visible con un acompañamiento de chasquidos y un seco zumbido de alas.

Iba adornado con los colores espectrales de la fiesta de Halloween: cuerpos negros, patas anaranjadas, vetas color naranja que surcaban sus tias alas traslúcidas, ojos esféricos igualmente anaranjados en sus rechonchas y negras cabezas... Apenas si medían unos tres centímetros de largo, tanto como la primera articulación de los pulgares de Shirley, gruesos y encallecidos por el trabajo. Un insecto pasó volando junto a la oreja de Cally con un estridente chirrido y acabó posándose sobre las crines de «Paloma», dando la impresión de quedar pegado a ellas como si fuera una hoja invernal arrastrada por el viento, y Cally lanzó una exclamación de disgusto, sintió una oleada de náuseas y la golpeó con la mano antes de ver...

Que la cigarra tenía un rostro humano.

Un rostro redondo y achatado como el de un bebé, aunque de ese mismo color negro que tienen las gomitas para borrar de los lápices, y con ojos anaranjados que parecían cuentas, como si alguien los hubiese colocado en las cuencas infantiles usando alfileres... Al principio Cally no comprendió lo que veía, y sólo percibió la minúscula boca triangular hecha para chupar abierta en un gemido cuando su mano descendió como si fuera una inmensa catástrofe natural para acabar con aquel cuerpecito que se aferraba a las crines. Entonces fue su boca la que se abrió y de sus labios empezó a brotar una

mezcla de gritos y jadeos ininteligibles, aunque intentaban formar una palabra.

La palabra acabó saliendo.

—¡Bebés! —gritó.

Y los bebés, los insectos, las cigarras o el nombre que realmente les correspondiera, cayeron sobre ellas en un enjambre tan numeroso que sus rechonchos cuerpos y sus frágiles alas oscurecieron el mundo. No había forma de saber si obraban impulsados por la soledad, el amor o el deseo de venganza, pero se abrieron paso a través del aire hasta que encontraron algo grande, cálido y suave, y se aferraron a ese algo. Se colgaron de los caballos y de las mujeres, se posaron sobre sus ropas, sus cuellos y su pelo; Shirley, Elspeth y «Gigi» también habían visto aquellas torpes bocas carentes de mentón y las naricitas respingonas, y trataron de quitárselos de encima sin hacerles daño, pero las criaturas se negaban a ser apartadas con tal facilidad. Sus garras herían igual que espinas. Volaban hacia los rostros. Se agarraban a hocicos cubiertos de vello suave, invadían los orificios de los ollares y los caballos empezaron a encabritarse, protestando. Las criaturas reptaron cuello abajo, metiéndose por donde podían en busca de pechos, encontrando poca cosa en Cally y Elspeth, y sólo poliuretano en «Gigi»... y Shirley la de los grandes senos gritó, esforzándose por emitir un sonido vacilante que no era nada normal en ella, un grito agudo que contrastaba con los cánticos de soprano de las cigarras.

Pues las cigarras no paraban de gritar y hacer ruido: gritaban al agarrarse a los cuerpos y las caras, gritaban cuando eran golpeadas, chillaban, gruñían y aullaban con el hambre imperiosa de los bebés, y todas las mujeres acabaron luchando con ellas a manotazos, moviendo los brazos y tratando de seguir sobre la grupa de sus monturas, y los caballos se volvieron locos, dejaron de sentir la presión de las riendas y huyeron de aquel lugar temible, dirigiéndose hacia el refugio ofrecido por el establo donde Shirley les daría comida al anochecer.

«Gigi» fue la primera que logró recuperar el control de su montura y de sí misma, pues era una mujer vieja y dura como el acero, y «Aceite de serpiente» estaba acostumbrado a obedecerla. Le hizo detenerse en cuanto hubo escapado al enjambre de cigarras y se quitó de encima a los insectos que la habían acompañado durante su cabalgada, sacándose un puñado de cuerpos aplastados del sostén especial que usaba desde que le hicieron la mastectomía, y los contempló con curiosidad antes de dejarlos caer al suelo con una maldición ahogada. Cally fue la siguiente en reunirse con ella, pues «Paloma» era lenta y se calmaba con facilidad. Cally no se calmó tan deprisa como ella; estaba temblando levemente, igual que las cardenchas en invierno.

—¡Lo has visto! —le gritó a «Gigi», más como queja que como pregunta—. ¡Bebés!

—Lo he visto.

—Pero, ¿qué diablos está ocurriendo? ¿Qué vamos a hacer?

Naturalmente, no obtuvo respuesta.

Shirley y Elspeth habían tardado más tiempo en conseguir que sus animales se quedaran quietos. En cuanto todos estuvieron un poco más calmados volvieron cautelosamente por el sendero, buscando a las demás. El ancho rostro de Shirley mostró un inconfundible alivio en cuanto vio que Cally y «Gigi» estaban a salvo: no habían caído de sus monturas y tampoco habían sido destrozadas por algo extraño e inexplicable. Elspeth, como de costumbre, no mostró ninguna emoción.

—Bebés de Hoadley —se limitó a decir lacónicamente.

Las demás mujeres la miraron fijamente y Cally, con el mismo tono de voz quejumbroso que había empleado antes, exclamó:

—¡En Hoadley no hay tantos bebés!

—Muertos. Salieron del suelo. —Elspeth tenía la mirada clavada por encima de sus cabezas y en sus ojos se veía el brillo vidrioso de la intuición—. Se supone que los muertos saldrán del suelo, ¿no?

Aquello se acercaba bastante al hablar en voz alta de algo a lo que ninguna de ellas quería referirse. Shirley la contempló, boquiabierta, y hasta «Gigi» pareció algo afectada. Pero Cally recobró repentinamente la calma. La muerte y el cómo tratar con ella eran un terreno que le resultaba muy familiar.

—No así. No se supone que deban salir del suelo de esa forma —dijo.

—Bueno, pues ésa es la forma en que yo lo haría —dijo Elspeth con un acerado tono de envidia en su voz. Y con una especie de sombrío y respetuoso temor, con la admiración que un artista siente hacia otro..., en este caso, hacia un artista del misterio que había exhibido su obra pero cuya identidad seguía siendo desconocida—. Si quisiera acabar con Hoadley usaría un coro, un enjambre de los muertos... Sí, eso es lo que haría.

—Bien, ¿quién lo está haciendo? —preguntó Shirley—. ¿Una bruja o...? ¿O qué, por Dios?

—¿Cómo infiernos voy a saberlo? —Elspeth volvió a adoptar su tono de irritación habitual—. ¿Y qué infiernos puede importar eso?

—Sí importa —replicó Shirley, intentando explicar lo que había pretendido decir con esas palabras pero sin conseguirlo—. No es como si estuviéramos hablando de ello para pasar el rato... Está *sucediendo*.

—No sabemos qué está sucediendo —dijo Cally.

—¿No? —dijo «Gigi».

Las cuatro mujeres volvieron al establo en silencio. La espada de Elspeth le rozaba dolorosamente la pierna; no la había tocado desde que salieron del establo, y a nadie había parecido extrañarle que no la usara contra nada, ni tan siquiera contra las moras.

Los alrededores de Hoadley estaban llenos de bebés muertos, tanto en la superficie como en el subsuelo. Bebés aborígenes, entre otros... El pueblo había sido fundado sobre unas tierras empapadas de sangre. Los primeros colonos, unos alemanes de Pennsylvania hoscos y feroces, habían masacrado o expulsado a todos los salvajes que encontraron en la zona como represalia a una incursión india (la cual probablemente había sido cometida por una tribu distinta y mucho más lejana) que acabó con otro puesto de colonos. En cuanto se hubieron ocupado adecuadamente de los nativos, se dispusieron a convertir aquella comarca en un nuevo Edén.

El Edén tardó bastante en materializarse, pues el suelo pedregoso de las colinas era bastante difícil de cultivar. La estación de las cosechas era corta, los inviernos largos y el trabajo duro. Hubo más bebés muertos, bebés blancos como la harina, y sus cuerpos se unieron a los bebés de piel rojiza enterrados en el suelo: bebés de pálida piel muertos de neumonía, de «echar los dientes», de la fiebre escarlata, de «parálisis» y de cien enfermedades más, y a veces de hambre, por malos tratos o por haber sido abandonados. Familias enteras murieron o se trasladaron a tierras más fértiles.

Pero allí donde siguiera habiendo gente era preciso cultivar comida. Hacia el siglo diecinueve, el Edén quedó finalmente establecido. Hoadley era un pueblecito, una aldea aislada y pintoresca situada entre los riscos Canadawa de los Appalaches junto a las orillas del veloz y cristalino Arroyo de las Truchas; justo debajo de la aldea el río caía por unas cascadas adornadas de heléchos y se precipitaba hacia una cañada que tenía casi tres kilómetros de largo, y cada centímetro de ese trayecto ofrecía un hermoso espectáculo de musgo, riscos, viejos árboles de inmenso tronco y luz filtrada por las hojas que caía sobre las límpidas aguas. El lugar era conocido por su belleza incluso en una ciudad tan alejada como Pittsburgh. Hoadley acabó albergando a una especie de colonia artística y durante el verano la gente acudía para educar sus mentes en la pacífica contemplación del arte, la naturaleza y los demás visitantes. Había unas cuantas fondas, un almacén general y un buen hotel para los visitantes veraniegos, con un sótano donde los artistas bebían cerveza.

Y entonces alguien descubrió el carbón.

En el espacio de un año la aldea se convirtió en una ciudad enloquecida que crecía a toda velocidad, con nuevos edificios construidos día a día mientras las minas cavaban nuevos túneles y el dinero fluía tal y como en tiempos había corrido el arroyo. Todos los árboles en un radio de kilómetros a la redonda habían desaparecido, talados para construir tabernas, traviesas de ferrocarril y postes de mina, y el humo de la escoria saturaba la atmósfera. El Arroyo de las Truchas estaba lleno de fango y su curso había sido desviado alrededor de los nuevos edificios y por debajo de los nuevos caminos. Soportes de cemento se alzaban sobre la cascada coronados por el negro puente del ferrocarril. Cada centímetro de tierra del valle se llenó de casas para albergar a los obreros inmigrantes que acudían a trabajar en él: irlandeses, italianos, polacos, lituanos, eslavos, griegos...

Durante cincuenta años Hoadley experimentó una prosperidad sin precedentes y una espantosa pobreza. El sitio por donde el camino había cruzado el arroyo acogía ahora a doce sastres y veinte barberos, y los médicos y abogados construían grandes mansiones color jengibre en las laderas, un poquito más abajo de donde se alzaban las residencias de los propietarios de las minas. Las casuchas situadas debajo de las vías, junto al arroyo sulfuroso, allí donde las negras pilas de huesos impedían respirar, servían de vivienda para las mujeres de los mineros del carbón, las mujeres de piel atezada que los «nativos» llamaban «extranjeras», mujeres de pies descalzos a las que algunas veces la desesperación impulsaba a ocultar sus embarazos o a ponerles fin, mujeres que estrangulaban a sus recién nacidos y escondían cuerpecitos de piel morena en las paredes que les servirían de tumbas.

Y llegó el momento en que las profundas ramificaciones de las minas alcanzaron el final de la veta, y los barones mineros abandonaron sus mansiones situadas en lo alto de las colinas, dejando tras ellos kilómetros y kilómetros de vías oxidadas, acres de escoria, hilera tras hilera de casuchas marrones medio escondidas bajo montes cubiertos por los árboles que habían crecido sobre los bosques originales. El Arroyo de las Truchas se había vuelto de color anaranjado y los desechos ácidos de la mina habían matado toda la vida que contenía. La cascada y la cañada estaban llenas de maquinaria vieja. La atmósfera se hallaba tan contaminada que el humo de las acerías que rugían valle abajo bastaba para que la nieve recién caída se volviera negra.

Las acerías acabaron cerrando y el aire, manchado tan sólo por el carbón usado en las casas, fue recuperando su limpidez (aunque no ocurrió así con la tierra o el arroyo), y la mitad de las casuchas de Hoadley fueron tapiadas porque ya nadie vivía en ellas, y la gente que se quedó allí entró en profunda comunión con los misterios de la Compensación del Desempleo y la Asistencia Social y los Cupones de Comida y los Excedentes de Queso del Gobierno. Una inundación que parecía enviada por la ira de Dios se llevó la basura que llenaba la cañada del Arroyo de las Truchas. Un bebé muerto bajó flotando por las crecidas aguas del riachuelo. Los que se quedaron en Hoadley aprendieron los secretos de la Cruz Roja y la Ayuda Federal para las Zonas Catastróficas. Reconstruyeron todo cuanto les fue posible y se ocuparon de sus asuntos con expresiones cautelosas y sin una gota de poesía en sus almas, no atreviéndose a tener ninguna esperanza. Eran los hijos, las hijas, los nietos y las nietas de los mineros irlandeses, italianos, polacos, lituanos y eslavos. Algunos eran descendientes de los colonos alemanes de Pennsylvania que crearon Hoadley, e iban a las iglesias luteranas y a la iglesia de los Hermanos, en vez de a las numerosas iglesias católicas, y presumían de ello. Pero todos recordaban un tiempo en el que los hombres habían trabajado doce horas al día en la oscuridad, y ni eso les bastaba para estar al día en el pago del maldito alquiler o para librarse de las continuas deudas en que incurrían al comprar en el almacén de la compañía, donde todo era más caro que en los demás sitios. Recordaban hombres muriendo de un tiro o bajo las porras de los rompehuelgas. Recordaban a los

hombres que se habían vuelto locos y mataban a sus esposas y a sus bebés o que se mataban entre ellos. Recordaban las muertes de todos aquellos bebés, los que nacieron cadáveres o los que vivieron unos días o unos años, todos los pequeños para los que casi nunca había leche y a veces no había pan.

Sí, Hoadley era un sitio en el que se habían cometido muchas maldades...

El cuarto martes de mayo un grupo de ciudadanos con esas mismas expresiones cautelosas inició su sesión: el concejo de Hoadley celebraba su reunión mensual. Siete hombres, casi todos corpulentos y con forma de huevo, y dos mujeres de complejos peinados y gafas de concha estaban sentados alrededor de la gran mesa. Una de las mujeres tomaba notas. Todos los concejos eclesiásticos, juntas escolares, juntas de biblioteca y organismos similares de Hoadley tenían que incluir por lo menos una mujer para que fuera su secretaria. Al parecer los hombres no sabían cómo escribir un acta de sesiones, aunque a veces hacían café.

Se había propuesto que el concejo dictara una ordenanza municipal prohibiendo la presencia de bull terriers en el pueblo. En toda la comarca no había nadie que poseyera uno de esos animales y, que supieran los miembros del concejo, ningún habitante de Hoadley planeaba convertirse en propietario de un bull terrier, pero un concejo necesita algo de qué ocuparse durante sus reuniones mensuales. La propuesta había dado origen a una amplia discusión sobre los perros y los propietarios de perros, y el concejo estaba discutiendo la posibilidad de dictar una ordenanza contra los perros que se pasaban la vida ladrando, y qué número de ladridos espaciados a lo largo de qué período de tiempo serviría para definir lo que se consideraría «ladrido molesto» cuando Gerald Wozny, el presidente del concejo, pensó en otra posible ordenanza concerniente a los animales domésticos.

—Lo que quiero decir —les explicó—, es que deberíamos prohibir que los perros y los gatos defecaran en cualquier propiedad salvo en la suya. En la de sus amos, quiero decir...

—¿Y qué pasa con el orinar? —quiso saber una de las mujeres, la que no tomaba notas.

—El defecar deja un montoncito. El orinar no importa.

—Oh, sí que importa. Si orinan en una planta es muy importante —le desafió la mujer—. Mata las plantas.

—El perro de mi vecino solía venir a mearse en mis berenjenas —se quejó el único hombre delgado del grupo—. ¿Les gustaría comerse berenjenas sobre las que se ha meado un perro?

—De acuerdo, prohibamos tanto el defecar como el orinar... Prohibamos la producción de desechos corporales. El perro o el gato sólo podrá hacer esas cosas en su..., en la propiedad de su amo. ¿Qué les parece?

El concejo se ahorró la discusión sobre el impacto, la constitucionalidad y las posibilidades de hacer respetar esta propuesta porque alguien llamó a la puerta. Una mujer alta y corpulenta a la que nadie reconoció entró en la habitación, seguida por una mujer algo más joven y mucho menos robusta a la que todo el mundo conocía de vista: era la chalada que iba a la oficina de correos montada en su caballo.

—Soy Shirley Danyo —dijo con voz potente la primera de las dos mujeres, y pasó a anunciar la razón de su visita—. Yo y mis amigas queremos hablarles de unas cuantas cosas bastante extrañas que han estado ocurriendo.

Elsbeth había venido acompañando a Shirley pero no abrió la boca ni una sola vez. Se quedó inmóvil junto a ella, en silencio, complacidamente consciente de su exótica belleza, mientras Shirley, con su inimitablemente estruendosa voz habitual, les explicaba lo sucedido con su signo para el granero, las cigarras aparecidas fuera de estación, el ser desnudo visto en los bosques y los insectos con cara de bebés.

A Elspeth no le sorprendió ver cómo los miembros del concejo empezaban a mirarse los

unos a los otros y acababan sintiéndose demasiado incómodos para mirarse a la cara. Naturalmente, ya habían oído hablar de esa mujer excesivamente hermosa montada en un caballo blanco. Había vuelto a aparecer en el parque de Hoadley hacia el ocaso, a pie, y había estado conversando con algunos ignorantes. Los miembros del concejo no necesitaron hablar de ello: tomaron la decisión de ignorar su presencia para ocuparse del problema representado por los excrementos de perro, que era mucho más acuciante. El gobierno de la nación podría haber aprendido mucho de los habitantes de Hoadley, pues el pueblo ya llevaba varias generaciones usando la censura. Escenas enteras de la historia de Hoadley habían sido borradas de los libros y, por lo tanto, nunca habían tenido lugar. Las discusiones del concejo no solían ser registradas en las actas, lo que permitía negar su existencia en caso de que llegara a ser necesario. La mujer del caballo blanco no había sido discutida en la sesión y, por lo tanto, no existía.

El instinto les decía a los miembros del concejo que no deseaban oír nada de cuanto les estaba diciendo esa loca llamada Danyo. Hundieron sus traseros un poco más profundamente en los asientos, clavaron los ojos en sus manos y compusieron complejas figuras con los dedos. El presidente se hurgó discretamente la nariz y las orejas con su pulgar, no hallando nada que pudiera distraerle de esta ordalía. Danyo era una verdadera molestia: decir ese tipo de cosas significaba que en el mejor de los casos era una chiflada y, en el peor, alguien claramente peligroso.

Elsbeth sabía que a Shirley nunca le había importado que la tomaran por loca, y se permitió sentir una oscura diversión.

—Lo que quiero decir —concluyó Shirley con gran convicción—, es que todas estas cosas sobrenaturales que están teniendo lugar..., bueno, parece como si el fin del mundo se aproximara.

—Antes de que entrara estábamos discutiendo sobre asuntos de gran importancia —dijo el presidente del concejo, esperando que Shirley captara la indirecta.

—Un minuto más y termino. Lo que quería decir es..., ¿y si esto no es obra de Dios? Supongamos que todo esto es cosa de una bruja. Si se trata de eso, ustedes deberían ser capaces de ponerle punto final.

Algunos miembros del concejo llegaron a ruborizarse, como si Shirley se hubiera abierto la camisa de faena que llevaba y les hubiera enseñado los pechos. Salvo la mujer que tomaba notas, todos parecían muy a disgusto. La secretaria (que se llamaba Zephyr Zook) pensaba que Shirley era un poco más soportable que el presidente Wozny y no ofendía tanto su concepto de lo que debían ser los procedimientos parlamentarios.

—Ahhh..., le transmitiremos su preocupación a los departamentos apropiados —dijo el caballero que ocupaba el cargo de presidente, se puso en pie y colocó una mano sobre el codo de Shirley, como si con aquello pudiera hacerla salir de la habitación. Shirley bajó los ojos hacia él y el presidente retiró la mano de su codo.

Elsbeth habló por primera vez y en su voz había un sarcástico orgullo.

—Vamos, Shirl. Esta gente tiene otros asuntos que discutir.

Shirley le hizo una seña de cabeza, admitiendo que tenía razón, y clavó sus ojos en Wozny. No era estúpida; antes de venir ya sabía que cuanto pudiera decirles no serviría de nada. Pero, siendo Shirley, tenía que intentarlo.

—Eran bebés y lloraban —le dijo al orondo caballero que tenía delante—. Bebés fantasma. Le repito que alguien no les deja descansar en paz. —Se marchó sin aguardar contestación y Elspeth se fue con ella.

CAPÍTULO CINCO

Ya les he dicho que las bibliotecas son sitios muy agradables. Yo no leo mucho, pero

en cuanto Joanie se marchó empecé a rondar por la biblioteca de Hoadley. Estaba bastante cerca del salón de pompas fúnebres; había que pasar ante la tienda de electrodomésticos, un par de locales con las puertas tapiadas y el Goodwill, y enseguida llegabas adonde habían puesto la biblioteca, uno de esos viejos almacenes, y en cuanto había terminado de ocuparme de los cadáveres solía ir allí. Cuando estaba dentro, con todos esos libros, tenía la sensación de que Joanie no se encontraba tan lejos. Además, Beulah Coe, la vieja bibliotecaria, conocía a Joanie. Yo no paraba de preguntarle si la había visto.

—Barry —me decía ella—, ¿crees que se ha escondido entre las páginas de un libro o qué? —Pero yo seguía preguntárselo. No sabía qué otra cosa podía hacer.

Había otro chico que solía rondar por la biblioteca: se llamaba Garrett. Supongo que en realidad ya no era un chico. Era mucho más viejo que yo, probablemente tan viejo como mi mamá, pero no se portaba como si fuera viejo. Siempre llevaba montones de fichas de dominó en los bolsillos, se las sacaba y las colocaba encima de la gran mesa de la biblioteca, haciendo círculos y más círculos. Podía pasarse hasta un par de horas en eso, y de pronto tocaba una y todas se caían en un minuto. Ver cómo todas se iban moviendo y se caían era algo realmente bonito. A veces me dejaba mover la ficha que las hacía caer a todas. A veces se lo dejaba hacer a los niños que entraban en la biblioteca. Le gustaba que los niños pequeños le prestaran atención. Sólo venía para eso, para colocar sus fichas de dominó, hacer que se cayeran, o que dieran volteretas y ese tipo de cosas. Era realmente hábil con las fichas de dominó. Fuera de eso, era tan tonto como yo. Los niños pequeños le apreciaban porque tenía un aspecto normal, dejando aparte el que su cabeza fuera bastante grande. A mí me parecía bastante raro que Garrett fuera tan tonto como yo, teniendo en cuenta lo grande que era su cabeza. Con una cabeza así de grande cualquiera habría pensado que debía ser inteligente, ¿no? Pero no le pasaba nada en la cara y colocaba sus fichas de dominó con mucha gracia, así que los niños pequeños le apreciaban. A mí me tenían miedo porque soy feo y tengo la cara señalada.

Garrett y yo hablábamos algunas veces y cuando descubrió que trabajaba para el señor Wilmore empezó a hacer bromas estúpidas sobre los enterradores. «Eh, Barry», me decía. «¿Qué tal andan los negocios? Un poco muertos, ¿eh? ¿A punto de que los entierren?» Y luego se echaba a reír, ji-ji y ja-ja. «Eh, Barry, ¿conoces ése del enterrador que debía ocuparse de dos cadáveres al mismo tiempo, un presidente de banco y un abogado? Se equivocó de ataúd y metió a cada uno en el ataúd del otro. Bueno, pues cuando las familias se quejaron, dijo que los cambiaría de sitio, y como los dos llevaban trajes iguales nadie llegó a darse cuenta de que lo único que había hecho era cambiar de sitio las cabezas.» Ji-ji, ja-ja. «Eh, Barry, ¿sabes el del enterrador que se casó? Bueno, pues en la noche de bodas le dijo a la novia que se quitara toda la ropa y ni aun así conseguía que se le empinara, así que le dijo que se fuera al cuarto de baño y se metiera un ratito en la bañera llena de agua fría y cuando volviera al dormitorio tenía que cerrar los ojos y quedarse muy quieta, muy quieta...» Entre cada ji-ji y cada ja-ja Garrett soltaba resoplidos.

También intentó llamarme «Sepulturero», pero no funcionó porque yo no cavo tumbas. Eso lo hacen otras personas. Siempre andaba diciendo cosas sobre los enterradores, pero yo no me enfadaba. El señor Wilmore era director de un salón de pompas fúnebres y los directores de los salones de pompas fúnebres no se parecen en nada a los enterradores.

Acabé hablando varias veces con Garrett y me alegra haberlo hecho, porque supongo que debí hablarle de Joanie y fue él quien me dijo que fuera a ver a Ahira.

—Tienes que verla —me dijo—. Hará que te olvides de la Musser. —Y se rió igual que si hubiera dicho algo muy inteligente.

—No quiero olvidarme de Joanie —dije yo.

—Pues entonces ve y pregúntale por tu chica, en nombre de Dios, y deja de preguntarle por ella a todo el mundo.

Me dijo que Ahira sabía mucho de esas cosas.

Esa noche fui a ver a Ahira. Garrett me dijo dónde podía encontrarla. Entre la oficina de correos y el banco hay un parque muy pequeño. Apenas si merece que le llamen parque. No es más que un retazo de hierba y un par de bancos para que los viejos se pasen el rato sin hacer nada, y además hay una estatua de algún tipo del ejército montado a caballo. Pero también hay un pequeño edificio redondo, una especie de pabellón para almorzar al aire libre con el tejado tan puntiagudo como la carpa de un circo, pero el edificio está hecho de madera. Cada Navidad ponen luces en él y entonces el pabellón queda realmente hermoso, como si fuera una atracción de feria. El único problema es que luego siempre se olvidan de ellas y no las quitan hasta que llega el cuatro de julio, así que el resto del tiempo el pabellón tiene un aspecto algo ridículo.

Estábamos en mayo y las luces seguían en el pabellón de la banda —la gente siempre lo llamaba el pabellón de la banda pero Joanie siempre decía que no era un pabellón para la banda, sino que era una rotonda, aunque yo nunca he oído a nadie más usando esa palabra, pero tampoco he visto nunca a una banda en el pabellón—, sólo que las luces no estaban encendidas y no hacían nada bonito. Parecían esos cacharros que las viejas cuelgan en la parte superior de sus porches. Pero Garrett me había dicho que Ahira iba allí cada noche.

Di unas cuantas vueltas por allí y pasado un rato verla venir, y apenas la vi supe que era la señora del caballo, blanco, aquella de la que la señora Wilmore no paraba de hablar. No iba acompañada por ningún caballo pero ninguna persona de Hoadley podría ser tan hermosa como ella.

Vino a la hora del crepúsculo, vestida con un traje blanco que le llegaba hasta los pies y que parecía flotar a su alrededor, y llevaba la cabellera suelta a la espalda, levantándose como dos suaves alas de color amarillo a cada lado de la cara, y al verla pensabas que parecía una mariposa blanca y amarilla. Llevaba los pies descalzos, y eran tan hermosos como todo el resto de ella. No me pregunten cómo era posible, porque normalmente los pies son bastante feos, pero los suyos eran muy bonitos. Y su cara era tan hermosa como las que se ven en las pinturas antiguas, más ancha en la parte de arriba, allí donde estaban sus grandes ojos, y luego iba estrechándose hasta terminar en un mentón muy pequeño, como si su cara fuese un corazón. Pero aun así me pareció que debía ser una mujer muy decidida, y me recordó los dibujos de Juana de Arco que hay en los libros escolares. Tenía los labios grandes, muy bonitos y no los movía para nada. Antes de que abriera la boca para hablar tuve la sensación de que era alguien que *sabía*, y eso que no hice más que mirarla, y no porque ella creyera que sabía sino que realmente lo sabía todo, igual que Dios.

Subió al pabellón de la banda y a su alrededor ya había gente esperándola, gente como Garrett y como yo, y ella miró por encima de nuestras cabezas y gritó:

—¡Venid a mí, desechos e inadaptados! Vosotros, los que dormís solos, los que os tocáis a escondidas y tenéis sueños extraños cada noche, ¡venid a mí! Vosotros, cuerpos deformados, gentes pisoteadas por los demás, los que os chupáis el pulgar y mojáis la cama, aquellos a los que el mundo desprecia, venid aquí; soy Ahira y quiero que vengáis a mí.

Y a cada minuto que pasaba había más y más. Hasta entonces nunca había pensado en la cantidad de gente rara que vivía en Hoadley, porque siempre procuramos escondernos. Pero esa noche todos vinieron allí igual que los murciélagos en cuanto anochece, saliendo de sitios donde nadie pensaría que pudiesen esconderse, como esos agujeritos que hay debajo de los porches y los aleros. Estaba la vieja que siempre olía igual que un hámster, y aquella mujer flaca con la espalda tan torcida que cuando caminaba siempre miraba el suelo, y su cabeza subía y bajaba como si estuviera usándola para olisquear el camino. Tuvo que sentarse en el suelo para poder alzar los ojos hacia Ahira. Y también estaba el hombre que

caminaba sobre los muñones de sus piernas y se los cubría con unos grandes pies de cuero que parecían patas de elefante, y también estaba el ciego que llevaba una bolsa de papel en la cabeza. Tenía una cara normal, no fea como la mía, pero casi nunca la enseñaba salvo cuando hacía mucho calor. Casi siempre la llevaba tapada con una bolsa de papel. Supongo que a él no le importaba llevar una bolsa de papel en la cabeza. Supongo que debía llevarla para no tener frío.

Y estaban todos los que se hurgaban en las narices y se sacaban los mocos en público y hablaban consigo mismos y vestían ropas viejas y sucias. Había gente con los dientes torcidos o demasiado largos o con tantos huecos que parecían vallas de jardín y alientos como los de los sabuesos que han estado comiendo bichos atropellados en la carretera. Había una mujer tan gorda que supongo que ya no podría ir al cine, y la chica calva que iba a la secundaria. Tenía cáncer y había perdido el pelo, y los chicos se portaban muy mal con ella porque siempre andaban robándole la peluca hasta que la chica se hartó y dejó de ponérsela. Supongo que pronto podría marcharse de la escuela, tal y como habíamos hecho yo y Joanie. Deseé que Joanie estuviera allí. Tendría que haber visto a toda aquella gente, todos esos desgraciados que eran como ella y como yo... Ver que éramos tantos me puso algo nervioso. Casi sentí una especie de orgullo, como si pudiéramos haber hecho algo juntos.

—¡Inadaptados, venid a mí! —le gritó a Hoadley aquella mujer que se llamaba Ahira—. ¡Que ningún otro se acerque! Este lugar no es para los que tienen dos casas y planes de ahorro fiscal. Atrás, banqueros de gordos culos, abogados, predicadores con sonrisas melosas en sus caras y la codicia y el robo en sus corazones, atrás, mamaítas que servís raciones de verdura y culpa... No quiero ver a nadie que lleve trajes hechos a medida. ¿Creéis haber triunfado en la vida? ¡Fuera de aquí! Ahira no os quiere.

Nadie se marchó aunque había algunas personas que me parecían normales. Había un par de tipos con cabellos largos, chaquetas lejanas, pendientes y tatuajes, y unos cuantos gordos que no parecían tener nada raro, y hasta esa chica rubia tan guapa del drugstore, la que se echa laca en las pestañas... No sé qué podía estar haciendo aquí. Quizá se hacía eso en las pestañas porque padece alguna enfermedad. Y entonces empecé a pensar que quizá algunas personas normales también fueran como nosotros, sólo que por dentro, allí donde no se veía, en vez de en la cara, como yo.

—Inadaptados —dijo Ahira a todos los que la escuchábamos—. Yo también soy una inadaptada.

Supongo que tenía razón. Era demasiado hermosa para ser normal.

—Soy Ahira, hija del sol, y Estrella, hija de las estrellas, y Amaris, hija de la luna, y Anoma, nacida de la tierra. La gente que tiene piscinas y grandes coches no me conoce.

Y entonces empezó a contarnos lo que iba a suceder y me bastó con escuchar su voz para saber que todo cuanto nos estaba diciendo era verdad.

Dijo que quienes se creían grandes e importantes descubrirían lo que era ser pequeños. Dijo que quienes nos golpeaban con sus Biblias iban a descubrir qué había realmente en la Biblia. Dijo que si conocía los secretos un inadaptado podía curar mejor que cualquier predicador que jamás hubiera existido. Dijo que iban a ocurrir cosas muy extrañas y que esas cosas serían una señal de que debíamos escucharla.

Su voz era como esos lienzos que hay en el salón de pompas fúnebres, sedosa pero lo bastante áspera para que fuera cálida. Podría haberme pasado toda la eternidad escuchándola.

Nos dijo que no debíamos tener miedo, porque éramos sus inadaptados y ella jamás nos haría daño. Y de repente aquella especie de rotonda en la que estaba empezó a moverse girando sobre sí misma y todas aquellas ridículas luces navideñas se encendieron con parpadeos rojos, verdes y amarillos, subiendo y bajando por los postes y yendo alrededor del tejadillo circular, deslizándose como si fueran esos cilindros con rayas de colores que hay en las barberías hasta llegar al punto donde estaba el caballo

de metal que servía de veleta, y ahí estaba Ahira, como si la rotonda fuera una de esas ferias que van a los pueblos, pero no se movía. Se había quedado muy quieta en el centro de todo, blanca y oro, y todo pareció volverse loco a su alrededor. Y la multitud estaba gritando y algunos se caían al suelo igual que las fichas de Garrett, pero él no había empujado a ninguno de los que se caían. Estaba junto a mí, temblando, tan boquiabierto como yo. Supuse que antes Ahira nunca había hecho girar la rotonda.

Entonces levantó los brazos igual que si fueran alas, justo cuando yo pensaba que Garrett iba a mearse en los pantalones, y la especie de tiovivo se paró aunque las luces siguieron encendidas.

—Escuchadme, inadaptados —dijo Ahira—. Sois mi pueblo. Sois mi familia, y os amo. Este pueblo alberga a seiscientos sesenta y seis personas que son como vosotros y pocos días después de que haya encontrado a la última empezará el gran cambio, y todos vosotros llevaréis mi marca.

Entonces me pareció que clavaba los ojos en mí, aunque esos grandes ojos verde oscuro suyos siempre parecían estar posados sobre ti. Cuando te veían..., eran como su voz, y ya nunca podías olvidarlos.

—Ese día vendré a buscaros y os llevaré a ese lugar maravilloso donde empezó el mundo, el lugar que gira, y los demás acabarán en el fondo del pozo —nos dijo.

Cerró los ojos, pero aun teniendo cerrados los ojos tuve la sensación de que estaba mirándome y su mirada me sujetaba, y empezó a decir palabras que parecían salidas de la Biblia pero no eran como ninguna palabra de la Biblia que hubiese oído jamás. Dijo que eran de algo llamado Yeats. Nos dijo:

—Oigo los Caballos Sombríos, el temblar de sus largas crines. En sus cascos atruena el eco del tumulto, sus ojos brillan con un resplandor blanco... El occidente llora pálido rocío y suspira al esfumarse, los Caballos del Desastre se hunden en el barro espeso.

Cuando hubo terminado no abrió los ojos y se quedó muy quieta, como si estuviera soñando, pero alzó las manos como para decimos que eso era todo. Algunos se estaban marchando y algunos iban hacia ella.

—Ve a preguntarle por tu Joan —me dijo Garrett.

—No —le dije yo, porque había algo que me tenía preocupado y todavía no sabía lo que era, así que me di la vuelta y me fui a casa.

Antes de marcharme vi una cosa: vi a la chica que parece un poco negra, la que se pasea por Hoadley montada en su caballo. Vestía esas ropas tan raras que lleva siempre y estaba muy quieta, mirando, sin marcharse y sin acercarse a Ahira para saludarla. Pensé que ella también era una inadaptada, porque en todo Hoadley no hay nadie que tenga la piel tan oscura como ella. Este pueblo tiene un par de judíos pero no hay negros, sólo ella, y aun así el estar aquí rodeada por los demás inadaptados no parecía hacerla muy feliz. Claro que ella nunca parecía feliz y eso que era muy hermosa, casi tan hermosa como Ahira, sólo que ella era oscura como el agua del arroyo y Ahira era toda pálida y lechosa.

Me marché en mi Chevy y conduje por los oscuros y sinuosos caminos del campo y traté de no pensar en nada porque de todas formas el pensar a mí nunca me sirve de mucho, y me limité a esperar porque sabía que pronto ocurriría algo. Cuando llegué a casa mi mamá y mi papá ya estaban en la cama, pero mis hermanos aún seguían levantados y cuando entré empezaron a meterse conmigo. «¿Dónde has estado?», me preguntaron. «¿Tienes alguna chica? Ya era hora de que te divirtieras un poco.» Y yo les miré y me pregunté si eran como yo o si eran como lo que Joanie habría llamado normales, lo que Ahira llamaba «los otros», y acabé pensando que sí lo eran.

Me fui a la cama, me quedé tumbado en la oscuridad y creo que soñé con Ahira y con Joanie y con preguntarle a Ahira dónde estaba Joanie, y Joanie y Ahira, y la oscuridad que había sobre la cama parecía estar girando y girando, pero eso es una tontería. La oscuridad no puede girar.

Mark Wilmore volvió a casa después de su último entierro y la velada que siguió al funeral para encontrarse con que Cally había acostado a los niños más pronto que de costumbre y estaba esperándole en el apartamento con ganas de hablar. Al verla sintió una punzada de ira totalmente inadmisibles y que no tardó en sofocar, ya que todo estaba como debía estar: Cally dependía de él y había esperado pacientemente hasta que Mark hubiera cumplido con sus deberes y pudiera prestarle atención. Entonces, ¿qué razón había para que la expresión de cierva visible en su delgado rostro de muchacho le resultara tan irritante? Hacía cuanto una esposa debe hacer; era exactamente tal y como debe ser una esposa...

Aun así, pasó junto a ella con rumbo hacia el dormitorio y le dijo:

—Deja que me quite este maldito traje de chulo, Cal.

Los trajes de tres piezas de lana y franela color gris paloma que llevaba para los funerales se parecían mucho a los que utilizan los macarras de alta categoría que operan en las ciudades, sobre todo cuando se los combinaba con un chaleco color marrón claro. Tanto Mark como Cally eran conscientes de esa ironía, aunque probablemente en todo Hoadley no había nadie más que lo supiera o a quien le importara; pero Mark llevaba esos caros trajes de colores neutros porque no soportaba los «trajes de predicador» negros utilizados por los especialistas en la muerte de mayor edad o los trajes de poliéster azul marino a rayas de quienes no poseían tan buen gusto como él.

Cally le siguió y tomó asiento en la cama.

—Odio trabajar con bebés —dijo Mark mientras colgaba cuidadosamente el traje y se volvía hacia ella con sus calzoncillos de jockey como único atuendo—. Todo el mundo se siente fatal. No hay nada peor que trabajar con bebés, salvo quizá los que han muerto a causa de quemaduras.

—No me acordaba de que fuese un bebé —dijo Cally.

Era el bebé de los Bender, que había nacido con múltiples defectos físicos, y nadie había esperado que viviera tanto tiempo: cinco días.

—Otro bebé de Hoadley enterrado bajo el suelo —dijo Cally con un hilo de voz. Mark pensó que era una frase bastante extraña: vio cómo tragaba saliva, igual que si intentara tragarse las palabras, y cómo el esfuerzo convulsionaba su garganta. Tenía la garganta tan frágil y delgada como el tallo de una flor, pensó con cansancio; podría haberla rodeado con una sola mano, y a veces le habría gustado rodearla con su mano y apretar hasta estrangularla... Se dio cuenta de que Cally estaba devanándose los sesos en busca de algo agradable que decirle, algo que fuese propio de una buena esposa y, finalmente, lo mejor que pudo encontrar fue—: Y la familia, ¿les gustaron tus arreglos?

—Supongo que estaban satisfechos. La madre dijo algo sobre el lienzo.

Barry había hecho un buen trabajo con el lienzo. Barry Beal, el cabeza hueca..., a veces también sentía deseos de estrangularle aunque sólo fuese para impedir que siguiera preguntándole por esa horrible chica de los Musser. Pero hacer callar a Barry habría requerido algo más que el estrangulamiento. Un hacha, quizá...

—¿Hubo algún problema con el servicio?

—Todo fue estupendamente.

Era una buena esposa. Era una buena esposa. ¿Por qué la odiaba tanto a pesar de que era tan buena esposa? A Mark jamás se le había ocurrido relacionar ese fenómeno con el aborrecimiento que sentía hacia su madre. Consideraba que eso no era sino una pequeña dificultad entre mamá y él, y todo era culpa de su madre porque daba la casualidad de que se pasaba la vida gimoteando, dándole puñaladas en la espalda, manipulándole y haciéndose la mártir. Nunca se había preguntado cómo era posible que siempre lograra salirse con la suya. No había tenido ocasión de fijarse en que la mayor parte de las compañeras de sexo de su madre exhibían los mismos rasgos desagradables cuando se hallaban en el seno de sus familias, pero aún recordaba la

alegría que invadió su joven corazón de enamorado en cuanto se dio cuenta de que Cally era totalmente distinta a su madre..., al menos, lo había sido hasta que se casó con ella y la trajo a su casa de Hoadley.

Desde que tenía memoria Mark siempre había querido dirigir un salón de pompas fúnebres. Tenía cinco o seis años cuando salió de su casa, que olía a linóleo y desinfectante Lysol, y entró en el ya desaparecido Salón de Pompas Fúnebres Lentz para asistir al velatorio de una tía abuela, y nada más ver aquel silencioso santuario de grandes techos, gruesas alfombras, damascos y pilastras, supo que ése era el sitio donde debía estar: elegancia, ritual, ricos terciopelos, penumbra en la que flotaba el aroma de las flores... Pasó su adolescencia trabajando para el viejo Lentz y espió algunos de los misterios de la sala de embalsamamiento; le parecieron tan poco inquietantes como la disección de una rana en la clase de biología, cuando el olor del formaldehído se le había subido un poco a la cabeza. Los seres humanos muertos no eran muy distintos a las ranas muertas; Mark podía manejarlos. Y la idea de prestar un servicio —un servicio heroico, de hecho—, de serle útil a la gente que le necesitaba en un momento difícil..., eso le había gustado casi tanto como el papel con dibujos dorados que cubría las paredes y las gruesas borlas que colgaban de las elegantes persianas. Convenció a sus padres para que le enviaran al Instituto de Ciencias Mortuorias de Pittsburgh; su familia le pidió un préstamo al banco y su padre trabajó horas extra para permitirle seguir su vocación. Fue en Pittsburgh donde conoció a Cally.

Se conocieron gracias a un accidente maravillosamente romántico; Cally cayó literalmente a sus pies en una resbaladiza acera del campus y se torció el tobillo. Mark recogió los libros que se le habían caído, la ayudó a llegar hasta la enfermería y estuvo sentado junto a ella mientras esperaba. Los hombres de Hoadley —al menos aquellos que no bebían hasta caer inconscientes cada fin de semana—, se consideraban protectores, defensores y encargados de proporcionarle el sustento a los niños y las mujeres; Mark llevaba tan dentro de sí aquel credo que lo aceptaba sin ser consciente de su existencia, como una premisa y un hecho esencial de su existencia en tanto que varón, igual que los sueños eróticos. Sobre él había colocado su propio mito resplandeciente de Mark como héroe, auxiliador y amigo en tiempos de problemas y muertes. Se enamoró de Cally nada más verla y encontrarse con su indefensión y su belleza infantil. Sin embargo, en cierto aspecto lo que le gustaba todavía más de ella era su genio, el que algunas veces le apartara bruscamente las manos que Mark alargaba hacia sus libros, sus muletas y su vida y el que nunca le diera las gracias. El que llevara botas y téjanos y siguiera su propio camino, y le viera sólo cuando quería verle, incluso después de que hubiera accedido a casarse con él...

Cally seguía llevando botas y seguía yendo por su propio camino montada a caballo, aunque Mark había insistido en que tuviera un caballo seguro y usara el equipo adecuado, tal y como convenía a su papel de preocupado protector. A veces se negaba a pasarse las comidas pendiente de servirle a él o a los niños. Seguía protestando cuando Mark se ponía pomposo, cosa que él sabía le ocurría con bastante frecuencia. Y, sin embargo, en lo más profundo de su ser... Algo esencial había cambiado en cuanto se casó con ella, y el cambio no había sido para mejorar. Sí, algo cambió en cuanto la trajo a Hoadley.

Mark no ponía en cuestión las pautas de la vida que le habían devuelto a ese pueblo. Había regresado a Hoadley, naturalmente. Ir a cualquier otro sitio era algo impensable. Sus padres y su familia estaban allí. La familia por encima de todo lo demás..., su credo del deber había resonado durante toda su infancia y esos ecos habían logrado excluir todos los cantos de sirena procedentes de Otros Lugares.

Y tampoco ponía en cuestión la idea del matrimonio. Como todos los recién casados, fueran de donde fuesen, después de la boda tanto él como Cally olvidaron las agotadoras intensidades emocionales del cortejo y empezaron a imitar los matrimonios

de sus padres. Los padres de Cally no le habían dado mucho material sobre el que edificar, pero Mark sentía una considerable admiración hacia su padre, que siempre había sabido trabajar duro. Su comportamiento con Cally era una imitación del que su padre utilizaba con su madre: fuerte, protector, esforzándose por darle todo lo necesario...

Dios, qué cansado estaba.

—Bien, Cal —dijo, sentándose en la cama—, ¿qué ocurre?

—Los árboles están llenos de cigarras. —Agachó la cabeza igual que una criatura de cinco años que se dispone a revelar los más íntimos secretos de su corazón—. Escucha, Mark... Hay algo extraño en la atmósfera, algo que me da miedo.

—¿Espectros? —bromeó él—. ¿Alguien te ha estado contando historias de fantasmas?

—Hablo en serio. Han estado ocurriendo cosas extrañas.

Le contó lo ocurrido de una forma lenta y dando muchos rodeos, tirando de los pelillos de la manta con sus flacos dedos... Resultaba difícil creer que esta mujer vacilante era la persona que había ganado el Premio al Mejor Ensayo Expositorio el último año de sus estudios. Mark la escuchó, oyendo todas las palabras y, aun así, absorbiendo sólo fragmentos aislados de lo que significaban. Un hombre desnudo en el bosque..., ¿un exhibicionista, un perverso sexual, un posible peligro para Cally? Quizá debiera prohibirle que montara a caballo por esa zona. Una imagen cambiante..., tonterías supersticiosas. Alguien se había imaginado algo. Cuando Cally estaba preocupada su mente siempre tendía a confundirse... Insectos con cara de bebés..., más imaginaciones suyas fruto del nerviosismo. La extraña mujer montada en el caballo blanco, Ahira..., una chiflada. Todo el mundo había estado hablando de ella y Mark no quería oír más conjeturas al respecto. No quería oír nada de cuanto Cally estaba diciendo y ésa fue la razón de que, en cierto sentido, no oyera nada aunque escuchó y asintió hasta que ella acabó quedándose callada, como si no supiera qué más podía decir.

—Bueno, cariño, ¿adonde quieres ir a parar?

Cally vaciló, hizo un esfuerzo de voluntad y acabó consiguiendo que las palabras salieran de su boca.

—Creo..., creo que es justo lo que dijo el señor Zankowski, Mark.

Mark vio estremecerse sus delicados labios en un sutil temblor que apenas si era perceptible por encima de su mentón. Vio la blancura del hueso bajo los tensos músculos de su rostro, abriéndose paso por entre esos frágiles dedos suyos que parecían ramitas y que ahora reposaban entrelazados sobre su regazo. Durante una fracción de segundo recordó cómo hubo un tiempo en el que había deseado esa boca siempre levemente predispuesta al mohín, ese rostro de chiquilla y esas manos, pero el recuerdo no fue acompañado de ninguna emoción... Aquello ocurrió cuando los dos eran más jóvenes, antes de que estuviera siempre tan cansado. El recuerdo suavizó un poco el desprecio que había en su voz.

—Cal, por el amor de Dios... ¿El fin del mundo?

—Sí, algo parecido.

Su seriedad y su miedo le hicieron adoptar el papel de protector lleno de recursos y le hicieron sentirse simultáneamente exasperado, superior y divertido.

—En el nombre del cielo, ¿qué razón hay para que el fin del mundo vaya a ocurrir en Hoadley?

—¿Y por qué no?

Mark lanzó un bufido. «Todo el mundo sabe que esto es el culo del mundo», había pintado alguien con un aerosol sobre el depósito de agua que dominaba el pueblo, y ningún vándalo dejó jamás una inscripción más verdadera sobre una propiedad pública. Todo el mundo lo sabía. Mark, nativo de allí, lo sabía; ese conocimiento permeaba la lealtad y el orgullo invertido que le habían vuelto a traer al sitio donde se le necesitaba. Cally era una forastera, de acuerdo, pero, ¿cómo era posible que no lo supiese?

—No sé qué está pasando aquí —dijo Cally—, pero lo cierto es que está pasando algo raro...

—La fiebre del milenio. Están intentando no darle mucha importancia, pero hay casos por todas partes. —Mark escuchaba los noticiarios censurados por el gobierno que llegaban del mundo exterior.

—¡Mark, lo que está ocurriendo aquí no es sólo fruto de la imaginación de la gente! ¿Crees que estoy imaginándome cosas?

Sí, quiso decirle él. Era la respuesta más fácil y no veía razón alguna para no acudir a ella. Que él supiera, Cally en el pasado nunca había dado muestras de comportamiento irracional pero..., bueno, después de todo era una mujer. Casi todas las mujeres que había conocido a lo largo de su existencia en Hoadley sufrían de «nervios», y desde que tuvo a los niños Cally estaba demasiado tensa. Salir de la casa montada en ese caballo suyo le sentaba bien. Cuando estaba en casa iba por el apartamento con esa expresión de cansancio, esas manos huesudas y temblorosas... Mark sabía que no comía lo suficiente pero no se le había ocurrido pensar que estuviera pasando hambre deliberadamente. Cally se sentaba a la mesa y no comía mucho, de acuerdo; pero su madre nunca había comido a las mismas horas que los demás. Se pasaba el resto del tiempo «picando» en la cocina y había acabado engordando. Las mujeres eran seres extraños. Casi parecían una especie distinta... No pensaban del mismo modo que los hombres.

Así que si debía ser sincero tendría que responderle con un sí: pensaba que estaba imaginándose cosas. Pero en tal caso Cally se enfadaría con él. Su padre habría dicho que sí y se lo habría tomado a broma, diciéndole que estaba muy guapa cuando se enfadaba. Pero Mark no creía tener la energía necesaria para eso. Estaba cansado. La gente se había pasado todo el día llorando sobre su hombro. Y, probablemente, mañana también vendrían a llorar sobre su hombro. Bien sabía Dios que el pueblo albergaba una gran cantidad de almas desgraciadas...

—¿Qué quieres que haga al respecto? —le preguntó con voz un tanto seca.

Porque, naturalmente, no hacía falta que le dijera que ella quería que hiciese algo al respecto. Ésa era su función en la vida: ocupar un puesto en la junta eclesiástica, ser miembro del club de los Jaycees, hacer cosas para los demás... y también para ella. Pero, y ahí estaba el terrible problema, Cally tenía derecho a esperar eso de él. Era su hombre, su defensor, su protector y tendría que haberle dicho «Claro, me ocuparé de ello, todo se arreglará, echaré un vistazo y todo irá bien». Aun así, Cally no tendría que haberle hablado del asunto a la hora de acostarse, y eso era todo. Cally sabía que a la hora de acostarse Mark siempre estaba muy cansado.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

Cally meneó la cabeza y le miró de tal forma que Mark percibió el fugaz resplandor del blanco de sus ojos: había captado su estado de ánimo. No se lo diría, o no lo sabía, y eso todavía le irritó más.

—Nada —dijo—. Olvídalo. Vamonos a la cama. Podemos hablar de ello por la mañana.

Estupendo. Ahora tenía esa gran perspectiva en la que pensar. Y una vez estuvieran en la cama, ella quema que él hiciera otras cosas. Y Mark no pensaba hacerlas.

Al día siguiente Cally salió a montar sola con un propósito en la cabeza. Había llegado a la conclusión de que las cigarras no le daban miedo, aunque si oía los gimoteos con que anunciaban su presencia se mantendría lo más alejada posible de ellas..., pero tenía que salir y echar un vistazo. Si Mark no pensaba buscar respuestas, ella lo haría en su lugar. Por esa razón, y quizá por otras, deseaba ver nuevamente a ese lo-que-fuera desnudo.

Empezó yendo a la mina. Tenía la esperanza de que el señor Zankowski no estaría

en el cobertizo, y no estaba allí; pasaba la mayor parte de su tiempo en los túneles, reparando la vieja maquinaria que no paraba de estropearse. Pero la serpiente negra yacía sobre su piedra calentada por el sol, junto a la puerta, al lado de un cuenco de porcelana desportillada repleto de leche que iba poniéndose amarilla. Cally se bajó de «Paloma» sintiendo una irracional seguridad en sí misma y cogió a la serpiente: por una vez sus manos estaban tranquilas y firmes y supo manejar al animal sin ponerle nervioso. Iba a hacer algo por sí misma, llevaría a cabo una acción más tranquilizadora y tonificante que cualquier droga de las que pudiera prescribirle un paternal médico de Hoadley. Se colocó la serpiente sobre los hombros, montó en «Paloma» y cuando estuvo bien segura sobre la silla de montar se la puso en el brazo izquierdo, donde podría observarla mejor. La serpiente aceptó plácidamente todos aquellos manejos, pues las manos que la tocaban estaban impregnadas de una confianza casi hipnótica. Esa misma madrugada había tenido un sueño o una visión que le había indicado cómo llevar a cabo este proyecto.

—Enséñame dónde está —le dijo al reptil, y la serpiente alzó su delgada cabeza negra indicándole el camino.

Cally cabalgó. La serpiente la guiaba. Bajó a un valle oculto por arces que aún no habían llegado a la edad adulta (su corteza estaba llena de rayitas que hacían pensar en los caramelos de menta) y allí le encontró, entre el parasol de las hojas y las blancas flores en forma de copas que eran llamadas manzanillas de mayo.

Estaba sentado en el suelo, desnudo, medio escondido por las hojas de las manzanillas, y su cuerpo casi tenía el mismo color blanco cremoso que las flores. Cally le contempló desde la grupa de «Paloma».

—Quiero que me expliques qué está pasando —le dijo.

—Eso no es todo lo que quieres, o lo que necesitas —dijo él.

Tenía una voz grave y densa, una voz líquida y cosquilleante como el sabor del whisky. La serpiente enroscada en el brazo de Cally alzó su cabeza. Otra cabeza de hocico redondeado se irguió bajo las manzanillas de arce, ocultándose entre las hojas verde lima grandes como bandejas de postre. Cally lo supo sin necesidad de verla, pues sintió el licor de su voz abriéndose paso por su cuerpo y calentándolo.

—Ven aquí —dijo él.

Desmontó, dejó que «Paloma» se alejara unos metros para pacer y permitió que la serpiente se deslizara de su brazo para desaparecer entre los heléchos que rodeaban la hondonada. Aquel ser cuyo cuerpo era demasiado hermoso para ser descrito con palabras la esperaba. Tenía razón: había venido para esto, al menos en parte. Mark... Recordaba cómo sólo unos años antes Mark devoraba su presencia, su conversación, su disponibilidad, cómo había saboreado la dulzura de su cuerpo centímetro a centímetro, con la misma absorta atención que ahora dedicaba al acto de engullir cacahuetes delante de la televisión que emitía los partidos del domingo por la tarde. Si Mark ya no deseaba comer de su cuerpo, si ya no quería darle aquello que ella anhelaba y necesitaba, aquello por lo que se moría de hambre..., bueno, en tal caso ella conocía a alguien que sí estaba dispuesto a dárselo, y se lo daría, por todos los infiernos o por la fuerza que estaba moviéndose en su mundo, fuera cual fuese.

Se dio la vuelta y le miró. La tranquilidad y la confianza en sí misma la abandonaron y empezó a temblar. Le bastaba con mirarle para sentir aquel cosquilleo parecido al del whisky que corría por sus pechos hasta llegar a su ingle, y el cosquilleo la humedecía y le hacía sentir cómo el agujero negro en que se había convertido anhelaba su presencia. Él era la cosa blanca que podía colmarla, blanca como la luz del sol, blanca como ese dulce de Navidad a medio chupar. Era..., ¿qué era?

—¿De dónde has venido? —le preguntó en un susurro—. ¿Cuál es tu nombre?

Él se puso en pie para hablar con ella, y su gesto le transmitió una impresión de gracia musculosa que no se avergonzaba de sí misma aunque fuera la parodia de una cortesía

de salón. Cally le miró. Él —o aquella parte suya que desafiaba su percepción de él—, era colosal, magnífica, digna de un dios. Su boca se retorció en un espasmo. Le deseaba de tal forma que creyó iba a estallar por dentro.

—Dame un nombre —dijo él.

—¿No tienes nombre?

—Ella no quiso darme nombre. Me hizo y me tiene miedo. No quiere venir a mí. Ven a mí.

Fue hacia él; no podía esperar más tiempo o seguir pensando en las respuestas a sus preguntas. Fue hacia él y él le abrió la camisa, acariciándola durante unos segundos antes de bajarle los pantalones de montar y hacer que se acostara sobre las manzanillas de mayo. Una sombra verde primavera en su rostro, la dulzura de la crema en su boca y en su mente el sabor de la *crème de menthe*..., no, de la absenta. A mediados del verano los brotes de un blanco lechoso darían su fruto color rojo pimienta, unas rechonchas esferas venenosas... Todo fue muy rápido y todo terminó en lo que dura un beso apasionado. No le importó. Sabía que su cuerpo estaba demasiado hambriento y que el vacío era demasiado doloroso para cualquier otra cosa, aun suponiendo que él hubiera deseado jugar, cosa que dudaba. Se había limitado a prestarle un servicio, nada más.

Alzó los ojos hacia él un instante después del climax y le vio con toda claridad.

—Eros —dijo, dándole nombre.

—Como deseas —dijo él. Se puso en pie y desapareció entre la espesura moviéndose con la silenciosa agilidad de un animal salvaje, dejándola sola.

Una hora de búsqueda la llevó al doloroso convencimiento de que también «Paloma» se había marchado: había vuelto al establo, abandonándola allí. Avanzó por los empinados senderos con el paso tambaleante a que la obligaban sus botas de montar —esas botas no habían sido hechas para ir de excursión, y cada paso hacía que le rozaran en el talón y detrás de la rodilla—, pasó junto a las cigarras ocultas entre la maleza y oyó cómo se burlaban de ella, y supo que era un ser lamentable y falto de amor. Ciertamente, había sido colmada por el falo de un dios. Se sentía..., sí, una pequeña y oscura porción de su cuerpo estaba saciada pero por lo demás el hambre era tan aguda como siempre, y chillaba igual que esos insectos famélicos. Eros no podía colmarla. Él no..., no sentía nada hacia ella, no le importaba. Una intuición inexplicable le decía que lo que aquel extraño desconocido había hecho por ella no era más que un servicio, y que habría sido capaz de prestárselo o imponérselo a cualquier representante de su género.

—Delgada —había observado él en un momento dado—. Estás muy delgada. —Al menos podía aferrarse a eso; se lo había tomado como un cumplido.

Cally se acostó aquella noche junto al cansado e indiferente cuerpo de Mark y soñó con el joven desnudo de los bosques. Al principio soñó con ese cuerpo tan agradable y tan capaz de ejercer su potencia sin ningún esfuerzo, recordándolo vividamente, y luego, más serenamente, soñó con su rostro.

Al cual no le había prestado demasiada atención en aquellos momentos...

Despertó dando un respingo, sobresaltada. Lo había reconocido. En otro mundo donde no existieran los defectos físicos aquel rostro tan hermoso..., no, más que hermoso; aquellos rasgos fuertes e impresionantemente viriles, aquella piel pálida y de una belleza sobrenatural..., podrían haber pertenecido a Barry Beal.

CAPÍTULO SEIS

Cuando pensaba en sí misma, Elspeth se imaginaba a un pequeño animal que se ocultaba entre los arbustos vigilándolo todo con sus grandes ojos, o a una mariposa que flotaba a merced del viento con las antenas extendidas al máximo. No creía ser nada más

que eso. Por lo tanto, no la preocupaba mucho el no saber cuál era el bando que se le había asignado dentro del holocausto que Ahira estaba preparando. En toda su vida jamás había escogido una posición o una dirección. Era la artista, toda ojos, foco, observación y espera; era neutral, igual que un país pequeño en una gran guerra. Si llevaba una espada era para..., para...

Para las moras.

Apartó su mente de la incómoda idea de la espada (era una idea que solía acechar en su mente, justo bajo la capa de la consciencia, más allá de donde se la podía ver, como si estuviera bajo la superficie iridiscente de unas aguas muy profundas) y se dedicó a observar. Ella misma era toda brillo e iridiscencia, o eso pensaba: era un escudo pulimentado que reflejaba el mundo devolviéndole su imagen, y de quien estaba agazapada detrás del escudo no había nada visible; no se daba cuenta de todo lo que llegaba a revelar mediante su arte o su propio silencio.

Y allí estaba, observando en mitad del pasillo del establo con su espada al cinto, sus leotardos color índigo, su jubón de cuero y una túnica de su color favorito, el escarlata: lista para cabalgar, sujetando a «Guerrera» por las riendas mientras veía cómo los rayos del sol que entraban en haces oblicuos a través del umbral se estrellaban contra el polvo color paja del establo y las telarañas grises, contemplando a las demás. Y, como siempre, a quien más contemplaba era a Cally. En Cally había algo... No era nada sexual, desde luego, pues en ese mondadientes no podía haber nada de eso, pero aun así había algo... Normalmente Elspeth se preguntaba por qué perdía el tiempo pensando en Cally, pero hoy aquella delgaducha estirada era digna de ser observada. Cally estaba hecha una furia.

—¡Podría haberle matado!

—Siempre he dicho que con Homer nunca se me pasó por la cabeza la idea del divorcio —observó «Gigi»—. El homicidio sí, y con mucha frecuencia, pero el divorcio..., nunca.

—¿Homer también te trata como si fueras estúpida?

—¿Ha existido un hombre que no se pase la vida dándose besos? —replicó «Gigi». Shirley, que estaba junto a «Gigi», se removió poniendo cara de estar a disgusto. El tono irritado de aquella conversación debía resultar bastante incómodo. Pero a Elspeth no le importaba. Cally, la pequeña estirada..., resultaba divertido verla tan furiosa. Sus manos huesudas temblaban de tal forma que no lograba apretar la cincha de su silla de montar. Acabó rindiéndose y volvió a erguirse, gesticulando con las manos.

—No sé. Cuando hablamos por primera vez acerca de ello..., bueno, pensé que Mark estaba portándose bastante bien. Pensé que no lo entendía, nada más. Pero ahora me dice que soy idiota. Yo, la cabeza de chorlito, la sesos reblandecidos, la estúpida que le hizo conseguir sobresalientes en todos sus cursos, la que no sólo hizo sus trabajos sino que se encargó de leer sus libros y hacerle los suyos... Esta mañana me puse realmente furiosa y...

Cally se atragantó y no pudo seguir hablando. Una de las manos que no paraba de mover golpeó a «Paloma» en el hocico y la tranquila yegua amarrada se asustó, tirando de las riendas que la inmovilizaban. Shirley dio un paso hacia delante y la cogió por las riendas, la calmó y volvió a quedarse quieta, tan silenciosa como antes.

—Llorar hace que te pongas furiosa contigo misma, ¿verdad? —le preguntó «Gigi» con una sardónica ternura.

Cally se recuperó lo bastante para hablar.

—¡Desde luego que sí! Creo que podría gritar... Cuando se enfadan los hombres pueden hacer todo el ruido que les venga en gana, pero cuando quiero gritar siempre acabo lloriqueando.

—Yo también solía hacer eso —dijo «Gigi»—. Si te ocurre es porque aún le quieres. —Habló con voz despreocupada, como si estuviera dirigiéndose a una chiquilla: es una

fase, ya se te pasará...

Cally la contempló boquiabierto durante unos segundos, acabó dándose la vuelta y echó a correr torpemente sobre sus negras botas de caña, haciendo oscilar su pequeño trasero. Salió por la puerta y se escondió detrás del establo. «Gigi», a la que nada de todo aquello parecía haber afectado en lo más mínimo, se dio la vuelta y siguió ocupándose de «Aceite de serpiente» y pasado un instante Shirley se encargó de apretar la cincha de la silla de Cally.

—¿Qué crees que le dijo? —exclamó «Gigi» dirigiéndose al silencio del establo—. ¿Que era una histérica? ¿Que estaba portándose de una forma irracional? Yo sé lo que le dijo. —Chasqueó los dedos y éstos emitieron un seco crujido, como si el sonido hubiera sido producido por el encuentro de unos huesos, y no por dos masas de carne—. Le dijo que cuando se enfadaba estaba muy guapa.

Elspeth, que lo observaba todo con satisfacción, vio cómo Shirley alzaba los ojos hacia «Gigi» lanzándole una mirada de sorpresa y hosca preocupación que no era nada típica de ella. Observó la suave curva de los grandes pechos de Shirley y de todos sus sentimientos sólo comprendió bien el asombro, porque ella también lo sentía. Y «Gigi», ¿era normal o no? Elspeth comprendía el concepto de normalidad, pero esa comprensión era algo oblicua, como todo lo captado por su ser de artista. Vio la luz en la oficina de correos unos días antes, mientras hacía cola para comprar sellos. Delante de ella había una mujer ya algo entrada en carnes que estaba discutiendo con el empleado: la mujer llevaba un sombrero de ganchillo pese a que estaban en mayo y hacía calor, y no era más que una mujer quejumbrosa de edad madura y tez arrugada, idéntica a los centenares de mujeres como ella que Elspeth había visto antes. *Alguien ama a esta mujer*, pensó de repente Elspeth y eso la sorprendió. Sus padres quizá aún estuvieran vivos y era posible que la amaran. Sus hijos debían amarla. Posiblemente hasta su esposo la amaba. Si tenía un perro, era casi seguro que el perro la amaba. Si había que creer en lo que decían los cristianos, Dios la amaba. La idea había hecho que Elspeth sintiera un asombro que, naturalmente, se negó a demostrar. ¡Así que ser normal consistía en esto! Esa falta de estética casi sublime, estar tan lejos de la belleza o la perfección, chapotear en el amor igual que un cerdo en el barro...

Pero, ¿había alguien que amara a «Gigi»?

Cally volvió a entrar en el establo con el rostro enrojecido y dando señales de habérselo frotado con las manos, y su aspecto era casi tan repulsivo como el de cualquier mujer que Elspeth hubiese visto en Hoadley. Sí, quizá fuera normal.

Sus negras botas la llevaron con un paso algo envarado hacia Shirley, que había estado terminando de preparar a «Paloma», y Cally la miró fijamente, rechazando las riendas que le ofrecía.

—¡Odio a esa yegua!

—«Paloma» no te ha hecho nada —dijo Shirley con voz más seria que de costumbre, y Cally pareció calmarse un poco.

—Lo que quiero decir es... Mark me obligó a comprarla. No es la clase de caballo que yo quería. ¡Mírala! —Cally volvió a mover los brazos como si fueran aspas de molino—. Me sorprende que no se arrastre en vez de caminar. Es un gusano. Y tiene el mismo color de vómito que mi pelo.

Elspeth se rió y el cebo de su carcajada flotó por la atmósfera de irritación que llenaba el establo. Nadie la miró ni dio señales de que esa risa le pareciese fuera de lugar, ni tan siquiera Shirley. Elspeth sintió una cierta decepción. Sabía que ninguna de las clientas de Shirley la apreciaba, pero todas la toleraban porque era..., bueno, era la amiga de Shirley. «Amiga», dicho con un burlón fruncimiento de los labios. Y Shirley, ¿era una inadaptada? Si lo era, ¿qué ocurría con su amor? ¿Bastaría para hacer que Elspeth, el animal exótico, se convirtiera en un ser normal?

—Ya te he explicado cómo puedes conseguir el caballo que quieres —dijo «Gigi», la

adolescente envejecida, mirando a Cally—. Si no sufres de cáncer, tengo entendido que un ataque de nervios funciona igual de bien.

Shirley se apresuró a intervenir.

—¿Qué clase de caballo quieres?

—Cualquiera, con tal de que no sea tan condenadamente seguro.

—Y tras haber pronunciado esa declaración de principios, Cally cogió en su mano las riendas de «Paloma» y salió del establo. «Gigi» la siguió.

—¡Cally! ¿Quieres ver algo condenadamente inseguro? —gritó «Gigi».

«Gigi» le dijo que al otro lado de la carretera había un caballo al que podían visitar: estaba más lejos de la distancia que solían recorrer, pero no tanto como para que no pudiesen ir hasta allí. La carretera estaría llena de camiones cargados de carbón que pasarían rugiendo junto a ellas y los conductores harían chirriar los frenos, tocarían la bocina y les gritarían obscenidades, intentando asustar a los caballos y hacer que las mujeres diesen con su trasero en el suelo. También habría perros hostiles y otros obstáculos; Elspeth miró a «Gigi» y vio brillar en sus ojos la llama salvaje que la vieja siempre mostraba cuando olía un riesgo. Y, por una vez, el estado anímico de Cally era bastante parecido al de «Gigi». Shirley, que tenía cierto sentido común, les recordó los peligros e incertidumbres a que se enfrentarían, pero ninguna de ellas dudó ni por un momento de que fuera a acompañarlas. Una inadaptada que montaba a caballo... Iba sin sombrero, llevaba téjanos y su corpulenta yegua pura sangre entrenada en Inglaterra usaba una silla tipo oeste y saltaba las vallas como si por sus venas corriera la sangre loca de los irlandeses, aunque estaba muy claro que Shirley no era ninguna irlandesa loca. Shirley era... Shirley. Iría con ellas para ayudarlas a salir de cualquier apuro en el que pudieran meterse.

Elspeth no tomó parte en la discusión. Se dedicó a observar tranquilamente, segura de que fuera cual fuese la decisión final no alteraría en nada su posición. Elspeth cabalgaría como lo hacía siempre, como si fuese una hoja escarlata y marrón impulsada por el viento del otoño. Para ella ni el fin del mundo haría que nada cambiase.

Y las cuatro mujeres acabaron saliendo del establo. «Gigi» les dijo que el caballo que deseaba enseñarle a Cally era un renegado y toda la conversación empezó a girar alrededor de aquel rebelde equino, aquel mestizo negro como el carbón, un inmenso castrado de orgullosa estampa en el que no se podía tener ni la más mínima confianza, y ninguna de las cuatro mujeres volvió a pensar en los ominosos acontecimientos que habían provocado la discusión entre Cally y su esposo. No pensaron en el peligro representado por aquellas extrañas cigarras; las mujeres que montan a caballo deben afrontar los peligros del sendero y vencerlos. Tampoco hablaron de qué acción adoptar, cómo resistirse o (y esa palabra era recordada con cierta inquietud) de cómo prepararse. Se hallaban en una situación peculiar: en cierto aspecto tenían un gran poder, en otro eran totalmente impotentes. Cuando montaban a caballo harían aquello que hubiesen decidido hacer. Pero antes, cuando no montaban a caballo, habían hecho lo que se esperaba de las mujeres: habían hablado con sus hombres.

Cally llegó a casa justo cuando Mark acababa de recibir el aviso de que alguien había muerto. El día pasó entre arreglos, preparativos legales y conversaciones con la apenada familia del difunto y no tuvo ocasión de hablar con su esposa hasta ya bien entrada la noche: la conversación tuvo lugar en la sala de embalsamamiento del sótano, donde le había pedido que le llevara un poco de café mientras se ocupaba del difunto señor Lehman.

Lo avanzado de la hora unido al rutinario y bien conocido proceso de extraer los fluidos corporales a través de la carótida hacía que aquellos momentos siempre sirvieran para relajarle. Algunos de sus mejores recuerdos consistían en largas conversaciones con Cally a través de la puerta de la sala de embalsamamiento mientras la

bomba eléctrica funcionaba y la piel del cadáver iba volviéndose de color rosado. Esta noche sentía un deseo especial de hablar con ella. Estaba empezando a preocuparle y en los últimos tiempos su preocupación se había expresado adoptando la forma del enfado. Le había dicho algunas cosas que sabía habían debido resultarle dolorosas. Normalmente nunca la habría llamado estúpida; estaba convencido de que Cally tenía la cabeza sólidamente plantada sobre sus hombros y era más lista que la mayoría de las mujeres. Nunca la había visto perder el control de sus nervios tal y como solía ocurrirle a su madre. Aun así, si hubiera tenido que escoger entre creer que los bosques de Hoadley estaban llenos de insectos con cara de bebé y creer que Cally estaba imaginándose cosas, prefería creer que el problema estaba en Cally.

Y hablando del rey de Roma... Le trajo su café y Mark le echó un vistazo al señor Lehman para ver qué tal iba todo. Dejó que la bomba siguiera haciendo su trabajo, se quitó los guantes de goma (una protección contra el SIDA y otras enfermedades) y salió de la habitación para aceptar la cálida y humeante taza de afecto ofrecida por Cally, sin tener ni idea de hasta qué punto ella detestaba el traérsela y sin saber que ese acto le parecía una muestra de servilismo.

Intentó pensar en algo que fuera a la vez ingenioso y conciliatorio, alguna especie de sonriente semidisculpa que no fuese abyecta y poco masculina —una frase digna de Humphrey Bogart, en definitiva—, pero no se le ocurría ninguna. Cally habló antes que él.

—Tengo un caballo nuevo —dijo.

Lo primero que pasó por la cabeza de Mark fue preguntarse qué cantidad de dinero le habría costado (sólo después, algo disgustado, se dio cuenta de hasta qué punto empezaba a parecerse a su madre).

—¿Cuánto? —le preguntó.

—Nada, lo he cambiado por «Paloma».

Su siguiente idea también fue idéntica a la que se le habría ocurrido a su madre.

—¿Es seguro?

—No —dijo Cally secamente. La palabra iba cargada de ecos y reverberaciones parecidos a los que pueden oírse en lo más profundo del pozo de una mina... Mark sintió un leve mareo, como si se enfrentara a un precipicio. La estaba perdiendo, Cally había resbalado y empezaba a caer por él... Cuando habló —y tardó un poco en hacerlo—, lo hizo en voz baja y usó un tono de voz muy suave, como si se dirigiera a una loca.

—¿Y por qué no lo es?

—Si quiero estar segura puedo montar en un tiovivo —dijo Cally—. Tengo el caballo que quería y tengo un trabajo con el que pagar su mantenimiento.

—¿Qué? —Aquello le afectó todavía más que la noticia de que tenía un caballo que no era demasiado seguro—. ¿Qué trabajo?

—Secretaria de la iglesia. Puedo escribir a máquina aquí por las tardes y lo que me paguen servirá para la manutención del caballo.

Mark sabía qué pensaría Hoadley: que Cally se había buscado un trabajo porque no confiaba en su capacidad para mantenerla, y que quizá estuviera pensando en el divorcio. De momento, prefería no pensar en lo que pasaba por su propia cabeza. Hoadley venía primero.

—Cariño, ¿por qué lo has hecho? —protestó—. ¡El negocio va estupendamente! ¡He vendido un sofá!

(Aunque los días en que el letrero colocado sobre la puerta decía «Salón de Pompas Fúnebres y Emporio del Mueble» ya quedaban bastante lejanos, la tradición decía que los «sepultureros» vendían muebles y esa tradición había seguido manteniéndose desde los primeros tiempos de los fabricantes de muebles/ataúdes/empresarios de pompas fúnebres. Mark podía amueblar sus salas de exhibición con la suntuosidad de sus sueños infantiles porque compraba grandes lotes y colocaba discretas etiquetitas en todas las piezas del mobiliario. Quienes venían a presentarle sus últimos respetos al difunto

podían consolarse entre llanto y llanto viendo lo que costaban las mesitas y las lámparas. Entre velatorio y velatorio, Mark vendía muebles, y a veces incluso los vendía durante un velatorio. Hoadley admiraba su buen gusto. Muchas salas de quienes formaban la élite de Hoadley habían sido amuebladas con piezas sacadas de la Sala Azul, la Sala Melocotón y el Salón Rosa.)

—He vendido el sofá de pelo de camello, el de color berenjena —añadió Mark, observándola nerviosamente para no perderse su sonrisa y la oleada de orgullo que debía inspirarle el que supiera hacer tan buenos negocios—. Eso compensa de sobras lo que no ganamos con el ataúd del niño, ése que parecía una caja de zapatos...

—Por mí como si vendes todos los muebles del salón —dijo Cally—. Es mi caballo, Mark Wilmore, y voy a cuidar de él con mi dinero para que no puedas decir que tú me lo regalaste y no puedas quitármelo.

Mark la contempló en silencio durante un par de segundos, esperando poder mantener la inexpresividad de su rostro mientras los fuegos artificiales estallaban dentro de su mente. Santo Dios, ¿qué había hecho salvo intentar cuidar de ella...? Le entregó la taza de café vacía y volvió a entrar en la sala de embalsamamiento para manipular las extremidades del señor Lehman.

—Ven aquí —le dijo a Cally.

Le pareció ver cómo parpadeaba; esto era algo nuevo. Normalmente Mark jamás dejaba que Cally o los niños entraran en la sala de embalsamamiento: era una precaución contra los gérmenes. Y, como admitía en sus momentos más contemplativos, eso también servía para que no pudieran meter las narices en su reino privado.

Cally pasó junto a él en silencio caminando con paso un tanto envarado; Mark sabía que ella sabía que él estaba furioso. Señaló con la mano el rostro del muerto. La zona de piel situada sobre los tubos clavados en su cuello iba volviéndose rosada, pero el aspecto general todavía era bastante desagradable.

—Lehman —dijo Cally—. Ya lo sabía. —Lehman había sido presidente del Primer Banco de Hoadley, miembro del comité de compras de la iglesia y uno de los ciudadanos más sólidos del pueblo, tanto en lo físico como en lo moral: era un individuo con forma de huevo que en la intimidad de algunos hogares un tanto iconoclastas era conocido como «la pomposidad sobre ruedas», pues durante los últimos años se había aficionado a dar paseos en bicicleta. Los paseos habían sido su último intento de fortalecer un corazón que iba debilitándose. Mark ganaría bastante dinero con el funeral.

—Es sólo una pequeña comprobación —dijo Mark—. Mira esto.

Alzó la sábana que cubría a Lehman, evitando exponer los genitales del cadáver pero revelando el abultado torso hasta un poco por debajo de la cintura. Cally lanzó un jadeo y se llevó la mano a la boca para ahogar una risita. Al menos todavía conservaba un poco de sentido del humor... Alrededor del ombligo de aquel vientre tan importante que había bailoteado durante muchos años bajo un gran número de blancas camisas almidonadas marca Brooks Brothers había un tatuaje. Un gran tatuaje. Un tatuaje maravilloso. Cally se echó a reír pese a la mano con que intentaba contenerse.

—Es..., ¡es un agujero de culo! —exclamó.

Mark no se rió. Se había reído antes, aunque no en las mismas narices de la viuda, cuando ésta, con voz temblorosa a causa del dolor, le preguntó si aquella obra de arte podía ser recortada y conservada —¿curándola como el cuero, quizá?—, para que ella pudiera enmarcarla y colgarla en su casa como recuerdo de su difunto Lester. Mark se excusó y fue a reír hasta quedarse sin aliento en la intimidad de su capilla privada a prueba de sonidos. Pero ahora sus tensos labios no sentían ningún deseo de curvarse, pues estaba enfadado: sí, sentía una ira muy satisfactoria y tonificante, y había llegado el momento de soltar la gran frase acompañándola con un tono de voz a lo duro bogartiano.

—Exacto —dijo—, y tú te estás portando como una tonta del culo.

La risa de Cally se apagó como si Mark hubiera accionado un interruptor. Le dio la espalda y pasó junto a la losa de mármol para salir de la pequeña habitación. En cuanto hubo cruzado el umbral se volvió hacia él.

—Ni tan siquiera intentas comprenderlo —le acusó—. Necesito hacer cosas por mi cuenta. Necesito tener la sensación de que puedo ejercer cierto control sobre el mundo.

—Si el mundo está a punto de terminar, tal y como dices —replicó él—, ¿qué importancia puede tener eso?

Cally le lanzó una mirada asesina y se alejó caminando sobre esas malditas botas de montar negras suyas, unas botas tan negras como la húmeda abertura de una mina de carbón perdida en la oscuridad de la noche... Mark sintió una mezcla de inquietud y decepción; había esperado ver cómo se echaba a llorar, pero Cally no había llorado.

A la mañana siguiente Cally contempló un pueblo que le parecía haber sufrido una especie de cambio inefable, algo tan irritante, familiar e inexorablemente extraño y lejano como el rostro de una vieja tía después de que haya muerto y se la exhiba en el velatorio, con el cabello peinado, el rostro cubierto de colorete y el traje que llevó en su boda. La torre del agua pintada de ese azul que tanto contrastaba con los colores sopa de gallina del cielo contaminado parecía agazaparse sobre Hoadley como si fuera un gigantesco insecto bulboso sostenido por flacas patas de acero. O como ese dibujo en forma de bombilla que representa a una mujer gorda intentando colocarse la faja. O como el trasero de un caballo alzándose sobre esos soportes suyos tan absurdamente delgados... Cally llevaba años viéndola cada día y esa mañana la torre del agua le pareció incomprensible. Y las dos viejas de piernas rugosas que pasaban por la acera con sus enormes zapatos negros de abuela, casi tan largos como anchas eran sus faldas..., las veía cada mañana de buen tiempo, a veces con sus impermeables rosa coral casi idénticos, a veces con sus aparatosos cárdigans y sus chaquetas color beige, a veces con sus pasamontañas de piel falsa, y las viejas nunca vestían exactamente igual pero sus atuendos se parecían tanto que Cally estaba segura de que debían haberse puesto de acuerdo. No sabía quiénes eran. Esa mañana ni tan siquiera sabía qué eran. En cuanto a ella respectaba, bien podrían haber salido de algún zoológico: parecían dos zancudas de cabeza plumosa pertenecientes a alguna rara especie oriental..., no, algo todavía más extraño. Tan extraño como la mujer sobre la que había leído en el periódico, aquella que recibió la llamada telefónica de un desconocido, y el desconocido le dijo que si se colocaba el auricular sobre el pecho podría decirle si tenía cáncer. La mujer obedeció y el hombre se puso a canturrear alegremente al otro extremo de la línea..., o tan extraña como el chillado que la había hecho víctima de un engaño tan inofensivo.

Sin saber por qué, decidió ponerse su mejor camisa, la de poliéster estampado que parecía seda.

—Mami, llevas la camisa de renacuajos —le dijo Tammy en la mesa de la cocina, contemplándola por encima de su cuenco de cereales cubiertos con una capa de azúcar—. ¿Adonde vas?

—A montar en mi nuevo caballo.

—¡Uncaballo nuevo! ¿Qué caballo? ¿Cuándo lo has conseguido? ¿Podemos montar en él?

Mark, que había estado de pie junto al mostrador bebiendo su café en silencio, cogió la taza y salió de la habitación. A Cally no le importó. Era un desconocido, alguien tan inescrutable y borroso como todo el resto de ese mundo agonizante, tan extraño como aquel otro varón de mejillas regordetas llamado Owen, su hijo, que estaba sentado y fingía soltar ventosidades con su boca repleta de cereales. Sólo Tammy le parecía real: la niñita con ese perfil etéreo de la infancia y los tonos azul grisáceos de una acuarela que representara el cielo perdida en el blanco de sus ojos...

Cally estaba famélica, así que preparó una buena ración de huevos revueltos e hizo

que los niños se la comieran. Apenas les hubo enviado a la escuela se marchó al establo mucho más pronto que de costumbre, dejando los restos del desayuno sobre la mesa para que el huevo fuera endureciéndose en los platos y la leche se agriara en los cuencos del cereal. Al sacar al gigantesco caballo negro del aprisco experimentó la misma sensación de estar flotando —o la misma falta de sensación—, que cuando despertó, y cuando el caballo la amenazó enseñándole los dientes Cally ni tan siquiera reaccionó. «Tas Man», así le había llamado el vendedor... Al regresar «Gigi» se dedicó a bromear diciendo que eso era una abreviatura de «Demonio de Tasmania». Sólo la presencia de los otros caballos permitió que Cally montara en él de un establo a otro. Decidió llamarle «Diablo». Parecía un nombre adecuado no sólo para el caballo negro sino para su mundo y, desde luego, para su alma. El Diablo había llegado... Le puso las bridas y usó el mismo bocado suave que empleaba con «Paloma», aun sabiendo que el día anterior «Diablo» no le había hecho ni el más mínimo caso.

Apenas montó en él «Diablo» se encabritó, lanzándose a un galope desenfrenado, y Cally, extasiada, le dejó galopar con un leve fruncimiento de ceño arrugando sus flacos rasgos. Era una pasajera, nada más. Quizá fuera una especie de suicidio..., pero aguantaría igual que una niña montada en un tiovivo sin control, esperando para ver adonde la llevaba.

Bajando por la pendiente, laderas boscosas que desfilaban velozmente al ritmo del galope... Cigarras con rostros de bebés gritando en los árboles. El castrado parecía dejarse caer, más que galopar, y Cally tuvo la sensación de estarse precipitando en el abismo, con sus hombros huesudos encorvados sobre el cuello del diablo negro y la cabeza agachada para no chocar con las ramas de los árboles, los ojos cerrados y los párpados azotados por las negras crines: no le importaba. El caballo tropezó, chocó con unos peñascos (el coche de la Mafia que salía despedido por el acantilado en la escena de la persecución, un segundo antes de estallar en llamas), estuvo un segundo con las cuatro patas en el aire, logró recuperar el equilibrio y siguió adelante. Aterrizó sobre el suelo del valle con un impacto como el de una tonelada de carbón cayendo por la rampa, pero su loca carrera se convirtió en un rápido y seguro galopar. Cally alzó un poco la cabeza y abrió los ojos para descubrir que ya había dejado atrás los senderos que conocía y estaba entrando en terrenos nuevos e ignotos.

«Diablo» corría como una avalancha negra, el negro fuego surgido de las entrañas de un volcán, un sol negro haciendo explosión y, como ocurre con el implacable paso del tiempo, no daba señales de querer ir más despacio. Cruzaron un río de lecho pedregoso, un poco de agua carente de vida y rocas teñidas de color naranja por los desechos de la mina. Subieron por la abrupta pendiente que había al otro lado y contemplaron un pueblecito minúsculo al que Cally no supo darle nombre, un puñado de casas atrapadas entre el río y los bosques de la montaña, un lugar cuya existencia ni tan siquiera había sospechado... Arriba, bajo la sombra de los árboles, se alzaba el inevitable cementerio con sus retazos de hierba y sus viejas lápidas inclinadas. La monstruosidad negra saltó sin vacilar las escasas hileras de piedras blancas como el hueso, volando sobre ellas a la altura de un hombre como si fuera un inmenso pájaro devorador de carne, y cuando miró hacia abajo Cally vio el destello de unos ojos que se encontraron con los suyos. Las fotos de tonos sepia protegidas por óvalos de cristal colocadas encima de las lápidas alzaron la vista hacia ella y esa inmensa presencia oscura que les tapaba su eterna visión del cielo haciendo pensar en el negro vientre del infierno.

Un nuevo relámpago de miedo y atravesaron el pesado aroma de las flores blancas, el dulzón olor de la zarzamora y el acre perfume de las moras negras, las blancas violetas que se desmayaban por entre las tumbas, las oleadas de pestilencia anaranjada que subían ondulando como la calina del pueblo que había abajo. Corriendo... El renegado negro se llevó a Cally hacia una nueva desolación, un sendero repleto de zarzales y hierbas venenosas que eran oprimidas por el eterno abrazo de los árboles, un

sendero en pendiente que en tiempos había estado cubierto de gravilla y había llevado a alguna parte... Un árbol caído obstruía el paso, un tronco inmenso para los patrones habituales de Hoadley. El caballo negro saltó sobre él. Cally sintió cómo los tensos y agotados músculos de sus piernas se rendían, dejando de buscar algo a lo que agarrarse, sintió cómo su cuerpo se inclinaba sobre el cuello del caballo; un segundo más y chocaría con el suelo...

«Diablo» fue frenando el paso hasta adoptar un galope suave que fue convirtiéndose en un trote delicado y acabó deteniéndose. Arrancó las riendas de sus dedos (dedos no mucho más gruesos que la pajita de un refresco) con un distraído tirón de las mandíbulas, agachó la cabeza y empezó a pastar. Cally miró a su alrededor, bajó de la silla su cuerpo tembloroso y, sin pensar ni un segundo más en él, le dio la espalda al caballo negro.

A su alrededor había lo que en tiempos debió ser un claro o un parque: troncos todavía jóvenes se abrían paso por el suelo. Y el silencio... Aquí no había insectos famélicos. Edificios rudimentarios con las puertas y las ventanas protegidas por tablones se alzaban entre los troncos, como colocados al azar, medio escondidos por el zumaque y las negras sombras de los algarrobos. Edificios con tejados planos... Cally los reconoció de haberlos visto en las ferias ambulantes y los carnavales organizados por los bomberos. Perritos calientes, palomitas de maíz, patatas fritas y helados de crema... Hubo un tiempo en el que estos edificios vendieron todas esas cosas, y su estómago torturado sufrió un espasmo al pensar en ello. Y pasteles en forma de embudo cubiertos por una espesa capa de azúcar, y caramelo de algodón, y pretzels calientes...

Y los giros de una rueda de la fortuna. Hizo un esfuerzo de voluntad para poner algo de orden en sus pensamientos y logró que sus pies avanzaran con paso tambaleante.

Detrás de los primeros edificios había otro mucho más grande, con restos de pintura blanca desprendiéndose lentamente de sus flancos grisáceos...

Cally se acercó un poco más. La estructura, redonda o más bien octagonal, terminaba en un tejado puntiagudo como el de la carpa de un circo. La puerta del edificio abandonado estaba protegida por un candado de gran tamaño, pero eso no importaba. Algo había hecho un agujero en el tablón más cercano. La madera, astillada y ennegrecida como por una explosión, asomaba hacia afuera rodeada por un marco de obscenidades: los vándalos del pasado habían inmortalizado sus obsesiones en aquellas tablas. «Bobie Jacobs es una tragapollas», «Aquí se tiraron a Mary Utz», y también había una detallada invitación al lesbianismo. Cally la leyó dos veces. Parecía prometedor. Mark llevaba mucho tiempo sin hacerle nada semejante. Y Eros, la gran polla, tampoco le había hecho nada comparable. Aunque si volvía y se lo pedía, quizá estuviera dispuesto a hacerlo...

No iba a volver. El pensarlo hizo que se le formara un nudo en el estómago y toda la ira que sentía hacia Mark se volatilizó como si hubiera sido un túnel de mina dinamitado, y su sensación de estar lejos de todo y andar a la deriva desapareció con ella. Estaba dispuesta a llorar y volver corriendo con él.

El matrimonio era un lazo sorprendente. En aquel momento no habría podido jurar que amaba a Mark. Sólo sabía que él estaba en lo más hondo de su ser, atrapado en sus entrañas como el relleno de un pastel, formando tanta parte de ella como la médula del hueso o los recuerdos. Mark había manchado su alma como el vino del sacramento que cae sobre el lino blanco, y la mancha jamás podría lavarse. Quizá le odiara, pero nunca podría vivir sin él. Mark y ella se habían convertido ya hacía mucho tiempo en un nosotros; Mark siempre estaba con ella y era el jinete de su corazón.

Estaba con ella cuando leyó las inscripciones. La mente de Cally captó sus reacciones y su impaciencia cuando leyó todos los mensajes que aún eran descifrables, actuando con la obsesiva meticulosidad que la había caracterizado cuando estudiaba literatura. Leerlas fue un acto muy parecido al haberse entregado a la ingobernable grupa del caballo negro y cuando las leyó buscaba... algo. Sólo cuando estuvo segura

de que no se había dejado ninguna y de que allí no había nada para ella volvió a mirar hacia delante, pasó su pie calzado con la bota a través del agujero... y entró.

Y entonces sintió cómo una gran sonrisa infantil iba extendiéndose inconteniblemente por su rostro. Todos esos caballos...

Las sombras que había bajo el tejado redondo albergaban hileras de ponies de madera pintada y en cada hilera había tres caballos: primero los que hacían piruetas y luego los que saltaban en sus postes, inmóviles y aun así saltando eternamente con las cabezas bien altas, las bocas abiertas en una profecía carente de sonido, los ojos en blanco y las crines de madera siempre al vuelo, los cascos levantados. ¡Y los arreos, esas deliciosas tonterías talladas en sus cuellos, sus delgados cuerpos y sus crines onduladas! Los racimos de granadas que asomaban bajo aquellas sillas de montar tan largas y absurdamente poco prácticas, las rosas que caían en cascada a lo largo de los flancos marrones como si fueran capas de chocolate sobre un pastel, y las cintas de bajorrelieves color caramelo... Sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra y le permitieron ver por donde pisaba. Cally subió a la plataforma y fue de un caballo del tiovivo a otro, encantada, alargando sus huesudas manos para acariciar las doradas alas de ángel unidas a los hombros, el torrente de las crines y las cabezas enjoradas, las polvorientas estrellas y crecientes lunares que adornaban un caparazón, o una gárgola de aspecto diabólico con alas de murciélago que se cernía sobre una cola. Broches y hebillas, una crin deliciosa que parecía hecha de algodón hilado y otra cubierta de campanillas doradas la hicieron pasar de la primera fila de caballos a los corceles más pequeños y gráciles que había detrás. Y entonces alzó la mirada pues sus ojos, entrenados para leer cualquier cosa, vieron unas palabras. Alguien había colocado una hoja de grueso papel sobre un panel de la cornisa interior que cubría el motor del tiovivo, y en la hoja una mano había escrito:

Así debió ser tras el nacimiento de la luz
En el primer lugar que giraba, los caballos hechizados
y su cálido paso
Saliendo del verde establo entre relinchos
Para recorrer los campos del deleite.

—Dylan Thomas —dijo Cally, asombrada, y su voz despertó ecos suaves en el pabellón del tiovivo—. «La colina de los helechos»... ¿Quién diablos ha puesto eso allí arriba?

Y entonces dio un respingo, igual que una cierva asustada, y se volvió para mirar hacia atrás como si esperara ver a alguien interponiéndose entre ella y el lejano óvalo de luz que era la salida. Pero entre ella y la salida no había más que los polvorientos caballos envueltos en sombras, esas siluetas convertidas en fantasmas por los débiles rayos de luz que se filtraban a través de las grietas: caballos de pastel de boda con los flancos cubiertos de manchas blancas dejadas por los pájaros que habían anidado allí. Pájaros y otras criaturas, roedores, puede que serpientes... Sojourner Hieronymus decía que las serpientes de cascabel hacían sus nidos en los huecos vientres de madera de los caballos de tiovivo, esperando el momento de asomar por los orificios de sus bocas como lenguas de veneno...

—Tonterías —murmuró Cally para sí misma. Sojourner Hieronymus también decía que las serpientes se metían por los trituradores de basura para esconderse en las alacenas detrás de los pasteles y las conservas caseras. Sojourner tenía un surtido interminable de estupideces como ésa. Aun así, Cally no acarició ningún caballito más. Miró a su alrededor y sus ojos fueron nuevamente hacia el poema de Dylan Thomas; el papel sobre el que estaba escrito parecía nuevo. ¿Quién lo había puesto allí? Algo grande y más humano que los pájaros o los roedores tenía que haber estado anidando en aquel sitio. Cally bajó los ojos y vio un montón de plátanos, pan Stroehman Sunbeam y unos

cuantos paquetes de mantequilla de cacahuete. Cerca había unas mantas. Una vieja maleta de cartón debía haber servido para contener las escasas pertenencias de alguien.

Cally vio la maleta y dio tres pasos hacia ella para examinarla más de cerca. Su movimiento la colocó ante un gran espejo y la reluciente superficie manchada por el tiempo atrajo su mirada...

Se vio. Y, sin embargo, lo que vio no era ella: vio lo que casi parecía un esqueleto vestido con su ropa, su elegante camisa estampada, sus pantalones de montar y sus botas negras. Una cabeza que hacía pensar en un cráneo cubierta con su negro sombrero de montar y el cabello color vómito la contemplaba desde el espejo. Sus uñas, pintadas con el rosa de la casa Pepto-Bismol para complacer a Mark, coronaban dedos que casi se habían vuelto tan delgados como huesos.

Retrocedió bruscamente y fue hacia el agujero de la pared tratando de no ceder al pánico, deslizándose rápidamente por entre los caballitos y evitando tocar ninguno. Pasó sin verlos junto a un corcel de guerra cubierto por una armadura de escamas pseudo-medievales, un abigarrado pinto con una crin amarilla, un caballo blanco...

Ya casi había llegado a la salida, pero se detuvo y contempló aquel caballo blanco pesadamente adornado y la luz de la comprensión se fue abriendo paso lentamente por su cerebro. La coraza rojo marrasquino, la placa de cristal enjoyado con las ondulaciones de terciopelo que la enmarcaban, los pliegues de tela que se acumulaban bajo la silla de montar..., pero no reconoció los arreos, y ni tan siquiera la placa de bronce que había en la brida, allí donde estaba escrito su número, el 666... No, reconoció al caballo. Esa cabeza de ojos almendrados, el cuello flexionado, esa grupa breve y firme, el cuerpo delgado... Cally ya había visto todo eso. El caballo que recordaba tenía un cálido pelaje blanco que ocultaba la dureza de los músculos; éste era madera cubierta de pintura blanca. Pero era el mismo caballo.

Era el caballo que había visto en la calle principal bajo una mujer demasiado hermosa para ser real.

Cally se dio la vuelta y se apartó del ti vivo moviéndose muy despacio, con calma, casi como si estuviera soñando. Salió del edificio medio en ruinas que lo albergaba y volvió a caminar bajo los últimos rayos de aquel sol de mayo que se acumulaba sobre el suelo como mantequilla derretida entre la sombra de las nubes y la penumbra de las langostas. El caballo negro del que se consideraba dueña seguía pastando cerca del edificio con tanta placidez como un viejo jamelgo acostumbrado a tirar del arado. Cally fue hacia él sin vacilar, le hizo levantar la cabeza de un brusco tirón y montó.

—«Diablo», sácame de aquí —dijo con el mismo tono de voz que empleaba con sus niños cuando esperaba ser obedecida.

«Diablo» la llevó por donde habían venido moviéndose con largas y tranquilas zancadas que iban devorando el terreno: bajaron por lo que en tiempos fue la línea del tranvía, saltaron la barricada del árbol en un vuelo mucho menos frenético que el anterior y avanzaron por el risco que dominaba el pueblo, ese pueblo tan alejado de todas partes, acurrucado en su valle como en el fondo de un abismo. Como si la red formada por el río color naranja, las vías de ferrocarril amarronadas por el óxido, los montones de escoria y las calles llenas de baches y los cables eléctricos y las cintas transportadoras y, bajo todo eso, los túneles de las minas..., sí, como si aquel conjunto de cosas hubiera acabado atrapándolo allí abajo, impidiéndole moverse. Verlo desde aquel punto al que no estaba acostumbrada hacía que siguiera pareciéndole extraño pero ahora sabía qué pueblo era. La torre del agua se agazapaba sobre los edificios. En invierno el humo amarillo del carbón barato se había cernido en una espesa capa sobre los tejados. La nieve negra se había desparramado por el suelo. Las palizas habían hecho que los niños acabaran volviéndose tan negros como el carbón. Quizá no hubiera otro invierno.

Ahora Cally sabía cuál era el nombre de ese lugar. Se llamaba Hoadley.

Cada vez que se veía obligado a estar de acuerdo con su madre Mark se daba cuenta de que iba haciéndose viejo. A veces bastaba con que le obligara a dar su brazo a torcer. Pero en este caso particular no le quedaba más remedio que admitirlo: su madre tenía razón.

—Es una anorexica —había declarado mamá Wilmore contemplándole desde el otro lado de uno de esos pesados y abundantes almuerzos calientes a que le sometía periódicamente—. Cally está convirtiéndose en una de esas nerviosas anoréxicas.

Y cuando contempló el redondo y odiado rostro de su madre suspendido sobre la cazuela del estofado, Mark sintió que todo encajaba en su sitio. Un desorden nervioso... Claro. Ésa era la razón de que Cally hubiera estado actuando de una forma tan extraña. No se encontraba bien y sufría los efectos de una enfermedad lenta e insidiosa.

Había que obligarla a mejorar.

Anuló su partida de golf de la tarde para poder ocuparse de los preparativos. Cuando Cally volvió a casa después de haber montado a caballo, Mark la estaba esperando y nada más verla entrar en el apartamento se dio cuenta de lo cansada que estaba. Parecía a punto de perder el control de sí misma, se la veía tan delgada y frágil... Sintió cómo una oleada de culpa invadía todo su ser: ¿por qué no se había dado cuenta antes? Se puso en pie, fue hacia ella y la abrazó con mucha cautela, sin apretarla, como si estuviera hecha con cascaras de huevo y no quisiera romperla. Cally iba a decirle algo pero parpadeó y decidió aceptar el abrazo. Sorprendida, desde luego. Que Dios le perdone, ¿cuánto tiempo llevaba sin demostrarle que..., que la amaba?

—Cal —le dijo con voz enronquecida—, mira... Te he pedido hora para el doctor. —Retrocedió lo suficiente para enseñarle la tarjeta—. Quiero que vayas y que procures recuperarte. No te encuentras bien.

—¿Qué...? —Cally se encogió, apartándose para que no la tocara—. Mark Wilmore, maldito desgraciado, ¿cómo te atreves...? ¡No necesito ningún doctor! ¿Quién diablos te crees que eres? ¡No quiero que sigas intentando destrozar mi vida!

Un ataque de nervios y gritos. Eso demostraba que tenía razón.

—Cal, últimamente no eres tú misma.

—¿Y qué jodido yo misma he de ser?

Estaba tomándose cada vez peor. Mark intentó razonar con ella: se sentía amable, bondadoso, paciente y bastante más tranquilo que antes.

—Cal, basta con que te mires al espejo y lo verás. Estás tan nerviosa como una gata y te has quedado demasiado delgada. ¿Cuándo comiste por última vez?

Cally se calmó, o eso le pareció a él; no reconoció la parodia del tono de voz tranquilo y razonable que había empleado.

—Estoy a dieta, ¿comprendes? La gente que hace dieta no come mucho.

—Ya has hecho bastante dieta. Estás convirtiéndote en un esqueleto.

Cally torció el gesto igual que si la hubiera golpeado y le clavó una mirada llena de furia.

—¡No es cierto, maldito cabrón! —Nunca le había dicho nada semejante. Mark no pudo impedir que su reacción fuera casi tan violenta como la suya.

—¡Deja esa jodida dieta!

—¡No voy a dejarla! ¿Desde cuándo puedes ordenarme lo que he de hacer con mi cuerpo?

—¡Cally, ve al médico y él te lo dirá! Sufres de anorexia.

—Correcto. Muchas gracias, Gran Ojo Clínico.

No le creía. Quizá tampoco quisiera creer al médico. Mark sintió cómo el miedo empezaba a mordisquearle las entrañas.

—Cal —le dijo en voz baja y suave—, la anorexia puede matarte.

Cally le miró en silencio.

—Estoy muy preocupado por ti, de veras. —Era sincero, y se aseguró de que ella pudiera darse cuenta. Después trató de hacer una broma para que sus palabras no sonaran tan sombrías—. Eh, Cal, oye... Abajo tengo cadáveres más que suficientes. No quiero tener uno más aquí arriba.

—Mark —le dijo ella con voz cansada pero amable—, me encuentro estupendamente. No me voy a morir. Me gusta estar delgada, eso es todo.

—Tampoco quiero un esqueleto —dijo él.

No habría tenido que decirle eso: Cally se enfureció. Le miró fijamente y se marchó haciendo mucho ruido con las botas. Maldición... Sabía que un minuto antes casi la había convencido de que fuera al médico para tranquilizarle.

Cally volvió una hora después con los brazos llenos de libros de la biblioteca. Después de cenar (Cally comió un poco, a regañadientes, para complacerle) y en cuanto los niños se hubieron acostado cogió un libro y lo sostuvo ante su cara.

—Lee esto. Así verás que no tengo nada en común con el perfil típico de la anorexia.

—Cal, no deberías basarte en un libro para diagnosticar lo que te ocurre... —Y, nada más decirlo, se sintió culpable pues se dio cuenta de que él había hecho algo todavía peor: había emitido un diagnóstico basándose en un simple comentario hecho por su madre. Sería mejor que Cally no lo supiera nunca.

Cally siguió hablando sin hacer caso de sus palabras.

—Aquí dice que un anoréxico se pasa la vida pensando en la comida, y yo pienso en montones de cosas aparte de en la comida. Y la enciclopedia dice que los anoréxicos no tienen apetito, pero yo siempre estoy hambrienta.

—¿Y no crees que eso quiere decir algo? —le preguntó Mark sin levantar la voz, comprendiendo que Cally había cometido un error. Paciencia... Tendría que ser muy paciente y si quería conseguir algo debería escucharla con mucha atención y ejercer sus capacidades de oyente.

Cally le miró fijamente pero siguió hablando.

—Todos estos libros dicen que el enfermo de anorexia está atrapado en unas pautas de pensamiento y conducta infantiles. Te aseguro que yo no soy ninguna niña y que no actúo como tal.

¿Ah, no? Y un cuerno... Pero Mark se contuvo y no lo dijo.

—Inseguridad. Deseo de que le presten atención. Además, no tienen voluntad propia y siempre hacen lo que se les dice. Nada de todo eso se aplica a mí.

Desde luego: ojalá fueras un poco más obediente, pensó Mark.

—En resumen, todos estos libros dicen que un enfermo de anorexia es un adolescente que se siente atrapado y su enfermedad es una forma de rebelión oculta contra su familia. Ya no soy ninguna adolescente, mi padre ha muerto y mi madre se encuentra a centenares de kilómetros de distancia.

—Cally —dijo Mark—, me basta con que vayas al médico. Por favor...

—¿Por qué he de perder el tiempo en eso?

—¡Cal, por favor! Sé que tienes algún problema. —Decidió seguirle la corriente y fingir que aceptaba los resultados de su investigación en la biblioteca—. Si no es anorexia quizá sea alguna otra cosa. Algo igual de malo... —Dejó que le temblara la voz—. Cáncer, quizá.

Cally siempre había cedido a sus ruegos... Le miró fijamente y Mark se dio cuenta de que la había asustado y había logrado conmoverla. Y entonces vio cómo una lucha interior que no comprendía tensaba los músculos de su flaco rostro.

Ese rostro..., empezaba a pensar que ya no le gustaba demasiado.

Cally había decidido volver a ponerse tozuda.

Y vio cómo acababa decidiendo no hacerle caso. Pura y simple obstinación, igual que una niña. No iba a hacer lo que él quería que hiciera. Lo supo incluso antes de que Cally

hablara.

—No, Mark Wilmore. Estamos hablando de mi cuerpo y aunque a ti te parezca que estar delgada no me sienta bien, a mí sí me lo parece.

Lágrimas de irritación... Al menos aún era capaz de llorar.

CAPÍTULO SIETE

Mi familia siempre me tomaba el pelo diciendo que cuando era pequeño mi mamá intentó limpiarme las orejas con uno de esos aspiradores Kirby, los que tenían tantos accesorios, y que el aspirador me chupó el cerebro. Durante mucho tiempo estuve convencido de que era cierto, pero no culpaba a mi mamá por haberlo hecho. Siempre fue buena conmigo. Y cuando estaba en la secundaria comprendí que no me hizo nada con el Kirby. Cuando quiero soy capaz de entender las cosas. Tenía cerebro. Funcionaba muy despacio, eso es todo.

Por eso cuando volví a oír a Ahira, un par de noches después, seguía sin estar muy seguro de lo que debía pensar sobre ella.

Ahí estaba yo con todos los demás inadaptados, Garrett el cabezón y los hombres nerviosos que olían a basura y las viejas con bigotes y ese tipo que una vez estuvo en el hospital porque hizo algo raro y la chica con la piel de color verde y todos los demás. Todos estábamos esperando a Ahira, como si fuéramos personas normales con todo el derecho del mundo a reunirse y hacer cosas.

Ahira vino igual que la otra vez, con un traje blanco muy largo, y empezó a hablarnos igual que había hecho antes, y su voz era cálida y sedosa. Nos dijo que éramos su gente y que nos amaba, y yo casi me lo creía o al menos me lo quería creer, pero una parte de mí observaba y esperaba a que ocurriera algo raro, a que el pabellón empezara a dar vueltas o algo parecido a lo que pasó la última vez, pero lo que pasó es que otro inadaptado distinto apareció a mi espalda, me empujó y se abrió paso hasta la primera fila, y Ahira le vio y dejó de hablar y volví a ver esa extraña sonrisa suya, como si sus labios ya no fueran a moverse nunca más, y eso la hacía parecer más hermosa que nunca. El inadaptado era el reverendo Culp, ese gilipollas barrigudo de la camisa blanca.

Yo comprendía muy bien que Joanie le odiara tanto. Era el tipo de capullo que siempre anda empujando a la gente para que le dejen pasar, tal y como acababa de hacer, y siempre piensa que tiene razón cuando la mayor parte de nosotros apenas estamos seguros de nada.

Y mientras empujaba a los lisiados con malos modos para apartarlos de su camino no paraba de gritar. «¡Anticristo!», le gritó a Ahira. «¡Falsa profeta! ¡Eres la bestia surgida del abismo, la bestia traicionera que ha venido para llevar al pueblo de Dios al cautiverio y arrastrarlo a la perdición!»

Y Ahira seguía quieta en el pabellón y le sonreía sin mover ni un músculo y el reverendo sudaba y se iba poniendo rojo por encima del cuello duro y la corbata que le apretaba el cuello, tan fuerte que le hacía tres papadas, una encima de otra.

—¡Satanás! ¡Mujer del demonio! —le gritó—. ¡Tu apariencia es hermosa, pero tus entrañas son tan sucias y repugnantes como el abismo en el que te revuelcas! ¡Pareces un cordero y hablas como un dragón y blasfemas del nombre de Dios! Has venido a matar con la espada. ¡Has venido para hacer que el mundo se precipite hacia el Armagedón!

Se quedó sin aliento allí mismo, en los peldaños del pabellón. No le quedaba ni el aliento suficiente para subir por ellos y se agarró a la barandilla como si quisiera tirarlo todo abajo, con los ojos clavados en los pies de Ahira, y entonces ella movió los labios y le habló con una voz dulce como la miel, pero yo noté cómo el odio goteaba de ella.

—Tienes razón, naturalmente. Siempre tienes razón... Soy el Anticristo y he venido para que me adoren y para acabar con todos los predicadores como tú.

Y de repente la cara del reverendo dejó de estar roja y se volvió tan blanca como la cisterna de un retrete, pero seguía teniéndola cubierta de sudor y en vez de hacer temblar la barandilla se agarró a ella como para no caerse.

—¿Por qué pones esa cara? —le dijo Ahira, casi como si fueran amigos—. El Armagedón... Es lo que siempre deseaste, ¿no? Los cristianos decís que el reino de Dios llegará después de los últimos días, ¿verdad? ¿Acaso no subirás a los cielos para participar en la gloria de Dios? Tu nombre está escrito en algún libro, ¿no?

Dejé de mirar al reverendo Culp. Me volví hacia Ahira y fue como si algo se juntara en mi cabeza y la vi de una forma distinta y comprendí quién era.

Lo supe, así de fácil, lo supe en lo más hondo de mis huesos. Debió ser por algo que acababa de decir o por la forma en que hablaba y movía las manos, cómoladeaba la cabeza o algo, no sé. Cuando has vivido un tiempo acabas captando ese tipo de cosas. Quizá fuera su voz. Siempre había tenido una voz muy bonita y elegante y la voz era igual, dejando aparte el que ahora ya no tenía ese tono nasal que le daba la nariz aplastada. No recuerdo nada más de lo que dijo pero sabía que era ella, estaba seguro. No era ningún monstruo, por mucho que dijera el reverendo Culp. Era Joanie Musser. Mi Joanie...

—¡Es ella! —grité, y me abrí paso hacia la primera fila igual que había hecho el reverendo Culp. Estuve a punto de gritar su nombre pero sabía que a Joanie no le gustaría. Se había vuelto tan hermosa... No quería que nadie del pueblo se acordase de cómo era antes.

Me oyó y me vio y supongo que quizá pensó que estaba diciendo que era el Anticristo. Me sonrió con mucha dulzura, miró al reverendo Culp y me señaló.

—Ahí hay uno que ya lleva mi marca —le dijo.

El reverendo seguía estando tan blanco como un plato de porcelana. Se dejó resbalar por la barandilla, se quedó medio caído en el suelo y me bastó con mirarle para saber que estaba muerto. He visto mucha gente muerta y entiendo de estas cosas. Pero Ahira siguió hablándole como si todavía estuviese vivo.

—Has sabido quién era, y no me sorprende —le dijo—. Siempre tuviste una gran habilidad para identificar a los demonios... Es lógico que sepas reconocer al diablo cuando lo tienes delante, ¿verdad?

La gente de la multitud estaba empezando a apartarse del pabellón porque podían ver a Culp caído en el suelo y no querían tener problemas, aunque apuesto que si hubiera querido Ahira habría podido conseguir que se quedaran. Pero no quería. Me miró y me hizo una seña para que fuese hacia ella, y después levantó las manos hacia los demás como si les dijera que de acuerdo, que podían irse a sus casas, y luego bajó los peldaños del pabellón y se marchó y yo la seguí. Normalmente habríamos tenido a unos cuantos inadaptados detrás, al menos durante un trecho, pero esta vez no había nadie más que yo, porque todos los demás estaban muy asustados, pero yo no tenía nada de miedo. Para mí todo lo que Joanie hiciera o quisiese estaba bien.

Pero no me atrevía a decirle «Hola, Joanie». Era tan hermosa... Tenía miedo de que no le gustara.

—Malditos predicadores —dijo, hablando con ella misma o conmigo—. Espero que se den cuenta de que nunca pido dinero como si fuera un maldito predicador.

Se movió como una especie de sueño, envuelta en ese vestido blanco que se levantaba igual que alas, caminando sobre esos hermosos pies descalzos suyos y yo la seguí y la miré. Esperé hasta que hubimos salido del pueblo y ella hubo abandonado la calle. Estábamos caminando sobre las vías del ferrocarril y entonces me acerqué un poco más a ella.

—Soy Barry Beal —le dije, y no había parado de repetirme que le estaba siguiendo el juego para divertirme, porque así podría sorprenderla después, pero en lo más hondo de mis entrañas sabía la verdad. Estaba asustado.

Ahora ella era Ahira y tenía miedo de que ya no me quisiera, no me apreciara o no me necesitase más.

Y la forma en que me miró no me ayudó nada. Me miró igual que si me estuviera tomando las medidas y vi cómo la risa hacía temblar su blanco cuello, igual que si se estuviera riendo de mí. Supongo que al principio la preocupó el que yo realmente la hubiera reconocido, y que por eso me había invitado a ir con ella, pero ahora estaba tomándose el pelo. La verdad es que no me importaba, porque me alegraba mucho volver a verla. Aunque esto no era exactamente volver a verla. Quiero decir que ella estaba tan distinta que... Pero no importaba, porque yo sabía que era ella.

—¿Te gustaría venir a casa conmigo y ver donde vivo? —me preguntó.

—Claro —le dije yo.

Estábamos allí donde hay todos los montones de escoria, esas montañas negras que los viejos llaman pilas de huesos, y Joanie se apartó de las vías y se metió detrás de una. La seguí y no comprendía cómo era posible que no cojera o que no se cortase esos nuevos pies suyos tan bonitos, porque estábamos caminando sobre un terreno muy malo. Pero a ella no parecía molestarle. Bueno, el caso es que me hizo ir por detrás de los montones de escoria hasta que llegamos donde empezaba el bosque, y allí estaba su caballo blanco, esperándola, y al lado había otro caballo, como si hubieran sabido que yo iba a venir.

Ahora puedo asegurarles que montar a caballo no me gusta nada. Sabía que la señora Wilmore se pasaba la vida montando a caballo y decía que era realmente divertido, pero no tengo ni idea del porqué le parecía divertido. Los caballos nos subieron por la montaña y atravesamos el bosque en la oscuridad y no sé qué tal le fue a Ahira, pero yo me golpeé las rodillas en los árboles y la cara con las ramas y me llevé tantas sacudidas que pensé que acabaría perdiendo los dientes, y cada salto hacía que me diera con las pelotas en la silla de montar. Ahira no tenía ese problema.

Lo único bueno fue que no duró mucho. No tardamos en llegar y bajé del caballo.

Podía ver un poquito porque el bosque era algo menos frondoso y vi cómo los caballos se metían en una especie de gran edificio. Ahira me hizo una seña para que fuera hacia ella y les seguí. Dentro del edificio estaba muy oscuro y me quedé quieto, pero Ahira vino hacia mí y me cogió de la mano. Eso me sorprendió. No quería tocarla y pensaba que ella no querría tocarme porque era demasiado hermosa, aunque decía que amaba a todos los inadaptados.

Me guió para que no chocara con nada hasta que llegamos adonde tenía una linterna, y entonces la encendió y vi que las cosas alrededor de las que me había hecho andar eran caballos de madera, y supe dónde estaba. El viejo parque del tranvía... Había estado allí un par de veces con una chica mala, pero normalmente nadie va a ese sitio, sólo los crios. Y antes nunca había estado dentro del tiovivo.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó Ahira.

Bueno, será mejor que les diga que casi siempre tengo hambre así que le respondí que sí, y entonces ella sacó algo de una caja de cartón y me lo ofreció. Naturalmente, ya debería haberme imaginado lo que tendría para comer...

—¿Te apetece un plátano? —me preguntó, y si lo como estoy casi seguro de que lo habría vomitado porque entonces tuve la certeza de que estaba fingiendo, incluso conmigo, de que no quería que supiera que ella era Joanie y que no me había traído allí para decírmelo. Joanie sabía que no me gustaban los plátanos. —No, gracias —le dije.

Acabamos sentándonos en el suelo del tiovivo y ella se comió uno de esos malditos plátanos suyos, pero no me ofreció ninguna otra cosa.

—¿Cómo es que vives aquí? —le pregunté, y ella me contó unas cuantas cosas y a lo largo de los días siguientes acabé comprendiendo unas cosas más a partir de lo que ya sabía. Y el resto lo comprendí más tarde. Mucho más tarde... Esto es lo que pasó:

Antes de que se marchara de Hoadley con mi máscara de soldador y mis quinientos dólares, estaba muy enfadada y decidió que sí Culp y el resto de los predicadores y su madre y todo el mundo iba a decir que pertenecía al diablo sólo porque tenía la cara tan fea, y

si estaban tan seguros de que no acabarían en el infierno, tal y como a ella le habría gustado que acabaran, pues entonces iría hasta el infierno y se burlaría de ellos y de su Dios. No quería estar en ningún sitio donde estuvieran ellos. Cualquier Dios capaz de hacerla acabar en el infierno era un mal Dios y no pensaba seguir humillándose ante él. Su Dios nunca le había servido de nada y no quería tener nada más que ver con él. Acudiría a los antiguos dioses, aquellos que existían mucho antes que ese Dios del culo gordo, y quizás ellos supieran ser mejores amigos suyos.

Había dos cosas que deseaba más que nada. Una era ser hermosa y la otra era vengarse de toda la gente que la había hecho sufrir.

Entonces no comprendí que pensaba matarles..., quería matar a toda la gente del pueblo y acabar con todo Hoadley. Eso sólo lo comprendí luego. Pensaba que Culp había muerto de un ataque cardíaco por ponerse tan nervioso, y ella no me dijo nada de todo eso. Lo único que me dijo fue que había decidido invocar al espíritu del fuego y las profundidades de la tierra, el negro y el naranja, el viejo dios de Halloween, porque de todos los dioses era el que llevaba más tiempo existiendo.

Lo que hizo fue coger el autobús a Pittsburgh para que todo el mundo pensara que se marchaba de Hoadley, pero se bajó en una de esas gasolineras que también tienen una pequeña tienda donde venden comida y compró montones de cosas con parte del dinero que le di, y después volvió caminando campo a través. Joanie era una chica alta y fuerte pero aun así el peso de todo lo que llevaba acabó haciendo que se cansara mucho y no llegó al parque del tranvía hasta bastante después de que hubiera anochecido, aunque eso no era ningún problema porque para llevar a cabo lo que quena hacer tenía que estar oscuro.

—Sabía que debía ser un sitio que girase —explicó. Me dijo que todos los poetas y los profetas de la Biblia están de acuerdo en eso—. Yeats y los giros, las ruedas de Ezequiel y todo eso... Y sabía que este tiovivo estaba aquí, no muy lejos del pueblo pero aislado, y tenía una cierta idea de lo que debía hacer.

Se había inventado unos cuantos hechizos dándole la vuelta a los hechizos cristianos que había encontrado en un libro. Pon el signo de la cruz cabeza abajo y ese tipo de cosas... Toma los tres nombres más excelsos y dílos al revés. Además, tenía mi máscara de soldador para que le sirviera de protección, y también tenía esa serpiente tan rara de la que no me había contado nada. Entró en el parque del tranvía, fue hasta el tiovivo y le dijo a la serpiente que se arrastrara a su alrededor formando un círculo y la serpiente lo hizo, y luego se puso la máscara y le dijo a su serpiente que se quedara entre ella y el tiovivo, y pronunció su hechizo más potente.

—Entonces oí un ruido muy fuerte —me dijo—, como si la tierra se estuviera abriendo, y una gran bola de fuego salió del tiovivo. Atravesó la pared igual que si fuera algo sólido y vino en línea recta hacia mí y la pobre Serpentina se puso vientre arriba y se murió. —Dejó escapar una especie de risita gutural—. Estaba tan asustada que casi me oriné en las bragas... —Durante unos momentos me pareció estar oyendo a la vieja Joanie de siempre.

El dios de la tierra estaba dentro de la bola de fuego. La máscara le permitió ver un poquito de él a través de las llamas. Tenía cuernos y estaba muy enfadado porque le había interrumpido cuando se tomaba el postre o algo parecido, impidiéndole terminar una buena cena. Pero no podía atravesar la línea trazada por la serpiente para llegar hasta ella y tampoco podía verle la cara porque llevaba puesta la máscara de soldador, así que no se daría cuenta de lo fea que era, y eso hizo que Joanie se sintiera un poco mejor.

Acabaron hablando y cuando Joanie le dijo para qué le había llamado, el dios se fue calmando. Quería que se encargara de quemar gente. Montones de gente... Al dios le pareció bien y la invitó a salir del círculo de la serpiente para montar con él en el tiovivo.

—Si fuiste con él debes de estar loca —dije yo.

—Claro que lo estoy. —Me sonrió—. Hice lo que me pedía y él se puso aquí donde estamos ahora, y aunque llevaba la máscara pude ver cómo todo el lugar se iluminaba con una claridad más potente que la luz del sol. Alzó las manos y dijo: «El cubo del universo y el tiempo gira ahora en Hoadley, tal y como cree cada alma de Hoadley».

—Sí, eso es muy típico de Hoadley —dije yo.

Eché hacia atrás esa hermosa cabeza suya y se rió, y me sentí feliz porque la había hecho reír. Pero no me contó el resto de lo que le había dicho el espíritu de la tierra.

Y no me contó casi nada de lo que ocurrió porque fingía ser Ahira y que siempre había sido hermosa, y nunca llegó a contarme que llevaba mi máscara de soldar porque entonces habría sabido quién era. Esa cara nueva suya era tan hermosa y perfecta que casi parecía una máscara y no me dejaba ver nada de lo que sentía, sobre todo en la oscuridad, con sólo la luz de la linterna para alumbrarnos.

—Me tocó —dijo—. Se inclinó sobre mí y me tocó. Levanté las manos para impedirle que me tocara y me las quemé. Sentí cómo se me incendiaba el cabello. —La voz de Joanie tembló. Su rostro no me decía nada pero su voz estaba allí para dejarme oír todo cuanto necesitaba saber y luego, cuando tuve tiempo para pensar en ello, comprendí que él le había quitado la máscara—. Sentí que me quedaba ciega y quise gritar, pero me pareció que no podría moverme ni gritar. Me hizo dar la vuelta hasta colocarme de cara al cubo. —Se refería al centro del tiovivo—. Y pude ver el espejo; era lo único que podía ver. Y pude verme a mí misma en él. —Bajó la voz y supe que lo peor ya había terminado—. Y era Ahira.

Y supe algo más: supe que sólo había una cosa que realmente quisiera contarme..., a mí, al viejo Bar. Quería explicarme cómo había cambiado y cómo había conseguido el rostro que siempre deseó, quena explicarme qué sintió al mirarse en el espejo y ver que era más hermosa de lo que nadie había sido jamás...

Salvo que entonces tendría que ser Joanie.

Y por eso cuando volvió a hablar usó un tono normal, como si nada de todo aquello tuviera importancia.

—¿Dices que tu nombre es Barry Beal? Barry, levántate.

Lo hice y ella me dijo:

—Mírate en el espejo. Veamos cuál es tu auténtico aspecto.

Me estaba apuntando con la linterna y la luz casi me daba en los ojos, así que no podía ver nada y tenía la misma sensación que si me hubiera quedado medio ciego, pero aun así miré hacia donde me decía y pude ver uno de los espejos que había en el cubo del tiovivo. Y pude ver una imagen en él.

No se parecía en nada a mí. No llevaba ropas y era un tipo realmente apuesto, como una estrella de cine, pero no con ese aspecto de andar con el culo apretado que tienen todas las estrellas de cine, si es que entienden lo que quiero decir... No estaba tan limpio y acicalado. Aquel tipo parecía haber estado en sitios a los que las estrellas de cine no van nunca. Daba la impresión de que tanto podía darte un beso como matarte. Parecía capaz de hacer cualquier cosa.

Pero, aun así, era yo. Sabía que era yo, igual que sabía que Ahira era Joanie Musser. Compartíamos algo idéntico. Con ella era la voz y los ojos. Seguía teniendo los mismos ojos, esos ojos grandes de un verde amarronado, tristes y medio locos... Yo conocía bien esos ojos. Pensaba que eran bonitos incluso antes, cuando todo el mundo decía que eran ojos de rana.

La oí reírse detrás de la linterna que brillaba en la oscuridad.

—¡Lo sabía! —dijo—. Sabía que había acertado... ¡Justo en el blanco!

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—No importa —dijo ella. Puso la linterna en el suelo y vino hacia mí y pude verla en el espejo, al lado del tipo que parecía una estrella de cine, y ella era Ahira con ese traje vaporoso suyo, pero estaba mirándole como si le desafiara a hacer algo. Y él se dio la

vuelta y le sonrió con una especie de mueca desagradable, sólo le sonrió, ni tan siquiera la besó ni nada y le puso la mano encima del pecho como si el traje no estuviera allí, y ella le apartó la mano de un golpe. No vi nada más. Desvié la mirada y Ahira, no la Ahira del espejo sino la real, estaba de pie junto a mí, observándome, dispuesta a reírse.

—Barry Beal —me dijo—, que no se te ocurran ideas raras. —Lo dijo igual que si estuviera bromeando, pero aun así volvió a recordarme a Joanie y lo que me decía cuando estábamos entre los estantes de la biblioteca.

Sólo se me había ocurrido una idea, porque pensé que ahora Joanie ya nunca más querría aguantar al Barry Beal que tenía media cara manchada de mermelada.

—¿Cómo puedo convertirme en ese tipo del espejo?

—¿Qué te hace pensar que puedes conseguirlo? —me preguntó ella.

Y olvidé que debía fingir que no sabía nada de cómo había conseguido su nueva cara, y le dije:

—Tú conseguiste convertirte en Ahira, ¿no?

No tuve tiempo de decir nada más porque toda ella empezó a brillar con una especie de resplandor blanco y ardiente, como si estuviera hecha de fuego blanco. Sabía que era Joanie y eso me había hecho olvidar que también era Ahira, hija del sol, y Estrella, hija de las estrellas, y todo lo demás... Había olvidado todas las cosas que podía hacer. No soy muy listo. Pero soy lo bastante listo para tener miedo, y retrocedí un par de pasos.

—Barry Beal —dijo, y era la voz de la vieja Joanie cuando estaba enfadada, aunque saliera de aquella desconocida envuelta en fuego—, eres un imbécil. No me conoces y no sabes dónde he estado o las cosas por las que he pasado. No sabes nada de mí.

—Bueno, pues hablame de ti —le dije.

Me miró y el fuego del enfado se fue desvaneciendo igual que le ocurría antes, y yo ya estaba acostumbrado a eso, sólo que no estaba acostumbrado a *ver* cómo ocurría. Pero seguía sin ser capaz de explicarme que era Joanie.

—En algún otro momento —me dijo, como si estuviera cansada—. Barry, será mejor que vuelvas a tu casa.

Y eso hice, pero no estaba dispuesto a montar de nuevo en uno de esos malditos caballos. Bajé caminando por la montaña y volví a Hoadley. Cuando llegué a mi coche ya era tardísimo.

Al menos había tenido mucho tiempo para pensar, pero el pensar no hizo que me sintiera mejor. Ahora sabía dónde estaba Joanie, pero eso seguía sin servirme de nada. Me encontraba igual que si se hubiera marchado de Hoadley y nunca hubiera vuelto a saber de ella. Había conseguido hacerse hermosa y ahora ya nunca volvería a necesitar al viejo Bar, ni tan siquiera para que le prestase el dinero del almuerzo... Y no me quería. Ni tan siquiera quería que me volviera hermoso como ella.

Quizá si fuera como el Barry del espejo, si dejara de ser feo..., quizá entonces no le importaría tanto el que quisiera estar con ella, el que...

El que la amara.

Chico, mira que soy idiota... Pues claro que la amaba. Tendría que haberlo comprendido mucho tiempo antes. Tendría que habérselo dicho cuando aún estábamos saliendo, antes de que se marchara de Hoadley. Si se lo hubiera dicho cuando todavía era fea habría sabido que era cierto. Quizá eso habría hecho que se sintiera mejor. Quizá no se hubiera llegado a marchar. Ahora era Ahira, ahora era hermosa y no sabía si alguna vez sería capaz de llegar a decírselo...

Diablos.

Mierda santa, ¿qué podía decirle? ¿Joanie, te quiero? Todos los inadaptados la amaban. ¿Joanie, quiero ser tu amigo? Ahora tenía todos los amigos que necesitaba. ¿Joanie, haría cualquier cosa por ti?

¿Joanie, sé quién eres y no me importa porque te quiero?

Diablos, eso también tendría que habérselo dicho antes.

En vez de acudir a su cita con el médico Cally fue a ver a «Gigi».

Caminó. Habría ido a pie fueran cuales fuesen las circunstancias porque así hacía ejercicio (hay que quemar esas calorías), pero aquel día no tenía más remedio: Mark se había llevado su coche para que le echaran un vistazo. Cally estaba segura de que ése no era su único propósito. No le había dicho nada pero el mensaje estaba muy claro: ese día no podría ir al establo, pero el centro médico se encontraba lo bastante cerca para ir a pie. Esa meca con aire acondicionado de Hoadley, aquel sitio tan frecuentado donde familias enteras, primos y abuelos incluidos, se reunían en la sala de espera comunal y discutían sobre sus síntomas se hallaba situado en el centro de la población para que todos los habitantes de Hoadley pudieran utilizarlo sin problemas. ¿Por qué no unirse a la multitud? ¿Por qué no acudir a esa tentadora cita que Mark se había encargado de prepararle?

No lo hizo. Bajó por la pendiente que llevaba al arroyo (con el color oscuro de la orina en sus orillas recubiertas de cemento para prevenir las inundaciones), recorrió un par de manzanas hasta llegar a la calle del ferrocarril, dio la vuelta y dejó atrás los bloques de casas de madera construidos por la compañía sin el más mínimo esfuerzo por conseguir algún tipo de distinción arquitectónica y acabó llegando a la casa de «Gigi», un edificio muy parecido que se encontraba al otro extremo del pueblo.

Había llamado por teléfono; «Gigi» estaría allí. «Gigi» no le caía bien a casi ningún habitante de Hoadley y, como ocurría con Sojourner Hieronymus, eso la convertía en una de las mujeres a las que Cally admiraba. Pero Cally visitaba a Sojourner para escuchar, no para hablar. Con «Gigi» podía hablar. Sojourner no parecía aprobar nada. «Gigi» parecía aprobarlo casi todo.

Al acercarse a la casa de «Gigi» —uno de los típicos edificios marrones que tanto abundaban en el pueblo minero—, Cally tuvo una extraña alucinación: le pareció que estaba hecha de «toffee» y la gran verja de alambre (no tan típica) que rodeaba su patio trasero le pareció un delicado encaje de chocolate blanco. Dios, tenía tanta hambre que el mundo entero empezaba a parecerle comestible, hasta Hoadley, y hasta las cagaditas de perro que había en las aceras le recordaban a las barras de caramelo... «Gigi» estaba arrodillada en su jardín. Qué extraño, pensó Cally; nunca habría creído que «Gigi» fuera aficionada a la jardinería. Y, sin embargo, casi todo su patio estaba lleno de flores que crecían profusamente hasta alcanzar alturas más que considerables. Incluso tenía una raíz de caña que medía más de metro ochenta: aquella primitiva belleza tropical de hojas carnosas odiaba el poco fértil suelo de Hoadley, pero pese a ello el ejemplar visible en el jardín de «Gigi» había prosperado hasta alcanzar un bárbaro esplendor. Pronto florecería, y sus flores serían rojas como la sangre.

«Gigi» vio a Cally, la saludó y cruzó la casa para dejarla entrar por la puerta principal.

—Pensé que quizá pudiéramos hablar fuera. —Para ser ella «Gigi» casi parecía algo envarada; era como si estuviera más a gusto en el establo que en su casa—. Hace un día tan bonito...

—Sí, lo hace. Un día excelente para montar, ¿no? —Cally intentó hacer una broma pero la amargura que sentía era tan perceptible en su voz que ninguna de las dos mujeres sonrió aunque, como siempre, «Gigi» quizás experimentara esa áspera diversión privada tan típica suya.

—¿Quieres beber algo? ¿Una Coca-Cola de régimen?

—Yo..., bueno. —Por suerte, «Gigi» tenía a mano alguna bebida de régimen; tendría que habérselo imaginado. Aunque no estaba gorda, «Gigi» poseía el cuerpo corpulento y de gruesa cintura al que la habían condenado sus genes alemanes, y una de sus pequeñas mortificaciones era que no lograba encontrar ninguna silla de montar lo bastante profunda para permitirle dejar las piernas colgando bien rectas a los lados del caballo, ni aunque llevara pantalones de tela elástica (pantalones que utilizaba con tanta

frecuencia como otras mujeres de su edad llevaban batas).

Cally siguió a «Gigi» al interior de la cocina.

Ya había estado antes en su casa y le parecía un lugar cómodo y neutral que no exhibía ni lo peor del gusto decorativo habitual en Hoadley ni nada que Hoadley pudiera considerar ofensivo. Los trofeos de caza de Homer —un ciervo con una cornamenta de ocho puntas y una cabeza de antílope conseguida en alguna lejana expedición al Oeste—, colgaban de las paredes de la sala contemplándola con sus melancólicos ojos de cristal. Una alfombra afgana (una africana, la llamaría mamá Wilmore) de color maíz y caramelo estaba pulcramente colocada sobre el respaldo del sofá marrón. No había mucho más que mirar. La casa tenía poco mobiliario y estaba tan limpia que casi parecía haber sido desinfectada; alguna parte del adiestramiento como enfermera de «Gigi» debía habersele quedado grabado en la mente para mantener la casa tan limpia... Cally nunca se había dado cuenta de que cuando estaba en su casa «Gigi» (algo extraña con sus shorts jamaicanos color rosa) adoptaba la coloración protectora de un animal asustadizo, pero mientras la veía poner hielo en los vasos y llenarlos con un líquido tan marrón y límpido como los ojos del ciervo lo comprendió. Pese a su pasión por los caballos, las mesitas no mostraban nada que pudiera hacer pensar en la equitación y en las paredes no había fotos de «Aceite de serpiente». Tampoco había ninguna señal del cínico sentido del humor tan típico de «Gigi». No vio ningún póster, ninguna declaración escatológica o placa proclamando que «El sitio de una mujer está encima de un semental». En aquella casa no había nada que dijera «Gladys "Gigi" Wildasin»..., salvo, quizá, el enorme aspirador Hoover colocado en un rincón como si «Gigi» quisiera exhibirlo.

—Hace años Homer acabó en el hospital con eso pegado a él —observó «Gigi» cuando vio que Cally contemplaba el aspirador. Le dio un vaso y la precedió hasta el patio trasero y su atmósfera perfumada por las flores.

—¿Pegado a él?

—Aja. ¿Has oído alguna vez la expresión «picar la carne»? Bueno, pues una noche a Homer se le ocurrió meter su picadora en el Hoover. —«Gigi» se instaló en una silla de jardín y le señaló otra a Cally—. El aspirador se tragó su pene y Homer no pudo sacarlo. Le llevaron al hospital en una camilla con el Hoover encima: parecía una especie de consolador gigante. Apuesto a que nunca se la sintió tan grande...

«Gigi» acompañó el relato con una seca risita, pero Cally se puso color rojo cereza.

—Yo también me sentí bastante incómoda —añadió «Gigi», observándola.

—¡Ya me lo imagino!

—Me pasé una temporada sin ser capaz de mirar a nadie a la cara. Pero acabé pensando que en realidad era problema de Homer y así lo dije. Él podía hacer las cosas a su manera y yo las haría a la mía.

Y fue entonces cuando dejó de amarle, pensó Cally. Las flores del jardín la rodeaban por todas partes creciendo en una salvaje profusión, ahogándose las unas a las otras. Ni tan siquiera los cosmos y salvias de Oona habían llegado a alcanzar la mitad de esa exuberancia. Cally se preguntó qué le haría «Gigi» a su jardín para tenerlo así.

—Bueno, ¿y qué tal está Mark? —preguntó «Gigi», desviando astutamente la conversación hacia el auténtico motivo por el que Cally la había visitado.

En la iglesia, en la calle o en cualquier otro lugar de Hoadley.

Cally habría respondido con un: «Muy bien. Bueno, está algo preocupado por las cosas en general, ya sabes... El negocio le obliga a soportar muchas presiones. Es un buen hombre», y habría sentido una punzada de dolor ante la creciente distancia que les iba separando. Pero estaba con «Gigi» y lo que le dijo fue:

—Mark está haciéndome la vida imposible.

—¿Sigue sin creer las cosas que le cuentas?

—Peor aún.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Quiere que vaya al médico. —Las huesudas manos de Cally se tensaron sobre su vaso de líquido frío endulzado químicamente—. Dice que no me encuentro bien. Supongo que piensa que tengo «nervios», como su madre. Gilipollas... —Cally jamás había hablado de su esposo con tal aspereza, pero «Gigi» se limitó a asentir como si no hubiera hecho más que proclamar en voz alta una verdad evidente. Y, un instante después, sin poderse contener, añadió—: Si se limitara a aceptarme..., ¡si me aceptara tal y como soy!

—Mark no te está obligando a matarte de hambre —dijo «Gigi».

Cally la miró fijamente. ¿«Gigi» negándose a estar de acuerdo con ella y a reconocer la infamia masculina?

—Pero eso es parte del problema, ¿no lo entiendes? ¡Se trata de mí! De tal y como quiero ser...

—Pues claro, y ése es el problema. Verás, ser como tú quieres ser carece de objeto..., al menos en este pueblo. Lo que debes hacer es ser tal y como Hoadley quiere que seas.

En su voz había un tono tan seco y muerto como los caparazones de las cigarras. Cally siguió contemplándola. «Gigi» le devolvió la mirada acompañándola con su áspera sonrisita de costumbre, haciendo coincidir los afilados bordes de sus dientes.

—Y Mark es de Hoadley —añadió—. Nació en Hoadley y se crió en Hoadley. No puedes olvidar eso.

—Tú también naciste y te criaste aquí, ¿no? —le recordó Cally.

—Yo soy un caso especial. He sido diferente desde que tengo memoria. —Estaba convencida de eso y le echaba la culpa a algún efecto de la radiación. La radiación le hacía cosas extrañas a la gente—. Mark es más bien lo que yo llamaría normal... para Hoadley.

Cally sintió cómo su mente se preparaba para defender a Mark. Esta vieja arrogante..., ¿cómo podía estar tan convencida de que le conocía? Recordó una ocasión no muy lejana en que Mark se puso un colador para espaguetis sobre la cabeza, haciendo el payaso, y empezó a pasarse mechones de cabello a través de los minúsculos agujeros del colador hasta que acabó pareciendo un marciano. Recordó las bromas con los cadáveres en la escuela de embalsamamiento. Se acordó de Mark a cuatro patas sobre la alfombra de la sala haciéndole de caballo a los niños y dándoles paseos cuando eran más pequeños. Pero también recordaba que estaba enfadada con Mark y no dijo nada salvo:

—Bien, ¿qué me aconsejas que haga?

—¡Sigúele la corriente! Eso es todo. Límitate a decir que sí y haz lo que quieras. No es tan difícil. —La sonrisa de «Gigi» se curvó un poco más y se hizo más tensa hasta acabar convirtiéndose en una apretada mueca de labios—. Yo llevo años haciéndolo. Es divertido. Finges ser como los demás pero en realidad tienes tus pequeños secretos particulares, ¿comprendes?

Cally la contempló en silencio, preguntándose dónde estaban los secretos ocultos en aquella mujer malhablada y dura como un árbol, y acabó meneando secamente su flaca cabeza.

—No pienso abandonar mi dieta.

«Gigi» se encogió de hombros: el tema no le importaba lo suficiente para discutir mucho rato sobre él.

—Bueno, Cally, qué diablos... Tanto da, ¿no crees? Ya sabes lo que dice la gente, ¿verdad? Puede que mañana todos estemos muertos.

Otra persona habría interpretado esas palabras como un consejo de «Comed, bebed y regocijaos», pero nada más oír las Cally comprendió que «Gigi» no hablaba de la condición universal humana, sino que se refería a una amenaza mucho más precisa e inminente.

—Sobre todo si nadie hace nada al respecto —añadió «Gigi» con sequedad.

—Ése es otro asunto que me preocupa —dijo Cally, pensando en la aparición

desnuda de los bosques y el gemido de los insectos—. ¿Por qué tengo la sensación de que soy yo quien debería hacer algo? No sé, es como si fuera la culpable de... De todo. — Sus manos empezaron a temblar haciendo bailotear el líquido marrón de su vaso (tan límpido como los ojos de Eros)—. ¿Crees que es una locura? Sentir que todo depende de mí...

—¿A qué clase de todo te refieres?

—¡Todo! La atmósfera de tensión. Hasta los insectos...

—¿Las cigarras? —«Gigi» le sonrió, envuelta por el perfume dulzón de sus flores—. Bueno, ¿acaso crees que tú, yo o quien sea podemos ser culpables de eso?

CAPÍTULO OCHO

—Lo que quiero decir es que no le conocía demasiado bien —le estaba explicando una mujer de mediana edad a otra—, pero era mi vecino, ya sabe, y cuando vi que su periódico del domingo llevaba tres días en el porche llamé a la policía. No fui yo misma porque tenía esa escopeta, ¿comprende?, y una vez la usó para echar a unos chicos de su patio. Se había olvidado de que ya no era sheriff de Baja Salamandra, así que les apuntó y apretó el gatillo.

—Dios santo —dijo obedientemente la mujer que la estaba escuchando—, espero que no le hiciera daño a ninguno. —Usaba un lápiz de labios de color muy chillón y le habían hecho la permanente hacía poco, pero sus rasgos eran tan poco agraciados que estaba tan fea como su amiga, la cual llevaba el triángulo de un pañuelo atado sobre un cabello irremisiblemente lacio.

—Por lo que he oído contar apenas podía ver lo suficiente para hacerle daño a nadie que estuviera tan lejos, pero quizá se les acercara un poco, no lo sé... Lo que quiero decir es que por eso no fui a su casa para ver cómo se encontraba. Llamé a la policía y cuando vinieron les acompañé y eché una mirada, y allí estaba, caído en el suelo. Debía llevar unos tres días muerto, imagínese, con este calor tan fuerte que hemos estado teniendo, y el olor habría bastado para poner enferma a una cabra.

—Ya me lo imagino —dijo la mujer de la permanente, aprovechando que su interlocutora acababa de hacer una pausa para aumentar el efecto dramático de sus palabras.

—Pero eso no era lo peor —siguió diciendo la mujer del pañuelo de campesina—. Ya sabe que tenía montones de gatos, ¿verdad? Bueno, pues los gatos se quedaron tres o cuatro días encerrados en la casa con el muerto, y empezaron a pasar hambre... —La mujer bajó la voz hasta convertirla en un susurro digno de una película de terror—. Los gatos se lo habían estado comiendo. Vi su cara. Se la habían comido.

—¡Oh! —La otra mujer se llevó las manos a la boca con la expresión de susto que se esperaba de ella—. Nunca había oído nada semejante.

—Nadie habla de ello —dijo la mujer del pelo lacio con la misma voz susurrante de antes—, pero yo lo sé porque lo he visto. Por lo que he oído, estamos teniendo un año bastante raro... ¿Ha oído hablar de ese bebé de los apartamentos que hay en la calle Once, el que fue mordido por las ratas? La madre del pobrecito salió de casa y lo dejó en la cuna. He oído contar que le han quitado la custodia del bebé por haber sido tan descuidada, pero parece ser que el pobrecito quedará desfigurado para siempre. Ha perdido los labios.

Cally, que las había estado escuchando, puso una lata de peras en almíbar dentro de su carrito (para los niños) y se alejó antes de que la conversación hubiera terminado. Normalmente le gustaba vagar por los pasillos del local: parecía un espectro del supermercado, tan flaco y alejado de la vida normal de Hoadley que casi se había vuelto invisible. Las mujeres de Hoadley la asombraban; cuando estaban en el supermercado se saludaban las unas a las otras con gritos de alegría y vigorosos apretones dados con sus gruesos brazos, bloqueando los pasillos durante unos cuantos segundos mientras los

demás clientes esperaban pacientemente..., siempre se abrazaban, aunque se hubieran visto sólo una semana antes. Casi nadie se acercaba nunca a ella para saludarla de esa forma pero aun así a Cally le gustaba ir de compras; le encantaba llenar los carros con sustanciosas provisiones para su familia y mientras lo hacía se dedicaba a soñar con los alimentos, comiendo por delegación, y también le gustaba sentir que se movía en los límites de la comunidad oyendo hablar a las mujeres de Hoadley. El torrente de sus palabras y el casi imperceptible hilillo de sus intelectos siempre lograban dejarla impresionada y perpleja.

Pero durante esta excursión de compras, los parloteos de las mujeres que Cally encontró en el pasillo del supermercado le recordaron la conversación de los extraños insectos que había en los bosques situados alrededor del pueblo. Extraño..., sí, estaban teniendo un año realmente extraño, hasta el punto de que Cally acabó sintiéndose incapaz de seguir escuchando a esas mujeres rechonchas y su despreocupada charla sobre los horrores que formaban la rutina de Hoadley. Puede que aquellas personas no fueran malvadas, pero se encontraban tan familiarizadas con el mal que hablaban de él casi encogiéndose de hombros. Las había oído discutir los detalles de una violación-conmutilaciones y el precio de la margarina en un tono de voz prácticamente idéntico. Como si el diablo no fuera más que otro vecino al que observan.. Cally sabía que la historia del hombre con el rostro comido por los gatos era cierta. Había dejado a Mark en el cuarto de trabajo del sótano del Reposo Perfecto, muy ocupado con su cera y las fotografías intentando reconstruir los rasgos del hombre para su entierro. Mark pensaba que aquel cadáver particularmente decrepito, roído y medio descompuesto era el mayor desafío de toda su carrera y Cally, aunque apenas si le hablaba, había dejado a los niños con su madre para que no le molestaran..., los había dejado con mamá Wilmore, quien en una ocasión le narró una de esas historias de crueldades increíbles típicas de Hoadley, usando el habitual tono de por-cierto-¿sabías-que...? Mamá Wilmore le explicó que cuando era joven y estaba embarazada de su primer hijo —ella y Elmo aún vivían con los abuelos Wilmore en la granja—, sintió los primeros dolores del parto y quiso irse a la cama, pero su suegra no se lo permitió; era un tórrido día de agosto y había que preparar una docena de pasteles para los hombres que estaban trabajando en el campo. La joven parturienta no recibió permiso para acostarse hasta que hubieron horneado todos los pasteles, servido la cena y lavado los platos, y sólo entonces se avisó al doctor.

El bebé nació muerto.

Ocultos entre la espesura que rodeaba a Hoadley, bebés con cuerpos de cigarra gemían y gemían...

Cally fue llenando su carrito de la compra con plátanos, pasteles de canela y bollos. La escuela ya había terminado y los niños iban a pasar el verano en casa, lo cual le daba montones de oportunidades para ofrecerles golosinas y verles comer. Llenó el carrito de provisiones hasta que éstas casi rebasaron el nivel del cuadrado de rejilla y fue hacia la caja luchando con el vehículo: parecía una huerfanita del peso pluma llevando una carga tan pesada como el mundo, o un muchacho de la mina debatiéndose con la vagoneta del carbón.

El viejo Luther Wasserman, el que limpiaba la iglesia, sufría una dolorosa cojera cada vez que hacía frío o humedad, dos cosas de las que Hoadley tenía grandes cantidades. Una vez le contó que su padre le había hecho empezar a trabajar en la mina cuando tenía doce años, y el primer año una vagoneta llena de carbón le pasó por encima aplastándole las piernas contra los raíles. Su padre se negó a permitir que el médico se ocupara de sus piernas porque les cobraría mucho dinero. El chico se quedó en cama hasta que las piernas se curaron por sí solas.

—Como si fuera un gato del granero —le dijo el viejo Luther—. Y sigo sin tenerlas del todo bien. Siempre me duelen, y papá tiene la culpa de eso. Pero él enfermó del pulmón negro y murió echando las entrañas a toses, así que en el fondo quizá me hizo un

favor. Al menos después ya no pude volver a trabajar en la mina.

Cally pagó sus compras y rechazó las ofertas de ayuda que le hacía el chico de los recados, preguntándose a qué venía tanta solicitud por parte de aquel chaval con la cara llena de granos; no era vieja, no estaba embarazada, enferma o demasiado débil..., ¿verdad? El tablón de anuncios del supermercado contenía unos cuantos avisos de ofertas y unos talonarios de vales agotados, y también había un cartel con el nombre de un servicio de asistencia a domicilio para ancianos y enfermos. Junto a las puertas, al lado de las máquinas de vídeo, había un parpadeante artefacto rojo que proclamaba: «¡Compruébelo! ¿Qué tal anda su salud? El analizador de pulso y presión mide el índice basal cardiovascular y la respuesta electrodermal. Introduzca una moneda de veinticinco y coja las asas con las manos». Cally pasó ante ella con sus abultadas bolsas marrones y dejó atrás a un hombre delgado que pedía donativos para la asociación contra el cáncer.

Se marchó a casa con sus provisiones y si el hogar olía a muerte no se dio cuenta de ello. Todo Hoadley olía más o menos igual.

Los ruidos nocturnos de las sirenas y la gente que había salido a la calle despertaron a Sojourner Hieronymus y la hicieron erguirse. Sacó sus marchitos y viejos pies del angosto lecho en el que dormía y se quedó en esa posición durante unos instantes, dejando que la sangre acudiera a su cabeza para evitar que el mareo la hiciera caer en cuanto se levantara. La gente del hospital había venido a verla: querían que llevara uno de sus nuevos inventos, una especie de brazalete electrónico que registraría su pulso a cada momento y les mandaría una señal si tenía algún problema. Además, le inyectaría una dosis de algo que la mantendría viva hasta que llegaran allí. Medidor del siglo, lo llamaban, y tenían un eslogan: en el próximo milenio todo el mundo podrá vivir un siglo. Sojourner les dijo que no lo quería. Cuando le llegara el momento de morir moriría y mientras tanto viviría tal y como lo había hecho siempre, ateniéndose a las reglas.

Las reglas... Qué idiota era la gente. Si se limitaran a seguir las reglas estarían a salvo y podrían llevar existencias tan largas y tranquilas como la suya. Pero no eran capaces de seguir ni las reglas más simples. Las chicas jugaban al balón igual que los chicos, recibían golpes en esos pechos recién crecidos y, ¿qué pasaba? Treinta o cuarenta años después tenían cáncer de pecho, tan seguro como que sale el sol, y a veces también tenían cáncer de ovarios. Y todo era culpa suya.

Sojourner dijo una rápida oración. Después de haber dejado transcurrir un intervalo que le pareció suficiente metió los pies en las zapatillas que los aguardaban, se puso en pie y se enfundó en su albornoz, abrochándose los botones hasta el cuello con las dos trenzas en que recogía su larga cabellera canosa para dormir metidas dentro; no quería que la gente la viera con el cabello suelto por la espalda, ni aunque fuera a medianoche y todos hubieran tenido que salir de sus camas por culpa del fuego. Tenía que ser un incendio. Podía ver el resplandor anaranjado proyectándose sobre el negro cristal de su ventana.

Sojourner se agarró cautelosamente primero a la barandilla y luego al quicio de la puerta, bajó por los empinados y angostos peldaños de su escalera (no tenía detector de humos; no estaba dispuesta a introducir en su casa un artefacto tan propio de cobardes) y salió a su porche delantero. Desde allí pudo ver lo que todo el mundo estaba contemplando boquiabierto. De hecho, era visible desde todo el pueblo.

Bajo la torre del agua había un objeto flaccido envuelto en llamas suspendido de uno de los soportes horizontales..., y, sin poderlo evitar, Sojourner se llevó una mano a los labios. Parecía un ser humano colgado por el cuello y consumiéndose en llamas.

—¿Quién es, mamá?

—No lo sé.

—Mamá, ¿es una persona?

—No lo sé. Tendremos que esperar a ver qué dice la policía.

Sojourner apartó sus opacos y viejos ojos del horror que ardía en lo alto de la colina y

se volvió hacia las voces de la calle, alegrándose de que hubiera vecinos a los que mostrarles su desaprobación. Allí estaba esa tonta de Cally Wilmore con sus dos niños, dejándoles contemplar lo que ocurría. Qué irresponsabilidad... ¿Acaso no sabía que los niños deberían estar en la cama, pasara lo que pasara, a menos que fuese su propia casa la que ardiera en llamas? Cally no era de Hoadley y no había recibido una educación adecuada, pero eso no era excusa. Todos los padres de estos tiempos depravados eran iguales; dejaban que sus hijos crecieran sin ninguna clase de control. Cuando Sojourner era pequeña, el niño que causaba problemas o era desobediente acababa con los dedos metidos en la estufa para que tuviera un anticipo de lo que sería el fuego del infierno, y lloraba durante horas, y luego iba a la escuela sufriendo el dolor y la vergüenza de unas manos cubiertas de ampollas para demostrar que había sido castigado. En aquellos tiempos los niños aprendían a comportarse. Si el señor Hieronymus le hubiera dado algún hijo, Sojourner se habría encargado de educarle adecuadamente. Se casó con él esperando poder ejercer una buena influencia. Pero el señor Hieronymus era débil e irresponsable; se mató tomando raticida pocas semanas después de la boda.

Oona salió al porche contiguo envuelta en una bata de baño mal abrochada, la saludó con un movimiento de su despeinada cabeza, sonrió e hizo las preguntas adecuadas a la ocasión. Oona era una buena vecina pero no sabía cómo llevar una casa: dejaba colocadas las mismas cortinas un año tras otro sin lavarlas y Sojourner opinaba que había malcriado a sus hijos. Desde luego, no cabía duda de que había malcriado a sus nietos. Casi nunca les castigaba y el castigo era una parte esencial del cómo aprender a distinguir lo bueno de lo malo. El aseo y el ir al lavabo, por ejemplo... En su época, un niño que se lo hiciera encima era metido en una bañera de agua hirviendo para limpiarle y darle una buena lección. Normalmente sólo hacían falta unas cuantas lecciones como ésa para que el niño aprendiera, aunque de vez en cuando alguno se moría. En tal caso, era culpa suya.

Y el inconfundible y repugnante olor de la grasa, el pelo y la carne ardiendo que desprendía la cosa de la colina llegó hasta ella. Sojourner no se dejó impresionar por el olor. Irguió el cuerpo, adoptando la postura que su madre le había enseñado: había que resistir el fuego, ya fuera el fuego del infierno o el de la disciplina...

—¡Uf! —chilló el pequeño Owen con el entusiasmo propio de los niños—. Apesta.

—Calla —le dijo Cally sin levantar la voz.

—¡Mami, es que apesta! Huele como...

Cally le redujo al silencio poniéndole una mano sobre la boca y se inclinó para susurrarle algo al oído. Sojourner vio el pálido destello de un poco de piel y echó otro vistazo, inclinando la cabeza como un viejo pájaro de presa mientras sus ojos se iluminaban con un brillo de reptil. La muy desvergonzada había salido a la calle con un camisón que apenas si le tapaba el pecho, y el peinador que se había echado encima no ocultaba nada, pues estaba abierto. Sojourner sonrió, dejándose invadir por una tranquila y satisfactoria sensación de escándalo. Intuía cuál era la razón de que Cally llevara ese vaporoso camisón escotado y sospechaba que no le servía de nada. Mark no había salido a contemplar el espectáculo con ella. Para Hoadley, el pueblo con un sexto sentido para captar los problemas de los demás, no era ningún secreto que Mark y Cally pasaban por una mala época. Sin embargo, eso no justificaba el que Cally le enseñara sus escasos atractivos corporales a toda la población. Lo más probable era que acabase como la chica a la que habían violado. No esa chica con la cara de rana, no... Sojourner había oído rumores de que a ésa fue su padre quien se lo hizo, pero en tal caso se trataba de una auténtica violación; no era más que un incesto. Esta otra chica, una rubita muy guapa que había cometido el error de pasar junto al edificio del municipio sin compañía, tuvo un mal encuentro en la escalera de atrás, la que había junto al aparcamiento: la golpearon y la violaron. Y cuando una mujer conseguía que la

violaran..., bueno, a efectos prácticos tanto habría dado que se grabara una gran V negra en la frente. Nadie volvería a mirarla sin recordar lo que le habían hecho. Sojourner sabía con todo detalle lo que le habían hecho a la chica. Sabía cuáles eran los tres orificios corporales usados por el violador y con qué orden y frecuencia los había empleado. Conocía a su familia. Sabía que la chica sufrió un ataque de nervios y tuvo que ser hospitalizada. Pensó que quizá debiera hablar con Cally y explicarle qué remedio podía utilizar para no desear tanto a su esposo. Después de su violación la chica no había vuelto a querer realizar el acto conyugal con su esposo, o eso decían en Hoadley. Más aún, según se decía (con un suspiro romántico), el esposo estaba dispuesto a esperar todo el tiempo que hiciera falta. Sojourner tenía la esperanza de que se viera obligado a esperar hasta la muerte. Cuando una mujer comprendía cómo eran realmente los hombres ya no quería hacer «eso», al menos no mientras tuviera una excusa para evitarlo. Sojourner siempre había sido honesta; nunca había querido «eso» salvo en cuanto era desagradablemente necesario para engendrar hijos (hijos que debían ser educados con la adecuada disciplina para que la familia pudiera enorgullecerse de ellos), y aunque el acontecimiento la dejó sin esos hijos se alegró de que el señor Hieronymus se quitara de en medio, sobre todo teniendo en cuenta que le dejó la casa y los recursos financieros para vivir en ella.

La cosa llameante que colgaba de la torre del agua ya se iba apagando: primero se convirtió en una silueta de contornos borrosos que brillaba como un ascua anaranjada recortándose contra el contaminado cielo nocturno y fue ennegreciéndose hasta ser una especie de gran carbonilla que despedía reflejos de un blanco acuoso a la luz de las linternas blandidas por los bomberos. Sojourner vio que Cally estaba hablando con un hombre que había llegado en un coche —uno de los bomberos que volvían al puesto—, inclinándose indecentemente para hacerlo. Cally acabó irguiéndose, dio un paso hacia atrás, le saludó con la mano y se volvió hacia sus niños.

—No era una persona —les dijo—. Era un oso.

—¡Un oso! —Por la expresión de su rostro el pequeño Tammy consideraba que eso era más terrible e inquietante que si hubiera sido un vecino. Las personas se mataban unas a otras de forma rutinaria en la televisión, pero los osos tenían nombres como Paddington, Pooh y Theodore; los osos eran para abrazarles y hacerles mimos...

—Un oso, sí. Alguien mató un oso negro, le puso un mono de trabajo, lo colgó de la torre, lo roció con gasolina y le prendió fuego, Dios sabrá por qué. —Cally vio la canosa y rígida silueta de Sojourner inmóvil en el porche, la saludó con la mano y se llevó a sus niños de vuelta al hogar y la cama.

Sojourner vio retirarse a sus vecinos, pero su mente seguía pensando en la chica que había sido violada, a la que ya nadie recordaba por otro título que no fuera ése. La chica trabajaba en la fábrica textil. Después de la violación hubo un arresto y después del arresto, mientras la chica yacía en su lecho del hospital, un grupo de mujeres de la fábrica irrumpió en la cárcel exigiendo que les entregaran al violador. Algunas iban armadas con cuchillos de cocina y querían ocuparse de él para que no violara a nadie más, y algunas llevaban cuerdas y querían colgarle de la torre del agua, allí donde todo el mundo pudiera verlo, aunque Sojourner dudaba de que pensarán llegar al extremo de rociarle con gasolina y prenderle fuego. Sí, lo más probable es que no fueran capaces de pensar en un detalle final tan bonito y espectacular... De todas formas, si hubieran conseguido ponerle las manos encima al hombre aquello le habría servido de lección a los violadores. Pero esos imbéciles de la policía no se lo permitieron. El hombre fue declarado enfermo mental y acabó encerrado en una institución psiquiátrica. Se limitaron a encerrarle, y no le cortaron la cosa ni nada parecido... ¿De qué servía limitarse a encerrarle? Y si se escapaba, ¿qué podía hacer?

Sojourner suspiró por lo que podría haber sido y por la estupidez de la humanidad, le echó un último vistazo al pueblo que ya iba recobrando la calma y alzó los ojos hacia el

cielo para examinar la luna antes de entrar en su casa. Estaba rodeada por un anillo. Señal de que haría mal tiempo. El tiempo se había vuelto loco: desde que el maldito gobierno y los científicos sabelotodo habían andado haciendo de las suyas con la luna ya no había estaciones.

—Lo que quiero decir —explicó el presidente Wozny—, es que debemos encontrar a la persona culpable de todo esto.

La noche del oso en llamas le había dejado extrañamente nervioso, igual que le había ocurrido a todos los habitantes de Hoadley. En ese incidente había algo que parecía amenazador. No, más que amenazador... Perverso. Enfermizo. Estaba tan nervioso que había convocado una reunión especial del concejo para tratar el problema, si es que existía.

—Eso es asunto de la policía, ¿no? —dijo con voz desafiante Zephyr Zook, secretaria del concejo. Wozny la miró y comprendió la razón de que algunas de esas viejas terribles siguieran llevando aquellas gafas de concha terminadas en ángulos agudos que se habían quedado anticuadas mucho tiempo atrás: las gafas brillaban con el duro y temible resplandor de unas puntas de lanza.

—Es un asunto que concierne a todos los ciudadanos responsables. —El presidente, que planeaba presentarse a la reelección en otoño, miró a su alrededor con cierto nerviosismo, no muy seguro de si saldría de esta reunión con su prestigio aumentado o destrozado—. Unos rumores como los que hemos estado teniendo... Eso es algo que concierne a todos. —El presidente Wozny dejó que su voz bajara de nivel hasta adoptar un tono cargado de oscura seriedad—. Lo que quiero decir es que, si no hacemos nada, el pueblo puede acabar siendo presa del pánico. Todo el mundo ha estado viendo y oyendo cosas extrañas. He oído decir que la gente cree que todo es culpa de una bruja.

La respuesta que obtuvo fue mucho más franca de lo que esperaba.

—Si hay una bruja creo que no cabe duda de quién es —dijo secamente un viejo miembro del concejo de ascendencia alemana—. Es esa mujer llamada Ahira.

El concejo había discutido el tema de Ahira en una reunión anterior —o, mejor dicho, no en una reunión propiamente dicha, sino durante la auténtica reunión de mentes que se celebraba después en el aparcamiento—, y la discusión había sido bastante parecida a la centrada en torno a las molestias que daban los perros, pues no se llegó a ninguna conclusión. La actitud de casi todos los ciudadanos prominentes de Hoadley hacia Ahira era considerarla una molestia e ignorarla con la esperanza de que acabaría marchándose. El concejo había adoptado la misma actitud hasta que Gerald Wozny habló de la brujería. Ni los miembros del concejo ni el presidente recordaban de forma consciente que la primera mención de esa idea corrió a cargo de Shirley. No le habían prestado ni la más mínima atención y, por lo tanto, consideraban que la idea se les había ocurrido sin ayuda de nadie.

A esto siguió una de esas discusiones tortuosas y nada parlamentarias típicas de todas las juntas y organismos gubernativos del pueblo. Cuanto más importante fuera el tema a discutir, menos probabilidades había de que se adoptara una moción formal. Hoadley se regía por el instinto del rebaño. Nadie quería destacar o apartarse de la multitud; por lo tanto, la cortesía exigía que ningún miembro se viera obligado a subir al estrado y adoptar la posición de quien ofrece el cuello para que se lo corten. No sólo eso, sino que la regla tácita era que el concejo como organismo no se tomaría la molestia de consignar por escrito cualquier tema que pudiera volver a presentarse en el futuro para atormentarles. La caza de brujas reunía todas las condiciones necesarias para desempeñar soberbiamente el papel de ese espectro. Zephyr Zook acabó soltando su cuadernillo de alambre espiral y su Bic, ya que el nebuloso girar de la conversación no le ofrecía ningún asidero concreto con el que desempeñar su labor como secretaria, y el concejo empezó a moverse al unísono sin ningún tipo de liderazgo discernible, como si

fuera una bandada de estorninos.

—¿Detenerla acusándola de vagancia?

—Lo que quiero decir es que todo esto empezó después de que ella viniera aquí.

—La policía dice que no puede hacer nada.

—Lo que quiero decir es que nadie tiene ganas de meterse en un concurso de meadas con una mofeta, ¿verdad?

—No puedo culparles. Fíjense en lo que le pasó al reverendo Culp.

—El forense dijo que fue un ataque cardíaco.

—No importa. Estoy seguro de que ella lo hizo.

—No fue una gran pérdida.

—Desde luego.

—Tal para cual, diría yo.

—Creo que si se lo pidiéramos, el padre Leopold podría hacer algo al respecto.

—Lo que quiero decir es que un pueblo no puede permitir que una bruja ande por sus calles como si fuera una persona normal.

—¿Y el reverendo Berkey? Podríamos hacer que el reverendo Berkey hablara con ella.

El presidente Gerald Wozny siguió sentado en su sitio asintiendo con la cabeza y tratando de impedir que la boca se le aflojara como si fuese un perro asomado a la ventanilla de un coche. Nunca había visto al concejo moviéndose con tal velocidad. En una sola tarde Ahira había sido reclasificada de molestia a enemiga pública, de insecto insignificante a rata portadora de una enfermedad contagiosa que debía ser expulsada o extirpada. De hecho, el problema principal seguramente sería el de escoger al exterminador adecuado. En el concejo los católicos superaban en número a los protestantes, igual que ocurría en la población de Hoadley, pero una mayoría simple significaría una votación y un voto significaba una moción, algo que debería constar en las actas y que, por lo tanto, era impensable. Había que llegar a un acuerdo.

Wozny había dado comienzo a la sesión pensando interpretar el papel del hombre que no hace caso a los rumores, el líder de ánimo tranquilo que se dirige paternalmente a los ciudadanos para decirles que mantengan la calma y respeten las leyes. Pero el auténtico político sabe tomarse las cosas tal y como vienen. Wozny se sentía igualmente complacido al encontrarse convertido en jefe de una cruzada justiciera. Cada vez más emocionado, comprendió que si lograba mantener buenas relaciones tanto con los católicos como con los protestantes, quizás algún día podría presentarse para el cargo de alcalde aunque fuese protestante.

—¿Qué les parece si hablamos con el padre Leopold y con el reverendo Berkey? — les dijo.

Naturalmente, en cuanto llegaron al final de la reunión oficial ya se había tomado una decisión. Cuanto más importante fuese el asunto menos se hablaba de él. Hubo unos cuantos gruñidos y un silencioso coro de asentimientos con la cabeza y quedó entendido que alguien, contemplado por todos pero no mencionado en voz alta, se encargaría de hablar con los dos prelados y que se tomaría alguna medida para tratar con Ahira.

El sacerdote acudió al parque provisto de todo su esplendoroso atuendo litúrgico: casulla y sobrepelliz bordado con ribetes de encaje, su gruesa cruz pectoral reluciendo sobre su blanco pecho y los símbolos de su estola emitiendo destellos dorados bajo la luz del crepúsculo. Avanzó igual que un navio de guerra impulsado por sus tensas velas y tras él iba un monaguillo con alba y cingulo que hacía girar un incensario del que brotaba el humo del incienso consagrado para expulsar a los demonios. Junto al sacerdote caminaba el pastor de los Hermanos, un hombre de pecho flaco y rostro lleno de cráteres, vestido con un traje negro como el hollín y una severa corbata, sosteniendo en su mano el negro estuche de la Biblia cerrado por una cremallera. Tras el sacro dúo ecuménico, aunque manteniéndose a una cautelosa distancia de él, venían los miembros

del concejo y unos cuantos clérigos, monjas y asiduos de las iglesias, incluyendo a la secretaria del pastor Berkey (decentemente ataviada con una falda y unos zapatos nada ofensivos), Cally Wilmore.

Cuando vieron aproximarse tan extraña congregación, los inadaptados que llenaban el parque se quedaron boquiabiertos pero Ahira se echó a reír, y una bella y tintineante carcajada salió de su orgullosa y bella boca.

El sacerdote trazó el signo de la cruz ante ella.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo —entonaron al unísono él y el pastor protestante.

—¡En el nombre de la tierra, la luna y las estrellas! —gritó Ahira como contestación, sin parar de reírse—. No podéis hacer nada contra mí.

El padre Leopold llevaba consigo un Libro de Servicios Ocasionales que contenía un texto para el exorcismo y empezó a leerlo con voz monótona. La lectura no produjo efecto alguno, salvo el que Ahira dejó de reír y le escuchó con la cabeza ladeada igual que una gata, sonriendo.

—Viejo disfrazado —le interrumpió unos segundos después—, me gusta tu traje. ¿Dónde puedo conseguir uno igual?

El ceñudo pastor de los Hermanos estaba empezando a enfadarse y el canturreo del sacerdote le había hecho perder la paciencia.

—¡Bruja de Satanás! —gritó con voz de trueno—. ¡Abandona este lugar!

—A los mejores les falta convicción —dijo Ahira con voz suave—, mientras que los peores están llenos de una apasionada intensidad.

Al oír estas palabras, Cally Wilmore dio un respingo parecido al de una cierva asustada y su mente completó la estrofa con las siguientes líneas escritas por Yeats: *Sí, la revelación debe estar cercana; la Segunda Venida se aproxima.*

Pero Ahira pasó bruscamente de la profecía a la burla.

—Viejo cuervo —le dijo al pastor Berkey, mofándose de él—, ¿por qué no llevas un bonito vestido y un collar como el de tu amigo?

El individuo al que se dirigía alzó su Biblia con la cruz de su tapa hacia el enemigo y la blandió ante ella..., o quizá fuera que su mano temblaba de furia, igual que su voz.

—*Ésta* es mi ropa, mi escudo y mi armadura! —gritó—. *Ésta* es la cruz de Cristo y la palabra de Dios! —Fue un momento cargado de dramatismo y el sacerdote católico también quería participar en él. Abandonó el canturreo de su exorcismo y alzó su cruz pectoral, dando un paso hacia delante. El ministro protestante se apresuró a imitarle.

—Estúpidos santurriones —les dijo Ahira con voz llena de dulzura—, ¿de veras ignoráis la razón de que no podáis hacer nada contra mí? No podéis hacer nada contra mí porque no sois más que un par de fraudes. —Su voz resonó sobre la multitud que la escuchaba—. Fingís venir aquí impulsados por «el amor cristiano», pero os odiáis el uno al otro.

Su pueblo, los inadaptados, se agrupaba a su alrededor, lo bastante numeroso para llenar el parque, y ninguno de ellos la había abandonado aunque muchos se habían encogido en cuanto vieron al pastor, el sacerdote y los demás pilares de Hoadley.

—Sé qué adjetivos os habéis dado el uno al otro en vuestras plegarias —les dijo Ahira a los dos prelados.

Le respondieron a gritos, el uno en inglés y el otro en latín, y la mezcla de sus dos voces hizo que sus palabras resultaran incomprensibles. Después Ahira habló casi en un murmullo, pero aun así sus palabras llegaron a toda la multitud.

—Escuchadme, gorda gente normal que vive en este pueblo presuntuoso y pagado de sí mismo: no hay ni uno solo de vosotros digno de mirarme a la cara. No hay ni uno solo que tenga el corazón puro. Hipócritas... —Ahira incluyó a todos los intrusos en su mirada—. Conozco vuestros secretos. Sé cómo jugáis con vuestros cuerpos en la oscuridad. Sé quiénes han puesto pestillos en el armario del dormitorio y dónde guardáis los látigos y los grilletes. Sé qué mujer chupa el pene de su hijito para hacer que se le ponga tieso. Sé

qué hombre se encierra en el cuarto de baño para olisquear la ropa interior de su hija que espera ser lavada. Sé qué hombres van de putas y cuáles van con otros hombres, y sé cuáles aman a sus vecinos y cuáles aman a otras mujeres. Sé a qué hombre le gusta sobar niñas. Sé a qué hombre le gusta pegarles. Sé qué hombres han cometido violaciones y han logrado salir bien librados y sé qué mujer ha cometido un asesinato sin que nadie se enterase y quién de vosotros ha matado animales y les ha prendido fuego, y sé que le encantaría hacer lo mismo con sus vecinos.

El grupo de gente respetable se había quedado sumido en el más absoluto silencio. Miembros del concejo, asistentes a la iglesia, el pastor..., todos escuchaban atentamente esa voz suave que decía cosas tan sorprendentes, e incluso el sacerdote se había inclinado hacia delante para oírla mejor, y el jinete de bronce suspendido sobre la hierba del parque permanecía silencioso, inmóvil e impotente, y las numerosas luciérnagas parpadeaban muy despacio, como si fuesen la miríada de ojos de Dios..., o del diablo. Uno o el otro estaba dentro de Ahira, pensó Cally Wilmore, aturdida. Esta mujer parecía saber tanto como Dios. O como el diablo, pues ¿qué razón había para que los conocimientos del diablo fuesen inferiores a los de Dios? Aunque, gracias a Dios o al diablo, Ahira no había mencionado lo ocurrido entre las manzanillas de mayo o a un dios del amor blanco como el azúcar, y tampoco se había referido al humillante secreto personal de Cally.

Hoadley debía tener por lo menos una persona pura y valerosa, un Galahad... ¿Mark? No, Mark no era más que un hombre corriente de voz chillona y quejumbrosa. No era ningún salvador, al menos no para ella, aunque medio pueblo le consideraba su caballero blanco..., pero en Hoadley debía haber por lo menos una persona realmente buena. ¿El reverendo Berkey? Cally habría jurado que el reverendo Berkey era un santo, pero incluso esa ascética espalda suya en la que tenía clavados los ojos daba la impresión de haberse encorvado bajo los efectos de la derrota, y la negra tela de su traje parecía vieja y raída. ¿Cuál era su debilidad? ¿Acaso todos tenían un oscuro secreto y una vergüenza escondida?

—Ni uno solo de vosotros es digno de mirarme a la cara —dijo Ahira.

El sacerdote, la nave de la iglesia que había estado escuchándola de mala gana, se irguió y sus velas se hincharon de orgullo herido.

—¡Insolente ralea de Satanás! —tronó—. El poder del Señor Dios Omnipotente...

—No está dentro de ti. Y no es nada, comparado con el poder de aquellos a los que tu Dios ha pisoteado. Mira, sacerdote. —Ahira pasó la mano sobre la barandilla del pabellón y tocó al desecho humano que tenía más cerca. Era la chica calva y todos la oyeron gritar, pero no de miedo o de dolor sino de puro éxtasis y sorpresa, pues el contacto de la mano de Ahira puso cabello sobre su pobre cabeza: una exuberante cabellera marrón claro cuyos rizos le llegaban hasta los hombros, y la cabellera iba acompañada por accesorios tan imprescindibles como las pestañas y las cejas, que aparecieron en sus sitios adecuados. Su rostro no era especialmente hermoso pero ahora estaba enmarcado por la cabellera e iluminado por la alegría, y casi lo parecía. Ahira le hizo darse la vuelta con un gesto lleno de amable dulzura hasta colocarla de cara a los espectadores.

—¿Puedes hacer esto, sacerdote?

La multitud había dado un respingo y todo el mundo hablaba en voz baja, pero el sacerdote no añadió su voz a la confusión ni trató de silenciarla; parecía incapaz de hablar. Había presenciado una curación, un milagro... El diablo podía citar las Escrituras, pero se suponía que sólo los profetas, los santos y los mesías eran capaces de hacer lo que acababa de contemplar.

—Y el Anticristo —añadió Ahira con afabilidad, como si acabara de leer sus pensamientos. Bajó los peldaños del pabellón igual que Jesús descendiendo del monte y le hizo una seña a la chica que ya no era calva, indicándole que viniera hacia ella.

Después alzó la plenitud de su cabellera con la misma gracia despreocupada pero llena de ternura que había empleado antes, revelando su sien. Y allí, justo en el arco zigomático, había una mancha de color rojo oscuro.

—Todos aquellos a los que toque deberán llevar mi marca —dijo, clavando los ojos no en los intrusos sino en su pueblo, los inadaptados. Les contempló con unos ojos tan suaves y dulces como el crepúsculo—. Sois mi pueblo y la marca sirve como sello del lazo que nos une. ¿Quién quiere venir a mí para que le cure?

Ya estaban yendo hacia ella.

La mujer de la espalda encorvada se irguió, sonrió, y en uno de los lados de su flaco rostro apareció una marca de color oscuro. El ciego tiró su bastón blanco, se arrancó la bolsa de papel de la cabeza y se convirtió en un hombre apuesto con ojos que podían ver y una romántica cicatriz. La mujer que estaba tan gorda que apenas si podía moverse rió y gritó; el vestido que colgaba de sus nuevos y delgados hombros rozaba el suelo y ahora ni tan siquiera sus zapatos le iban bien. Se apartó el cabello de la señal ardiente y la enseñó con orgullo. El hombre de los muñones volvió a sostenerse sobre dos piernas y gritó igual que un jugador de rugby durante la carrera para anotarse el tanto del triunfo, y saltó por el parque alzando los puños al aire y chillando. Su rostro llevaba la marca de Ahira.

El sacerdote, el pastor y la mayor parte de sus seguidores se dieron la vuelta y se marcharon, demasiado horrorizados para conversar, haciendo cuanto podían para borrar de sus mentes lo que habían visto. Magia, se dijeron, es un truco, como los que se ven en la televisión... Tenía que serlo. En ninguna parte ocurría nada como lo que habían presenciado; el mundo daba vueltas siguiendo su mismo viejo camino de siempre. Por lo tanto, lo que había ocurrido no podía haber ocurrido o, de lo contrario, ¿cómo era posible que Hoadley siguiera con su rutina, su estancamiento y su vida? No permitirían que nada de cuanto habían visto se volviera real hablando de ello.

Se marcharon, pero Cally Wilmore se quedó allí donde la muchedumbre se iba haciendo escasa, recogiendo migas y trocitos de los dulces adornos que coronaban un inmenso y prohibido pastel ceremonial. Vio cómo Ahira tocaba a personas que no parecían tener ningún defecto, poniéndoles su marca..., ¿era sangre, fuego o vino? La luz de las farolas y las luciérnagas no le permitía saberlo. Pero vio las sonrisas, los gritos y a veces las lágrimas de alegría de quienes recibían la marca, y supo que Ahira también les había curado de algo.

La chica verde (un efecto de la ictericia combinado con una sobredosis de medicinas) fue hacia ella y su piel recobró aquella belleza propia de una porcelana de Dresde con la que había nacido, y lloró. Garrett se acercó a Ahira, recibió la marca y un cambio sutil en su cabeza, su rostro y la mente que había detrás del rostro, y sacó de sus bolsillos centenares de fichas de dominó y las arrojó al aire en una confusión de destellos negros y las dejó allí donde habían caído. Barry Beal le acompañó hasta Ahira. Pero Ahira miró a Barry..., observándole, y Cally no pudo comprender por qué le miraba así. En esa mirada había algo que recordaba a una amante pero también había algo parecido al desprecio. Ahira no le tocó.

—Me perteneces tal y como eres ahora —le dijo—. Ya llevas mi marca y la llevabas antes que ninguno de los demás. —La voz de Ahira resonó en la oscuridad y el tumulto impartiendo esa distinción, y Cally vio cómo Barry Beal erguía el cuerpo y su rostro bicolor volvió a hendirse con su ancha sonrisa, dividiéndose en cuatro secciones como si llevara una máscara de arlequín. Abombó el pecho en una pose de altiva vanidad, enorgulleciéndose de pertenecer a Ahira y, puede que por primera vez en su vida, de aquel rostro deformado con el que había nacido.

Cally contempló el robusto pecho de Barry Beal y pensó en el Eros del bosque y en su ceñudo esposo encerrado en su casa de la muerte, y sintió cómo aquel eterno dolor de sus entrañas se hacía todavía más agudo. Dio unos cuantos pasos hacia delante y se puso en la fila como si ése fuera el sitio que le correspondía.

Cuando estuvo muy cerca de aquella extraña mujer llamada Ahira, Cally no pudo ver más

que belleza. Pero aunque contempló aquella carne reluciente que parecía un barniz sin poder encontrarle ni un solo defecto supo reconocerla como lo que era: una máscara viviente. Lo supo porque estaba lo bastante cerca para captar el olor de Ahira, envuelto en los olores a cerveza rancia y jaula de pájaros que brotaban de los inadaptados, y aunque Ahira apenas si olía el rastro de olor que Cally pudo percibir pertenecía a Hoadley.

Ahira alargó hacia ella una mano suave como la gamuza y Cally la detuvo con un gesto nervioso pero desafiante.

—No, gracias —dijo Cally—. Sólo quería mirarte. Quería ver qué clase de mujer es capaz de matar un animal, colgarlo de una torre y prenderle fuego.

Ahira reaccionó con una leve sonrisa.

—Pero si yo no hice eso —dijo—. Fue uno de vosotros quien lo hizo.

Cally sintió cómo el temor se arrastraba igual que un diminuto ratón sobre sus frágiles hombros. Aquella mujer estaba diciéndole la verdad; lo presentía.

—Pero el resto de lo que has dicho... —la desafió—. La señora Zepka y el hombre desnudo y los... —Por fin supo qué nombre darles—. Los bebés hambrientos. Todo eso fue cosa tuya.

La sonrisa de Ahira se hizo un poco más grande convirtiéndose en una mueca de asentimiento.

—Hoadley me ayudó —admitió, y hasta que no hubo oído esas palabras Cally no supo captar la profundidad de la comprensión que había entre ella y esta..., esta mujer antinatural, esta belleza imposible, este espectro aterrador. Ahira había sabido de qué hablaba. ¿Qué más sabía sobre ella? ¿Qué era Ahira? No importaba. Cally sabía lo más importante, y ese conocimiento bastó para helarla hasta la médula de sus huesos casi desprovistos de carne.

—Quieres acabar con nosotros —murmuró—. Con todos nosotros...

La sonrisa de Ahira se desvaneció para convertirse en un fruncimiento de ceño lleno de ternura y preocupación.

—Cally —le dijo, aunque nadie le había revelado su nombre—, deja que te toque, deja que acabe con tu dolor, deja que ponga mi marca sobre ti... Eres de mi pueblo. Debes serlo, o de lo contrario no podrías comprenderlo.

Su exquisita mano volvió a levantarse y Cally la observó en silencio durante un segundo, fascinada, a punto de asentir, antes de acabar retrocediendo horrorizada.

—¡Tú! —la acusó—. Quieres destruir Hoadley.

Ahira volvió a sonreír con esa misma sonrisa suave como el crepúsculo.

—No hace falta —le dijo—. Tú te encargarás de hacerlo.

Cally sintió el cosquilleo del miedo, la ira y un extraño conocimiento, y decidió usar su arma más poderosa. Ahira no era la única que poseía una sabiduría inexplicable y la poesía necesaria para revelarla.

—Oh, rosa —jadeó Cally—, estás enferma. El gusano invisible...

Una explosión de fuego blanco. Ahira se había convertido en un relámpago hecho carne y la furia brotó de ella con la fuerza de un vendaval.

—¡Apártate de mí! —Su voz chisporroteaba haciendo pensar en un trueno surgido de la oscuridad.

Cally cedió a la fuerza de aquella tormenta como si fuera una hoja seca arrastrada por la galerna. Si hubiera llevado botas..., pero no las llevaba. Volvió a su casa odiando la falda y aquellos frágiles zapatos que no le permitían caminar a grandes zancadas o defenderse dando patadas. Si no hubiese llevado el uniforme aprobado por Hoadley, ese uniforme que aprisionaba el corazón, el alma y la mente igual que aprisionaba el cuerpo..., estaba segura de que entonces habría podido ser una oponente digna de enfrentarse a Ahira.

¿Qué había querido decir con esa última y extraña afirmación suya?

—Tú te encargarás de hacerlo.

¿Ella, Cally? ¿Ella haría que Hoadley acabara cayendo en el abismo?

¿Abismo? ¿Qué abismo? Y, naturalmente, Ahira no se refería a ella. No, tenía que haberse referido a la gente en general. Ese «tú te encargarás» que había oído era la broma enfermiza de una mente extenuada por el hambre: la mente de Cally... Sus labios se apartaron de aquellas excrescencias del cráneo llamadas dientes y sonrió.

CAPÍTULO NUEVE

A comienzos de ese cálido verano Tammy había descubierto el truco de producir un sonido líquido parecido al de una nota de flauta con los labios. Su nueva habilidad la tenía enormemente complacida. Se pasaba el día ocupada en sus misteriosos asuntos de la preadolescencia silbando de forma melodiosa pero totalmente aleatoria, como un pájaro enloquecido, y de noche se quedaba dormida silbándose suavemente a sí misma. La fluidez de los sonidos alónales producidos por aquella niña extasiada consigo misma hacía que Cally sintiera oleadas de un afecto anhelante. Tammy había sido su primer bebé y Tammy estaba creciendo... En aquellos momentos tenía la impresión de que Tammy era la única cosa buena de su vida. Todo lo demás parecía cargado de oscuras amenazas, y empezaba a pensar que nunca volvería a llevarse bien con Mark. En su interior había un demonio que jamás se lo permitiría. Podría haberse tragado la ira que sentía, sonriendo con los dientes apretados y haciendo las paces con él mediante ofrendas de comida, lágrimas y palabras conciliatorias, tal y como aconsejaba la sabiduría de Hoadley y tal como la apremiaba a hacer su dolorido corazón..., tal y como había hecho muchas veces antes. Pero una tozudez nueva e inflexible se lo impedía. El domingo se quedó en casa y no fue a la iglesia: la dureza de los bancos resultaba incómoda para su cuerpo, cada vez más huesudo, pero jamás lo confesaría en voz alta por lo que convirtió su acto en un desafío y se quedó sentada en el porche del apartamento leyendo el periódico mientras los que iban a la iglesia pasaban ante ella, y lo hizo sin más razón que escandalizar a Hoadley y disgustar a Mark.

Localizó a Tammy guiándose por el torrente ininterrumpido de sus silbidos y a Owen gracias a las ráfagas de ametralladora de los dibujos animados que estaba viendo por la televisión, les dijo que vinieran y los tres salieron por la puerta del apartamento y fueron por la acera hacia la casa de mamá Wilmore. Pensaba dejarlos allí mientras iba a montar. Desde su última discusión con Mark no había pasado un día sin montar a caballo durante horas, al amanecer, al ocaso, hacia el mediodía o cuando ya había anochecido, bajo la luz de la luna, a veces hasta dos o tres veces al día, y su constancia en el montar le había permitido llegar a una especie de acuerdo con su rebelde caballo negro, aunque no salía a montar por eso... Pasó ante la austera casa gris de Sojourner Hieronymus y saludó a la anciana del porche con una leve oscilación de la mano, haciendo caso omiso de la costumbre que le ordenaba pararse y hablar. Ya no le importaba lo que los demás pudieran pensar de ella. En cuanto a Mark..., bueno, era el que menos le importaba. Iría a montar por aquellas deliciosas colinas, disfrutaría de su vida o lo que le quedaba de ella y al infierno con Mark y todos los demás.

Owen apuntó con el índice a Sojourner y le dedicó unas cuantas imitaciones de disparos; Cally no intentó impedirselo. Tammy pasó ante el porche de color gris con su suave cabellera oscilando de un lado para otro y le silbó unas notas tan líquidas como los ojos con que lo contempló.

—¡La niña que silba y la gallina ruidosa siempre acaban de una forma espantosa! — proclamó Sojourner, y su voz resonó con el seco estampido de una gran vasija de barro al ser golpeada.

Tammy la obsequió con la sonrisa valiente de una niña buena dispuesta a perdonarlo todo y se alejó silbando.

—Cierto —dijo Cally en tono irónico.

Después de haber dado tres zancadas miró a su hija y sintió un escalofrío de miedo.

El cambio era tan sutil que quizá sólo los ojos de una madre podrían haberlo captado, y para percibirlo se necesitaba el escrutinio de una madre tan llena de amor y de atención como ella. Cally lo vio. Un instante antes las pupilas de Tammy mostraban esa peculiar mezcla de concentración y amplitud de barrido, de fiereza esencial y salvaje dependencia propia del cervato y el cachorro de zorro, aquello a lo que llamamos inocencia, y todo eso se había convertido en... otra cosa. Tammy silbó y le devolvió la mirada a su madre con expresión pensativa, como si fuera Eva llamando a la serpiente para que tomara su ración de leche.

—No —susurró Cally.

—¿No qué? —quiso saber Tammy. Su aguda voz de chiquilla parecía la misma de siempre.

—Nada. —Cally llevó apresuradamente a sus dos hijos a la casa de su suegra y los dejó allí sin perder el tiempo en un cortés intercambio de naderías con mamá Wilmore. Volvió a casa por el callejón de atrás para no tener que vérselas con Sojourner y corrió, oyendo el eco de sus botas de montar sobre el asfalto. Se sentía llena de una extraña energía febril y nada natural, aunque llevaba días sin tomar más que unos puñados de comida.

En vez de subir a su coche y partir rugiendo a una peligrosa velocidad con rumbo al establo, tal y como había planeado, invadió el silencio del salón de pompas fúnebres y sus gruesas alfombras con sus pies calzados en las botas, buscando a Mark.

Le encontró subido a una escalera: estaba quitando los cristales de la araña colgada en el techo de la Sala Melocotón para poder limpiarlos. Le encantaba hacerlo; cuando no tenía nada más urgente de que ocuparse era capaz de pasar horas sentado esperando el aviso de una defunción mientras mojaba en agua aquellas pequeñas espadas de cristal, frotándolas y dándoles brillo.

—Mark —le dijo Cally sin más preámbulos—, voy a sacar a los niños de Hoadley.

Mark le lanzó una mirada cautelosa desde lo alto de su escalera y no dijo nada: Cally ya le había dado demasiadas sorpresas desagradables y no sabía cómo reaccionar. Cally, que sólo pensaba en sus propios problemas, contempló su rostro y no percibió más que una máscara de irritación en la que no había ninguna respuesta a sus palabras.

—Estarán mejor en algún otro sitio —dijo.

—¿Por qué? —Mark había recuperado la voz—. ¿Porque has decidido ingeniártelas para que acabe tan loco como tú? Creo que puedes conseguirlo.

Cally movió la cabeza con los ojos entrecerrados hasta convertirlos en dos rendijas: deseaba lanzarse sobre él y pisotearle con sus duras suelas. ¡Aquel maldito imbécil se negaba a entender nada!

—No, no puedo —afirmó, haciendo que sus pulmones en llamas emitieran una voz seca y áspera—. El mundo se está volviendo loco. Me limito a seguirle la corriente. Quiero sacar a los niños de aquí. Hoadley será el principio.

—Comprendo. —Mark habló con voz sarcástica aunque lo cierto es que, de una forma extraña y confusa, una pequeña parte de su cerebro lo comprendía. Parpadeó y clavó los ojos en su esposa, demasiado asustado para que su mente captara mejor lo que ocurría—. ¿Y dónde te propones dejar aparcados a los niños? ¿En casa de tu madre?

Cuando trazaba sus apresurados planes, Cally había pensado mandarlos a casa de una vieja amiga suya con la que había compartido la habitación en la universidad. Pero la forma en que Mark pronunció las palabras «tu madre» hizo que la adrenalina de la defensa primaria invadiera todo su ser. La familia... No, en Hoadley se escribía y se pronunciaba f-a-m-i-l-i-a. Era la palabra sagrada. Y, maldita sea, ella tenía su propia familia y no era Hoadley ni la familia de Mark, sino la suya; oírle hablar de su madre hizo que Cally decidiera acudir a ella. Cally pensó en sus padres tal y como apenas si había pensado en ellos durante todos sus años de Hoadley, y no logró recordar claramente sus

rostros. Era como si una neblina formada por ese humo amarillo del carbón barato quemado en Hoadley se interpusiera entre ella y la imagen. Aun así, volvió a convertirse repentinamente en la niña pequeña de sus padres y se sintió invadida por la ciega ira propia de una niña.

—Creo que es una idea excelente —dijo. Cada palabra era un arma de agudo filo.

—Cally, no estás pensando de una manera racional. —Mark se dio cuenta de que había cometido un error e intentó razonar con ella—. Tu madre mata las plantas. Ni tan siquiera consigue acordarse de cuando ha de darle la comida al gato...

—¡Es mi madre! Tú siempre la insultas. Nunca te ha gustado.

—¡Sólo te estoy recordando cómo es! Cal...

Cally dio un paso hacia delante apuntándole con el mentón y Mark bajó los ojos hacia ella desde lo alto de su escalera: el rey de los muertos en su palacio amueblado con lotes comprados al por mayor, Mark, subido a su trono con la araña de cristal sobre su cabeza como si fuese la corona de un megalómano... Cally sintió el deseo de hacerle caer, rebajándole hasta colocarle en un nivel desde el que pudiera mirarle sin alzar la cabeza, pero tuvo que conformarse con clavar los ojos en sus fosas nasales y le dijo:

—Si quiero puedo mandar a mis hijos de visita a casa de mi madre, ¿no?

—Cal, también son hijos míos. —Mark bajó del pedestal por voluntad propia para que sus ojos pudieran encontrarse sin tantas dificultades. Sus clases de cómo tratar con los deudos afligidos en la escuela de embalsamamiento le habían enseñado todo cuanto había que saber sobre el contacto visual. Se puso ante Cally y mantuvo un sincero contacto visual con ella mientras le hablaba—. Me has dicho más de cien veces que nunca le importaste de niña. ¿Por qué quieres mandarle a Tammy y Owen?

En ese momento Cally podría haber mandado los niños a cualquier otro sitio con poca o ninguna resistencia por parte de Mark, pero se negó a comprenderlo y a sacar partido de su ventaja. Aborrecía esos juegos de psicología popular suyos —¿tan estúpida la consideraba?—, y ya había olvidado la dirección original de la discusión. Estaba decidida a defender el honor de su familia, como si la propia valía de Cally dependiese del lugar en que se había criado y del haber surgido de algún lugar en concreto.

—¡Al menos mi madre les proporcionará espacio para respirar! Les dejará hacer algunas cosas por su cuenta, dejará que crezcan un poco. Estar con ella les será más beneficioso que estar con esa..., esa madre pulpo tuya, con sus tentáculos metidos en todas partes.

La rabia hizo que el rostro de Mark se pusiera rojo hasta el nacimiento del cabello. Olvidó que más de una vez había confesado detestar a la mujer de cerebro mezquino y escasas luces que le había dado a luz. Apretó los puños, se acercó a su esposa hasta que sólo unos centímetros le separaron de ella y pegó su rostro al suyo; el campo de juego y los vestuarios le habían enseñado las artes masculinas de la intimidación.

—No metas a mi madre en esto —la advirtió.

—No lo haré. Es una vieja insoportable que sufre de retención anal. ¡Ten la bondad de recordar que Tammy y Owen tienen más de una abuela! ¿Dónde está escrito que sólo deban visitar a tu madre y nunca a la mía? —La potencia de su rabia la hizo sentir una extraña emoción y la llenó de júbilo, como si estuviera montada encima de su negro «Diablo» lanzado a un galope incontrolable—. Siempre has estado celoso de mi madre porque tiene un poco de cerebro y es independiente, y porque puede que algún día te deje y decida vivir sola como ella. No puedes soportar a una mujer independiente, ¿verdad? Tu madre se pasa todo el día metida en su cocina, arrastrándose sobre su trasero y...

Mark le dio una bofetada.

Después se dijo que estaba histérica. La había abofeteado para que dejase de gritar. Y, de hecho, el golpe que le propinó con la palma de la mano apenas si llegó a la categoría de bofetón. Hizo que Cally se tambaleara, pero la sorpresa fue mucho mayor que el daño. Cally sólo tragó aire por dos veces antes de volver a gritar.

—¡Bestia! —gritó, repitiendo algo que le había oído gritar a su madre durante una

pelea con su padre a última hora de la noche, cuando se suponía que Cally estaba dormida y no se enteraba de nada. (Al crecer llegó a la conclusión de que su matrimonio no había ido demasiado bien. Una relación gélida a la luz del día y peleas por la noche... Y el suyo, ¿era mejor?)—. ¡Animal! Sí, tienen razón, todos los hombres son unos animales... No sois mejores que animales. ¿Cómo puedes ser tan salvaje?

—Cal, lo siento —dijo Mark, contrito y furioso; Cally le miró a la cara y vio cómo el rubor de la rabia se encendía y se esfumaba, dejando tras de sí la palidez de la confusión—. Basta. Estás histérica. Sólo quería que dejaras de gritar. No deberías gritarme así...

Cally pasó a la acción antes de que hubiera terminado de hablar y le pegó. Mark dio un paso atrás, esquivando el golpe y éste no dio en el blanco. Cally le miró y su rostro parecía una espantosa calavera de Halloween: hasta ahora Mark no se había dado cuenta de que los pequeños músculos situados alrededor de sus ojos empezaban a resultar tan visibles como si la piel se hubiera derretido, como si Cally tuviera la firme intención de convertirse en un grabado anatómico... Le enseñó los dientes y jadeó, dejando escapar una exclamación inarticulada a través de aquel rictus casi desprovisto de labios, y acabó dándose la vuelta para salir huyendo con un estrépito de botas y un sonoro golpe de la gruesa puerta del salón de pompas fúnebres.

Mark sabía que iría a montar. Durante una fracción de segundo se permitió albergar la esperanza de que acabaría rompiéndose su flaco y tozudo cuello. Cally no había llorado, y eso le molestaba. Mark no amaba las lágrimas; Dios, no, y menos teniendo en cuenta cuál era su profesión... Pero lo cierto es que si hubiera llorado se habría sentido un poco mejor.

Volvió a ocuparse de su araña y sus bonitas espadas de cristal, no sabiendo qué otra cosa podía hacer.

—Bestia —le dijo con amargura a las espadas relucientes—. Estupendo. Pierdo los estribos una vez en diez años y soy una maldita bestia.

—¿Sabes una cosa, Bar? —me dijo una noche Ahira en ese tiovivo suyo—. Puedo hacer que la gente se vuelva realmente loca.

Sí, lo sabía. Ahira estaba volviéndome realmente loco. Sabía que la amaba, o eso pensaba yo, porque ahora parecía saberlo todo y porque a veces me miraba como si estuviera riéndose de mí. Pero quizá no supiera que yo sabía que era Joanie Musser. Nunca se me había escapado. Y a ella no parecía importarle que yo la amara, porque no me dejaba tocarla ni nada de eso. Intenté tocarla un par de veces y me apartó y empezó a burlarse de mí.

—Barry Beal —me dijo—, me doy cuenta de que nunca has tenido ni idea de cómo hacerle el amor a una chica, ¿verdad?

La verdad es que me daba miedo tocarla. Tenía la sensación de que nunca podría tocarla o hablar con ella ni hacer nada, porque era tan hermosa y tan fuerte que te asustaba y yo no era más que el viejo Bar, tan feo como siempre... A veces deseaba que no hubiera vuelto, no como Ahira. Lo único que deseaba era recuperar a la vieja Joanie y, naturalmente, no podía decirle lo que sentía, y ésa era la razón de que tuviera la cabeza hecha un lío porque me sentía como un perro callejero que no tiene ni un sitio donde dormir. Pero, qué diablos, yo sabía que siempre estaría junto a Joanie y que siempre estaría dispuesto a ayudarla, pasara lo que pasase... Aunque tuviera que enfrentarme al infierno o a lo que fuese.

A esas alturas ya me imaginaba qué infiernos había planeado Joanie. Quería que Hoadley acabara justamente ahí, en el infierno. No podía culparla, pero me alegraba de que mi familia viviese fuera del pueblo.

—¿Qué quieres decir con eso de que puedes volver loca a la gente? —le pregunté.

—Esa tal Norma Musser que está tan convencida de ser una santa... Ya la conoces.

¿No crees que su mente necesita algunos arreglos?

Entonces supe que se refería a su propia madre. No dije nada.

—Conozco todos sus botones y sé cuáles he de apretar —dijo Ahira—. Sabe que yo maté a su adorado pastor Culp y ha oído contar que soy el Anticristo y que he puesto la marca de la bestia sobre las personas a las que he curado, y te apuesto a que aun así puedo conseguir que haga lo que quiero.

—¿Como qué?

No dije nada y lo único que hizo fue sonreír tal y como le había sonreído a Culp. Y Culp estaba muerto. No creía que tuviera intención de matar a su madre o, al menos, no ahora mismo, pues se suponía que toda la gente de Hoadley no tardaría en morir. Pero me imaginé que debía tener planeado algo que quizá fuera todavía peor, y la verdad es que no quería saber de qué se trataba. Aunque acabara de preguntárselo...

—¿Para qué quieres volver loca a la gente? —le pregunté.

Joanie no me respondió pero dejó de sonreír. Su rostro de Ahira no me decía nada pero tuve la sensación de que algo la preocupaba.

—Vamos a verla —dijo por fin.

—Yo no iré —dije yo.

—Sí que irás.

—Tengo que volver a casa —le dije.

Pero acabé yendo con ella. Nunca he sabido decirle no a Joanie. Me hizo subir a uno de esos extraños caballos de madera suyos, uno de color negro, y el caballo cobró vida igual que el suyo, el blanco, y nos bajaron por la montaña y fuimos a Hoadley dando un rodeo, así que acabamos llegando a la casa de los Musser por la parte de atrás, cruzando el Arroyo de las Truchas, y supongo que nadie debió vernos. Ya era más de medianoche y todo el mundo estaba en sus casas.

En cuanto atravesamos el arroyo Joanie se bajó del caballo, me dijo que hiciera lo mismo y los caballos se marcharon no sé dónde. Nos acercamos a la casa de los Musser a pie. Joanie esperó un poco antes de entrar. Se quedó quieta unos momentos al pie de esos peldaños que parecían a punto de caerse, contemplando la casa, y dijo algo como si hablara consigo misma.

—Oh, rosa, estás enferma —dijo en voz muy baja—. El gusano invisible que vuela en la noche y el aullido de la tormenta ha decubierto tu lecho de alegría escarlata, y su oscuro amor secreto...

—¿Qué? —le pregunté yo.

—...destruye tu vida —dijo ella, bajando todavía más la voz.

—¿Qué?

No me miró y no dijo nada más. Entró en la casa. Antes buscó por debajo de los peldaños y encontró la llave, fingiendo no saber dónde la habían escondido porque yo la observaba, pero después resultó que la puerta no estaba cerrada. Le bastó con tocarla: la puerta se abrió y ella entró caminando tan silenciosamente como si fuera una gata, y yo la seguí.

Una luz blanquecina procedente de la calle entraba por las ventanas pero no se oía ningún ruido, sólo alguien que roncaba. Era el señor Musser, el viejo Roland, tumbado sobre la mesa de la cocina. Joanie no le miró. Se plantó en el centro de la habitación y miró a su alrededor. Supongo que volver a ese sitio debía hacer que se sintiera algo rara. Los tablones del suelo estaban medio sueltos y el viejo papel de pared se había desprendido, los muebles estaban a punto de romperse y los sofás y las sillas tenían agujeros por los que se les salía el relleno: parecían las entrañas de un animal atropellado en la carretera. Joanie..., Ahira, quiero decir, llevaba uno de esos vestidos blancos y azules suyos que casi notaban y estaba tan hermosa que parecía un ángel que había llegado al sitio equivocado. Supongo que al estar allí hacía que esa choza pareciera todavía más fea y sucia de lo que realmente era.

La madre de Joanie estaba acostada en un viejo sofá lleno de bultos, tapada con una de esas colchas de ganchillo medio deshilachadas. Cuando la veías en la calle te parecía una de esas mujeres flacuchas y medio gastadas por la vida, pero aquí, tumbada en el sofá con la luz de la calle, tenía ese aspecto un poco raro de la gente cuando está dormida, como si fueran más jóvenes y mejores de lo que realmente son. Al dormir la señora Musser parecía casi tan bonita como Ahira y Joanie se quedó quieta y la miró durante un rato antes de acercarse a ella y cogerla de la mano.

—Ven —le dijo, sólo eso, y Norma Musser se despertó sobresaltada y Ahira siguió cogiéndole la mano—. Ven, María del Milenio —dijo Ahira en voz baja—. Prepárate para el éxtasis. El novio te espera.

Norma Musser logró abrir la boca y dejó de parecerme bonita. Me recordó a uno de esos personajes que salen en las películas de terror cuando intentan tragar aire.

—¡No! —quiso gritar, pero sólo le salió un graznido—. Tú... —dijo.

—Soy la que ha sido enviada —dijo Ahira en voz baja y suave, con esa voz sedosa suya—. Oh, mujer de poca fe, si el diablo puede citar las Escrituras, ¿no es posible que el Todopoderoso hable por la boca de una pecadora? Te digo que eres la elegida. Tú eres quien llevará en su seno al hijo sagrado, el mesías de la Parusía.

Joanie no me había mentido: desde luego, sabía muy bien qué botones debía apretar. La señora Musser se había pasado toda la vida queriendo ser la Escogida. Abrió los ojos, la miró como si fuera a echarse a llorar y dejó de tener miedo. O, al menos, ya no tenía el mismo miedo que antes... Parecía asustada pero era un temor santo.

—Pero..., ¿por qué? —preguntó—. ¿Por qué yo?

—¿Y por qué María de Nazaret? ¿Por qué Cenicienta para el príncipe? —Ahira se puso en pie y Norma Musser también se levantó. La luz de la calle hacía que su viejo camisón descolorido se volviera blanco y azul, y las dos se parecían mucho—. ¿Por qué no tú, débil mujer? —dijo Ahira en un tono de voz distinto al de antes—. ¿Acaso no eres digna de ello? ¿No eres piadosa y humilde, no eres una santa?

—Pero..., pero..., ¡soy estéril! —Norma Musser se agarró con las dos manos a la mano de su hija, apretándola muy fuerte como si no quisiera soltarse, como si no le importara lo que su boca estaba diciendo. Pero no sabía que era su hija.

—También lo era Isabel, la madre de Juan el Bautista —dijo Ahira—. Y Sara, madre de Abraham y madre de la nación de Israel... Ven, basta de charla. ¿Acaso no tienes fe? ¿No conoces el poder de Aquel que me ha enviado a buscarte?

Ahira la llevó hacia la puerta y yo las seguí a unos pasos de distancia y creo que la señora Musser ni llegó a verme, tan absorta estaba en lo que le ocurría.

Joanie se llevó a su madre hacia Hoadley por el lado derecho de las vías del ferrocarril, allí donde empiezan las mejores casas, las que están hechas de ladrillos amarillentos. A lo largo de la calle principal hay un gran solar que hace pendiente y en lo alto hay uno de esos altares de la Virgen María, ésos donde la gente pone una Virgen de escayola y una vieja bañera medio hundida en el suelo. Nuestra Señora del Retrete, solíamos llamarla Joanie y yo cuando estábamos en la escuela... Joanie llevó a su madre hasta la Virgen de escayola y se detuvo. Yo me quedé junto a una de las grandes piceas que crecen al borde del solar, observándolas.

—La madre de nuestro señor Jesucristo da la bienvenida a la madre del nuevo mesías —dijo Ahira. Hizo una especie de reverencia ante la Virgen de escayola y Norma Musser hizo lo mismo. Después Joanie se volvió hacia su madre—. Se ha dicho que María de Nazaret concibió gracias a que una paloma entró en su oído. —La voz de Ahira volvía a tener ese tonillo un poco extraño de antes. Supongo que la señora Musser no sabía a qué era debido pero yo sí lo sabía. Joanie se estaba burlando de alguien, aunque no se riera en voz alta. A veces lo había hecho conmigo—. O quizá fue un rayo de sol, o una lluvia de oro... Pero la madre de Aquel Que Ha De Venir debe concebir de una forma más auténtica. Ha de ser fecundada por el novio en persona.

Y el novio asomó por detrás de la bañera que servía de altar.

—Oh, Jesús —me dije, porque era él. No quiero decir que fuese Jesús, no... Era él. Yo, el que vi en el espejo del tiovivo, pero yo no sabía que fuese real y no sabía que fuera por el mundo desnudo, hasta de cintura para abajo... Y no sabía que su cosa era muy distinta a la mía. A él nunca le habían civilizado esa parte. Claro que no había razón para que eso me sorprendiera tanto... El resto de su cuerpo tampoco era nada civilizado, porque todo él era muy hermoso y raro y aunque no soy mujer comprendí que debía ser capaz de volverlas locas a todas. Supongo que de noche las mujeres sueñan con tipos como ése igual que yo sueño con mujeres...

Me volví hacia Joanie para ver si aquel tipo la excitaba y ella ni tan siquiera le estaba mirando. Estaba mirando a su madre y en esa cara suya parecida a una máscara había algo que no logré comprender.

Entonces se puso de rodillas.

—Madre —dijo—, tu bendición.

Apenas oí su voz comprendí lo que había visto en su cara. La voz de Joanie siempre me habla permitido saber lo que le pasaba por la cabeza. Ahora sentía dos cosas distintas que luchaban entre sí y le hacían temblar la voz, y esas dos cosas eran el dolor y el odio. Joanie Musser seguía sintiendo dolor y aún quería a su madre, por mucho que Ahira la odiase. Joanie Musser deseaba que Norma Musser la tocara suavemente con sus manos y que le dijera palabras tiernas, aunque sólo fuera porque había conseguido engañarla. Y Norma Musser así lo hizo.

Puso sus manos sobre la cabeza de Joanie. Su expresión era la misma que si estuviese haciendo el amor, pues ahora sabía que iba a ser la madre de todo el nuevo mundo. Nunca llegó a saber qué quería decir Ahira cuando la llamaba Madre.

—Bendita seas, niña mía —le dijo en un susurro, y no se lo decía a la hija de su carne, aunque realmente lo fuese.

Y Joanie inclinó la cabeza. Después se levantó y vino a reunirse conmigo y nos quedamos medio escondidos entre las piceas.

Norma Musser se volvió hacia aquel desconocido y le miró como el ciervo que está a punto de recibir el disparo que le mandará al cielo, y me di cuenta de que a él se le estaba empezando a poner dura, y comprendí que aquel tipo era capaz de hacer el amor con quien fuera, donde fuese y cuando fuese.

—Jesús —volví a decir, y aparté la mirada.

—Todo va bien —dijo Joanie, hablando en voz muy baja pero muy seca. Les miré. La señora Musser se había quitado el camisón y ahora estaba tan desnuda como ese tipo que le serviría de novio, y él estaba empezando a pasarle las manos por su viejo y flaccido trasero.

Me volví hacia Joan..., hacia Ahira, quiero decir, que estaba de pie junto a mí, y ella era hermosa y estaba observando aquello que yo no podía ni ver, tan avergonzado me sentía, y no se le movía ni un solo músculo de la cara pero me di cuenta de que toda ella temblaba igual que un motor, y aquellas manos suaves y delicadas suyas se habían apretado hasta convertirse en puños.

—Todo va bien —volvió a murmurar, y de repente, por primera vez en mi vida, comprendí qué clase de odio es el que hace que la gente pinte «Jódete» en el garaje de alguien.

No quería ver nada más y no tenía intención de hacerlo, pero no pude impedirlo, seguí lanzándoles miradas de soslayo y apartando la vista hasta que no me quedaba más remedio y tenía que volver a mirar. No podía evitarlo. Sus dos cuerpos estaban enredados el uno en el otro envueltos en la noche y en la luz blanquecina de la calle, y no podía verles bien, era como estar en uno de esos espectáculos como donde las luces se encienden y se apagan continuamente. Aquel tipo tan extraño, el novio, mi doble..., todos sus movimientos y sus actos me parecían tan llenos de gracia, tan fuertes, salvajes y tiernos que hasta era

capaz de conseguir que el acto sexual con la vieja Norma Musser te resultara excitante, y durante todo ese tiempo supe que cuando me despertaba de noche con la ingle húmeda y pegajosa no había soñado con las mujeres en general. No, había soñado con una sola mujer... Con Ahira. Con Joanie, quiero decir, salvo que ella es Ahira y es hermosa, y soñaba que ella me hacía el amor lenta y apasionadamente. A mí, el viejo y feo Bar Cara-de-Mermelada.

Y ella estaba a mi lado, temblando por culpa del miedo y el dolor. Queriendo que la amaran...

—Joanie...—le susurré—. Yo puedo amarte así. Puedo amarte igual de bien que ese tipo. Dame una oportunidad, Joanie.

No me oyó. Tenía los ojos clavados en su madre y su madre estaba follando delante de Nuestra Señora de la Bañera, y yo también miré hacia allí y la luz blanquecina de la calle se había vuelto de un rojo brillante, y los dos cuerpos blancos que había delante de la Virgen de escayola estaban iluminados por una serie de parpadeos, como en una película cuando no se ve bien. Un coche de policía se acercaba por la calle. Lógico. La gente decente de Hoadley estaba dormida, pero un poli de Hoadley sabe encontrar el camino que le llevará hacia un espectáculo como éste tan seguro como que el perro huele a la perra en celo.

Joanie sonrió y me pareció que parpadeaba, y todo su rostro se quedó muy tenso durante un segundo..., y el tipo que hacía de novio desapareció como si nunca hubiese estado allí. La madre de Joanie estaba tumbada en el suelo, desnuda en el patio trasero de alguien delante de su altar con los pies al aire, blancos como un pescado muerto, y un crucifijo apretado contra sus viejos y flaccidos pechos.

Me quedé tan sorprendido que di un paso hacia delante, pero Joanie me agarró por el brazo y me hizo meterme entre las piceas.

Acabamos saliendo por el otro lado. Nos alejamos de Hoadley y aquel poli se quedó tan impresionado por lo que encontró que supongo no llegó a vernos.

Internaron a Norma Musser en un hospital psiquiátrico y la historia de lo que había hecho corrió por todo Hoadley, y nadie pudo comprender nunca por qué lo había hecho. Norma Musser salió del hospital unos días después y no se quedó mucho tiempo en el pueblo. La vergüenza no la dejaba ni caminar por las calles. Metió sus ropas y sus cosas en una caja, se subió a un autobús y se marchó. Nadie sabía adonde se marchó, ni tan siquiera su esposo. Cuando alguien le preguntaba por ella nunca conseguía sacarle nada en claro... Supongo que cuando se marchó él debía estar tan borracho que ni se enteró.

Joanie consiguió vengarse de su madre y cobrarse todas las veces que la había llamado ramera de Babilonia. Todas esas acusaciones de haber fornicado en la casa no eran nada comparadas con que la pillaran desnuda haciendo el amor con un crucifijo delante de un altar dedicado a María. Lo que Ahira le había hecho no me gustaba nada. Era el truco más feo que jamás había visto. Cuando volví a estar con ella no fui capaz de mirarla a la cara, tan avergonzado estaba de lo que había hecho y de haber estado allí para presenciarlo. Pero cuando pensaba en ello..., bueno, supongo que tenía sentido. Tener que marcharse del pueblo y lo que su madre le había hecho eran más o menos lo mismo, ¿no?

Y entonces pensé: ahora la madre de Joanie ya no vive en Hoadley. Ahora no tendrá que ir al infierno con el resto del pueblo. Pasó unos días muy malos pero seguirá viva cuando todos los demás estén muertos.

Y quizás ésa hubiera sido la intención de Joanie desde el principio.

Además, me acordaba de cómo se había puesto de rodillas suplicándole su bendición.

Y también empecé a pensar en aquel novio. Eso de que fuera mi doble me preocupaba un poco. Había montones de preguntas que quería hacerle y la más importante de todas era qué había entre él y Joanie.

Sabía que Ahira estaría en el parque, pero no fui allí sino que subí hasta ese ti vivo suyo. No se me ocurría otra forma de encontrar a ese tipo.

Empecé a subir por la colina en cuanto salí del trabajo y cuando llegué allí aún había bastante luz, pero dentro del edificio estaba muy oscuro. Encontré las cerillas de Joanie y encendí unas cuantas velas que había repartido por el sitio metiéndolas en botellas de Mogen David que habría recogido no sé dónde. Encendí velas y velas hasta que tuve la luz suficiente para poder verme en el espejo. Bueno, hasta que pude verle a él, quiero decir...

Y ahí estaba él, devolviéndome la mirada, y me sonreía con una especie de mueca como diciendo anda-y-come-mierda.

—Sal de ahí para que pueda hablar contigo —le dije.

No quiso salir pero me respondió.

—¿Por qué estás tan preocupado? —me preguntó—. No soy más que tu sombra. Ya lo sabes, ¿no?

Que me dijera que estaba preocupado no me gustó nada. Era cierto, sí, pero no me gustó oírsele decir.

—¿De dónde has venido? —le pregunté.

—¿De dónde crees tú?

—¿Quién te hizo? ¿Ella?

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes de quién hablo.

—Sí, ella me creó usando sus recuerdos de cuando soñaba contigo.

Lo dijo de una forma tan fea y sucia que eso no me hizo sentir mucho mejor. Sólo después empecé a pensar en lo que me había dicho... ¿Cuando soñaba conmigo? Y me imaginé que estaba mintiendo. No, Ahira no podía soñar conmigo, era imposible.

—¿Cómo te creó? —le pregunté.

Se limitó a sonreír. Me di cuenta de que estaba más celoso que preocupado.

—¿Lo ha hecho contigo? —le pregunté.

Se rió. No es que yo me tomara esa risa como que sí, que lo había hecho con ella, no fue eso, pero algo en su manera de reírse, como si estuviera burlándose de mí o de Joanie o quizá de los dos..., bueno, me volví loco de ira. Cogí una botella de vino para lanzarla contra el espejo. Pensé que si no era más que mi sombra tenía todo el derecho del mundo a librarme de él, ¿no?

Dejó de reírse y dio una especie de respingo y antes de que yo pudiera hacer nada ya había salido del espejo y estaba ante mí, entre los caballitos de madera, y me cogió por la muñeca. Tenía una mano muy fuerte y era más alto que yo y aunque estaba desnudo supe que no podría con él. Me apretó la mano hasta que dejé caer la botella de vino y entonces me soltó.

—Tendrías que preguntárselo a ella, no a mí —me dijo.

Yo seguía muy enfadado con él.

—Lo harías con cualquiera, ¿verdad? —le dije—. Donde fuera y cuando fuese.

—Está en mi naturaleza, aunque con algunos resulta más placentero que con otros. — No parecía enfadado. Me miraba a la cara y no levantaba la voz—. Eres mi ídolo, mi paradigma, mi modelo y mi espejo —me dijo en voz baja—. Eres lo mejor que hay en mí. Hacerlo contigo..., no podría haber un placer mayor.

Santo Dios, además era marica... Nunca había tenido que aguantar el que un marica me hiciera proposiciones. Pero lo extraño es que durante unos segundos casi tuve la impresión de que no sería nada malo. No, hasta pensé que resultaría agradable... Ya no estaba enfadado con él. Él haciéndome el amor... Bueno, ¿quién diablos iba a amarme si no? Era yo mismo. Podía amarme, ¿no?

Entonces me puso una mano en el brazo y vi el hambre que había en esos ojos marrones suyos y supe que él quizá fuera yo pero también supe que no funcionaría. No me gustaba demasiado. Le aparté de un empujón y el pensar en lo que había estado a

punto de ocurrir hizo que me echara a temblar.

—No tienes por qué asustarte —me dijo, mirándome de la misma forma que antes—. Sigues siendo mi amo. Sin ti no soy nada.

—Vete —le dije con voz ronca.

Pero supongo que después de todo no debía ser gran cosa como amo, porque no se fue. Se quedó allí, mirándome con esos ojos suyos de perro perdiguero, y fui yo el que se marchó. Salí del tiovivo tambaleándome, ni tan siquiera apagué las velas, y bajé corriendo por la pendiente cuando ya anochecía y no paré hasta ver la luz de los faroles de Hoadley. Dejar las velas encendidas..., fue una suerte que no acabara prendiéndole fuego al tiovivo de Joanie. Sí, fue una maldita suerte...

Después me di cuenta de que aquel tipo no había respondido a ninguna de mis preguntas y tuve una idea. Quizá no quería responder a mis preguntas. Quizá cuando se le acercaba alguien con demasiadas preguntas acababa haciéndole el amor... Lo que fuese, con tal de cerrarles la boca.

Bueno, quizá eso fuera parte de lo que le había hecho portarse así conmigo.

Si había actuado de esa manera para impedirme que le hiciera más preguntas lo cierto es que su sistema había funcionado. No pensaba acercarme nunca más a él.

Y me sentí fatal, porque seguía sin saber qué había entre él y Joanie. A veces soñaba con que él le hacía lo mismo que le había hecho a su madre, y me despertaba temblando y no podía dejar de temblar.

Cally Wilmore había oído hablar de la pobre mujer que se volvió loca. Debió ser alguna especie de frenesí religioso combinado con algunos toques de una soberbia neurosis sexual..., quizá fuera una variedad exótica de la fiebre del milenio.

Pero estaba demasiado preocupada pensando en sacar a sus niños de Hoadley para prestarle mucha atención a los problemas de Norma Musser.

Hizo todos los preparativos necesarios en unos cuantos días. Cally Wilmore llamó por teléfono a su madre más o menos justo cuando la madre de Ahira Estrella Amaris Anona Joanie Musser sufría su humillación pública y, alzando la voz para hacerse oír por encima del zumbido de las cigarras que saturaba la línea, le aseguró que todo iba bien y que, sencillamente, había pensado que sería buena idea el que los niños pasaran algún tiempo con su otra abuela para variar. Cuando la madre de Ahira dejó la ciudad, Cally Wilmore le entregó a su madre un regalo, o una carga, o un tesoro que proteger: Owen y Tammy.

CAPÍTULO DIEZ

Las cigarras llegaron a Hoadley el día en que la chica que había sido violada murió.

Cally estaba sentada con «Gigi» en el patio trasero rodeado por una verja que pertenecía a aquella austera mujer cuando una sombra invadió el cielo amarillo, y la sombra se hizo más oscura sin darle tiempo ni de gritar y se la tragó, y Cally vio aquellos cuerpos rechonchos que parecían frijoles negros y por entre el estruendo y el crujido de un millón de alas oyó aquellos gemidos que ahora ya le resultaban tan familiares.

—Bueno, que me aspen —observó «Gigi», poniéndose en pie a toda prisa.

Las dos mujeres corrieron hacia la casa. Expulsaron cuidadosamente a los pocos insectos con cara de bebé que lograron entrar al mismo tiempo que ellas, abriendo la puerta un par de centímetros y volviéndola a cerrar con un golpe seco. Pese a sus esfuerzos uno de los insectos que no paraban de gimotear fue aplastado por la puerta y lanzó un grito vidrioso al morir. Cally empezó a temblar pero «Gigi», irritada, lanzó un «Al infierno con ellos».

Los bebés hambrientos se agarraron a las paredes marrón caramelo de la casa de

«Gigi» y gritaron y gritaron y gritaron. Las dos mujeres se quedaron sentadas en la cocina y descubrieron que no tenían nada que decirse la una a la otra. Cally había venido a pie y no tuvo más remedio que volver a su casa caminando por entre las cigarras. Descubrió que al principio no habían tenido más objetivo que la casa de «Gigi», pero la siguieron y se esparcieron por todo el pueblo. Viajaron en su cabello como si fuesen crías de zarigüeya montadas en la espalda de una madre repleta de leche; se arrastraron por el flaco perfil de su cuello y exploraron los oscuros escondrijos ofrecidos por su blusa y acabaron formando racimos sobre el laurel y las azaleas que había ante el Salón de Pompas Fúnebres El Reposo Perfecto, entonando su extraña canción aflautada.

El enjambre invadió el pueblo como si éste fuese un arbusto de zumaque, sujetándose con sus garras anaranjadas a las ropas tendidas en los patios, a los niños que jugaban en sus cajas de arena, a los tablones y los ladrillos amarillos de las casas y a los negros trajes de los religiosos que acudían a su reunión mensual. Las cigarras cruzaron el aire impulsadas por sus alas terminadas en ribetes anaranjados o suspendieron sus negros y rechonchos cuerpecitos de los aleros, suspirando y llorando. Estaban por todas partes, lo cual hacía imposible ignorar el hecho de que tenían rostros de bebé. Los rumores consiguieron que el pueblo vibrara con un estrépito muy superior al de su cántico. Algunos parecieron reconocer a sus bebés difuntos en los negros rostros de las cigarras y no se atrevieron a matarlas; una mujer se echó a llorar delante del supermercado Handi-Mart porque pisó una sin darse cuenta. Otros consideraron que eran una afrenta personal y agotaron las provisiones de insecticidas. Los pastores luterano, metodista y de los Hermanos se inclinaron a interpretar su llegada como una plaga, un castigo enviado por Dios, pero los fundamentalistas y la mayoría católica empezó a decir que eran demonios. Se convocaron sesiones de oración especiales y el concejo del pueblo se apresuró a celebrar una reunión. Los rumores sobre la brujería alcanzaron un nuevo nivel y las peleas surgían sin ninguna causa aparente incluso entre los hombres, pese a que la presencia de los bebés hambrientos no es resultaba tan agotadora como a las mujeres.

Ninguna mujer del pueblo que hubiese tenido algún bebé podía conciliar el sueño. El sonido de aquellos gritos agónicos, débiles pero continuos, hacía que sus nervios se encontraran en un continuo estado de alerta. Sojourner Hieronymus, que nunca había tenido hijos, fue la única excepción: cogió su escoba y libró batalla contra las cigarras que habían invadido la impecable santidad de su patio y su tramo de acera. Oona Litwack, que había engendrado a muchos hijos y había sostenido a muchos nietos contra su opulento pecho, quitaba delicadamente los insectos negros y anaranjados de sus peonías, sus ardillas de plástico, sus patos de madera con alas movidas por resortes y sus macetas de *impatiens* colgadas del alero. Mamá Wilmore se agazapó en el corazón de su hogar, la cocina, y se pasaba casi todo el día hablando por teléfono, negándose a abrir las puertas o las ventanas. Todas las conversaciones giraban en torno a la invasión de las cigarras. Ese fenómeno hizo que la muerte de la chica que había sido violada apenas si despertara comentarios y pasase casi desapercibida para mamá Wilmore, Sojourner Hieronymus y las demás mujeres.

La chica que había sido violada —o, mejor dicho, la mujer, aunque en Hoadley las mujeres seguían siendo «chicas» hasta que acababan en sus tumbas—, no fue hospitalizada sino que murió en su casa mientras su solícito esposo dormía junto a ella sin enterarse de nada. El forense descubrió casi enseguida la causa de la muerte y dictaminó que ésta había sido causada por un tumor canceroso casi tan grande como una pelota de baloncesto que ejercía presión sobre sus órganos internos. Desnuda, la mujer daba la impresión de llevar unos tres meses embarazada de un bebé llamado muerte. Su esposo, que no la había visto desnuda desde aquel desgraciado incidente que le proporcionó el epíteto con el que la conocía el pueblo, no tenía ni idea de lo que

llevaba dentro. El médico que firmó el certificado de defunción chasqueó la lengua algo disgustado, pues el cáncer era de un tipo que se difundía con mucha lentitud y si lo hubieran detectado unos meses antes habría sido posible operarlo.

Barry Beal, que se encargó de arreglar el lienzo que la cubriría en el Salón de Pompas Fúnebres El Reposo Perfecto, era probablemente la única persona mayor de diez años en todo Hoadley que no pensaba en ella como la chica que había sido violada. Sólo la conocía como la rubita guapa del drugstore, la que se ponía laca negra en las pestañas y se las curvaba de tal manera que se alzaban sobre sus ojos como una verja de hierro forjado. La había visto unas cuantas veces entre los inadaptados de Ahira. Examinó su cara buscando la marca de Ahira, pero no estaba allí. Aquella mujer perteneciente al pueblo de Ahira había escogido no ser curada.

Cally Wilmore sabía que era la chica que había sido violada y le sorprendió ver su joven cuerpo yaciendo dentro de un féretro (un féretro Perma-Sellado hecho con acero de la máxima calidad, lo mejor de lo mejor) en la Sala Azul, cuyo color hacía juego con el de esos ojos que parecían rodeados por empalizadas. Pensó que quizá su muerte hubiera tenido algo que ver con la violación pero no podía preguntárselo a Mark. Mark y ella ocupaban el mismo apartamento y ahora no había niños que les impidieran hablar de sus problemas, pero aun así la distancia que les separaba parecía mayor que nunca.

Cally deseaba una reconciliación. El carrusel de su agenda personal giraba en torno a un centro formado por el deseo que sentía hacia Mark. Otras necesidades —la independencia, tener aventuras, el crecer, desarrollar su propia personalidad—, asomaban la cabezade vez en cuando y pasaban velozmente envueltas en el confuso resplandor de los espejos, la música celestial y los caramelos color arco iris para acabar desvaneciéndose, pero aquel deseo perduraba. Antes siempre había sido posible y, por lo tanto, Cally pensaba que podía acudir a Mark, agachar la cabeza, poner su mano sobre su camisa y quizá hasta ofrecerle unas cuantas lágrimas, y que eso bastaría para que todo volviera a andar bien en su matrimonio..., o, al menos, tan bien como había andado durante cierto tiempo..., siempre que se portara bien, mantuviera la boca cerrada, cumpliera con sus deberes, limpiara el apartamento y le preparara comidas apetitosas. (En cuanto a cómo iba a mantener esa fachada de mujer típica de Hoadley mientras el mundo llegaba a su fin, era algo que no se preguntaba. Ya se las arreglaría. El deseo de que la amaran tenía prioridad, como siempre lo había tenido.) El día anterior Cally acabó presentándose ante Mark con expresión contrita, pero la cosa no funcionó como esperaba. Mark le dio la espalda con una carcajada muy seca que antes nunca le había oído. Mark había cambiado. Estaba cambiando.

Y ahora, de pie en la Sala Azul junto al cadáver de la chica que había sido violada Cally, como siempre, sintió el tirón de dos impulsos opuestos. Sabía que era como el gato de la casa: cuando le dejaban salir quería estar dentro y cuando le dejaban entrar quería salir de la casa. Lo que más deseaba era estar con Mark y Mark debía andar por alguna parte del edificio; había ido hasta allí para estar cerca de Mark. Pero también quería estar lejos de él. La familia era el peso que te impedía remontar el vuelo..., Cally quería estar lejos, muy lejos, entregada a su propia aventura de vivir en libertad. Como un pájaro en el cielo.

Ninguna de las dos cosas parecía posible, así que decidió irse a montar.

—Es como si se hubiera suicidado —le dijo «Gigi» a Cally en el sendero—. El cáncer no tendría por qué haberla matado. Una persona puede vivir con el cáncer. Yo soy quien mejor puede saberlo. Tengo seis clases distintas de cáncer.

Naturalmente, «Gigi» sabía qué había matado a la chica de la Sala Azul. Gladys Gindrich Wildasin había nacido en Hoadley y se había criado allí, y sabía lo que ocurría en el pueblo y en sus alrededores de una forma tan natural como si cada vez que tragaba aliento respirara los rumores junto con el aire contaminado.

—Me faltan más piezas que a un coche de chatarrero —alardeó «Gigi»—. El cáncer se las ha ido llevando. Empecé teniendo cánceres de piel y hubo que extirpármelos. Después

me quitaron los dos pechos: todo, hasta el sobaco... Me extirparon un riñón porque tenía un tumor. Todos mis órganos femeninos han desaparecido. Me falta un trozo de hueso del brazo en el que me dieron radiaciones cuando era pequeña. Ahora están hablando de amputarme todo el brazo, así que tendré que montar al estilo del oeste, usando la mano izquierda... Y últimamente me ha salido una sombra en la columna vertebral. Tendría que estar muerta, pero aquí me tienes, vivita y coleando.

—Montando a caballo —dijo Cally. Contempló el cuerpo marrón polvo de «Aceite de serpiente» ya no con envidia sino con una disimulada satisfacción, sabiendo que montar en «Tas Man» había conseguido que superase a «Gigi» en la jerarquía del establo. Ese castrado negro la convertía en una mujer indiscutiblemente más temeraria que «Gigi».

Y, como admitiéndolo, el caballo negro inclinó su gran cabeza y, sin ninguna provocación previa que lo explicara, se encabritó. Cally tiró del enorme bocado —sus flacos brazos no tenían mucha fuerza pero el bocado actuaba como una palanca y ejercía su presión sobre las partes más tiernas de la cabeza y la boca del caballo—, y le clavó las botas en los flancos. «Diablo» saltó hacia delante levantando la cabeza, y Cally le hizo trazar varios círculos a toda velocidad hasta que el caballo se rindió y decidió seguir al paso. A «Diablo» no le gustaba ir caminando por un sendero, a menos que pudiera huir de algo.

«Gigi» lo había observado todo con expresión impasible.

—¿Qué tal anda Mark? —le preguntó en cuanto «Diablo» empezó a portarse bien, y quizá su pregunta y el comportamiento del caballo tuvieran una cierta relación.

—Peor que nunca.

—¿Qué pasa, las cigarras le ponen nervioso?

A su alrededor los insectos negros como el alquitrán alzaban su trágico coro de sopranos, volando por los aires y crujiendo bajo los cascos de los caballos, suspirando continuamente: «El fin..., el fin...». Las mujeres apenas si les prestaban atención. Habían aceptado a las cigarras y sus cánticos. El fin... El fin era algo que resultaba fácil de aceptar en ese verano de Hoadley, quizá porque llevaba años siendo un tema común en las conversaciones del pueblo. Desde siempre...

La noche anterior otro animal había ardido en lo alto de la torre del agua: esta vez se trataba de un perro callejero. Al menos, Hoadley esperaba que fuera un perro sin dueño y no el animalito doméstico de alguien. El cuerpo estaba tan calcinado que resultaba irreconocible. «Gigi» y Cally también aceptaban al perro quemado, y apenas si habían hablado de él.

—No sé por qué sigo aquí —murmuró Cally, respondiendo a la pregunta de «Gigi» y, aun así, sin responder a ella.

—Yo jamás sería capaz de abandonar a Homer —afirmó «Gigi» con voz jovial—. Si creyera que podía matarle sin que me pillaran lo haría, naturalmente, y en cuanto a amargarle la existencia... Bueno, eso ya lo hago. Pero nunca le abandonaría. Paga las facturas.

—Cierto —dijo Cally, reconociendo el familiar cinismo de «Gigi» y preguntándose qué ocurriría si consiguiera un trabajo mejor, algo que le permitiera vivir y mantener a su caballo... ¿Dejaría a Mark? La idea se esfumó en una fracción de segundo: hacer planes no servía de nada. La canción de las cigarras se lo decía muy claramente.

Cally salió del bosque y dejó a su caballo en el establo para volver a Hoadley, a su casa —que, casualmente, era un salón de pompas fúnebres—, a lo que debería haber sido el seno de su familia, y sólo entonces volvió a sentir el anhelo de que la amaran y recordó con perplejidad algunas de las cosas que le había dicho «Gigi». Esa vieja áspera y encallecida cuyo interior estaba tan vacío como el tronco de un árbol podrido, como las negras pezuñas del Diablo..., le habían extirpado todos sus órganos femeninos y Cally se preguntó si el cáncer también la habría dejado sin corazón.

Cally entró en el apartamento y encontró a Mark hojeando catálogos de artículos

funerarios, contemplando los champús cuya garantía afirmaba que eran capaces de eliminar las manchas de tabaco en los bigotes, el Nuevo Sellador de Ojos y Labios Mejorado, los cristales No-Moho para utilizar en los seres humanos, el fungicida Mata-Seguro... Mark parecía enfadado y no alzó los ojos al oír la entrada. Un instante después alguien llamó a la puerta y Cally se encargó de responder aunque ya se disponía a cambiarse de ropa, prefiriendo tomarse esa molestia a pedirle que lo hiciera él.

Barry Beal estaba en el umbral de la puerta. Sus oscuros ojos la contemplaron desde el refugio ofrecido por sus espesas cejas y durante una fracción de segundo Cally pensó que iba a preguntarle si había visto a Joanie. Pero últimamente Barry ya no preguntaba por Joanie. Había empezado a pasar su tiempo libre con Ahira y su banda de inadaptados y eso habría hecho que acabara olvidándose de Joanie. Quizá había transferido su devoción infantil a Ahira. ¿Habría puesto su marca sobre él? ¿Quién podía saber si le había marcado o no?, pensó Cally con un retorcido destello de humor sarcástico. Los retales que componían el rostro de Barry «Cara de mermelada» Beal harían que su marca resultara invisible.

La expresión sombría de Barry se hizo todavía un poco más ceñuda.

—Señora Wilmore —dijo con esa falta de preámbulos un tanto brusca típica de las personas que sufren cierto retraso mental—, alguien ha estropeado mi trabajo. —La miró como si creyera que podía ser cosa de ella, aunque Cally se encontraba en el establo, a kilómetros de distancia.

—¿Qué? —exclamó Cally, aunque había entendido perfectamente sus palabras. Se refería a la chica que había sido violada. En esos momentos el Reposo Perfecto no tenía ningún otro difunto en exhibición.

—Alguien ha tocado el lienzo, su traje y todo lo demás. —Los ojos de Barry dejaron de contemplarla con suspicacia y se posaron en Mark—. Señor Wilmore, usted ha estado allí toda la tarde. ¿Sabe quién lo ha hecho?

—No estaba dedicándome a vigilarla, Barry. —Mark fue hacia la puerta y Cally se apartó—. Habrá sido cosa de algún bromista —oyó que le decía a Barry. Y lo más probable era que hubiese sido algún bromista, sobre todo teniendo en cuenta que la difunta era la chica que había sido violada. Cally estaba segura de que su funeral serviría para sacar a la luz los peores rasgos de Hoadley..., aunque después de cada funeral, incluso en aquellos que menos parecían invitar a esa clase de bromas, Mark tenía que repasar el libro de firmas para asegurarse de que no contuviera ninguna anotación de mal gusto antes de entregárselo a la familia—. Podría haber sido cualquiera —estaba diciendo Mark—. Alguna vieja cotilla con ganas de ver qué aspecto tenía debajo de todo eso... Cualquiera. Límitate a dejarla presentable antes del velatorio de esta tarde, ¿de acuerdo?

La mente de Barry seguía tozudamente centrada en la injusticia cometida no con la chica sino con él.

—¿Quiere decir que tengo que volver a arreglar el lienzo y todo lo demás?

—Te pago por hacerlo, ¿no? Y te pago por horas así que, ¿qué más te da? —Mark no alzó la voz. Cally había presenciado muchas conversaciones parecidas y sabía que Mark siempre le trataba con una gran consideración. Mark era amable con los niños y con la gente en general, sabía soportar con paciencia la confusión mental de los ancianos y siempre estaba dispuesto a prestarle su apoyo moral a la desconsolada familia de los fallecidos; la verdad es que era un hombre muy bueno... Le sorprendió recordar que si se había casado con él fue, en parte, precisamente por eso.

—Basta con que te imagines que es otro lienzo distinto —le estaba diciendo Mark—. Otro trabajo... No hace falta que vuelvas a dejarla tal y como estaba. —Mark se marchó con Barry para inspeccionar los daños.

Un buen hombre... Sabía que siempre le había sido fiel; un solo desliz habría bastado para dejarle paralizado por el remordimiento. Recordaba muy bien esa expresión de

culpabilidad que le hacía torcer el gesto cada vez que los niños le hacían enfadar hasta el punto de gritarles y hacerles llorar. Y, sin embargo, hacía poco le dio una bofetada y luego no había parecido sentirse culpable... Y sólo unos meses antes semejante escena habría sido impensable.

Las cigarras seguían entonando su cántico funerario fuera de la casa. Cuando la puerta se abrió para dejar entrar a Mark aquellas voces gemebundas le hicieron zumbar los oídos.

—La bestia está hambrienta —anunció Mark, dirigiéndose a la atmósfera del apartamento—. La bestia quiere cenar.

Haciendo una torpe broma a costa de su distanciamiento... Cally sentía tales deseos de oír el sonido de su voz que no le importó.

—¿Qué opinaría la bestia de unos cuantos espaguetis?

Los había preparado el día antes y podía calentarlos en el microondas con la salsa de tomate incluida sin que ningún grosero olor culinario molestara a los afligidos visitantes que pronto llenarían la sala de abajo. Cally intentó hablar con tono jovial: quería complacer a su esposo y antes de terminar la frase ya estaba yendo hacia la cocina. Pero Mark no le respondió.

Calentó los espaguetis y tomó asiento delante de él para verle comer. Unas semanas antes Mark le habría ofrecido unos cuantos espaguetis, habría discutido con ella cuando los rechazara y habría intentado convencerla de que comiera usando la persuasión o el enfado. Pero el Mark de ahora se limitaba a meterse espaguetis en la boca con expresión impassible, sin decir nada.

Cuando hubo terminado se vistió para el velatorio de la tarde y salió al crepúsculo que vibraba con el cántico de las cigarras. Cally, escondida en la cocina, se dedicó a comer el resto de los espaguetis. Había pensado guardarlos en la nevera, pero en cuanto se quedó a solas con ellos descubrió que no podía controlarse; el hambre había acabado triunfando. Se llevó puñados de espaguetis fríos a la boca con las manos, lamiéndose la salsa roja como la sangre que manchaba sus dedos. No era suficiente; ¿habría algo que bastara para saciar su hambre? Tenía unos cuantos bollos en el recipiente que usaba para guardar los pasteles. Los niños ya no estaban en casa y se desperdiciaba tanta comida... Se los comió todos y luego atacó el contenido de la nevera. El puré de patatas frío con la grasa congelada encima estaba tan bueno como el pollo frío; la sopa fría y las judías heladas le parecieron tan apetitosas como las salchichas crudas. Engulló todo aquello a lo que podía echarle mano hasta que se sintió repleta y su estómago se hinchó como si estuviera embarazada de su propia obsesión, hasta que no pudo seguir de pie... Se dejó caer en el suelo de la cocina entre las manchas de salsa, puré y grasa, rodeada por un paisaje devastado de recipientes Tupperware vacíos, con el rostro y las manos manchados por los restos de comida, y sintió un gran odio hacia sí misma.

Unos instantes después se puso en pie, fue hasta el lavabo caminando tan encorvada como si fuera una mujer muy, muy anciana, se plantó ante la pileta y se obligó a vomitar. Vomitó y vomitó hasta no dejar nada dentro, hasta que volvió a sentirse tan ligera como un pájaro, como si hasta sus huesos se hubieran vuelto huecos. Después se enjuagó la boca, se arregló un poco y volvió a la cocina para limpiarla y eliminar todas las huellas de lo que había hecho. Se lavó en el fregadero de la cocina, volvió a lavarse mientras limpiaba los platos y cuando hubo terminado volvió a lavarse en la bañera, y siguió sintiéndose sucia.

Cuando Mark volvió del velatorio su mujer estaba sentada en la cama esperándole.

—La bestia está en casa —le anunció Mark con voz hosca al apartamento en cuanto cruzó el umbral. Después entró en el dormitorio con la chaqueta y la corbata en la mano, y la vio.

La fragancia de su perfume ocultaba los vestigios del olor a vómito. Llevaba un

camisón de encaje negro absurdamente minúsculo cuyo escote sostenido por tiras parecidas a espaguetis revelaba lo que Cally parecía considerar eran pechos, y la tela negra terminaba al final de sus muslos: Mark vio unas costillas parecidas a los tablones de una valla, vio cómo los huesos de su cadera asomaban grotescamente en ángulos que recordaban a los de la víctima de un campo de concentración vista en alguna foto de la revista *Life*. Sus piernas coquetamente dobladas le hicieron pensar en mangos de escoba. Pensó en unos mangos de escoba amarillos, pues su piel se había vuelto del mismo color que su cabello. La piel casi transparente revelaba el temblor de los músculos situados alrededor de su nerviosa boca. Su nariz se había adelgazado hasta convertirse en un pico y la unión entre el hueso y el cartílago era claramente visible. Su maltratado y frenético cuerpo intentaba calentarse erizando el vello que cubría esas piernas que parecían mangos de escoba y los brazos tan delgados como varillas; y pese a todo lo que veía aquella loca intentaba conseguir una pose digna del *Playboy* y creía ser atractiva pese a que estaba matándose de hambre. Su mujer era carne de psiquiátrico. Mark ya estaba harto de gritarle y de preocuparse por ella. Colgó la chaqueta de una percha y sus labios se curvaron en una mueca.

—Qué maravilloso sentido de la oportunidad —dijo.

Cally intentó sonreírle. Aquella tímida sonrisa resultaba dulce y conmovedora incluso sobre su rostro de huecas mejillas desprovistas de carne. Pese a la sonrisa, o quizás a causa de ella, Mark se dio cuenta de que sus hombros huesudos y sus brazos parecidos a palillos se agitaban dominados por un leve temblor casi invisible, y su frágil cuerpo hacía pensar en un violín sometido a un rápido vibrato. Sabía que últimamente Cally siempre tenía frío y siempre estaba temblando. Sabía que aquel temblor de ahora quizá no se debiera sólo a lo escaso de su atuendo y al frío. Ninguna de las dos cosas le conmovió. Verla ya no le resultaba atractivo.

—Sé lo que quieres —le dijo. Su presencia en la cama no era un acto motivado por el deseo sensual. Era un acto nacido del miedo, la desesperación y la pura y simple necesidad. No quería sexo; le quería a él. Quería enroscarse a su alrededor como si fuera un parásito, deseaba envolverle y poseerle, sacar fuerzas de él. Si se lo permitía, Cally actuaría igual que un súcubo, como todos aquellos que le aprisionaban con sus tentáculos y sus desesperaciones, chupándole la vida igual que sanguijuelas. Le dejaría seco, le arrebataría su esencia y su alma.

Cally interpretó sus palabras como un intento de bromear y Mark vio cómo la esperanza hacía erguirse su cabeza huesuda envuelta en esa meticulosa gorra de cabello moldeado por la permanente que tenía el color y la textura de la hierba muerta. Mark había visto muñecas de plástico barato con un cabello más suave y no tardaría en decírselo. Sí, cuando volviera a verla peinándose y poniendo cada rizo en su sitio... Pero de momento se conformaría diciéndole lo que pensaba de sus ideas para hacerle pasar una noche agradable. Las palabras que pronunció a continuación acabaron con las esperanzas de Cally de una forma tan irremisible como si Mark hubiera aplastado su frágil cuerpo contra el suelo.

—Estúpida cabeza hueca —le dijo, en voz baja pero con esa alegre dureza que era nueva para él, la que le protegería de aquello que quisiera hacerle daño, fuera lo que fuese, la que quizás aún acabaría consiguiendo liberarle de las incesantes demandas de Hoadley; ¿dónde había conseguido esta maravillosa dureza?—. Idiota integral. ¡Mírate! ¿Quién puede querer hacer el amor contigo? ¡Pareces algo salido de un espectáculo circense! ¡El esqueleto ambulante, vengan a ver al esqueleto ambulante! ¿Quién puede tener ganas de tirarse a un esqueleto? Si quiero joder con un cono muerto sé dónde puedo encontrarlo.

Vio cómo se encogía, intentando protegerse con aquel minúsculo camisón suyo..., pero entonces, como si la derribara con una mano y la sostuviera con la otra, Mark volvió a alzar la cabeza y le sonrió. Oh, sí, eso era algo que se le daba muy bien: sabía cómo sonreír. Podía enseñar los dientes tan bien como cualquiera.

—Espera, espera —le dijo—. Acabo de tener una idea, ya sé cómo podemos hacerlo... Por fin he descubierto qué es lo que realmente me excita. —Su sonrisa se hizo más ancha y acabó convirtiéndose en una mueca de muchacho, pero su voz se volvió tan dura como un cuchillo cuidadosamente afilado para herir mejor—. Ve al cuarto de baño y llena la bañera de agua fría. Métete dentro y quédate allí durante quince o veinte minutos. Después vuelve aquí, tumbate en la cama y no muevas ni un músculo.

Observó el impacto de sus palabras y vio cómo esa mente suya siempre tan intelectual lo comprendía todo. Vio cómo el horror se apoderaba de su rostro y la hacía abrir la boca impidiéndole hablar, haciendo que ni tan siquiera pudiese tragar aire..., y retorció el cuchillo en la herida.

—¿Aún conservas alguna de esas mantitas para bebés? Te taparemos con una. Sí, la colocaré sobre tí y le haré unos pliegues bien bonitos. No sé hacerlo tan bien como Barry Beal pero tampoco hace falta que quede perfecta, ¿verdad? Total, cuando te la quite todos los pliegues se desharán...

Cally se apartó de él moviéndose sobre la cama igual que una araña y el chorro de adrenalina que invadió su cuerpo le devolvió la voz y la capacidad de respirar, aunque la voz tembló a causa de los espasmos que agarrotaban su garganta.

—Oh. Oh. Tú... Tú... ¡Bestia!

—Exacto —dijo Mark, y empezó a quitarse los pantalones.

Cally saltó de la cama y sus flacas rodillas chocaron con el suelo. Logró ponerse en pie y empezó a corretear del armario al tocador, cogiendo ropas y apretándolas contra la demacrada semidesnudez de sus senos. Mark se interpuso en su camino para colgar los pantalones de la percha y se rió al ver que Cally se detenía, no atreviéndose a acercarse lo suficiente para pasar junto a él.

—Tenías razón, ¿sabes? —le dijo—. Este pueblo se está yendo al infierno. Osos ardiendo en la torre del agua, una loca que está como un tren predicando en el parque, bebés muertos que regresan convertidos en insectos y ahora, además, una bestia... Todo eso demuestra que estabas en lo cierto. Admito que tenías razón. Ahora ya no tenemos por qué seguir discutiendo.

—Sal de mi camino —le ordenó Cally con la misma voz estrangulada de antes, como si su propia furia fuese un lazo colocado alrededor de su garganta, una opresión que le enrojecía el rostro y amenazaba con matarla. Mark torció el gesto y le hizo un mohín de burla.

—¿Cómo, es que no estás de acuerdo en eso de la bestia?

—Vete al infierno. —La provocación le dio el valor suficiente para pasar junto a él y coger sus téjanos de un manotazo. El movimiento la hizo rozar el cuerpo de Mark, acercándola a los agradables olores de ese cuello y esos hombros que emergían de la camiseta. Si intentaba cogerla... Pero Mark no alzó las manos. Se quedó inmóvil con el pecho temblando a causa de la risa y Cally se dio la vuelta y huyó corriendo hacia el cuarto de baño para vestirse allí donde no pudiera verla. Ni tan siquiera el ruido de su pétérea alegría bastó para impedirle oír el sonido frío y metálico del pestillo al correrse.

La siguió hasta la puerta y se quedó junto a ella, y siguió riendo para asegurarse de que Cally podía oírle. Ahora ya no estaba tan aterrorizada como antes; obraba impulsada por una ira incontrolable. Mark sabía muy bien qué la habría excitado y aterrorizado: si hubiera demostrado que, pese a todo, aún la deseaba... Pero prefería su ira. Se quedó de pie junto a la puerta, con sus calzoncillos de jockey como único atuendo, prefiriendo enseñarle aquello que Cally podía ver con toda claridad: que incluso un cadáver le había excitado más que ella.

El pestillo volvió a deslizarse y la puerta se abrió para revelar a Cally en el umbral. Iba vestida, y esos téjanos que antes la apretaban colgaban de su cuerpo formando bolsas y arrugándose en una serie de pliegues a partir de los protuberantes huesos de sus caderas. Bien, al parecer nada de cuanto hiciese podría impedir que acabara

convirtiéndose en una vieja, una vaca de caderas puntiagudas... Y Cally estaba demasiado absorta en sí misma para comprenderlo.

—Me marcho de aquí —le dijo, como si esperara que le importase.

—¿Adonde? ¿Vas a casa de mamá?

—Eso no es asunto tuyo. —Cally empezó a moverse en círculos por el dormitorio, metiendo cosas en una maleta y tratando de esquivar la imponente presencia medio desnuda de su marido. La maleta era bastante grande pero no lo suficiente para contener todo el equipaje que debería llevarse consigo, y Cally tenía mucha prisa: todo aquello sobre lo que ponía las manos —medias, sueños, camisetas, téjanos y dolor, maquillaje, la ruptura, el bolso y el dinero y los recuerdos—, acababa cayendo dentro de la maleta en un confuso montón. Mark, satisfecho, sabía que después tendría que ordenar todo ese revoltijo. Cally cerró la maleta cuando aún quedaba un poco de espacio en ella.

—Espera —le dijo Mark con exagerada solicitud—, deja que te ayude a llevar eso. Estás tan delgada... Tienes los bracitos como fideos y no creo que puedas...

Cally le lanzó tal mirada que le hizo callar. Casi le dio miedo. Aquellos dientes apretados entre unos labios muy, muy delgados hacían que pareciese una calavera espectral. Pero Cally tenía demasiada prisa para darse cuenta de que la sorpresa le había hecho parpadear; cogió la maleta y la llevó hasta la puerta, jadeando y tropezando, y consiguió meterla en el coche: parecía una hormiga que se lleva los restos del almuerzo campestre. De hecho, la maleta casi resultaba demasiado pesada para ella.

—¡Hasta la vista! —Mark salió al porche delantero sin llevar nada más que los calzoncillos y la saludó con la mano mientras se alejaba.

—Lo que quiero decir es que debemos hacer algo —dijo el presidente Wozny.

El incidente del animal quemado la noche anterior le había hecho convocar otra reunión de emergencia del concejo. Aunque algo nebulosa, la opinión del concejo había acabado solidificándose hasta alcanzar un consenso general: ahora ya no se trataba de discutir sobre la posible existencia de una bruja. No, el problema era cómo acabar con aquella mujer que, obviamente, era una bruja.

Ninguna de las personas sentadas en aquella habitación necesitaba que Wozny expusiera su cuello y se expresara con más claridad para saber a qué se refería con ese «hacer algo». Ahira había estado haciendo proselitismo y realizando curas milagrosas en el parque tres o cuatro veces por semana y los miembros del concejo tenían sus informadores; su banda de inadaptados no había parado de crecer y ahora incluía hasta a las «marmotas» de las montañas que rodeaban al pueblo, esa gente que vivía en agujeros y le tenía miedo a las sombras. Gente como Bud Zankowski, el ermitaño loco de la mina de carbón o el tipo sin nombre conocido como el Hombre de la Bicicleta, que iba en el vehículo que le había dado nombre de una casa a otra afilando cuchillos y tijeras y que dormía nadie sabía dónde, en algún lugar del bosque tan recóndito que ni los cazadores de ciervos habían logrado encontrarlo, y de quien se rumoreaba era un violador, un secuestrador y un peligro para los niños. Ésa era la clase de personas a las que Ahira atraía. La mayoría de Hoadley, que gustaba de tomar su dosis de religión acompañada con café y donuts, observaba con un nervioso sentimiento de indecencia lo que Ahira estaba haciendo: era como si su pueblo se hubiera tumbado de espaldas igual que uno de esos repugnantes sabuesos usados para cazar mapaches, mostrando un vientre lleno de piojos y abriéndose de patas para que le rascaran. La banda de quienes seguían a Ahira ya superaba a las quinientas personas y se acercaba al ominoso seis-seis-seis. Ahira tenía que marcharse del pueblo.

Y las cigarras seguían gimiendo.

—El reverendo Berkey y el padre Leopold no quieren tener ningún otro tipo de relación con este asunto —admitió el presidente Wozny. El «asunto» era hacer callar a Ahira. Habría querido decir algo más, algo valeroso e inspirado sobre cómo los líderes

seculares de la comunidad debían plantarle cara a las amenazas con que se enfrentaba dicha comunidad, pero la secretaria del concejo le estaba contemplando desde el otro lado de sus gafas con forma de alas lanzándole unas miradas que no le gustaban nada. Aquella mujer sólo vivía para contradecirle—. ¿Desea decir algo, Zephyr? —preguntó, dando unas exageradas muestras de resignación.

La secretaria dejó su cuaderno de notas sobre la mesa y cruzó las manos encima de él; llevaba las uñas pintadas con un esmalte color rojo sangre que les daba un aspecto tan duro como el hueso y las tenía tan afiladas que parecían puntas de lanza, como sus gafas.

—He estado haciendo algunas averiguaciones —explicó la secretaria—, y debo decir que Ahira no es su bruja. —Zephyr hizo una pausa, esperando que algún otro miembro del concejo abriera la boca. Seguir hablando sin que nadie la apremiara a hacerlo habría sido una muestra de inmodestia. Wozny, de bastante mala gana, se encargó de proporcionarle el permiso para que continuara.

—¿Qué quiere decir?

—No es de aquí. Ninguno de nosotros la había visto antes. La enciclopedia afirma que las brujas siempre son de los alrededores. —Zephyr sacó de su bolso un papel doblado y vuelto a doblar y lo exhibió como prueba de sus investigaciones, aunque no lo abrió—. La enciclopedia dice que un pueblo como el nuestro es un lugar ideal para que haya brujas. Cualquier sitio alejado y sin contacto con el mundo exterior sirve: lugares donde la gente se limita a seguir viviendo y tiene que aguantar la presencia de los demás..., bueno, siempre acaban teniendo una bruja. Eso es lo que dice la enciclopedia... —Zephyr dejó bien claro que estaba citando una opinión de mayor autoridad que la suya y que apelaba a la fuerza de Lo Escrito En Negro Sobre Blanco—. La bruja siempre es alguien a quien conocemos y en quien no nos habíamos fijado. Alguien que tiene un secreto, alguien que... —Zephyr fingió una delicada vacilación, pero sus ojos se iluminaron con un brillo salaz detrás de sus gafas de concha—. Alguien distinto que ha estado ocultando esa diferencia. En definitiva, alguien que procura no hacer mucho ruido cuando camina...

La otra miembro femenina del concejo deseaba una clarificación de esos términos.

—¿Quiere decir, por ejemplo..., un marica?

Zephyr golpeó suavemente sus pruebas con la punta de los dedos y decidió ir directamente al grano.

—La enciclopedia dice que la brujería está relacionada con todos los aspectos anormales del... sexo. —Al pronunciar esa palabra tan significativa su voz bajó de tono hasta convertirse en un zumbido nasal. Observó la reacción que había provocado y se permitió el sentirse satisfecha. Hasta Gerald Wozny estaba escuchándola con el máximo interés. Una exposición muy bien hecha, se dijo, sí, una exposición realmente soberbia...

El concejo se concedió un instante para emitir murmullos escandalizados hasta que su viejo e irascible miembro de ascendencia alemana le hizo volver a la realidad del problema que les preocupaba.

—No lo entiendo —se quejó dicho miembro—. Las langostas y todo lo demás... Todo empezó justo después de que Ahira llegara al pueblo, ¿no?

—Eso es lo que he dicho —declaró Wozny, pero se apresuró a quitarle hierro a sus palabras añadiendo—: Puede que esta Ahira sea algo rara y no lo sepamos. —Y nada más oírle el concejo, como es propio de cualquier animal de rebaño bien alimentado, se lanzó a perseguir el atractivo olor de las prácticas sexuales perversas.

—¿Y ésa a la que los polis encontraron la otra noche?

—¡Oh, Norma Koontz! La Musser... Increíble, ¿verdad? Pero Norma es inofensiva.

—¿Y ese tipo que va montado en bicicleta y hace sonar el timbre cada vez que ve a un niño? Yo siempre he dicho que...

—Tengo un candidato mejor que ése —dijo Zephyr. Habló en un tono de voz

intrigantemente bajo que consiguió atraerle toda la atención del concejo.

Zephyr no había limitado sus investigaciones a la enciclopedia. Empezó en la periferia del problema, como solían hacer todos los narradores de Hoadley, y fue trazando espirales hasta acercarse al centro.

—¿Se acuerdan del viejo Whiterow? El que vivía en la hondonada de la vieja presa...

Algunos de los presentes se acordaban de él.

—Tenía una hija llamada Blanche, que se escapó de casa con un tipo de Hoople. ¿Se acuerdan? Después volvió, tuvo un bebé y acabó casándose con un Wertz. —Los Wertz eran una sólida e irreprochable familia de Hoadley que había pasado del catolicismo a la religión luterana debido a un matrimonio mixto—. Todd Wertz... Y él adoptó al bebé.

Asentimientos de cabeza.

—El bebé era un varón —ofreció la otra miembro femenina del concejo: las mujeres eran las encargadas de recordar ese tipo de cosas. Los hombres tomaban parte en el cotilleo pero las mujeres eran las guardianas, protectoras y promulgadoras de los valores de Hoadley—. Fue el primero que tuvieron... Peter Wertz. —Sus ojos cobraron una expresión distante a medida que hurgaba en su memoria—. Me parece recordar que no le fue demasiado bien.

—Recuerdo a ese chico —dijo uno de los hombres—. ¿No fue el que..., quería dedicarse a los deportes pero no...?

—No encajaba —dijo Zephyr en voz baja y suave—, y acabó marchándose.

—¡A California! —La otra mujer se lanzó al centro de aquella danza circular, ofreciendo la brizna de información entre los dientes como si fuese una pepita de oro o un ratón atrapado en la boca de un gato—. Se convirtió en hippie o algo parecido.

—Claro —dijo Gerald Wozny—. Conocí a su padre en el trabajo. Me dijo que no sabían qué fue de él. No volvieron a tener noticias suyas. —Aquella revelación causó una considerable conmoción y una satisfecha compasión hacia los padres; qué terrible, un hijo tan ingrato...

—Bueno, yo conozco a una mujer que conoce a su madre —dijo Zephyr—, y hoy mismo he descubierto algo.

El concejo le dedicó su más profunda atención. Zephyr volvió a prolongar el suspense empezando con un rodeo y moviéndose en espirales.

—Ya sabrán que esos malditos bichos están acabando con la paciencia de todos, ¿verdad? —les preguntó, más bien retóricamente—. Bueno, pues a la señora Wertz la han afectado de una forma espantosa. Al parecer está convencida de que le reprochan cosas. Acabó echándose a llorar, fue a ver a su vecina y le contó algo que nunca le había contado a nadie.

Zephyr hizo una pausa hasta que la apremiaron a seguir.

—No es cierto que no hayan tenido noticias de Peter —dijo por fin—. Se enteraron de que se había sometido a una de esas operaciones para cambiar de sexo.

La frase fue seguida por un tumulto de voces de lo más gratificante. Zephyr, que poseía el agudo sentido del cronometraje propio de una veterana narradora, esperó (con una leve sonrisa) el momento adecuado para terminar con su historia y ponerle la guinda al pastel. Y de todos los presentes fue Wozny quien se encargó de proporcionarle la ocasión.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que ocurre? —preguntó, irritado ante la conmoción que había creado y cobrando conciencia de que esta reunión del concejo se le estaba escapando de las manos. Y Zephyr se inclinó hacia delante, deslizando sus dedos terminados en puntas de lanza por la superficie de la mesa y dándole golpecitos con las uñas, abrió la boca y habló.

—Bueno, tiene que ver el que Peter Wertz no está en California. —Una pausa, suficiente para conseguir el efecto dramático que pretendía pero no lo bastante

prolongada para permitir ningún tipo de interrupción—. Está aquí, en los alrededores del pueblo... pero ahora es una mujer. Y vive con otra mujer.

Un rugir de voces dominado por la andanada cargada de sentido común procedente del granjero de ascendencia alemana.

—¿Y entonces para qué diablos se hizo esa operación?

Aquella pregunta tan directa no obtuvo respuesta debido a que Wozny y media docena de miembros del concejo exigían el nombre del culpable.

—Bueno, se ha cambiado el nombre —dijo Zephyr con una torturante lentitud.

—¡Ya nos lo suponíamos! —dijo secamente la otra miembro femenina del concejo.

—Ahora utiliza el apellido de su verdadero padre —dijo Zephyr, accediendo por fin a divulgar el dato—. Danyo... Shirley Danyo, así es como se hace llamar ahora.

¿Ir a casa de mamá? Nada de eso. De hecho, la compañía de su indiferente y eternamente preocupada madre era lo último que Cally deseaba en esos momentos, aun suponiendo que Owen y Tammy no hubieran estado allí para hacerle preguntas..., y sí estaban allí. Iría..., iría adonde estaba su corazón; con su caballo. Y donde estaba su amiga, esa amiga generosa de potente vozarrón, la única persona que parecía apreciarla tal y como era, por sí misma, y que no quería nada de ella y no deseaba enredarla en los complicados jaleos del sexo, el amor, el deber y el papel a desempeñar. El sitio adonde iba sería un secreto que le mantendría oculto a Mark durante el máximo de tiempo posible. Cuando lo descubriera, Mark ya sabría arreglárselas para imaginarse algo sucio. Y Hoadley también se las arreglaría para imaginarse algo sucio, desde luego. Cally lo presentía.

Por suerte ya era muy tarde y había muy poco tráfico, pues al parecer Cally no podía evitar el conducir como una loca... Se echó a llorar y siguió conduciendo todavía más imprudentemente que antes.

Abajo, abajo, tomando la curva con un seco chirrido y pasando como un cohete bajo el viaducto de piedra del ferrocarril, el oscuro túnel que goteaba humedad y sólo tenía una calzada... Otra curva muy pronunciada y a subir por la empinada colina que había más allá. La noche y la carretera eran un túnel de mina inundado de lágrimas que se habían quedado estancadas. El pavimento alquitranado se confundía con el oscuro bosque invisible que se recortaba contra un cielo color carbón. Los faros sólo servían para iluminar la negrura. Cally, sentada detrás de ellos, se inclinaba sobre el volante y se iba abriendo paso por la colina, llegando a la cima y volviendo a bajar, abajo, abajo, abajo, moviéndose a una velocidad totalmente irracional hacia esas profundidades cargadas de presagios.

Mientras lloraba y se observaba a sí misma desde una pequeña distancia, Cally empezó a comprender que estaba realmente enferma, que quizá sí debería haber visitado al médico...

Shirley la oyó llegar: el salvaje zumbido del motor al que Cally había exigido demasiado la despertó, pues a esas horas de la noche no tenía demasiados visitantes y todavía menos que condujeran tan deprisa. Oyó el chirrido del coche al detenerse, se levantó de la cama (mientras oía el chasquido de la puerta que se abría), se puso un albornoz (el algo retrasado golpe de la puerta al cerrarse) y miró por la ventana para ver a Cally arrastrando su maleta a través de la puerta que había en la valla de los caballitos. Shirley abrió la puerta principal antes de que Cally llamase a ella y le cogió la maleta, disimulando su sorpresa y su consternación al pensar en cómo reaccionaría Elspeth ante la presencia de esta huésped. Bueno, Elspeth tendría que aguantarse. No hacía falta mucha perspicacia para darse cuenta de que Cally se encontraba muy mal.

—Tenía que salir de allí —le explicó Cally, o intentó explicarle sin revelar una parte demasiado grande de lo ocurrido—, Mark... —El nombre pareció quedársele atravesado en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir hablando—. Mark... y... yo...

—Claro, claro —dijo Shirley, haciéndola callar—. No importa. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. ¿Una taza de té? —Su ronca voz se había vuelto increíblemente amable y suave, y en vez de aceptar el té Cally agarró la manga de su albornoz con sus flacas manos y éstas rasparon la tela con un seco sonido de hueso, como si fueran garras. Shirley la abrazó: Cally pesaba tan poco que apenas si había nada que abrazar; era como tocar un copo de avena, una hoja seca a punto de salir volando, el cascarón vacío que un insecto deja tras de sí..., un objeto hecho de huesos huecos, tan frágil y quebradizo que bastaría con apretarlo para que se rompiera. Aun así Shirley la estrechó entre sus brazos —con cautela—, y Cally se apoyó en su cálido seno, derramando un llanto casi inaudible sobre su hombro, y ese hombro robusto hizo que los gemidos de Cally parecieran débiles y fantasmagóricos, como las voces quejumbrosas de los insectos famélicos.

CAPÍTULO ONCE

A la mañana siguiente Elspeth fue a la casa de Shirley, vio a Cally, volvió a su torre de castillo y no salió de ella hasta la hora de cenar. Había visto el dolor que retorcía su rostro y hasta había llegado a sentir un poco de ese dolor. No estaba segura de poder ser amiga suya pero, al menos, no quería hacerle más daño. Quería ser buena con ella, igual que Shirley. O, al menos, quería dejar que Shirley tuviera tiempo para hablar con la pobre flacucha. Aun así su esfuerzo no estaba motivado por un impulso realmente sincero. Elspeth se preparó una paleta de colores suaves y trató de pintar, pero seguía sintiendo los afilados y duros contornos de aquella cosa oscura e inquieta que se removía bajo la superficie de su mente.

Volvió a la casa hacia la hora del crepúsculo para cenar y se encontró a Shirley sirviendo lasaña y a Cally sentada en la mesa de la cocina. Elspeth jamás había visto una persona a la que pudiera aplicársele con tanta propiedad la frase hecha de que parecía un cadáver surgido de la tumba. Cally había aceptado una pequeña ración de la excelente lasaña casera preparada por Shirley. Elspeth se dedicó a observar a la huésped de Shirley y vio cómo cogía con el tenedor un pedacito de pasta apenas más grande que la huella de una mosca. Cally se lo llevó a la boca y se atragantó como si acabara de engullir un trozo de excremento. Shirley le lanzó una mirada de preocupación.

—Estás muy nerviosa y no tienes ganas de comer. —Shirley empezó a hurgar en una alacena dejando que su ración de lasaña se enfriara en el plato—. Puede que si te hago alguna otra cosa te entre mejor.

—No lo creo —dijo Cally con un hilo de voz.

—¿Un poco de sopa? Dicen que la sopa de gallina va bien para todos los males.

Shirley calentó la sopa. Elspeth dejó escapar un leve resoplido de impaciencia, como si fuera un caballo encerrado en su aprisco, y pasó junto a su amante para servirse una buena ración de lasaña. No se dijeron nada. Elspeth tomó asiento al lado de Cally y empezó a comer, sintiendo cómo la pasta caía por su esbelta garganta morena para acabar congelándose en una masa pesada al llegar a su estómago; debía estar casi tan nerviosa como Cally, pero se obligó a comer sin apartar los ojos ni un solo momento de la intrusa.

—Prueba esto. —Shirley dejó un platito de sopa delante de Cally, pero el olor bastó para que volviera a sentir náuseas.

—No puedo.

—¡Cally, tienes que comer! —Elspeth casi nunca había oído tal tono de alarma en la normalmente siempre plácida voz de Shirley. Aunque no lo dijo las dos sabían qué la asustaba: la posibilidad de que Cally se muriera estando en su casa—. No continuarás pensando en seguir con esa dieta tuya, ¿verdad?

—No. Quiero comer. Anoche comí. Y después lo vomité todo.

—¿Tienes la gripe? Quizá sería mejor que te lleváramos al médico.

—No es la gripe. Me obligué a vomitarlo todo.

Shirley se sentó delante del plato donde se enfriaba su cena y contempló a Cally, intentando comprenderla. ¿Y por qué cuernos hiciste eso?, decía su expresión aunque sus labios permanecieron inmóviles. Cally la miró a los ojos y respondió a su pregunta.

—No pude evitarlo. Sé que debo empezar a comer pero no podía soportar el tener dentro toda esa comida.

Pues muérete de hambre, pensó Elspeth sirviéndose un poco más de lasaña. Tampoco se le pasó por alto el que debía servirse a sí misma porque Shirley tenía concentrada toda su atención en Cally.

—Hay una cosa en la que Mark sí tiene razón —dijo Cally con voz sombría— Estoy enferma. Tengo anorexia.

—Bueno... —Shirley se calló, no sabiendo qué podía decirle.

Elspeth pensaba que Cally debería haber comprendido ese mismo hecho al que acababa de referirse unos cuantos meses antes, por lo que le lanzó una mirada sardónica a su amante y no le ofreció ninguna clase de ayuda.

—Y la culpa es de Hoadley —dijo Cally.

—¿Qué quieres decir con eso? —Shirley llevaba todo el día oyendo cómo Cally se quejaba de Mark y le echaba la culpa de todo, por lo que sus últimas palabras la habían dejado bastante desorientada, y su rostro adoptó la expresión entre nerviosa y paciente del caballo que se encuentra pisando terreno resbaladizo. Seguía sin haber tocado su lasaña. Elspeth la cogió poniendo cara de disgusto y se dio cuenta de que Cally estaba contemplándose las manos, vacilando, convirtiendo lo que iba a decirles en una exhibición realmente conmovedora, como si estuviera a punto de confesarle a su novio la vida sexual que había llevado antes de conocerle. Flacucha estúpida y entrometida...

—Verás, al principio Hoadley me gustó mucho. Todo el mundo era tan agradable... Tenía la sensación de que..., bueno, ya sabes cómo era mi familia, nunca estuvimos muy cerca los unos de los otros y... —Las manos de Cally se tensaron sobre su servilleta de papel, haciéndola pedazos—. Quiero decir que nunca tuve la sensación de que mis padres se preocuparan mucho por mí. Pero Hoadley..., hasta gente a la que apenas si conocía parecía tan..., tan afable.

—Sí, Hoadley es así —se apresuró a decir Shirley.

A Elspeth no se lo parecía. Pero, naturalmente, ella no se había casado con un chico de Hoadley.

—Era como si tuviese una familia —dijo Cally con una mezcla de asombro y cansancio—. Quiero decir que nunca lo había visto de esa manera, es algo que acabo de comprender ahora mismo..., pero así era. Era como si por primera vez en mi vida tuviese una auténtica familia.

—Pero eso es bueno, ¿no? —dijo Shirley. Shirley poseía mucha paciencia y una considerable bondad natural de la misma forma en que algunas personas padecían de enfermedades sociales. Elspeth no poseía ninguno de esos dos rasgos..., no cuando le exigían escuchar esta clase de cosas. No podía seguir sentada junto a Cally y no podía soportar la idea de mirarla, así que se levantó para buscar algo de beber.

—Lo era, hasta que... Supongo que ésa es la razón de que empezara a matarme de hambre. Vi el mensaje escrito en la pared. Comprendí las reglas del juego.

En la nevera no había Coca-cola, leche o zumo de frutas: no había más que una jarra de agua. Maldición... Elspeth sintió la afilada mordedura del cuchillo de la ira hurgándole las costillas. Desde que entró en la cocina no le había dicho ni una sola palabra a Cally.

—Descubrí hasta qué punto me amaba esa familia. Oh, sí, me amaban muchísimo..., siempre que me portara bien. Siempre que hiciera justo lo que querían que hiciese. Tenía que vestirme igual que ellos, tenía que ir a la iglesia adecuada, tenía que decir lo correcto. —La voz de Cally iba subiendo de volumen—. Mientras fuera la Cally que ellos

querían ver, todo serían besos y abrazos pero bastaba con que me apartara unos centímetros del camino trazado, bastaba que tuviera un pensamiento o un sueño que fuesen exclusivamente míos para que...

—Se acabó el cariño, ¿eh? —Shirley le habló con simpatía, aunque en su voz hubiera también un poco de perplejidad. Shirley pensaba que ése era el sistema normal utilizado en todas partes. Si hacías lo que esperaban de ti les caías bien, naturalmente, y cuando no hacías lo que esperaban de ti empezaban a odiarte, lo que también era natural. Eso no tenía nada de raro—. Pero, ¿por qué querías matarte de hambre?

—De todas formas ya estaba muriéndome de hambre... —Cally alzó la cabeza y esos enormes ojos suyos perdidos en aquel rostro tan, tan delgado le lanzaron una mirada cargada de patetismo—. Eso es lo que dicen los libros —le explicó en voz baja—. La anorexia es originada por una familia opresiva. Quien padece anorexia nunca ha tenido el amor suficiente.

Silencio.

—Justo mi retrato —añadió Cally después de unos cuantos momentos de pausa dramática—. Salvo que yo adopté a Hoadley como familia y Hoadley acabó tratándome tan mal como mi auténtica familia.

—¡Mierda santa! —Elsbeth no podía seguir oyendo todo aquello ni un segundo más—. ¡Jesús, pero qué cantidad de mierda llevas dentro! —Dejó caer la jarra del agua sobre la mesa con tanta fuerza que la rompió y ni tan siquiera oyó las protestas de Shirley—. ¿Y a eso le llamas ser maltratada? —Fue hacia Cally sintiendo el cosquilleo de la rabia en sus tensos dedos: una ira tan afilada como la punta de una espada se clavaba en sus entrañas—. Eres una mocosa malcriada. No sabes lo que es ser maltratada; siempre has estado muy lejos de todo eso. Ser maltratada es que te quemen con cigarrillos encendidos para divertirse y que lo hagan en sitios donde no se verán las quemaduras. Ser maltratada es que te pellizquen la nariz y que te echen salsa de tabasco caliente por la garganta. Ser maltratada es que te encierren en el armario y que no te dejen salir ni para ir al cuarto de baño, y que luego te castiguen por haberlo ensuciado todo. Ser maltratada es que..., que...

Se le quebró la voz. Cally se había enroscado sobre sí misma hasta adoptar lo que casi era una posición fetal y Shirley estaba inmóvil con la boca abierta, mirándola fijamente, pero Elspeth apenas si vio a ninguna de las dos; estaba viendo al hombre, ese hombre que decían era su padre, y le veía venir hacia él con el cinturón en la mano..., otra vez. Ser maltratada era rezarle a Dios suplicándole que ellos no fueran tus padres, pidiéndole que todo hubiese sido un error con la esperanza de que algún día, en alguna parte, encontrarías la cuna de la que te habían robado y tu verdadero padre sería un príncipe con una corona de oro...

—Elsbeth —estaba diciendo Shirley—, *Elsbeth*... —y se puso en pie moviéndose torpemente por entre los cristales rotos sin hacer caso de ellos hasta que pudo colocar sus manazas sobre los hombros de Elspeth—. ¿Tú? —le preguntó Shirley en voz baja y suave. Porque Elspeth nunca le había contado nada de todo eso. Elspeth, la joven belleza exótica, no tenía ningún pasado salvo el de un apellido que no quería utilizar.

—¿De quién diablos crees que estoy hablando?

Hasta el nombre bajo el que Shirley la había conocido era falso. Los hermosos jóvenes que iban a California para descubrir sus futuros acostumbraban a esconder sus pasados.

—Yo solía imaginarme que me hacían cosas como ésas —dijo Cally y su voz parecía venir de muy lejos—. Soñaba que algún día un príncipe vendría a sacarme de allí. Alguien... me amaría.

—Eres una maldita gilipollas —dijo Elspeth con voz salvaje, se revolvió quitándose de encima las manos de Shirley y corrió hacia la puerta.

Estaba anocheciendo. Y el estado anímico de Elspeth hacía juego con la noche: a la

luz del sol la negrura alquitranada que había invadido su alma casi habría podido hacerse visible bajo la forma de un aura chisporroteante. Fue hacia el establo con la cabeza inclinada. Quería matar algo, lo que fuese; no quería tomarse el tiempo necesario para buscar un oso y matarlo de un tiro como había hecho cuando sintió por primera vez lo mismo que ahora, ese estado anímico astuto y gélido que se insinuaba en su alma, igual que si fuera un asesino cauteloso para dejarla tan entumecida como si se hubiera convertido en una masa de hielo negro. Matar el oso le había resultado agradable: había sido como un largo y tranquilo acto de autoindulgencia y ese estado anímico había podido irse saciando poco a poco durante los días que necesitó para perseguir a su presa y acabar con ella. Y matar al perro..., eso había sido más rápido, menos satisfactorio. En aquel momento su odio hacia Hoadley había sido más apremiante y no le había dejado tomarse el tiempo que necesitaba, pero aun así entonces sólo se encontraba en guerra con aquel pueblo pagado de sí mismo, no con alguien a quien se sintiera tan atada, tan envuelta en los lazos de pasión compartida que la unían a Shirley. Pero esta vez su sigiloso asalto tendría como objetivo a su amante: la diatriba había ido dirigida a Cally pero su rabia estaba casi totalmente concentrada en Shirley, Shirley, aquella a la que amaba y, por lo tanto, la que acabaría maltratándola y traicionándola, pues ésa había sido la pauta de su vida..., y ahora anhelaba una víctima igual que a veces había anhelado su cuerpo dorado de senos opulentos, y el anhelo era tan fuerte que no podía perder ni un segundo más. Mataría. Ahora mismo.

Los caballos estaban en sus apriscos, contemplándola estúpidamente desde detrás de sus largos hocicos. Los caballos eran animales estúpidos e irritantes a los que todo el mundo mimaba. Elspeth sabía que si mataba un caballo le haría mucho daño a Shirley. Pero no le bastaba con el simple acto de matar y hacer daño; su estado anímico exigía manifestarse a través del fuego. Y no podría llevar un caballo hasta un sitio del que colgarle tal y como había colgado al oso... Arrastrar al oso y subirlo hasta allí la había dejado agotada.

Trepó a lo alto del establo y observó a los gatos que vivían allí igual que hacían los gatos con los pájaros y roedores que compartían el granero con ellos. Ahí estaba el más grande de todos, sentado sobre la última bala de paja del montón en una postura que le hacía parecerse a un águila instalada en su nido... No estaba gordo —ningún gato de establo llega a estar gordo—, pero era grande, duro y huesudo, con el cuerpo marcado por las cicatrices de las batallas. El gato saltó nada más verla venir —no confiaba en ningún ser humano que no fuese Shirley—, pero Elspeth ya se había imaginado hacia dónde saltaría. Le acorraló, moviéndose tan deprisa como el mismo gato, y logró agarrarle pese a todos sus siseos y bufidos, sin hacer caso de los frenéticos zarpazos que le desgarraron la túnica y le llenaron de sangre los brazos. Apretó el cuello del gato con sus esbeltas manos morenas hasta que su cuerpo se quedó flaccido, lo hizo girar sujetándolo por la cola y le estrelló la cabeza contra la pared para acabar con él. Llevaba su espada colgando de la cintura pero no la utilizó: no pensó en utilizarla, no quería utilizarla..., aunque estaba segura de que llegaría el día en que acabaría haciéndolo.

Cogió al gato muerto por la cola y fue hasta el cobertizo donde guardaban el tractor, la segadora y el rociador de abono, y donde también estaban las latas de gasolina. No le hizo falta mucha gasolina para dejar empapado el pequeño cadáver. Shirley era una tonta confiada; ni tan siquiera había echado de menos la enorme cantidad que necesitó para el oso. Elspeth se metió la mano en el bolsillo buscando los fósforos, los encontró —en los últimos tiempos siempre los llevaba allí. Iba preparada, igual que un boy scout...—, y fue hacia la granja. Colgaría al gato de la valla. Sus labios —esos labios suaves y curvados en un leve mohín, los labios exquisitos de una amante consumada—, se tensaron en una fea sonrisa. Shirley se llevaría una gran sorpresa. Ya se había llevado una, y aún se llevaría unas cuantas más. Shirley no sabía nada de la Elspeth secreta. Ignoraba cuál era su auténtico apellido y desconocía el historial que había ido acumulando

en los tribunales: prostitución, destrozos con alevosía, crueldad con los animales, agresión con navaja... Mientras había estado con Shirley y se había sentido segura de que Shirley no amaba a nadie más que a ella, Elspeth había logrado controlar ese aspecto de sí misma hecho de hielo y negrura: se las había arreglado para mantenerlo escondido allí donde nadie podía verlo. O casi... Pero en los últimos tiempos había tenido que competir con Cally... y Ahira la asustaba. En ella había algo que atraía a lo peor de Elspeth, haciéndolo salir a la superficie y obligándola a repetir esos actos que llevaba años sin cometer.

Sabía que cuando volviera a la normalidad el olor a pelo quemado la pondría enferma, pero no podía o no quería desistir. No podía pensar en nada que fuera capaz de detenerla...

Cuando pasó junto a la granja dio con algo capaz de conseguirlo.

Elspeth se quedó quieta antes de haber traspasado la valla, después de haber dejado atrás la esquina del porche, y oyó aquel rugido parecido al rugir de las cigarras sólo que más potente, cada vez más cercano, y vio confusamente cómo la noche giraba con el movimiento del enjambre que se iba aproximando... Elspeth reaccionó en una fracción de segundo. En su interior aún había la cantidad suficiente de instintos y entrenamiento propios de una persona de raza negra como para permitirle reconocer a una turba hostil cuando la veía. O cuando la oía...

Dejó caer el gato muerto y echó a correr hacia delante, dando la vuelta por una esquina de la valla —los ponis de plástico flotaban sobre sus postes a la altura de sus ojos—, y se dirigió hacia la puerta, esa puerta de Shirley que siempre estaba abierta, y consiguió llegar hasta la puerta y cerrarla antes de que los habitantes de Hoadley se apelotonaran contra ella. En cuanto la hubo cerrado se quedó inmóvil montando guardia, jadeando y esperando, con una mano sobre la empuñadura de su espada.

El concejo, tal y como había dejado bien claro Gerald Wozny en el aparcamiento después de la reunión formal, sólo quería ir hasta allí y hablar con «ese Wertz, o la Danyo, o lo que fuera» y enterarse de lo que ocurría, «averiguar si puede librarnos de esos malditos bichos, eso es lo que quiero decir». Acordaron ir hasta allí la tarde siguiente, pese a que eso les impediría ver el episodio de «Enredos de familia» que daban en la televisión: era verano y habían repuesto la serie. El hecho de que los miembros del concejo no vacilaran a la hora de hacer un sacrificio personal necesario mostraba la profundidad de su dedicación al servicio público. A decir verdad, su celo les hizo olvidar la discreción; hablaron con sus familias, sus vecinos y sus compañeros de trabajo y mientras los insectos de cuerpos anaranjados y negros rostros de bebé zumbaban, gemían y se quejaban incesantemente..., y la idea de que las cigarras y el resto de perversidades que habían caído sobre su amado pueblo pudiera serle atribuido a un culpable, y el que ese culpable fuese alguien que no se comportaba según las reglas de la naturaleza era demasiado para que el ciudadano promedio de Hoadley pudiera digerirlo sin sentir deseos de pasar a la acción. La lógica era sencilla, seductora y capaz de enfurecer a cualquiera: expulsemos a la bruja y el mundo volverá a la normalidad. Medio Hoadley acompañó esa tarde al concejo para asistir a su confrontación con la Danyo, gritando tan roncamente como si fueran a un partido de fútbol.

Elspeth se encaró con ellos desde el otro lado de la frágil verja de alambre: vio mujeres y algunos hombres, robustas esposas de granjeros y muchachas de negras chaquetas que hacían pesas y se agarraban a los sillines de sus motocicletas. Elspeth tenía delante una turba armada con cañerías de plomo, bates de béisbol, trozos de cadena, la mayor llave inglesa que había en la caja de herramientas e instrumentos romos de toda clase. Los habitantes de Hoadley no eran navajeros ni formaban pandillas callejeras. Casi todas sus cuchilladas solían ser verbales y dadas por la espalda; Hoadley prefería el tipo de fuerza que carece de filo, tanto en lo verbal como en otros

aspectos.

—¿Qué queréis? —les preguntó Elspeth desde detrás de la verja.

Aquella joven exótica vestida con un atuendo pseudo-medieval y con la mano sobre la espada resultaba tan extraña y les miraba de una forma tan salvaje que consiguió ponerles un poco nerviosos, así que decidieron quedarse quietos y buscar algo de que reírse.

—¡A ti no, cariño! —gritó un hombre.

—¿Por qué no? —exclamó otro hombre—. Lo suyo es tan perversión como lo de la otra.

—¡Qué va, no se parece en nada! —Acompañado por el áspero ladrido de una carcajada.

Elspeth no tenía tiempo para preguntarse cuál era el significado de esas últimas palabras. Había captado los aspectos esenciales del problema: la turba quería a Shirley, fuera por la razón que fuese, y lo único que se interponía en su camino era una verja hecha con alambre para gallineros y ella misma, Elspeth. Algunos ya habían empezado a golpear aquella débil barrera y hurgaban en ella con sus armas.

—¿Y a esto le llamas una verja? —gritó alguien que llevaba toda su vida siendo granjero—. ¿Qué clase de verja es ésta? ¡No podría mantener encerrada ni a una gallina!

—Sirve para impedir que Hoadley entre aquí —replicó Elspeth, enfurecida.

—¡Pronto dejará de impedirle la entrada a nadie! ¡Y menos a nosotros!

La oscura mano de Elspeth tembló levemente sobre la empuñadura de su espada y acabó desenvainándola muy despacio. Ese lento, inconfundible y prolongado sonido del metal al deslizarse, tan suave y cristalino como el gemido de una cigarra... El sonido se abrió paso a través del griterío haciéndolo bajar de tono hasta convertirlo en un murmullo, algo que casi era silencio, y Elspeth aprovechó esa calma inquieta para pronunciar palabras destinadas a herir y cortar.

—Sirve para no dejar entrar a los gilipollas y los fanáticos, a los hipócritas y la gente que grita consignas, a las viejas de mente angosta y los pedorros que juzgan a los demás, los capullos pomposos y los cabrones de cabeza dura y poco cuello que han crecido en los bosques... Sirve para que ninguno de vosotros pueda entrar aquí.

Una verja coronada por caballitos de colores abigarrados, y algunos tenían herraduras de plata pintadas sobre sus cascos de plástico... Los murmullos subieron de nivel hasta convertirse en un grito irritado. Las armas carentes de filo fueron blandidas hasta alcanzar la altura de los caballos. La multitud se lanzó contra la verja igual que si fuese un inmenso perro enfurecido, tensando el alambre.

Elspeth siguió inmóvil, erguida como un guerrero de la antigüedad, esperándoles con su espada.

Qué extraño, pensó Shirley mientras miraba a través de sus flaccidas y polvorientas cortinas. Hoadley la había llamado incesantemente hasta que consiguió hacerla venir desde muy lejos, a pesar de que hubo un tiempo en el que odiaba ese pueblo, aunque sabía que nunca la aceptaría. Sí, Hoadley era un sitio pegajoso y se te quedaba dentro porque sabía hundirte los zarcillos en lo más hondo del corazón. Hoadley le inspiraba compasión, cierto, e incluso ahora, cuando debía enfrentarse a lo peor que Hoadley podía ofrecerle, seguía siendo tan incapaz de odiarlo como cuando era más joven.

Elspeth había desenvainado su espada. Shirley sabía que no podía seguir posponiendo el momento; tenía que enfrentarse a ellos. Hizo un esfuerzo de voluntad y se obligó a moverse; salió de la casa dejando que la puerta principal se cerrase de golpe para que Elspeth la oyera llegar y no abriera a nadie en canal..., al menos, todavía no.

—Eh —le gritó a su pequeña y apasionada amante—, ten cuidado con lo que le dices

a mis parientes. —Shirley intentó hablar con una voz jovial y voluble, como si se sintiera a sus anchas. No lo consiguió del todo pero su aparición distrajo a la turba lo suficiente para que pasaran de la acción a las invectivas.

—¡Marica!

—¡Ven aquí, tortillera!

—El hombre-mujer —declaró la miembro del concejo que llevaba esas gafas de aspecto letal, Zephyr. Sostenía en su mano una gruesa linterna; ¿una herramienta o un arma? Enfocó el poderoso haz de la linterna hacia el rostro de Shirley.

—¡Eh, Peter! ¿Qué hiciste con tu cosa? —El ingenio de quien había gritado esas palabras fue acogido con risas—. ¿La arrojaron a la basura después de cortártela?

Shirley sintió cómo su sonrisa se esfumaba dejando sus grandes labios desnudos y vagamente indecentes. Entrecerró los párpados para protegerse del resplandor de la linterna, sabiendo que ese gesto la afeaba y que incluso en el mejor de los casos no era ninguna gran belleza, sabiendo lo pálida que parecería bajo esa lanza de luz blanca, sabiendo que tenía el rostro cubierto de sudor. El haz de la linterna la siguió mientras iba hacia Elspeth y se detenía junto a ella. Shirley trató de ignorarlo lo mejor posible.

—¿Qué queréis? —le preguntó a la turba haciendo un esfuerzo consciente para hablar con calma y sin levantar la voz, como si fuera la propietaria de una tienda y estuviera intentando complacer a un cliente difícil. Pero la única respuesta que obtuvo fue un rugido y un confuso balbuceo de voces.

—¡Queremos que te largues de aquí, Peter Wertz!

—¡Pervertido!

—Lo que quiero decir es que nos has traído todo este mal y...

—¡Márchate de la ciudad y llévate a tus bichos contigo!

—¡Vaya! —dijo Shirley—. Nunca os he hecho ningún daño.

—¡Monstruo! ¡Maldito fenómeno! —No parecían haberla oído y las voces estaban volviéndose cada vez más irritadas. Ya nadie se reía—. ¡Lárgate de aquí, bruja!

—¡Maricón, puta barata!

—¿También les dejaste que te cortaran las pelotas?

Y Elspeth, que estaba escuchándolo todo, había vuelto los ojos hacia ella y su cuerpo empezó a temblar y la punta de la espada se fue inclinando hasta rozar el suelo. Y la turba, dándose cuenta de que ahora ya no necesitaba seguir teniéndole miedo a la chalada del cuchillo, rugió y volvió a lanzarse contra la verja para derribarla.

—Si estuviera en vuestro lugar yo no lo haría. —Shirley logró hablar con voz tranquila porque tenía la sensación de que todo su cuerpo se había entumecido, como si acabara de convertirse en un montón de madera. Ésta era la peor hipótesis de todas las que había barajado y estaba viviéndola y, en cierta forma, incluso había hecho planes para enfrentarse a ella: durante sus pesadillas, en los miedos instintivos que la asaltaban cada vez que pensaba en su pueblo natal a lo largo de los años de exilio autoimpuesto. Sabía cuál era la respuesta adecuada—. No creo que os convenga mancharos con mi sangre. Veréis, tengo el SIDA...

Su voz llegó a toda la multitud. El rugido fue bajando de tono hasta convertirse en un inquieto murmullo y la turba siguió inmóvil. Elspeth no había dejado de mirar a Shirley pero Shirley estaba contemplando a la turba, muchos de cuyos miembros eran sus antiguos vecinos, la gente a la que había conocido desde que era pequeño.

—Además —les recordó amablemente—, según he oído decir la situación ha empeorado hasta el punto de que el SIDA puede afectar a gente tan decente y normal como vosotros. Ya no sólo ataca a los pervertidos como yo. —Shirley miró a Elspeth y le sonrió con una tensa sonrisa que casi resultó dolorosa para sus labios; no podía conseguir otra sonrisa mejor—. Las dos tenemos el SIDA —declaró—. Somos un par de tortilleras. ¿No es así, Elspeth?

Ayúdame, Elspeth, sigúeme la corriente, le suplicó mentalmente. Pero Elspeth le devolvió

la mirada sin decir nada.

Y una voz se alzó de entre la multitud.

—¡Está mintiendo! —gritó la voz.

Todos sabían que estaba mintiendo. Su voz vacilante y la falta de respuesta de Elspeth bastaban para indicárselo.

—¡A por ella! —chilló una mujer oculta en la noche.

La turba se lanzó hacia delante como si fuera una bestia inmensa de muchas piernas y brazos, rompiendo el alambre o pisoteándolo. Shirley se encogió sobre sí misma y dio un paso hacia atrás llevándose la mano a la cara —era la respuesta propia de la pesadilla, la que haría que sus ojos dejaran de ver lo que estaba ocurriendo—, y alargó la otra mano hacia el brazo izquierdo de Elspeth para llevársela de vuelta a la casa. Elspeth no se había movido, como si lo que pudiera ocurrirle a cualquiera de ellas no tuviese ni la más mínima importancia. Elspeth no había levantado su espada y a menos que pudieran encerrarse dentro de la casa y mantenerles a raya durante un rato todo terminaría tan pronto como los iracundos representantes de Hoadley hubiesen acabado de franquear la verja...

Y, de pronto, la atmósfera se cargó de otra ira distinta.

La verja..., la verja estaba moviéndose.

¡No, no era la verja; eran los caballos! Shirley parpadeó, boquiabierto, y el repentino envaramiento de vida que sintió en el cuerpo de Elspeth le hizo saber que ésta estaba viendo lo mismo que ella: las pezuñas, esas elegantes pezuñas pintadas de plata y negro moviéndose para golpear, las hermosas cabecitas curvándose como serpientes con las orejas pegadas al cráneo, enseñando los dientes... Girando con el terrible peso y la fuerza salvaje de unas mazas de pinchos... ¿Peso? ¿Qué peso había en aquellas pezuñas y esas cabezas? No eran más que caballitos de plástico colocados sobre postes de madera, nada más. Estaban huecos y, aun así, la gente caía, gritaba y trataba de retroceder empujando a los que venían detrás, los que aún no habían visto... lo imposible.

Los caballitos se movían, hasta los mismos postes estaban moviéndose.

Emergieron del suelo y volvieron a clavarse deformando su línea defensiva hasta que el rectángulo se hubo convertido en un círculo centrado alrededor de Shirley y su casa, hasta que los caballitos pintados quedaron situados a la altura de su pecho con apenas medio cuerpo de distancia entre el hocico de uno y la cola de otro. Parecen un jodido tiiovivo de feria, pensó Shirley. Cuando empezaron a moverse, unos subiendo y otros bajando, Shirley decidió que ya había tenido bastante para una noche. Le dio la espalda a la turba (que estaba retirándose sumida en la consternación, igual que ella) y a los caballitos que subían y bajaban lentamente, y volvió a la casa llevándose consigo a Elspeth.

Cally estaba dentro, mirando por la ventana oculta tras el velo de una cortina. Shirley no le reprochaba el que no hubiera querido mostrarse a la turba. Dejar que Hoadley también pudiera insultar a Cally llamándola monstruo/pervertida/bruja no habría servido de nada. Pobre niña flacucha... Había venido en busca de una amiga y se había encontrado con una lesbiana transexual. Shirley estaba segura de que hasta aquella noche Cally apenas si había pensado en cuál era su relación con Elspeth. Cally era demasiado lista: tenía otras cosas en que pensar, cosas más importantes, cosas que no le dejaban tiempo para meter la nariz en las vidas de los demás, tal y como hacía Hoadley. Cally era una de esas personas que viven en lo alto de una colina con los ojos alzados hacia el cielo, alguien a quien no le interesaba sufrir las molestias y las partes feas de la vida. Y Elspeth nunca comprendería cómo era posible que Cally fuera inocente sin ser estúpida. Elspeth era una putita celosa que sentía unos grandes deseos de matar a Cally. En muchos aspectos, vivir con Elspeth era realmente muy parecido a tener una pantera como animal doméstico. A Shirley no le hacía ninguna gracia meterla en la misma habitación donde estaba Cally.

Pero Cally se limitó a seguir mirando por la ventana, contemplando la verja convertida

en vivo, y le lanzó una breve mirada de soslayo a Elspeth.

—¿Cómo has conseguido hacer eso? —le preguntó a Shirley. Shirley sabía que la confusa y vacua expresión de su rostro era idéntica a la que había en el suyo propio.

La dura calma de Shirley acabó agrietándose por fin.

—¡No he tenido nada que ver con eso! —exclamó con una vehemencia innecesaria.

Y Elspeth, en pie junto a ella, habló por primera vez desde que Peter Wertz había emergido como un espectro de esa mujer a quien creía conocer como amante suya.

—No me lo habías dicho.

Shirley la miró. Elspeth seguía teniendo la espada desenvainada y ese desnudo acero de apariencia tan peligrosa aún colgaba de su mano derecha. Pero Shirley se dio cuenta de que no debía preocuparse por lo que Elspeth pudiera hacerle o decirle a Cally. Elspeth no sabía dónde estaba y en su mente no había espacio suficiente para pensar en Cally, en Hoadley, en la verja que giraba fantasmagóricamente alrededor de la casa o en el arma que sostenía entre sus dedos..., no, Elspeth sólo podía pensar en aquel doble, aquella aparición fantástica, el fantasma de Peter Wertz.

—No me habías dicho que eras un hombre.

—No soy un hombre.

—Pero no me dijiste que *habías* sido un hombre. —La expresión de Elspeth iba más allá de la vacuidad y el aturdimiento: parecía un zombie. Sí, estaba mucho peor que si acabaran de herirla gravemente. Elspeth era un muerto que caminaba y Shirley contempló a la mujer que amaba y el verla hizo que todo su ser se incendiara en una vehemente llamarada de vida.

—¡No soy un hombre! Nunca lo fui, nunca quise serlo. Nadie me preguntó qué opinaba al respecto, maldita sea. Me gustan las *mujeres*. —Shirley tomó a Elspeth en sus brazos y la apretó hasta hacerla temblar, intentando darle calor y obtener alguna respuesta de ella—. Quería ser una mujer. Desde pequeña siempre supe que era una chica. Alguien cometió un error a la hora de repartir los cuerpos, eso es todo.

Elspeth seguía tan inmóvil como un parquímetro, dejando aparte su boca, que se movía lentamente en espasmos robóticos.

—¡Tú me conoces bien! Sabes cómo soy realmente.

—Cinco años y todo era mentira.

—¡Nunca te he mentado!

—Mentías cuando estabas en la cama...

—¡No! Todo cuanto tuvimos... ¡Todo cuanto tenemos es real! —La pasión y el volumen de la voz de Shirley compensaban con creces todo lo que le faltaba a Elspeth—. Ser hombre..., eso sí era mentira. Ese capullo llamado Peter Wertz era una mentira ambulante.

—¿Se ponía las ropas de su mamáita? —Y, de repente, Elspeth se animó con una vida maligna y feroz. La larga hoja de acero que colgaba de su mano tembló y se alzó lentamente: destellos hirientes bailaron deslizándose a lo largo del surco hecho para dejar correr la sangre—. ¿Le gustaba correrse llevando sus bragas?

Shirley sintió cómo su rostro se tensaba y los músculos de su vientre se apretaron igual que si acabaran de darle un puñetazo. Tuvo que dar un paso atrás, igual que habría hecho Peter Wertz cuando se enfrentaba al inevitable matón del recreo.

—No —dijo—. El, no lo entiendes... Aquello era un pedazo de carne colocado por error, nada más.

Elspeth no pareció oírla.

—¿Y los chicos? ¿Le gustaba usar el culo con los demás chicos?

—No. Elspeth... —Shirley retrocedió otro paso. Iba a dolerle... Lo sabía, sabía que iba a dolerle, y su cuerpo quería evitar ese dolor aunque su mente deseaba enfrentarse a él—. ¿Adonde quieres ir a parar?

—¿Que adonde quiero ir a parar? —Elspeth alzó su espada y se rió, si es que había

alguien capaz de considerar que ese sonido era una risa—. Aquí. —La punta de la espada bailoteó ante su cara. Elspeth clavó los ojos en ella hasta bizquear, como si estuviera examinándola y no pudiera ver nada más; y empezó a temblar. Acabó envainando la espada. Temblaba tanto que necesitó las dos manos para conseguirlo—. No lo sé —farfulló sin mirar a Shirley—. No sé qué hacer o qué pensar.

—¡Mirad! —exclamó Cally, que había seguido mirando por la ventana como si no se diese cuenta de lo que ocurría a unos pocos metros de ella—. ¡Tenéis que venir a ver esto!

—¡Lo que pase ahí fuera no me importa una mierda! —Shirley jamás le había hablado con tanta rudeza, pero le daba igual. Fue hacia Elspeth e intentó rodearla con sus brazos pero Elspeth se encogió sobre sí misma con algo que casi era un gemido, como si fuera una niña pequeña con las bragas de algodón caídas alrededor de sus huesudas rodillas.

—¡Déjame sola! —Se liberó del abrazo de Shirley. Shirley había sido un hombre.

Cally ya no sentía ningún dolor. Nada de cuanto había formado su vida anterior de madre-y-esposa con Mark le parecía real. Sentía una exaltación, como si se hubiera purificado y fuera moralmente superior; estaba pasando a otro plano de existencia y apenas si se daba cuenta de que Shirley y Elspeth se peleaban a su espalda, y sabía que era capaz de tener visiones. Pero la escena que estaba desarrollándose al otro lado de la ventana no era ninguna visión. Su color, su música, sus luces..., todo era tan vivido que se tapó los oídos con las manos, deseando que alguien le diera unas gafas oscuras.

—Chicas —insistió—, tenéis que echarle una *mirada* a esto. No puedo creerlo.

Shirley fue en silencio hacia ella y miró por la ventana.

Los caballitos seguían moviéndose entre la oscuridad que había más allá del cristal, subiendo y bajando en su círculo defensivo. Cally tuvo la sensación de que en su forma de moverse había algo vagamente erróneo, pero no quiso pensar en ello: la verdad llegaría en su momento, cuando el ciclo del tiempo alcanzara su plenitud, tal y como la luz invade el cielo... Extasiada, siguió observando el lento girar de los radios suspendidos en las alturas, las vigas formadas por lucecitas ambarinas que iban y venían moviéndose en sincronización con las majestuosas piruetas de los caballitos de plástico, extendiéndose sobre los postes hasta formar una cornisa barroca. Desde la noche llegaban las algo asmáticas notas de un vals compuesto por Strauss. Un vals de ti vivo...

Shirley parpadeó y meneó la cabeza con fuerza, como si quisiera destaparse los oídos.

—¿Langostas? —preguntó con voz trémula un instante después.

—Y luciérnagas. —Cally había necesitado un espacio de tiempo imposible de precisar para comprender que las luces eran luciérnagas, la música de feria el canto de las cigarras... o esas criaturas con un poco de cigarras y demasiado de seres humanos a las que Hoadley llamaba langostas.

—Qué increíblemente extraño —dijo una voz. Elspeth, con un poco de su exquisito desprecio recobrado, había escogido su propia ventana desde la que mirar.

—Está ocurriendo porque tú lo quisiste —le dijo Cally, volviéndose hacia ella para mirarla desde el otro extremo de la habitación. Su flaco rostro recordaba al de un muchacho apache que ayuna en lo alto de una montaña para encontrar la verdad.

—¡Yo! —El tono de oráculo con que Cally había hablado la sorprendió lo suficiente para hacerla abandonar su pose despectiva—. ¡Yo no quise que ocurriera nada!

—Dijiste que la verja estaba allí para no dejar entrar a Hoadley y ése es el sistema que ha escogido para cumplir con su misión. Shirley... —Cally ladeó la cabeza y vio a Shirley como un ser dorado que brillaba con un resplandor casi insoportable. Una amazona parecida a una diosa percibida con la misma y dolorosa claridad con que veía las luces de ese ti vivo materializado en la noche, esas luces que le hacían palpar los

ojos mientras oía esa música jovial con tanta potencia y claridad como si un órgano Wurlitzer sonara a pocos metros de distancia, en la misma cocina de Shirley... Comprendía la existencia y la esencia de una forma tan clara e intensa que hasta el tiempo le parecía casi visible, como si pudiera oír el ritmo cambiante de su paso—. Shirley, no deberías haber dicho que tenías el SIDA.

Elspeth fue hacia ellas y contempló a su amante, y si ella era una amazona dorada Elspeth era una zíngara de ojos oscuros, la exótica, la vagabunda misteriosa, la forastera perpetua, una presencia pequeña pero tan vehemente e inexplicablemente eterna como la de Shirley.

—¡Ya sabes que no puedo tener el SIDA! —protestó Shirley, y su respuesta iba más dirigida a la mirada de Shirley que a las palabras de Cally—. Sabes que las dos dimos negativo en las pruebas. —Por lo tanto, y si habían sido fieles la una con la otra desde entonces, lógicamente Shirley no había podido contraer la enfermedad.

Elspeth no respondió pero Cally sí, sabiendo que la lógica no tenía nada que ver con todo aquello.

—No tendrías que haberlo dicho. En los últimos tiempos la gente dice cosas y..., bueno, parece que acaban convirtiéndose en realidad. —Cally volvió a mirar por la ventana—. Si tuviera el valor suficiente para cruzar esa verja me iría a dormir al establo y os dejaría a solas —dijo y, como Shirley, estaba dirigiéndose a los mudos temores de Elspeth.

Ni tan siquiera Elspeth esperaba aquello de Cally. Durmió en el dormitorio para huéspedes de Shirley aunque pasó más tiempo mirando por la ventana que durmiendo, y el carrusel de luciérnagas, los postes de la verja y los caballitos de plástico siguieron toda la noche con su imposible girar alrededor de la casa. Pero Cally acabó quedándose dormida cuando faltaba poco para el alba y de día, cuando volvió a mirar por la ventana, las luciérnagas se habían esfumado, la música ya no sonaba y los caballitos de plástico rescatados de la basura y los chatarreros estaban nuevamente en su sitio de costumbre, con el vientre tensado como siempre en una inmóvil carrera sobre sus postes. El alambre de la verja se había roto o estaba doblado a causa de la presión ejercida por la turba, pero la hierba del patio no mostraba ninguna señal o huella de un círculo inexplicable.

CAPÍTULO DOCE

Al día siguiente el buzón del Salón de Pompas Fúnebres El Reposo Perfecto contenía una carta dirigida a Cally. Mark tuvo que echarle una mirada al remite para darse cuenta de que era de su madre, tan pocas veces había visto la escurridiza caligrafía de aquella mujer. La madre de Cally jamás le escribía. ¿Por qué le mandaba esa misiva? Tenía que ser por algún asunto serio, quizá algo que deseaba mantenerle oculto a Mark, o de lo contrario habría telefoneado. O quizá no quisiera que los niños se enterasen... La preocupación por su descendencia se impuso a las sospechas de Mark y en cuanto se sintió ennoblecido por una emoción respetable se convirtió en Mark, el Caballero Blanco de la Bondad y el Servicio a la Humanidad: ahora no podía abrir el correo dirigido a otra persona, ni aun hallándose dominado por una mezcla de fastidio y celos, como había estado a punto de hacer cuando era Mark la Bestia.

Mark el Bondadoso llegó a un compromiso con Mark la Bestia y decidió fisgar un poco. Alzó el sobre sosteniéndolo a contraluz. El sobre contenía una breve nota con una sola doblez, lo que le permitió distinguir unas cuantas palabras: «Tammy..., el médico dice...». Y, más adelante, «bastante preocupada». Viniendo de la mujer que apenas si se preocupaba por nada...

Mark se metió la carta en el bolsillo, llamó por teléfono a su madre y le encargó que contestara las llamadas dirigidas al salón de pompas fúnebres. Después le dio

instrucciones a su teléfono para que pasara las llamadas a casa de su madre y cogió el avisador para que pudiera encontrarle en caso de necesidad. Todos aquellos preparativos tenían como objeto permitir que el director del salón de pompas fúnebres pudiera abandonar su establecimiento. Dejaría la otra parte del avisador en casa de los Wilmore cuando pasara por allí en busca de Cally.

Cuando la señora Wilmore se marchó de casa yo estaba realmente preocupado por Joanie. Había cambiado mucho desde que le hizo esa mala pasada a su madre. Ahora ya no tenía nada que decirme pero tampoco le importaba el que yo anduviera por allí, lo cual no me servía de mucho. Nada parecía importarle. Casi nunca iba a ningún sitio, salvo a esas reuniones del parque. No salía ni para comprar comida. Subí muchas veces la colina para encontrármela en ese parque de atracciones suyo, a oscuras, sin nada que comer. Yo me encargaba de traerle provisiones. Me recordaba cómo había sido Joanie el último año, salvo que la vieja Joanie me habría gruñido. Ahira no me decía nada. Eso me preocupaba.

Si hubiera pensado un poco me habría dado cuenta de que me necesitaba y le habría dicho que sabía que era Joanie. Pero me había acostumbrado a que fuese Ahira. Además, desde que vi lo que le hizo a su madre le tenía un poco de miedo, así que me limitaba a llevarle comida y dejarla en paz.

Creo que en la vida nunca hay un término medio. Cuanto menos salía Ahira de su agujero más salían de los suyos los inadaptados de Hoadley. Naturalmente, muchos de ellos se habían curado y ahora ya no parecían tan raros ni eran tan feos, dejando aparte las marcas que tenían en las caras, pero eso no importaba. Seguíamos siendo inadaptados y lo sabíamos. Ser un inadaptado es algo que no depende del aspecto que tengas. Depende de lo que el mundo le haya hecho a tu interior. La única diferencia es que ahora estábamos orgullosos de nuestras cicatrices, ¿comprenden?, tanto de aquellas que la gente podía ver como de las que no podían ver, porque esas cicatrices nos habían convertido en la familia de Ahira. Ahora ya no nos escondíamos como solíamos hacer antes sino que nos pasábamos todo el día en la calle, y a veces salíamos casi de madrugada: dábamos vueltas por Hoadley y nos limitábamos a contemplar la luz del día como si no estuviéramos acostumbrados a verla y dábamos paseos juntos y nos sonreíamos. Era como si nos hubiésemos convertido en los dueños del pueblo... La gente apenas si salía de sus casas, por nosotros o por esos insectos negros que se pasaban todo el tiempo chillando como bebés. A nosotros no nos molestaban. Hasta los llevábamos de un lado para otro como si fuesen animalitos domésticos y contemplábamos sus negras caras y les decíamos cosas dulces. Esos insectos eran como parientes nuestros, y lo sabíamos. Los insectos también eran unos inadaptados. La chica que antes era calva llevaba todo un enjambre de ellos en su pelo. Les daba nombres y les quería como si fuesen hijos suyos y nunca se separaba de ellos, fuera adonde fuese. Muchos de nosotros hacíamos lo mismo.

Y cuando Ahira iba al parque, hacia la hora del crepúsculo, ya no nos presentábamos disimulando y tratando de escondernos como hacíamos antes. Estábamos allí esperándola y aquello casi parecía una fiesta, aunque no hubiera bebidas ni nada parecido, y cuando la veíamos venir la saludábamos y grupos enteros de nosotros echaban a correr para recibirla y abrazarla, y cuando quería marcharse no la dejábamos. La hacíamos recorrer todo Hoadley con nosotros y cantábamos tonterías y contábamos chistes malos, y muchos caminaban formando una gran fila con los brazos sobre el hombro de los que tenían a los lados, y Ahira también estaba en la fila. Yo nunca hice nada de eso porque pensaba que Ahira podría enfadarse pero me alegraba que los otros lo hicieran y que ella no se enfadara. A veces veía sus ojos y ese rostro suyo y me parecía que quería echarse a llorar. No me importaba. La gente tiene derecho a llorar de vez en cuando, ¿verdad?

Ya he dicho que estaba preocupado por ella pero nunca habría adivinado la locura que iba a cometer.

La mañana siguiente a una de esas noches —Ahira y un grupo de nosotros fuimos hasta la Mina 28 y pintamos con aerosol «666» en el puente del ferrocarril—, subí por la vieja línea del tranvía hasta donde vivía Joanie: todavía era muy temprano, antes de que tuviera que ir a trabajar al salón de pompas fúnebres. Llevaba conmigo un montón de plátanos, unos donuts de crema y un poco de salchichón para ella. Pero apenas entré por el agujero que el espíritu de la tierra había hecho en la pared de su tiovivo dejé todo eso en el suelo porque supe que algo andaba mal.

Lo supe porque había visto trocitos de cristal esparcidos por todo el suelo. Después vi a Joanie. Estaba tumbada en el suelo entre algunos de esos caballitos de madera. No estaba muerta y ni tan siquiera estaba inconsciente, porque pude verle los ojos, tan duros y brillantes como si también fueran trocitos de cristal. Había estado observándome desde que entré pero no me dijo hola ni nada, y sus ojos me miraban desde una mancha negra, y la mancha era sangre.

—Joanie —le dije, y estaba tan nervioso que ni siquiera pensé en lo que le decía—, oh, Joanie, maldición, ¿qué te has hecho? —Miré a mi alrededor, di unos cuantos pasos y cogí su linterna, encendiéndola para poder verla mejor. Y Joanie tenía los ojos clavados en mí, muy abiertos, y su boca se movía como si colgara de unos hilos de sangre.

—Bar —murmuró—. ¿Cómo..., quién? ¿Cómo lo has sabido?

La había llamado por su auténtico nombre, ¿comprenden? Pero ahora nada de eso me preocupaba. Sólo podía preocuparme por ella. Me acuclillé a su lado con la linterna y pude ver que ya no estaba sangrando: debía llevar un rato allí porque las gotas de sangre que había en el suelo ya estaban secas y la sangre de su cara empezaba a ponerse pegajosa. Pero se había aplastado la nariz y se había hecho un montón de cortes. Sus manos seguían enteras; las tenía cruzadas sobre su cuerpo. Se había tumbado en el suelo como si fuera un cadáver listo para el funeral.

—Bar... —me estaba diciendo—. ¿Cómo supiste quién era?

Yo no le presté atención. Me di cuenta de lo que había hecho. Había roto todos esos espejos tan grandes que había en el centro del tiovivo. Había sangre y trozos de cristal por todas partes, y debía haberlos roto con la cabeza. Debía haber estrellado su hermoso rostro en esos espejos...

Fui a buscar el recipiente de plástico de la leche donde guardaba el agua y encontré una servilleta o algo parecido, no recuerdo qué era porque estaba muy nervioso y preocupado, y volví junto a ella y traté de lavarle la sangre de la cara sin hacerle más daño del que ya se había hecho.

—Joanie —le dije—, Joanie, ¿estás bien?

Y entonces ella me apartó las manos de repente y se irguió y cuando empezó a gritarme su voz era como la de la vieja Joanie.

—¡Barry Beal, qué idiota eres! —me gritó—. ¡Pues claro que no estoy bien! Yo... —Entonces la rodeé con mis brazos. Tendría que haberlo hecho antes. Se pegó a mi hombro y empezó a llorar. Traté de que estuviera lo más cómoda posible. Ver lo que había hecho no me gustaba nada pero había una cosa que sí me alegraba: ahora sabía que seguía necesitándome. Joanie necesitaba que la amara.

—Estás condenadamente flaca —le dije. Me hizo pensar en un pajarito que había tenido una vez, todo huesos y siempre temblando—. No has estado comiendo lo suficiente —le dije. Ella no me respondió. Estaba demasiado ocupada llorando.

—¡Maldita sea, me duele! —logró decir entre lloro y lloro.

—¿El qué? —Me aparté un poco de ella porque tenía miedo de haberla apretado demasiado fuerte, pensando que quizá le hubiera acabado de aplastar la nariz o algo así. Hasta su voz se parecía más a la de la vieja Joanie, porque ahora tenía la nariz

aplastada.

—No es culpa tuya. Las lágrimas.

—Llorar te irá bien.

—Se me están metiendo en las *heridas* —chilló, pero siguió llorando un rato hasta que acabó calmándose y se apartó de mí—. Te he dejado la camisa hecha un desastre —me dijo. Parecía tener ganas de llorar un poco más pero estaba demasiado cansada para hacerlo.

—Y tú te has dejado la cara hecha un desastre —le dije yo. Ya se la había lavado casi toda y podía verla mejor. Tenía un montón de cortes no demasiado profundos y se había hecho una buena raja en la mejilla—. Tengo que llevarte al médico.

—No. —Volvió a tumbarse en el suelo.

—Joanie...

—No —dijo ella—. Odio esta cara. Déjala como está.

—No voy a dejarla como está. Empiezas a tenerla toda hinchada. —Lo estaba, sobre todo alrededor de los ojos y los labios. Volví a echarle agua fría para rebajar la hinchazón—. ¿Qué tenía de malo? —le pregunté—. Yo creía que era realmente bonita.

Me sonrió y la sonrisa le salió un poco rígida porque le dolía la boca, y me dijo:

—Barry, nunca cambiarás... ¿Cuánto tiempo llevabas sabiendo quién era?

—Bastante. Desde la primera noche que subí aquí.

—Dios... Ojalá me lo hubieras dicho.

—Pensaba que no te gustaría —le contesté, aunque ahora yo también deseaba habérselo dicho.

—Puede que no —me dijo, hablando muy bajito—. Me he portado como una auténtica imbécil.

Nos quedamos callados. Seguí mojándole la cara con el agua fría.

—Pero quizá lo necesitaba —me dijo.

—Me parecía que ya no me necesitabas para nada.

—Necesitaba algo. Puede que un trasplante de cerebro... —Intentó explicarme cuál era el problema—. Es como si... Bar, es como si fuera dos personas a la vez y cada una desea cosas distintas. Y además están todos esos..., todos esos inadaptados reunidos en un solo sitio, tratándome como si yo fuera realmente especial...

—Bueno, ¿es que no lo eres? —le pregunté.

—Sí, un poco. Hice lo que tenía que hacer. Me convertí en Ahira. Inventé un nombre que utilizar. He puesto en movimiento algo que... Soy más lista que los otros inadaptados. —Tuve la impresión de que estaba riéndose de sí misma—. Eso es lo que estaba pensando.

—Bueno, eso no es malo —le dije.

—Oh, claro que no. Si tú lo dices... —Parecía terriblemente cansada—. Tú crees que todo lo que hago está bien. Y ellos opinan lo mismo que tú. Se parecen mucho a ti, Bar. Son gente dulce y encantadora. La mayor parte de ellos, al menos... Quiero que... Quiero que me amen.

—¡Ya te aman!

—No. Aman a Ahira.

Y la miré fijamente porque no entendía lo que me estaba diciendo, y me di cuenta de que estaba terriblemente preocupada, así, de repente, como si lo hubiera llevado dentro todo ese tiempo y no pudiera seguirlo conteniendo.

—¡No me conocen! Es como si llevara puesta una maldita máscara... Aman a Ahira y eso es todo. La hermosa Ahira... Y dentro de mí hay una..., una niña que llora y llora... —Trató de ponerse en pie y alzó las manos, moviéndolas por el aire como si fueran palomas aleteando.

—¿Qué? —volví a decirle.

—Fue ella. Me obligó a dejarla escapar.

—¿Quién?

—¡Joan Musser! Me hizo romper la máscara para dejarla salir. Yo... ¡Joan Musser estaba escondida en mi interior! —chilló—. Como si estuviera encerrada en un lugar oscuro, un armario, un sótano, debajo de mi maldita cara, allí donde no podían verla, y no paraba de gritar... —Joanie estaba temblando con tanta fuerza que tuve la impresión de que todos esos caballitos de madera que nos rodeaban también estaban temblando—. No paraba de gritar y llorar, como una niña perdida en la oscuridad, gritaba «Por favor, por favor, *quíereme*, a-a-a-ámame», y ellos son buena gente, quizá la hubieran amado incluso siendo como era, y Ahira gritaba no, no, estás muerta, apestas, quédate donde estás, eres horrible, horrible...

Intenté rodearla con mis brazos para que se calmara pero se apartó de mí y se escondió debajo de un caballito.

—¡Sigo siendo horrible por dentro! —gritó.

No sabía qué hacer, así que empecé a darle palmaditas en la única parte de ella a la que me dejaba llegar: su pierna. Tenía el rostro vuelto hacia un lado.

—Joanie —le dije a su nuca—, no eres horrible. Pero estás diciendo cosas *horribles*... Quiero decir... Mírame.

—Cállate —me dijo, llorando.

—Sal de ahí y mírame aunque sólo sea una vez —le dije, y seguí repitiendo esas palabras hasta que me hizo caso. Me lanzó una mirada terrible, como si quisiera matarme, y la verdad es que tenía un aspecto espantoso, con la nariz rota y la cara llena de heridas y los ojos y la boca hinchados y los ojos ya estaban empezando a ponerse negros...—. De acuerdo, eres horrible —le dije—. Juntémonos y así seremos dos.

Estuvo a punto de reírse pero la risa se le quedó atascada en la garganta.

—No lo entiendes —dijo.

—Es verdad. —No me molestaba. Siempre me había costado bastante entender las cosas—. De todas formas, ¿quieres apoyarte en mí? —Volví a apretarla contra mi hombro y Joanie me dejó hacer—. No soy muy inteligente —le dije—. Si fuera inteligente me habría dado cuenta de que te quería. Nunca habría permitido que te fueses dejándome abandonado.

—¿Qué? —Parecía estar muy cansada.

—Te quiero, Joanie. Siempre te he querido.

Se quedó callada durante un rato bastante largo. No se movió, y no me miró.

—Eso no me ayuda tanto como crees —dijo por fin.

—Es lo mejor que puedo ofrecerte.

Me quedé allí, abrazándola, sentados en el suelo del tiovivo con los caballos de madera coceando el aire a nuestro alrededor, y casi me daban miedo porque aquello estaba muy oscuro. Tenerlos tan cerca hizo que sintiera deseos de marcharme y sacar a Joanie de ese sitio, aunque estaba dejando que la abrazara, y le dije:

—Joanie, vamos, deja que te lleve al médico. Puede que aún tengas algún trozo de cristal en las heridas.

Movió la cabeza un poquito pero no me miró. Sentí su peso sobre mi hombro y el temblor de su cabeza al moverse diciendo que no.

—Joanie...

—No me importa —dijo.

—Oye, a mí sí me importa.

—Cállate, Bar. —Levantó la cabeza y me miró con unos ojos que no eran más que ranuras entre unos párpados hinchados de color azul y negro, como si realmente estuviese viéndome desde detrás de una máscara—. Tú quieres cuidar de mí... —Se quedó callada y cuando volvió a hablar no terminó lo que había querido decirme—. Y mi padre, ¿aún no se ha matado de tanto beber?

—Todavía no —le dije, porque si lo hubiese hecho yo lo sabría: si estuviera muerto

le habrían traído al salón de pompas fúnebres y yo le habría preparado un lienzo. Los Musser eran protestantes, más o menos... Pero me extrañó que Joanie me hiciera esa pregunta porque si se hubiera muerto ella ya lo sabría. En Hoadley todo el mundo se enteraba de todo—, ¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero que se muera —dijo Joanie.

—Bueno, supongo que no tardará en morirse, ¿verdad? —dije yo. O moriría de tanto beber o moriría cuando ella acabara con todo el pueblo.

—No me basta con que muera —dijo Joanie—. Quiero que grite. Quiero que tiemble y que sepa que va a morir y por qué va a morir. Quiero que se cague en los pantalones, que le duela mucho y que se muera.

Me quedé muy quieto y la miré pero mis ojos no veían esa cara tan hermosa llena de heridas. No vi a Ahira. Lo único que hice fue escuchar su voz, escuchar la voz de Joanie... Me di cuenta de que odiaba a su padre mucho más de lo que yo pensaba.

—No sabía que le odiaras tanto —le dije.

—Soy la rosa enferma, Bar. Y él fue quien me hizo enfermar.

No me acordaba de su poema y aunque me hubiese acordado lo más probable es que tampoco lo hubiera entendido. Pensé que se refería a la gripe o algo parecido.

—No tienes fiebre —le dije.

—No puedes darte cuenta de hasta qué punto estoy enferma. Bar, nunca te lo dije. Nunca se lo dije a nadie. —Hablaba sin mirarme. Tenía los ojos clavados en la nada y se me puso la piel de gallina porque empecé a pensar que iba a contarme algo muy feo, algo realmente horrible—. Todo eso que decía mi madre sobre que yo era una puta y una sucia pecadora, que aprovechaba todos sus descuidos para dedicarme a fornicar, que lo hacía cada vez que estaba fuera de casa..., era cierto, Bar. Pero él me obligaba a hacerlo. Y yo no podía hacer nada por impedirlo.

Era tan horrible que estuve todo un minuto sin entenderlo y mientras yo estaba sentado allí, quieto como un maniquí, ella siguió hablando con los ojos clavados en los tablones del suelo, hablando y hablando como si tuviera dentro una máquina que la hacía hablar...

—Todo empezó cuando tenía diez años. Sé que no era mayor porque a esa edad tuve mi primer período, vi toda esa sangre en mis bragas y nadie me había explicado nada, y lo primero que pensé fue que mi padre me había hecho daño.

—Jesús —dije yo.

—Intenté hablar con ella y contarle lo que ocurría, lo intenté varias veces pero ella me llamaba mentirosa. Me abofeteaba con tanta fuerza que me tiraba al suelo y luego rezaba por mí. Me quedé embarazada tres veces. Iba a ver a una mujer que vive en la calle del ferrocarril para abortar. La primera vez sólo tenía trece años y estuve a punto de morir.

Estaba empezando a comprender lo que me decía. Me puse en pie y apreté los puños.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté—. Le habría matado. Le mataré. Voy a matarle ahora mismo.

—Por eso no te lo dije —me contestó en un tono de voz muy raro, tan bajo que apenas si la oí.

—¿No quieres que le mate? ¡Si quieres que le mate basta con que me lo digas! —Estaba tan enfadado que mi pecho subía y bajaba a toda velocidad—. Le mataré de la forma que tú quieras. Basta con que me digas cómo quieres que le mate.

—Ése es el problema —dijo ella con una voz muy suave y tranquila—. Creía que deseaba verle muerto. Creía que deseaba verles muertos a todos salvo a los inadaptados. Todo el maldito y apestoso pueblo de Hoadley... Quería joderles igual que mi padre me había jodido a mí. Por eso hice lo que hice. También creía que deseaba ver morir a mi madre.

Y entonces empecé a entender cuál era su problema, y me calmé un poco, y volví a sentarme en el suelo junto a ella.

—Lo que le hiciste a tu madre..., bueno, tampoco me gustó demasiado —le dije.

Asintió con los ojos clavados en el trozo de suelo que había entre sus rodillas.

—Ahora ya no estoy muy segura de lo que deseo.

Quería decir que no estaba segura de si deseaba ver morir a su padre.

—Bueno —le dije—, al menos deja que le dé una paliza. Puedo decirle que se la doy en tu nombre.

—Barry... —me dijo. Parecía desesperada. Me calmé del todo, la miré y escuché con toda mi atención para entender bien lo que iba a decirme—. Ya no estoy segura de que quiera ver morir a nadie —me dijo.

—Bueno, es igual —dije yo, sin comprender del todo lo que me decía. Lo único que sabía era que quisiera lo que quisiese por mí estaba bien. Pero ella meneó su pobre cabeza llena de cortes y empezó a gritarme.

—¡No es igual! ¿No comprendes nada de lo que he hecho? He invocado al Diablo. El dios del infierno, el señor del fuego... Satanás en persona.

Y entonces por fin lo comprendí todo. Necesité todo el cerebro de que disponía, pero lo comprendí y supe que estaba metida en un gran lío. Todos lo estábamos.

—Le ofrecí almas —me dijo—. Montones de almas... Todo un mundo de almas. No creo que un pueblo hubiera bastado para convencerle. Es codicioso. Pero le dije que podía poner en marcha el último día aquí mismo, en Hoadley, y él olió el aire y lo saboreó con su lengua, como un sabueso durante la cacería. —Oí el temblor en su voz. Por fin estaba contándome la verdad de lo que ocurrió ese día y hablaba como si todo fuese una pesadilla y necesitara librarse de ella—. Su lengua estaba hecha de fuego, y se sonrió como un perro cuando enseña los dientes y me dijo que este sitio era tan bueno como cualquier otro. «Aquí se han cometido muchas maldades», me dijo. Y entonces hizo que este lugar se convirtiera en el cubo, me quitó la máscara y me hizo contemplarme en el espejo y me dio esta cara. —Por su forma de hablar cualquiera habría pensado que la convirtió en una rana. Pero yo no podía hacer nada al respecto—. Le prometí que podría llevarse a todos y cada uno de los jodidos normales de Hoadley para hacerles arder en el infierno —me dijo.

—No va a conformarse con Hoadley —dije yo, porque ése era el auténtico problema.

—No. Cuando empieza no le gusta parar.

Oh, Dios. Mi madre, mi padre, mis hermanos..., pero eso no era lo que más me preocupaba o, al menos, no por ahora.

—Joanie —le dije—, Joanie... —le toqué la pierna con la mano, tan asustado estaba—. Joanie, ¿se quedó con tu alma?

No me respondió. No quería mirarme. Lo único que hizo fue pegar las rodillas al pecho y pasarse los brazos alrededor de ellas, apretándolas con mucha fuerza. Apoyó la cabeza en las rodillas con el rostro vuelto hacia un lado y empezó a mecerse, hacia atrás y hacia delante, hacia atrás y hacia delante... Y la oí gemir, igual que hacen a veces los bebés, sólo que en ese gemido había palabras. Estaba canturreando en voz baja:

—...el gusano invisible

Ha encontrado mi lecho

De alegría escarlata

Y su oscuro amor secreto

Destruye mi vida

Destruye mi vida

Destruye mi vida...

A Mark no le costó mucho imaginarse dónde podía estar Cally. Sabía cuáles eran las cosas que consideraba realmente importantes; de hecho, solía pensar que para Cally ese maldito caballo era más importante que él. Estaba claro que le importaba más que las

prioridades de Mark: sus funerales, sus gruesas alfombras que se obstinaba en manchar de estiércol, esas sesiones de limpieza de las salas que se suponía debía llevar a cabo entre velatorio y velatorio... Mark la mantenía y ella tendría que haberle ayudado un poco con el negocio, prestándole su cooperación. Cally jamás podría mantenerse a sí misma..., no en Hoadley y no con los salarios que le pagaban a las mujeres, y mantener un caballo aún le resultaría más imposible.

Por no hablar de los niños...

Los niños; ¿qué podía pasarles? Mark hizo que su vehículo —la Camioneta Para Ir al Hogar del Reposo Perfecto, aquella en la cual llevaba los cadáveres a la puerta trasera del sótano que conducía hasta la sala de embalsamamiento, la puerta discretamente-disimulada-a-los-ojos-curiosos—, tomara la curva de una sola calzada que había bajo el viaducto del ferrocarril, uno de esos malditos viejos puentes de piedra rojiza de embocadura tan angosta que parecía un túnel, con una pared de piedra rojiza y un canalillo debajo para que fuese todavía más peligroso. Tendría que haber hecho sonar la bocina por si había alguien viniendo en dirección opuesta. Pero no lo había hecho, y tampoco la hizo sonar en cuanto llegó a la siguiente curva. Cuando dejó atrás el brusco giro donde comenzaba la pendiente apretó el acelerador y la camioneta entró como un cohete en la calzada que no le correspondía.

Llegó al establo y encontró el coche de Cally pero no a Cally, y tampoco había nadie más. Mark, irritado, dio unos cuantos puñetazos en la puerta de la granja lanzándole miradas feroces a los caballitos de plástico colocados encima de los postes..., esas mujeres estaban locas por los caballos. En el fondo no eran más que niñas grandes. Mark había oído algunos comentarios escandalizados sobre aquel sitio y no le había prestado demasiada atención a las murmuraciones: en los dos días transcurridos desde que Cally le abandonó apenas si había sido capaz de prestarle atención a nada. Lo único que recordaba era que quien hizo los comentarios parecía tenerle miedo a esas mujeres y sus caballos. Ridículo.

Como no encontró a nadie en la casa fue a llamar a la puerta del silo remodelado: era una auténtica imitación de castillo que bien habría podido servirle como campo de juegos a una criatura. Cally había conseguido enredarse con una buena pandilla de lunáticas... Mark pensaba que toda la culpa de su reciente rebeldía y tozudez recaía en ellas; les atribuía la responsabilidad de que su matrimonio hubiera fracasado y de que el rostro de su mujer se hubiera convertido en una flaca calavera que siempre le contemplaba con expresión de reproche.

Nadie respondió a sus llamadas, aunque había varios vehículos aparcados cerca del silo. Mark fue hacia el establo, entró anunciando su presencia con un grito y no encontró a ningún ser humano. Observó los pastizales; no sabía distinguir un caballo de otro y lo que vio no le era de gran ayuda, pero pensó que quizá Cally y las otras mujeres hubieran ido a montar. ¿Cómo podía ir a montar en un momento semejante? Pero, naturalmente, era muy capaz de hacerlo. Sí, sería una reacción muy propia de ella.

Mark estaba tan saturado con la energía fruto del resentimiento que no podía quedarse sentado a esperar, y ni tan siquiera podía matar el tiempo dando paseos de un lado para otro. Bajó a grandes zancadas por el sendero que pasaba junto a los pastizales e iba hacia las laderas y los valles en que terminaban las estribaciones boscosas.

Una vibración gutural invadió el bosque hasta las copas de los árboles, pareciendo quedarse tan pegada a la miriada de ramitas como las omnipresentes cigarras que puntuaban la tierna corteza a la que se agarraban con sus zarpas anaranjadas. Los tallos temblaron levemente. Un órgano inmenso, un gatazo colosal de voz cascada, un monstruoso *basso continuo* resonando bajo el agudo coro de los insectos..., la mina rugía en el valle.

Antes de entrar en el bosque Mark ya casi se había olvidado de adonde iba y por qué. De hecho, no tenía ninguna razón que le impulsara a buscar a Cally en ese sendero y no

en otro. Cally podía haberse ido a montar por cualquier otra zona. Quizá hubiese ido al otro lado de la carretera... Y aun suponiendo que hubiera tornado por aquel sendero — Mark veía huellas de cascos por todas partes, huellas que quizá fueran recientes y quizá no—, y estuviera a una cierta distancia de él, lo más probable era que no consiguiese alcanzarla. Habría sido mucho más inteligente esperar en el establo.

Pero Mark siguió avanzando y se apartó del sendero, abriéndose paso por entre matorrales de ortigas, rompiendo ramas y dando tumbos por la abrupta ladera del risco que iba descendiendo entre los árboles. El bosque era muy hermoso, oscuro y frondoso... Mientras avanzaba por aquel lugar salvaje y desolado Mark fue capaz de olvidar quién era y lo que le preocupaba, o casi lo olvidó; sintió un inmenso alivio físico. Gozaba con la sensación producida por el paso del aire a través de las rosadas esponjas de sus pulmones, la elasticidad de sus músculos, el cálido latir de su sangre y el ruido que hacían sus pies al posarse sobre el suelo. Su llamador emitió un zumbido; se lo arrancó del cinturón y lo arrojó contra una roca. El plástico negro se hizo añicos y los minúsculos componentes metálicos se esparcieron por el suelo. El zumbido se desvaneció y Mark sintió la misma satisfacción que si hubiera aplastado uno de esos negros insectos reduciendo al silencio su gimoteo de bebé.

Se detuvo al final del risco para recuperar el aliento, sacó la carta de su bolsillo, rasgó el sobre y la leyó.

El ronco trémolo de la mina hacía vibrar sus oídos y su mente; las palabras no significaban nada para él. ¿Que Tammy estaba comportándose de una forma extraña? ¿Una niña que aún no había llegado a la adolescencia abordando a hombres desconocidos como si fuese una mujer de la calle? ¿Hospitalizada para someterla a observación? ¿Que Owen había perdido el tacto en los dedos y que su piel se había cubierto de manchas rojizas carentes de sensibilidad, síntomas clásicos de... la lepra? La lepra... Absurdo. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué importancia tenían para él? No lograba recordar sus rostros; ni tan siquiera podía acordarse de su propio nombre. ¿Quién era esta histérica que le escribía una carta redactada en semejante tono? Otra sanguijuela que exigía su ayuda, su corazón y su alma. Bueno, Cally y todas las pobres almas desgraciadas de Hoadley le habían dejado sin alma y por lo que a Mark respectaba podían quedársela. Se sentía mucho más a gusto sin ella.

Y, hablando del diablo, allí estaba Cally montada en ese maldito caballo negro suyo, acompañada por esas malditas mujeres con las que le gustaba codearse, y ellas también iban montadas en sus ridículos animales.

Mark se rió —o creyó reírse—, y fue hacia ellas.

Elsbeth alzó bruscamente la cabeza al oír los primeros tartamudeos de aquel sonido y sus ojos miraron a su alrededor buscando un oso lanzado a la carga. Sabía reconocer a un oso en cuanto lo oía y sabía que para alguien montado a caballo no había nada más peligroso que un oso; cualquier caballo se volvería loco con sólo olerlo. Las mujeres habían estado cabalgando por el negro sendero que llevaba a la mina y todas tiraron de sus riendas en cuanto oyeron aquella mezcla de tos y rugido, pero Mark emergió del bosque sin darles tiempo a hacer nada más. Le contemplaron boquiabiertas desde la grupa de sus nerviosas monturas que intentaban encabritarse: el hombre que corría hacia ellas parecía haberse vuelto loco. Las ramas y las espinas casi habían acabado con su elegante polo de marca, tenía la piel cubierta de arañazos, el cabello revuelto y los ojos iluminados por una llama salvaje pero..., de todo lo que las hacía mirarle con tanto asombro eso era lo menos importante.

Mark le arrojó la carta a Cally tal y como había lanzado el llamador contra el peñasco, pero la carta no le dio la satisfacción de alcanzar su blanco con un golpe seco; bailoteó por el aire y acabó cayendo lentamente al suelo. Mark se dio la vuelta con un gruñido animal y empezó a bajar por el sendero de la mina. Había sufrido una alteración tan extraña que Cally sólo se dio cuenta de quién era cuando ya le había perdido de vista.

—¡Mark! —Se dispuso a seguirle.

—Espera —dijo Shirley, tan asombrada que su voz había perdido todo el volumen y la resonancia habituales—. ¿Estás segura de que era Mark? —Los acontecimientos de los últimos días la habían afectado de tal forma que ya no estaba segura de nada, pero le parecía haber visto unas garras y unos cuernos brotando por entre la desordenada cabellera de aquel hombre.

Cally no quería esperar, aunque «Diablo» le oponía resistencia a cada paso. Clavó sus duras botas negras en los flancos del caballo para hacerle avanzar. La vieja «Gigi» hizo que «Aceite de serpiente» la siguiera y en sus labios había esa extraña sonrisa de tensión: «Gigi» siempre estaba dispuesta a meterse en líos. Shirley maldijo y fue en pos de ella. Elspeth, que iba la última, bajó de «Guerrera» y cogió el sobre medio roto que yacía en el suelo antes de volver a montar y seguirlas.

Se lanzó al galope para alcanzar a Shirley, que también se había puesto al galope y había alcanzado a «Gigi». Cally aún les llevaba un poco de ventaja. Y lo increíble era que Mark —o lo que habían visto, fuera lo que fuese—, parecía capaz de ir más deprisa que ellas. Cuando llegaron a la mina vieron que la gravilla negra del sendero estaba llena de árboles, esos troncos a medio crecer que había en aquella zona, con las ramas hechas astillas o medio rotas. Era como si aquel lugar hubiera sido devastado por un tornado, pero no había descargado ninguna tormenta y sólo una hora antes esos troncos todavía temblaban apuntando al cielo.

Nadie podía oír el ruido de los cascos, el astillarse de los árboles o el atronar de su propio corazón; el clamor de la mina ahogaba cualquier otro sonido. Las mujeres galoparon a través del bosque destrozado como si algún varón chauvinista las hubiera desafiado a seguir avanzando, saltando troncos cuando podían, dando un rodeo para esquivar obstáculos y abriéndose paso a través de aquella confusión de árboles caídos como si fueran hormigas moviéndose por entre un montón de palillos.

El potente ronroneo de la mina cesó de repente dejando el bosque sumido en un silencio de muerte. Hasta las cigarras se habían quedado calladas para escuchar el grito..., el primer grito de ese día del apocalipsis.

Y el grito llegó.

El instinto de Mark le había guiado a su destino. Una bestia necesita un cubil.

CAPÍTULO TRECE

«Gigi» acudió ese día al establo con ganas de montar a caballo y la fuerza de su presencia solía tener un considerable impacto sobre quienes la rodeaban. Los gruesos callos blancos como la piel de un cadáver que cubrían su maltrecho cuerpo parecían definirla, permitiéndole caminar con orgullo, hablar como si de su boca cayeran piedras y salirse con la suya. Encontró a Cally, Shirley y Elspeth en la granja, aún algo aturdidas por lo ocurrido la noche anterior, y el tirón de sus secas palabras y sus fríos dedos las hizo salir de su refugio para montar a caballo con ella.

En cuanto «Gigi» hubo conseguido ponerlas en movimiento la siguieron de buena gana. Las tres mujeres estaban librando un terrible combate con sus propios demonios internos y acogieron la perspectiva de montar como si fuera un talismán de control y dominio; en cuanto llevaran un rato a caballo experimentarían la sensación de que todo iba bien, por muy ilusoria que fuese, y volverían a ser capaces de hablar entre ellas, aunque su objetivo no era comunicarse y actuar como una falange formada por cuatro guerreras. Partieron hacia una aventura personal, y buscaban una respuesta igualmente personal.

Cally ensilló a «Diablo» en su aprisco (ya que el caballo se negaba a dejarse ensillar en el pasillo del establo) y eso le permitió observar a las demás sin que se enteraran de

su escrutinio. «Gigi», tan maravillosamente segura de sí misma que el estado anímico de las otras mujeres no tenía ningún efecto sobre ella, le decía dulces palabras sin sentido a «Aceite de serpiente»; si aún le quedaba algo de ternura dentro, estaba reservada para su montura. Elspeth, ceñuda y con cara de preocupación, ensilló a «Guerrera» en silencio. Elspeth y Shirley no habían comido nada en todo el día, igual que Cally. Cally había preparado un poco de tocino y judías que acompañó con una tortilla de moras, instándolas a que comieran aquel pesado almuerzo para permitirle participar un poco del acto de alimentarse, pero ninguna de las dos lo había probado. Shirley también guardaba silencio y ni la luz color miel del atardecer bastaba para ocultar su palidez: Shirley, la de los huesos grandes y la voz jovial, la que siempre reía con fuerza y cuyo rostro encendido siempre se había parecido a los redondos pétalos color melocotón de una rosa alemana abonada con el mejor estiércol...

—Shirley —dijo Cally, y el nombre salió de sus labios como arrancado por la sorpresa que le había producido lo que vio en esa piel pálida bañada por el sol.

Shirley fue hacia el aprisco sin decir palabra y la contempló por encima del polvoriento mamparo de tablones, y Cally le habló en voz baja, aun sabiendo que todas podían oírla y podían ver lo que ella había visto.

—Te han salido manchas.

Shirley bajó los ojos hacia los duros bultos color azul morado que había en su brazo y asintió.

—No son mordeduras de insecto.

Era una afirmación más que una pregunta; Shirley ni tan siquiera se tomó la molestia de negar con la cabeza. Sabía tan bien como Cally que aquellas pequeñas hinchazones de la piel no eran picaduras, mordiscos o granos irritados.

—Te oí toser por la noche. Tu forma de toser me recordó la tos de un fumador. Pero tú no fumas.

—Nunca he fumado —dijo Shirley.

Se miraron la una a la otra. Cally sintió cómo los pequeños músculos que había alrededor de sus ojos se movían espasmódicamente, haciéndola parpadear.

—Anda, suéltalo —dijo Shirley—. Ha empezado.

—¿Qué ha empezado? —canturreó «Gigi» con una jovial falta de sensibilidad desde el final del establo, donde estaba esperándolas junto a «Aceite de serpiente». Elspeth y Cally clavaron los ojos en sus botas cubiertas de barro pero fue Shirley quien respondió.

—El SIDA. —Dos palabras dichas con voz seca. Los oscuros ojos de Elspeth se alzaron de repente ardiendo con una llama donde se mezclaban el enfado y la súplica.

—¡No vuelvas a decir eso!

—Ahora ya tanto da, ¿no? —replicó Shirley.

Salieron del establo. Montaron en sus animales: el negro, la yegua gris, la baya color sangre y el castrado color pergamino de «Gigi». Cuatro mujeres que ya eran demasiado viejas para ese tipo de pasatiempos juveniles se pusieron en movimiento: «Gigi», medio devorada por la inminencia de su muerte; Cally, consumida por el hambre que casi la había convertido en un esqueleto; Shirley, con el buitre del SIDA agazapándose sobre su hombro, clavándole sus afiladas garras en la carne y Elspeth con un arma que aún no había probado la sangre. Bajaron el risco y avanzaron por el valle entre las sombras temblorosas y el estrépito de la mina. Hablaron de los hombres y las turbas, contándole a «Gigi» parte de lo ocurrido durante la noche y sin mencionar el tema de lo que Shirley había sido. Sus sentimientos hacia una mujer que había sido un hombre..., qué extraños eran. Hasta el increíble tiovivo en que se había convertido la verja parecía un tema más fácil de abordar que el de Shirley, pues ahora sabían lo que fue en el pasado. No estaban muy seguras de cómo tratarla y ya no estaban dispuestas a confiarle sus pensamientos y sus confidencias, aunque era la misma que había sido siempre... Y sólo el Dios de los Inadaptados sabía qué sería de su relación con Elspeth, esa relación que, a todos los efectos prácticos, bien podía

llamarse matrimonio.

Y cuando volvieron de su paseo se encontraron con un hombre que quizá estuviera loco o quizá no fuera más que una muestra representativa de su especie, un hombre dominado por una rabia primigenia que se hacía visible en su cuerpo adoptando la forma de garras, pelaje erizado y cuernos.

Y unos instantes después oyeron gritar al señor Zankowski.

Le oyeron desde una cierta distancia y su voz resonó por el bosque con la fuerza de un estampido.

—¡El armagedón! —trompeteaba, y en la palabra había ecos tanto de miedo como de triunfo—. ¡El arr-magedón! ¡El arr...! —La proclama de victoria se convirtió en un alarido que se cortó de repente.

Cally fue la primera en llegar hasta él y pasó volando por encima del hombro de «Diablo» —el caballo se asustó al ver aquella cosa flaccida como un montón de harapos que yacía sobre la gravilla, aquella cosa que olía a muerte y sangre expulsada en una última tos—, y aterrizó sobre su flaca espalda bajo los ojos enloquecidos de «Diablo». La cabeza del animal bajó hacia ella como una grotesca serpiente enseñándole sus ollares dilatados y sus cascos delanteros se cernieron sobre su cuerpo, pero Cally logró no soltar las riendas. Pasar volando por encima del hombro de su caballo ya casi era algo rutinario para ella. Las otras mujeres aparecieron cuando Cally ya se había arrodillado junto al cuerpo del señor Zankowski (tan aplastado y hecho pedazos como si hubiera caído desde lo alto de un rascacielos), sosteniendo las riendas de «Diablo» en una mano y buscando la carótida del señor Zankowski con la otra: no logró encontrarle el pulso o cualquier otra señal de vida. El muerto rostro del señor Zankowski contemplaba el sucio cielo de Hoadley con una expresión de paz extasiada, como si hubiera visto la gloria que envolvía la llegada de su Dios.

Shirley y Elspeth se mantuvieron un poco alejadas: consideraban que Cally era su profesional de la muerte, aunque sólo fuera a través del matrimonio, y no querían compartir ni una fracción de su experiencia; pero «Gigi» fue hacia ella y bajó la vista hacia el cadáver.

—Está *ferrecht* —dijo con voz seca, como si hablara impartiendo un conocimiento indudable y casi despreocupado. Roto, hecho añicos, irreparablemente destrozado..., ése era el significado de la vieja palabra alemana. Muerto. Hubo un tiempo, varias generaciones antes, en que usar esa palabra había sido una especie de eufemismo o broma para decir que una persona muerta ya estaba más allá de cualquier arreglo posible, como si la persona fuese un reloj averiado, un cable eléctrico quemado, un teléfono que se había caído al suelo o una máquina expendedora de bebidas que jamás volvería a funcionar. *Ferrecht*—. No le muevas, déjale donde está.

Cally se puso en pie sintiendo el dolor de la caída; tenía que admitir que esa caída le dolía mucho más de lo que le habría dolido unos meses antes, cuando aún tenía algo de carne en las costillas y la columna vertebral. Los huesos sobre los que se sentaba apenas si tenían carne que los recubriera y hasta la silla de montar le resultaba dolorosa. Se quedó inmóvil, tambaleándose a causa del dolor y el hambre, y a su alrededor las hojas de madera amarillenta se alzaban como cuchillos brotando de los tocones, afiladas como krisen malayos; parecían llamas agazapadas en su forma casi primigenia, como si sólo un paso las separara de volver a reunirse con el sol... Llamas. La gente decía que el mundo terminaría en un gran incendio.

La boca de la mina asomaba por entre los árboles destrozados como nunca había asomado antes, formando un bostezante y sombrío rictus de piedra.

—¿Cómo murió? —preguntó Elspeth sin bajar de su montura pero tensando la cabeza y los hombros hacia el cadáver como si fuera un buitre de exquisita belleza, como si el olor de la sangre la atrajera...

—¿Y cómo voy a saberlo? —El tono seco con que pronunció esas palabras hizo que

Cally se diera cuenta de lo asustada que estaba. ¿De qué? ¿De Mark? ¿O de lo que le había ocurrido, fuera lo que fuese?

Mark... ¿Seguía importándole algo?

—Dejaremos que el forense se preocupe de eso —añadió con voz algo más tranquila, intentando parecer tranquila y competente. No, cuerda. Al menos, según los patrones de Hoadley.

—El forense jamás vendrá hasta aquí —afirmó «Gigi», y en su voz había una seca y alegre certidumbre, un tono de absoluta y definitiva locura—. El forense va a tener muchas cosas de que preocuparse.

—Marchémonos de este sitio —les suplicó Shirley.

Alargó la mano pese al pánico que se ocultaba tras la bravuconada de su potente voz y mantuvo inmóvil a «Diablo» mientras Cally montaba. De lo contrario Cally quizá no hubiera conseguido subirse al gran animal; los últimos restos de aquella energía antinatural suya nacida de quemar la carne parecían haberla abandonado de repente y pese al calor propio de finales de junio estaba temblando de frío.

Algo de color negro se movió sobre la negrura de la gravilla y los caballos se encabritaron violentamente. La serpiente negra fue hacia el cadáver del ermitaño-minero como una emanación surgida del carbón de Hoadley: cuando llegó junto a él probó el terreno ofrecido por la camisa de popelín con su lengua bifurcada y acabó colocándose sobre la huesuda concavidad de su pecho formando una espiral.

—¡Salgamos de aquí!

«Salir de aquí» significaba volver a casa, al establo y la seguridad; tanto caballos como jinetes estaban plenamente de acuerdo sobre ese concepto. Volvieron a abrirse paso por entre los troncos caídos en el suelo y, una vez más, avanzaron a una velocidad bastante temeraria. Hasta Shirley parecía haber perdido toda su prudente cautela de costumbre. Siguieron el camino más corto y abrupto de todo el risco y las mujeres se aferraron a las crines de sus monturas como si fuesen salvavidas, y las cigarras con rostros humanos agarradas a las ramas y tallos que había sobre sus cabezas reanudaron su canturreo, un coro gimoteante que repetía «El fin..., el fin...».

—Dios mío —dijo Shirley con voz átona.

Había hecho detenerse su corpulenta pura sangre de color gris allí donde empezaban los pastos; las demás se detuvieron detrás de ella para mirar.

—Dios mío —dijo Shirley, y en su voz había ahora un poco más de irritación, como si aquello fuera una afrenta personal—. Calaveras. Justo lo que más amo...

La verja que rodeaba la granja había vuelto a ponerse en movimiento girando como un carrusel y los caballitos de plástico subían y bajaban con todos los colores del espectro solar..., pero sus cabezas se habían convertido en calaveras. Las calaveras tenían cuernos y eran grotescamente grandes para la pequeñez de sus cuerpos; el hueso era de un negro deslustrado y los cuernos de un amarillo mostaza, un naranja calabaza o de color rosa. Cally se protegió los ojos del zumbido que parecía emitir aquel rosa neón.

—Dios —dijo poniendo cara de asombro, como si estuviera viendo girar un mundo multicolor que brillaba ante sus ojos con todo el atractivo del salvavidas arrojado a un nadador que se ahoga—. Jesús bendito, ¿eso es para impedirnos entrar, para que no salgamos, para salvarnos o para matarnos?

—No quiero descubrirlo. —La gran yegua de Shirley estaba sudando y temblando, igual que su jinete. Las cuatro mujeres se pusieron de acuerdo sin decir ni una sola palabra: hicieron volver grupas a sus monturas y se alejaron de la granja. Dos coches, el de Cally y el de «Gigi», las esperaban fuera del perímetro giratorio delimitado por la verja, pero ninguna quería acercarse tanto a aquel extraño fenómeno. Sus caballos ya no eran juguetes, sino vehículos. ¿Adonde ir? Sólo había un sitio al que ir. El centro del universo: Hoadley.

«Diablo» había puesto su tozuda cabeza negra en primera fila, como siempre, por lo que Cally guió a las demás mujeres a través de los yacimientos abandonados que había entre el establo y el pueblo. Avanzaron por el sendero de grava y los cascos golpearon secamente la negra superficie apisonada...

El mundo que había bajo ella se volvió hueco.

Oyó cómo los cascos de «Diablo» creaban un sonido increíblemente grave, como si hicieran vibrar un inmenso gong de barro. Tiró bruscamente de las riendas para detenerle y, por una vez, «Diablo» la obedeció sin oponer resistencia; él también había sentido aquel vacío repentino, la trampa para elefantes oculta bajo una delgada y traicionera capa de tierra, y se quedó quieto, moviendo las orejas con incertidumbre.

Las otras tres mujeres se habían detenido a cierta distancia de Cally.

—Debemos estar encima de un túnel —gritó «Gigi»—. No hay que preocuparse.

—Antes no estaba aquí —dijo Cally. Sus palabras cayeron como piedras por un abismo, haciendo callar a «Gigi».

Oyeron una especie de rugido procedente del valle donde estaba Hoadley, a un kilómetro y medio de distancia. Una nube de polvo se alzó por encima de los árboles.

—Qué diablos —dijo Elspeth de repente. Su piel color té estaba empezando a volverse de un tono grisáceo—. Regresemos.

—¿Adonde? —El rostro y los brazos de Shirley estaban cubiertos por una proliferación de nodulos color violeta que parecían moretones y que resultaban terriblemente visibles sobre la palidez de su piel—. Tenemos que seguir adelante.

«Gigi» había recobrado la voz.

—Si vamos de una en una no creo que corramos ningún peligro —dijo—. «Diablo» todavía no se ha caído. Cally, haz que ese caballo tuyo mueva el trasero.

Cally tensó las piernas apretando suavemente los flancos de «Diablo» pero, en vez de avanzar, el caballo negro meneó la cabeza y arañó el suelo con una de sus pezuñas delanteras, como si hubiera decidido volver al infierno del que venían él o su nombre. El golpe hizo que el suelo vibrase como una enorme vasija de barro cocido.

—¡Eh! —gritó Cally, aterrorizada, y le clavó las botas. «Diablo» pasó bruscamente de estar parado a su desenfrenado galope de costumbre.

«Diablo» se lanzó sobre Hoadley como un ángel negro y las demás monturas parecían decididas a imitarle. Sus jinetes se mostraron tan temerarios como la famélica Cally, que parecía tener muchas ganas de suicidarse (y que ahora se agarraba a su montura con el dolorido y flaco trasero al aire, sosteniéndose gracias a su sentido del equilibrio, los estribos y sus rodillas, igual que un jockey), cabalgando de una forma tan osada como la vieja «Gigi», la eterna moribunda. Cruzaron la zona de peligro de un solo salto y siguieron moviéndose con la cegadora velocidad de un fuego en la pradera. Durante los escasos momentos de esa cabalgada Cally se dio cuenta de una cosa: aquel lugar vacío, esa cueva oculta —tanto daba el nombre: túnel de mina, agujero de gusano, cubil de la bestia—, se extendía en línea recta entre la mina de Zankowski y Hoadley.

Las cuatro jinetes avanzaron a una velocidad salvaje por entre las chozas de papel alquitranado que se alzaban en las afueras y entraron en el pueblo propiamente dicho, allí donde las hileras de casas color marrón rata cubrían las faldas de la colina como viejas harapientas sentadas en unos peldaños.

—¡Yee-hah! —gritó «Gigi», que estaba pasándoselo muy bien. Las matronas de Hoadley, sacadas de sus cocinas y atraídas a los porches por los gritos y aquel estruendo que hacía pensar en un incendio, se congregaron en las aceras parlotando las unas con las otras como si fueran langostas; «Gigi» levantó la mano y se llevó un dedo a la nariz, burlándose de ellas. Elspeth sentía el mismo deseo de desafiarlas y les dirigió una sonrisa siniestra pero Shirley —que tenía más motivos para el rencor que ninguna de ellas—, no quería o no podía sonreír; Hoadley era el pueblo donde había

nacido y cuando pensaba en los habitantes de aquel lugar sentía una especie de nostalgia agri dulce: la familia que había perdido, las viejas amistades que habían dejado de serlo... Tensó los músculos de su desfigurado rostro y hundió sus talones en los flancos de «Dama sombría», obligándola a mantener aquel galope desenfrenado. Cally, cuyo caballo no necesitaba ningún tipo de estímulo, montaba como si estuviese en trance.

Las cuatro mujeres recorrieron la calle principal cabalgando la una al lado de la otra: Shirley con las garras de la pestilencia marcando su piel, «Gigi» sonriendo como una calavera, Cally enflaquecida por el hambre y Elspeth llevando una espada.

El polvo que tenían delante se había convertido en una columna de humo que llegaba hasta las nubes amarillas del cielo de Hoadley y un instante después «Diablo» fue frenando su galopar, se encabritó y acabó deteniéndose no porque quisiera sino porque no le quedaba más remedio, y las otras se detuvieron y miraron hacia delante: los cuatro caballos formaron una fila de ollares dilatados, costillas temblorosas y alientos jadeantes. Sus pezuñas delanteras casi rozaban el borde de un precipicio.

Un abismo negro que se iba ensanchando poco a poco se había abierto en pleno centro de Hoadley. Desde donde estaban las cuatro mujeres no podían ver su fondo; quizá no hubiera ningún fondo que ver... El edificio municipal, la estructura de gárgolas y piedra rojiza que albergaba la administración de Hoadley, ya había desaparecido dentro de él junto con el único semáforo del pueblo. Unos gruesos cables que parecían gusanos se retorcían echando chispas sobre el borde de aquella herida abierta en la carne del pueblo y de algún sitio les llegaba el ruido del agua; las cañerías principales se habían roto. Un camión de los bomberos se balanceaba medio dentro y medio fuera del abismo, y los bomberos calzados con gruesas botas ya no se esforzaban por salvarlo, como tampoco intentaban salvar el Salón de Belleza Bronceado Tropical, que ardía y se iba desmoronando: partes del edificio se desprendían para caer a la oscuridad del abismo como si fueran antorchas. Los bomberos retrocedían gritando o hacían pequeñas y fútiles incursiones por la periferia de la catástrofe. Los habitantes de Hoadley formaron grupos para contemplar aquel agujero negro como el carbón —un inmenso pozo de mina sin jaula de ascensor—, corriendo hacia allí para echarle una mirada a las fauces del infierno o gritando y alejándose apresuradamente de él. En el parque seiscientos sesenta y seis inadaptados que llevaban la marca de Ahira se habían congregado junto al pabellón y esperaban la llegada de una líder que aún no se había presentado.

Los espectadores retrocedieron gritando; otra porción de pavimento empezaba a desprenderse, haciendo que todo el pueblo vibrara con ecos dignos del más potente barítono. Una hilera de parquímetros y la esquina del único edificio moderno del pueblo, la Oficina de Correos, comenzaron a oscilar sobre las entrañas huecas que había bajo Hoadley. Los bloques de los cimientos y los ladrillos se desmoronaron y cayeron sin ningún sonido que pudiera indicar que habían chocado con el fondo. Sobres en cuyo matasellos se leía la fecha de ese día, el día del éxtasis, se precipitaron en las profundidades girando tan despacio como si fuesen mariposas.

—Eso me recuerda algo —dijo Elspeth tan fríamente como si hubiera acudido a Hoadley con el único fin de echarle una mirada a su correo; Elspeth, la artista, la observadora, se había distanciado de los extraños acontecimientos que estaban teniendo lugar a su alrededor. Estaba observando y, en cierto sentido, se observaba a sí misma y a su soberbio aplomo estético cuando metió la mano en un bolsillo de su túnica y encontró la carta que había pretendido devolverle a Cally cuando fue al establo y pasó junto a ella. Pero entonces sus ojos leyeron el nombre de la persona a la cual iba dirigida—. ¿Apocalipsis? —preguntó, perdiendo todo su aplomo—. ¿Eso es lo que significa «Cally»? ¿Apocalipsis?

—¡No me llames así! —le ordenó Cally, sintiendo un sano e irracional disgusto al ver que su secreto había sido descubierto, temiendo que ahora debería luchar con ese nombre tan poco atractivo durante el resto de su vida en aquel lugar. Cogió el sobre sin comprender casi nada de lo que ocurría: los acontecimientos de aquel día la habían afectado

tanto que ni se preguntaba cómo era posible que Elspeth tuviera una carta dirigida a ella. Sólo sabía que la carta era de su madre. Nadie salvo su madre la llamaba Apocalipsis.

—¡Dios! —exclamó «Gigi» con un horror que no había mostrado ante el cadáver de Bud Zankowski o al ver que el pueblo se precipitaba en el vientre del infierno—. ¿Quién sería capaz de llamar Apocalipsis a una pobre niña?

—Mi madre. —Cally sostuvo el sobre en su mano, dándose cuenta de que estaba abierto pero sin decidirse a extraer el mensaje que contenía—. Cuando me concibió pasaba por lo que podría llamarse una fase pentecostaliana. —Miró a su alrededor como buscando un sitio tranquilo donde sentarse y leer. El pavimento estaba empezando a temblar bajo los cascos de su caballo.

—Salgamos de aquí —dijo Shirley de repente con algo parecido a la pasión en su voz—. No me refiero sólo a este jaleo... Vayámonos muy lejos. Al otro lado de las montañas. —Lejos de Hoadley, el pueblo que nunca olvidaba nada; lejos de aquello que la había creado y la había hecho como era: una inadaptada, un fenómeno.

Nadie respondió a sus palabras, aunque Elspeth hizo retroceder a su yegua rojiza, mirando a Shirley como si esperase que la guiara. Pero Cally se sentó en el suelo para contemplar aquel pozo negro que estaba engullendo el pueblo.

—Mark está ahí abajo —dijo.

—¿Qué? —Shirley decidió olvidarse un rato de sus problemas. Se acercó unos centímetros más al borde, se inclinó y miró hacia abajo. Las sombras, el polvo y aquel humo que irritaba los ojos y hacía llorar no le dejaron ver nada—. ¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Pero, ¿cómo puedes...?

—¿Y a quién infiernos le importa? —la interrumpió «Gigi» con un repentino estallido de violencia—. Ese maldito desgraciado es un inútil y un mal bicho. Cally, ¿qué puede importarte lo que le ocurra? Si fuera tú le mataría.

—Cierto —replicó Cally con voz átona e hizo volver grupas a su caballo. Las cuatro mujeres se metieron por un angosto callejón que daba a la calle del ferrocarril y que las alejó una manzana de la devastación que estaba devorando los comercios, casas y salones de pompas fúnebres que había a lo largo de la calle principal. En la calle del ferrocarril volvía a haber casas de paredes sucias, tiendas con las puertas tapadas por tablones, tabernas y sociedades étnicas: las Águilas Eslovacas, el Club Polaco, la Orden Fraternal de la Norteamérica Italiana... Hombres vestidos con monos comprados en Sears salían a toda prisa de los bares y clubs. La tierra temblaba bajo sus pies. Las herraduras de acero resbalaban sobre el asfalto agrietado y los caballos movían la cabeza en un pánico contenido por las riendas, queriendo lanzarse al galope.

A Cally le parecía perfectamente natural que la tierra estuviera derrumbándose y abriéndose bajo sus pies, dejándoles sin ni un solo sitio seguro que pisar. Los cimientos de su vida habían estado temblando desde la noche en que abandonó a Mark; el derrumbe de Hoadley era algo que apenas si se cuestionaba, tan inevitable y adecuado le parecía. Pero, aun así, sentía un perezoso deseo que la impulsaba a no estar de acuerdo con «Gigi». Mark no era uno de aquellos a los que iba a pasarles algo, por mucho que se lo mereciese. Al contrario, Mark era el agente que estaba causando ese desastre. Cuando observaba el abismo había reconocido una técnica en todo lo ocurrido. Mark estaba acabando con Hoadley de una forma metódica y alegre, glotona e implacable, tal y como habría tratado a una bolsa de papel grasiento llena de cacahuetes tostados.

Sojourner Hieronymus estaba sentada con la espalda muy tiesa en una fría silla metálica de su lúgubre porche color gris, negándose a que el pánico la llevara hasta la acera. Desaprobaba el pánico, el desorden y las cosas confusas; desaprobaba casi todo lo que estaba viendo y el que hubiera tantas cosas que desaprobaba hizo que no pudiera

contener una leve sonrisa. Observar a los idiotas de sus vecinos hacía que se sintiera casi alegre.

Un torbellino de polvo nacido en la conmoción que había calle abajo recorrió la calle girando velozmente sobre sí mismo. A nadie le gustaba cruzar uno de esos torbellinos —te hacía toser, te ensuciaba y, además, se decía que daba mala suerte—, pero hoy la gente gritaba y se apartaba de él sin la más mínima dignidad. Sojourner siguió observando: una chica volvía a casa del hospital e iba a cruzar la calle cuando el torbellino le impidió llegar a la acera y acabó viéndose atrapada por la periferia del viento. Le levantó la falda hasta más arriba de la cintura sin hacer caso de sus esfuerzos desesperados para bajársela con las manos. Todo el mundo pudo verle las bragas, unas cositas minúsculas e indecentes de encaje sedoso. Algunos viejos habrían dicho que su novio estaba pensando en ella, pero Sojourner sabía que no era así. Era el Diablo quien pensaba en esa chica. El Diablo sabía lo que llevaba debajo de ese vestido multicolor que parecía un caramelo. El Diablo había venido a echar un vistazo y a reclamarla para él. Sojourner lo sabía. Estaba segura de que la chica se afeitaba las piernas, y todo el mundo sabía que afeitarse cualquier parte del cuerpo femenino sólo servía para que el vello volviera a crecer tan fuerte y tupido como la barba de un hombre...

La chica gritó porque mientras sus manos alisaban la falda después de la última travesura del torbellino habían sentido algo, y cuando miró hacia abajo vio..., vello, un vello oscuro, espeso y rizado que brotaba de sus piernas y se abría paso a través de sus bragas. La capa de vello era tan abundante que ya colgaba de sus muslos como si fuera unos pantalones, agitándose como unos bombachos de piel cuando corrió, sin parar de gritar, hacia el algo dudoso refugio que podía ofrecerle la casa de sus padres.

Sojourner lanzó una carcajada, un graznido-rixa donde se mezclaban la sorpresa y el deleite, y sus veloces ojos grises, duros como cuentas y tan implacables como las pupilas de un pájaro, se volvieron hacia otra víctima. Esa Jessie Rzeszut, la gorda que vivía en la esquina, la que se teñía el pelo color rubio paja y se bronceaba hasta parecer una negra..., se pasaba todo el invierno yendo al Salón de Belleza Tropical y pasaba horas bajo esas máquinas que sólo servían para tirar el dinero, cociéndose como si estuviera metida en un microondas.

La mujer chilló, cayó sobre la acera y allí se quedó, tumbada de espaldas, con su opulento seno apuntando hacia el cielo: la carne tenía el apetitoso color marrón y la apariencia crujiente del pavo de Acción de Gracias.

Sojourner había pasado toda su vida sumida en la frustración porque se sentía impotente: no podía comprender o rectificar el mal del mundo, de su comunidad y sus vecinos. La oleada de éxtasis, la alegría largamente esperada del poder que al fin es alcanzado y el placer que sintió en ese momento del Apocalipsis hicieron que su cuerpo temblara con tanta fuerza como el hundimiento de Hoadley hacía temblar el porche donde estaba sentada. Gritó como si el Espíritu Santo hubiera entrado en ella y las palabras surgieron de esa boca que chasqueaba tan secamente como las fauces de una tortuga, creando inadaptados para reemplazar a los que Ahira había curado.

—¡Si juegas con fuego mojarás la cama! —Empezó a dar saltitos en su silla con la cabeza inclinada hacia delante y sus viejos ojos brillaban con la gloria de la llegada del Señor—. ¡Mujeres, si lleváis ropa de hombre os saldrá vello en los pechos! ¡Hombres, si os tocáis las partes os saldrá vello en las palmas!

Todos los hombres a los que podía ver pusieron cara de sorpresa y apretaron los puños. Pero lo que estaba ocurriendo más abajo era tan absorbente que de momento nadie le prestó atención al vello ni la forma en que había aparecido.

Sojourner se puso en pie, invadida por la alegría.

—¡El mundo no ha vuelto a ser el mismo desde que los tipos del gobierno empezaron a trastear con la luna!

Oona Litwack, que estaba en pie ante su mitad de la casa vistiendo sus

acostumbrados pantalones de poliéster y que había sentido un peculiar cosquilleo en sus pechos —sus acogedores pechos, suaves como el almohadón relleno de fibra algodónada que había en el sofá de su sala, aquel sobre el que había bordado «La ovejita no está gorda, la ovejita es lanuda», con una oveja de tela en el centro—, Oona Litwack, que llevaba veintiún años siendo vecina de Sojourner Hieronymus, se dio la vuelta y observó atentamente a la flaca anciana de cabellos grises que estaba de pie en su desnudo porche grisáceo y fue hacia su propio porche.

—¡Si pisas una grieta tu madre se romperá la espalda! —le chilló Sojourner.

Oona siguió avanzando por entre sus rosales Belleza Americana, poniendo los pies bien planos en el suelo, como tenía por costumbre, y dejó atrás una hilera de patos de escayola mientras pisaba numerosas grietas.

—Mi madre está muerta, así que no me importa. —Estaba segura de que el ataúd enterrado bajo dos metros de tierra en el viejo cementerio del pueblo acababa de vibrar con el seco chasquido de la columna vertebral de su madre al romperse. Sí, estaba segura... Oona se detuvo en el último escalón de su porche y contempló a Sojourner desde el otro lado de la barandilla divisoria.

—¿Estornudas en domingo, o qué?

La gente ignorante decía que si una persona estornudaba en domingo el Diablo pasaría toda la semana con esa persona. Sojourner no creía en esas supersticiones. De hecho, el domingo pasado había estornudado y se sentía exactamente igual que siempre.

—Esas impatiens tuyas se meten en mi porche y pierden hojas —la acusó.

Oona no hizo caso de sus palabras.

—En vez de ir diciendo cosas sobre la gente de por aquí harías mejor diciendo que el mar se va a convertir en sangre y cosas por el estilo —le aconsejó con amabilidad—. El mar está lejos de aquí.

Sojourner le lanzó una mirada feroz.

—Si sueñas con caballos blancos acabarás llorando —dijo secamente—. Si sueñas con un caballo blanco te morirás.

Cuatro caballos aparecieron al extremo de la calle principal con sus cascos repiqueteando sobre el pavimento, cuatro caballos que emergieron de entre el humo, el polvo, los remolinos y el ruido del trueno como si fueran un presagio. Sobre ellos iban montadas cuatro mujeres conocidas de todo el pueblo..., no, mejor dicho, cuatro personas. Esa chiflada de Cally Wilmore, y «Gigi» Wildasin, y también estaba esa tal Elspeth que no tenía apellido, y Peter Wertz, que se hacía llamar Shirley Danyo. Oona Litwack vio cómo los fríos y brillantes ojos de Sojourner se clavaban en ellas. Esos ojos que tenían el mismo color del recipiente donde le dejaban la leche... Oona vio cómo la anciana tragaba aire para hablar.

«El fin..., el fin...» susurraron las cigarras posadas en los rosales.

Y entonces Oona hizo lo que llevaba veinte años deseando hacer. «Cállate», le dijo y sin el más mínimo esfuerzo y sin haberlo ensayado su mano encontró una maceta, una gruesa maceta de cerámica que tenía la forma de un león barrigudo, y la lanzó al otro lado de la barrera que dividía el porche, violando el espacio aéreo de Sojourner y la integridad física de su cráneo. La anciana cayó al suelo y se quedó quieta. Oona sabía que esas viejas damas flacas que carecían de acolchado eran bastante frágiles y se quedó razonablemente convencida de que no volvería a levantarse.

Entró en su casa y torció el gesto al sentir el cosquilleo del vello que le cubría los pechos. Sólo porque llevaba pantalones... Santo Dios. Si intentaba afeitárselo probablemente sólo conseguiría que volviera a crecerle más espeso y fuerte. Bueno, tanto daba. Su esposo no se daría ni cuenta.

Oona, de mala gana, le dio gracias al destino: al menos Sojourner no había llegado a decir que los hombres aficionados a la masturbación se quedaban ciegos. A

Hoadley no parecía quedarle mucho tiempo de existencia, pero no le habría hecho ninguna gracia pasárselo teniendo que guiar a su esposo de la mano...

Cally pasó junto al porche de Sojourner montada en su caballo negro que no paraba de piafar y vio el cuerpo de la anciana caído en el suelo. El espectáculo apenas si tuvo efecto alguno sobre ella, salvo el de hacer que su mente sintiera una leve preocupación que no tardó en desvanecerse. Siempre había respetado a Sojourner porque era la única persona de todo Hoadley que parecía llevar una existencia dura, rígida y sin ninguna clase de compromisos, alguien que no saturaba su césped y su casa con objetos de mal gusto que no eran sino melosas imitaciones de la vida, alguien que no se atracaba de existencia convirtiéndola en un confuso desorden... Contempló el cadáver (caído en el suelo como si fuera el seco cascarón de una mazorca que el viento del invierno no tardaría en llevarse) y pensó que debía ser la única persona de Hoadley que sentía un cierto aprecio hacia Sojourner. Y, aun así, verla muerta no hacía que sintiera nada hacia ella, ni pena ni dolor, y se preguntó si habría hecho bien admirándola o si no la habría admirado por las razones equivocadas. Quizá también hubiera admirado a «Gigi» por razones igualmente equivocadas...

Le había pedido a Shirley que salieran de Hoadley pasando ante el salón de pompas fúnebres y Shirley (que quizá hubiera sido un hombre pero aun así seguía siendo una persona amable y siempre dispuesta a complacer a los demás) accedió a ello. Cuando llegaron al Reposo Perfecto, Cally pasó las riendas de «Diablo» alrededor del extremo de la fuente de tres niveles que había en el césped delantero y entró corriendo en el edificio: las otras tres mujeres se quedaron fuera, esperándola. No estaba muy segura de qué buscaba..., ¿a Mark? No, ya sabía dónde estaba. Aun así corrió de la Sala Azul a la Sala Melocotón y a la Sala Rosa, echando un vistazo en cada una. La Sala Rosa estaba ocupada por el cadáver del señor Mundy, un hombre que había trabajado de minero y que ahora esperaba los cuidados de Barry Beal, quien se encargaría de cubrirle con un lienzo cuya textura y color le habrían producido un ataque si siguiera convida. Cally se dio cuenta de que Barry Beal no estaba en la sala y no había estado allí: la parte de su cerebro que se ocupaba de los asuntos cotidianos se preguntó automáticamente por dónde podría andar. Mientras tanto el mundo se estaba volviendo loco, igual que ella, y el cadáver empezó a erguirse lentamente en la caja..., no, en el féretro, nunca pronuncies la palabra «caja», sí, el muerto se estaba sentando pero seguía inconfundible e inequívocamente muerto, con los ojos en blanco y el rostro tan rosado como el de un cerdito gracias al maquillaje y el fluido de embalsamar. El señor Mundy no se ayudó con las manos y no se quejó de su artritis y de que enseguida se quedaba sin aliento, tal y como habría hecho en vida. Se fue irguiendo como un muñeco de madera, como si la mano de Dios hubiera tirado de un hilo unido a su cabeza. Cally salió corriendo de la habitación.

Subió a toda velocidad los peldaños que llevaban al apartamento: había recuperado esa energía frenética de antes. Mark tampoco estaba allí. Pero nada más entrar en la atmósfera familiar de aquella sala tan repleta de objetos y muebles se olvidó del cadáver que había en el piso de abajo (estaban ocurriendo tantas cosas que un cadáver hiperactivo apenas si tenía importancia; la mirada vagamente burlona de la difunta señora Zepka, evidentemente, no era sino un mero atisbo de lo que sucedería en el futuro). Cally sabía por qué había vuelto a casa. Se dejó caer en el sofá, poniéndose tan cómoda como si alguien le hubiera entregado una taza de té, y empezó a leer la carta.

¿Que Tammy estaba actuando de una forma extraña y había sido hospitalizada para someterla a observación? ¿Que Owen mostraba síntomas de... lepra?

Sus niños. Sacarles de Hoadley no había sido suficiente. Hoadley había logrado atacarlos antes de que se marcharan, como si el pueblo fuese una enfermedad contagiosa; Hoadley estaba dentro de ellos, era un veneno que corría por su sangre.

Hoadley les mataría.

Sus niños; todos los niños... Los bebés hambrientos gemían entre los arbustos del exterior.

Cally se puso en pie y sus ojos estaban tan vidriosos y carentes de vida como los del cadáver. Bajó las escaleras con un paso que había perdido todo el impulso anterior y salió de la casa para reunirse con Elspeth, Shirley y «Gigi». ¿Qué otra cosa podía hacer, salvo ser la mujer que montaba en el corcel negro?

—Ahora iremos a mi casa —exigió «Gigi», sin molestarse en mirar a Shirley para ver si estaba de acuerdo; Shirley no protestaría—. Quiero ver si Homer sigue vivo o si ya ha conseguido morir de un ataque cardíaco. Y si no ha sido así, quiero matarle.

Nadie sonrió. No hubo ni un parpadeo. «Gigi» siempre estaba hablando despreocupadamente de que algún día mataría a Homer.

—¿Qué momento puede ser mejor que éste? —añadió—. ¿Qué importancia tiene un cadáver más en todo este lío?

Tuvieron que retroceder un poco. Shirley iba la última, impasible pero muy pálida. El agujero que estaba engullendo el pueblo hacia las entrañas de las viejas minas había crecido; necesitaron dar un rodeo para evitarlo. Descubrieron que sus monturas les permitían moverse por los restos del pueblo con una libertad inalcanzable para todos los demás habitantes de Hoadley; podían abrirse paso por las angostas separaciones entre casa y casa que ningún coche sería capaz de cruzar, podían avanzar por los patios traseros y saltar las vallas que los separaban. Cuando llegaban a una calle podían atravesar las grietas del pavimento por entre los coches abandonados y las multitudes asustadas que huían a pie de la catástrofe les abrían paso, atemorizadas ante esos caballos de ojos enloquecidos y cuerpos cubiertos de sudor espumoso. Esa libertad a la que no estaban acostumbradas les hacía sentir una innegable excitación: ir a caballo por ese pueblo sobre el que había caído la catástrofe les daba un extraño poder. La montura appaloosa de «Gigi» pisoteó unos arriates de flores y su dueña dejó escapar una carcajada estridente. Cally le lanzó una mirada donde se mezclaban la repugnancia y la fascinación y pensó que nunca había visto tan llena de vida a esa vieja maligna sumida en una eterna agonía. Las emociones de aquel día del apocalipsis parecían haberla rejuvenecido. El potente olor a pánico y sudor que flotaba en el aire debía estarle sentando bien.

Cally se dio cuenta de que la vieja casa de los Wilmore se había hundido en el abismo. El lugar donde Mark había nacido, el hogar de su infancia..., ya no existía. Todo había desaparecido, hasta el cactus llamado Fred. Vio a mamá Wilmore con su habitual sombrero de ganchillo (el cactus había partido hacia la destrucción llevándose consigo el suyo) de pie entre la multitud que había junto al abismo, contemplando su avance. Los habitantes de Hoadley que seguían congregados alrededor del gran agujero lo observaban, gritaban y volvían a mirar y a chillar pero su incapacidad para apartarse del precipicio parecía tan fuerte como lo había sido la de marcharse de Hoadley. Era como si todos aquellos veteranos del pueblo estuvieran paralizados por la mirada hipnótica de un Dios con forma de serpiente negra...

Cally observó el abismo desde la ventajosa posición ofrecida por la grupa de «Diablo» y vio algo oscuro que se movía en las entrañas de la tierra: no era más que una sombra, un agitarse negro como el carbón, nada que pudiera verse con claridad.

—Mark... —murmuró con voz desprovista de toda emoción o sentimiento.

—¡Maldita sea! Allá va mi casa. —«Gigi» parecía ofendida e irritada. Cally sabía que «Gigi» no sentía ningún afecto hacia su casa; su enfado debía ser motivado porque había querido hacer desaparecer a Homer junto con la casa.

—Mark —volvió a murmurar Cally con los ojos clavados en el abismo y en ese humeante vacío negro que había bajo Hoadley, un espacio tan vacío como su vientre y como el corazón de «Gigi», y no apartó la vista de él hasta no oír una extraña especie de grito

ahogado parecido a una tos seca procedente de la mujer que tenía al lado: Shirley. Entonces alzó los ojos.

La casa de «Gigi», su resistente verja a prueba de perros y el increíble esplendor de las flores de su jardín..., todo empezó a tambalearse al borde del abismo, rompiéndose y haciéndose pedazos. Y de aquel exuberante jardín, emergiendo de entre la densa masa de raíces y burbujeando para caer en el vacío, salieron... bebés, bebés que llevaban mucho tiempo muertos, bebés que se precipitaban hacia la nada sin lanzar ni un solo grito, docenas y centenares de ellos. Cuerpos minúsculos y frágiles, algunos casi esqueléticos, otros enroscados sobre sí mismos hasta formar bolas amarronadas, como otros tantos pájaros muertos y caparazones de insectos... Todos cayeron hacia el calor del fuego infernal, moviéndose por entre las hilachas de humo amarillo como la grasa de gallina que subían del agujero. Bebés, o lo que en tiempos fueron bebés, o lo que podrían haber sido bebés...

Los niños, pensó Cally, todos los niños... Y el viento le trajo el gimoteo agónico de aquellos otros bebés que habían emergido del subsuelo, los niños que tenían rostros negros como el carbón y alas traslúcidas con ribetes anaranjados. Los bebés hambrientos. Y Cally recordó lo que había dicho «Gigi»: «Al infierno con ellos».

—Abortista —dijo Elspeth con una voz átona en la que no había ninguna huella de pasión, observando a «Gigi» con los ojos entrecerrados propios de la artista.

—Asesina —dijo Cally, o intentó decirlo pues sentía como si tuviera una serpiente metida en la garganta y sólo consiguió emitir un leve jadeo estrangulado. «Gigi» se limitó a sonreír, enseñándoles los dientes en una mueca de calavera.

—Soy lo que soy —dijo «Gigi»—, igual que vosotras. Tú eres el Hambre. Y tú, Shirley Peter-sin-rabo Danyo, que-no-puede-tener-un-hijo-y-tampoco-puede-engendrarlo, tú eres la Peste. Y tú eres la Guerra, Elspeth, tanto si te gusta como si no. Pobre Elspeth, que nunca quiere participar en nada... —«Gigi» la contempló hasta que Elspeth bajó la cabeza para clavar los ojos en su espada y se volvió hacia Cally. La sonrisa se había esfumado de sus flacos labios—. No te hagas la estrecha conmigo, Señora Hambre Apocalipsis Wilmore. No eres mejor que yo. Eres casi igual que yo...

—Te odio —murmuró Cally.

—¿De veras? Me parece que...

—«Gigi»..., ¿qué eres? —la interrumpió Shirley, queriendo ponerle fin a la pelea.

—¡Maldita sea! —estalló Elspeth, volviéndose hacia su amante... o hacia su antigua amante—. ¿Es que siempre hay que explicártelo todo? Ahora...

—Ahora es mi turno —dijo «Gigi»—, y soy la Muerte.

CAPÍTULO CATORCE

Supongo que al señor Wilmore no le importó que ese día no me presentara a trabajar. Tenía otras cosas en que pensar. Naturalmente, entonces yo no sabía todo lo que estaba pasando en Hoadley y pensé que me había metido en un lío, pero no podía evitarlo. No podía dejar a Joanie tal y como estaba, y tampoco podía hacer que viniera conmigo, así que nos quedamos en el tiovivo y traté de pensar en qué podía hacer.

—¿Dijo el Diablo cómo iba a...? —le pregunté.

—Dijo que no necesitaría hacer gran cosa. Bastaría con que les diese el primer empujón y la gente lo haría todo por sí sola.

Como las fichas de dominó de Garrett.

—Se destruirían a sí mismos tal y como han hecho siempre en cuanto tuvieran la más mínima ocasión de hacerlo —dijo Joanie.

—Joan —le dije—, tienes que volver a hablar con él para convencerle de que acabe con todo esto.

Soltó una especie de bufido, y tuve la impresión de que si no estuviera tan cansada y tan abatida se habría reído de mí.

—Claro —dijo con voz sarcástica.

—Al menos tienes que intentarlo —le dije—. ¿Qué va a ser de mis padres y de mis hermanos? —Me di cuenta de que estaba empezando a hablar con una voz tan aguda como la de un crío y traté de calmarme. Joan se había puesto muy tiesa y estaba mirándome. Ahira, quiero decir... En sus ojos había esa expresión tan típica de Ahira.

—Barry Beal —me dijo, hablando muy despacio y con voz muy dulce—, nunca lograré entenderte. Me has preguntado qué le ocurrirá a tu familia, qué me ocurrirá a mí y a todos los habitantes de Hoadley... y ni tan siquiera se te ha ocurrido preguntarme qué va a ser de ti.

No me parecía que eso fuera tan difícil de entender.

—Estaré contigo —le dije.

—Bueno, si quieres que intente invocar de nuevo a Satanás tendrás que marcharte de aquí —me dijo.

—No —dije yo.

—¡Bar, conseguirás que te mate!

—Voy a quedarme contigo —le dije.

—¡Ya no tengo a Serpentina para que forme el círculo!

—No importa. Me quedaré.

—Bar, ¿qué cuernos crees que va a protegernos?

Podríamos haberseguído discutiendo durante mucho más tiempo pero oímos ruido de pasos dentro del tiovivo, nos volvimos a mirar y ahí estaba ese tipo tan raro, el que se parecía a mí pero era demasiado perfecto y habría sido capaz de tirarse a un cadáver si éste se lo hubiera pedido. Entró en el tiovivo tan desnudo como siempre, se sentó ante nosotros y me sonrió con esa mueca rara de los gatos.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —pregunté yo, algo enfadado.

—Yo le llamé. —Joanie me habló usando su voz Ahira/Reina de Saba—. Puedo hacerlo, ¿sabes?

—Supongo que también podrías hacer que se marchara, ¿no?

—Quizá pueda ayudarnos. Bar, deja de hacerte el celoso... —Parecía estar tan enfadada como yo, pero su voz me recordaba un poco más a la Joanie de antes—. Estar celoso de ti mismo es una tontería.

—¿Qué?

—Soy tú —dijo el polla grande.

—¡Y una mierda!

—¡Lo es! —dijo Joanie—. Básicamente, al menos... Siempre que dejabas una parte de tu ser en mi casa yo la recogía y la guardaba. Lo creé con tu pelo, tus uñas y..., bueno, con lo que dejabas en los pañuelos de papel. Ese tipo de cosas, ya sabes... —Le tembló un poco la voz—. También usé un pedazo de madera, y un poco de comida, pastelillos de vainilla y lo que tenía más a mano.

—Jesús —dije yo.

—Tuve que esforzarme mucho para crearlo, así que intenta tenerle un poco de respeto —dijo Joan, y su voz había recobrado una parte de su firmeza anterior.

Solté aire por la nariz, como si la tuviera tapada y quisiera despejarla.

—No me importa lo que digas —repliqué—, él no es yo. Yo estoy aquí.

Pero el forzudo tenía los ojos clavados en Joanie y no me escuchaba.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

Se refería a su cara.

—Olvídalo —dijo ella.

—Pero, ¿por qué? Eras hermosa.

—¡Olvídalo! Quiero que..., quiero que te ocupes de tus asuntos y que me ayudes.

Eso era imposible: nadie puede hacer las dos cosas a la vez. Pero ese tipo desnudo que era amigo de Joanie no se lo dijo.

—¿Que te ayude a hacer qué? —le preguntó.

Joanie se lo explicó y en cuanto hubo terminado él se quedó callado durante un buen rato.

—¿Por qué he de ayudarte? —acabó preguntándole al fin en voz muy baja.

—Yo te creé.

—Tu padre y tu madre te crearon. ¿Harías algo así por ellos? No, porque no te amaban. Y tú no me amas. Te doy asco, y me temes. Sabes cómo te he anhelado pero ni tan siquiera quieres besarme o tocar mi mano.

Bueno, eso eran buenas noticias..., más o menos. Agucé el oído para no perderme ni una palabra de lo que decía.

—Has dejado de ser hermosa —dijo él—. Dame alguna razón por la que deba quedarme aquí y correr ese peligro por ti.

Y Joanie no supo qué responderle. Bueno, se acabó, pensé yo. Ahora se levantará y se irá. Estaba hecho un lío: una parte de mí deseaba que se marchara y otra tenía la esperanza de que se quedaría. Se volvió hacia mí y me miró con esos ojos suyos, tan marrones como los de un ciervo con una cornamenta de diez puntas.

—Pero él está aquí y debo quedarme —dijo con una voz tan suave como la expresión de esos ojos.

Sentí una opresión en el pecho, no sé por qué.

—¿A qué viene eso? —le pregunté.

—Ya te he dicho que eres mi segundo yo. No puedo hacer otra cosa. Me interpondré entre ti y Satanás.

No podía discutir con ninguno de los dos. Era nuestra única oportunidad. Miré a Joanie y ella me miró y asintió, y nos pusimos en pie.

Quizá habríamos debido salir del tiovivo pero no lo hicimos. Nos quedamos allí donde estábamos, entre los caballitos. El tipo desnudo trazó un círculo en el suelo con el dedo alrededor de Joanie y de mí: dejó una marca roja como la sangre sobre los tablones y cuando la miré con más atención vi que realmente era sangre. Se puso en pie y le caían gotitas del dedo. Miró a Joanie.

—Ahora tengo un nombre —dijo con voz seca y áspera, y me miró—. Quiero que sepas cuál es mi nombre —me dijo en voz baja—. Me llamo Eros.

—De acuerdo —dije yo—. Gracias. —Por lo que estaba haciendo, entiéndanme...

Se puso junto al círculo, dándonos la espalda, y Joanie empezó a pronunciar el hechizo. Estaba de pie junto a uno de esos caballitos de madera y no comprendí sus palabras, y se las arregló para hablar con un tono de voz realmente impresionante, aunque toda ella estaba temblando. Pero Eros no temblaba. Estaba muy tranquilo. Parecía una estrella de cine enfrentándose al pelotón de fusilamiento sin venda ni último cigarrillo, tan hermoso y sólido como una roca.

Yo no hice nada: me limité a mirarles boquiabierto.

Lo primero que noté fue el olor, un olor muy parecido al del Arroyo de las Truchas. Azufre puro... Pero apenas si tuve tiempo de olerlo antes de que el diablo apareciera ante nosotros ardiendo como el horno de una fundición, envuelto en unas llamas tan terribles que apenas si pude aguantarlas. Me tapé los ojos con la mano y miré a través de los dedos. Todo se había vuelto de color rojo, y aun así podía verle. No se parecía a esos diablos de la escuela dominical: no llevaba mallas rojas, tridente ni nada de todo eso. Si se hubiera parecido a esos diablos quizá no me habría dado tanto miedo. Era muy grande, casi dos veces tan alto como yo, una gran serpiente de fuego ondulante con la cara de una persona pero enseguida cambió. Se convirtió en una persona y empezó a menear las caderas como esas bailarinas que salen en los espectáculos porno, pero tenía la cara de un político, un propietario de mina o un predicador de

televisión, no estoy muy seguro, y sus manos eran huesos ardientes. Tenía una gran polla tiesa y unos grandes pechos, pero también se parecía a esas viejas entrometidas de Hoadley. Era todas esas cosas a la vez, no sé explicarlo. Tratar de verle con claridad era como tratar de ver siluetas en las llamas de una hoguera, y tratar de tocarle habría sido como meter las manos en una hoguera, y yo sabía por qué era así. Era el diablo. No podías agarrarle ni hacerle prisionero.

Y antes de que hubiera dicho ni una sola palabra ese presumido de Eros que se suponía habría debido protegernos se derritió, pero no igual que cuando había desaparecido antes. Esta vez dejó un charquito en el suelo. Vi trocitos de uña, pelos, algo de caspa y migajas de pasteles, crema fundida y otras cosas que flotaban en algo que parecía aceite de motor caliente... Y también vi un gran pedazo de madera. Las llamas prendieron en él y lo hicieron arder como un fuego de artificio. Eros ya no estaba allí.

—¿Cómo osáis hacer esto? —nos dijo el diablo. Su voz era como el siseo de un soplete pero comprendí sus palabras sin ningún problema, y sentí cómo me atravesaban y me llegaban hasta los huesos. Los temblores de Joanie no eran nada comparados con los míos. El viejo Satanás estaba realmente enfadado... O quizá fuera la vieja Satanás, no lo sé, porque su voz me hizo pensar en una mujer.

Puede que Joanie hubiera estado temblando, pero tenía redaños. No le dio tiempo a decir nada más.

—No sigas adelante —le dijo. Intentó hablar con el tono de quien tiene derecho a darle órdenes al diablo, pero supongo que no consiguió engañar a nadie. Su voz no la estaba obediendo demasiado bien y empeoraba a cada segundo que pasaba—. Olvídalo —le dijo—. Estoy harta. No quiero seguir siendo Ahira. Ya no quiero ver el fin del mundo. Ni tan siquiera deseo ver el fin de Hoadley. Lo único que quiero... —La voz le temblaba tanto que no pudo terminar la frase. O quizá no supiera qué era lo que quería.

Tanto da: cuando el diablo oyó eso dejó escapar un rugido llameante y me asusté tanto que estuve a punto de mearme en los pantalones, hasta que me di cuenta de que estaba riéndose. ¡Se estaba riendo!

Se reía de tal forma que apenas si podía hablar.

—¡Humanos ridículos! —gritó—. ¡Ah, pobres idiotas de ojos llorosos y cabezas huecas! ¡Tú me llamaste!

—Sí —dijo Ahira—. Tú me diste el poder. Tú me diste esta cara. Llévatelos.

El viejo Satanás seguía riendo: todo él temblaba y echaba chispas. No podía mirarle.

—Pequeña estúpida... —le dijo a Joanie—. ¿Sabes qué es eso que hay delante tuyo, ese charquito que parece un meado de perro?

—No es más que el doble.

—Gilipollas... No, coitófoba hiperventilada de cara flaccida, es el amante con el que soñabas.

Yo seguía tapándome los ojos con las manos intentando ver al diablo pero ahora quería mirar a Joanie. Le eché un vistazo por entre los dedos. No pude verla muy bien: sólo distinguí una especie de silueta negra allí donde estaba. Pero me di cuenta de que ya no temblaba. Estaba muy quieta, con los brazos extendidos ante ella como si flotara o estuviese algo mareada.

—Era tu sueño, tu idea de cómo debía ser tu amante —dijo el diablo—, y tú eres su sueño de cómo debías ser, y ahora... ¡Contempla tus sueños! —Y volvió a reírse un rato más.

—Bueno, así que mis sueños se están derritiendo —dijo Joanie—. Aparte de eso, ¿hay alguna otra novedad? ¡Escúchame! Quiero que le pongas fin a todo lo que está ocurriendo en Hoadley.

—¡Pero si yo no tengo nada que ver con eso! —El diablo seguía riéndose y Joanie se enfadó tanto que empezó a chillarle.

—¡Haz que todo vuelva a la normalidad!

Oí una especie de crujido susurrante, como el que haría un bosque reseco al incendiarse, y Joanie se calló. Todos nos quedamos callados durante unos segundos.

—Mocosa maleducada, no pienso tolerar más insolencias por tu parte —dijo el diablo—. He hecho aquello que se esperaba de mí, nada más. Me llamaste para que convirtiera tus sueños en realidad, y he hecho lo que deseabas. Me invitaste a visitar Hoadley, fui allí y me dediqué a escuchar. He hecho aquello que le oí decir a la gente de Hoadley. Lo que querían de mí... Les he dado lo que esperaban. —Chasqueó los dedos y el chasquido crujió, silbó y retumbó como un pedazo de madera verde echado al fuego—. ¿Qué te hace pensar que puedo marcharme como si no hubiese pasado nada? La gente me está utilizando.

—Eres horrible —susurró Joanie.

—¡Yo! ¿Estás ciega? Todo lo que ocurre es culpa suya, no mía.

La torre del agua se alzaba tambaleándose al borde del abismo como una inmensa araña de flacas patas y vientre abultado. Una cañería rota escondida en la negrura del precipicio creaba una fuente tan artística como la que antes adornaba el impecable césped del Salón de Pompas Fúnebres El Reposo Perfecto, pero ese césped y esa fuente habían desaparecido, junto con la mitad de aquel edificio Victoriano. La Sala Rosa y la Sala Melocotón se habían roto en dos pedazos y revelaban el pálido resplandor de sus púdicas estatuas rodeadas por la horrible confusión de las arañas de cristal hechas añicos. La Sala Azul y el sótano se desprendían de sus oscuros y relucientes féretros que parecían dirigibles, lanzándolos hacia un fondo invisible para que reventaran contra él esparciendo su contenido como si fueran bombas o huevos de Pascua hiperdesarrollados, y los fetos muertos desde hacía mucho tiempo seguían brotando del patio y los excesivamente fértiles jardines de Homer y Gladys Wildasin para acabar posándose en las entrañas de la tierra. La multitud vio caer los ataúdes, sabiendo qué tesoro de la mañana de Pascua podía haber encerrado en ellos, y el espectáculo la hizo pasar del pánico a una desesperación mucho más honda. Sólo «Gigi» parecía feliz.

—¡Soy la Muerte!

Cally la contempló, atónita, y pensó que aquella sempiterna agonizante que carecía de corazón jamás había tenido un aspecto más lleno de vitalidad.

—Soy la Muerte y os tengo a todos metidos en el bolsillo. Al final todos acabaréis viniendo a mí. —«Gigi» giró sobre su silla de montar, volviéndose hacia la Peste y le dirigió aquella sonrisita feroz que antes tanto le gustaba a Cally—. ¿No es así, Shirley?

Shirley no le respondió: estaba más pálida que la montura de la Muerte y su piel manchada por los sarcomas color pasa recordaba mucho a la del appaloosa. Era como si no la hubiese oído, como si apenas si se enterara de lo que ocurría a su alrededor; sus vidriosos e inexpresivos ojos azules contemplaban a los cadáveres que caían y caían al interior del abismo. Pero Elspeth tragó aire, hizo avanzar a «Guerrera» y acarició la empuñadura de su espada con los dedos.

—Deja en paz a Shirley —le dijo a «Gigi».

—Pero si no le he hecho nada —replicó «Gigi» sonriendo—. Todo se lo hizo ella misma.

—¡Déjala en paz!

—¿Por qué te preocupas tanto por ella? —«Gigi» curvó su labio superior; la sonrisa se convirtió en una mueca burlona—. Antes era un hombre, ¿recuerdas? Te mintió.

—Vieja bruja... —La mano de Elspeth se tensó sobre la empuñadura de la espada—. No me importa lo que sea y no me importa lo que haya hecho. Ya sabes que la quiero.

Las pupilas azules de Shirley se dilataron un poco y se volvió hacia Elspeth. Pero el feroz fruncimiento de ceño de Elspeth no la dejaba fijarse en nada que no fuese «Gigi».

—Déjala vivir. —Una manecita color té, la mano delicada de una artista, aferró la empuñadura de la espada—. Si no..., quién sabe, quizá averigüemos si también la Muerte puede morir.

«Gigi» echó hacia atrás su cabeza color gris hierro y lanzó una carcajada que casi parecía un graznido.

—¡Tortillera estúpida! Menuda Guerra estás hecha... ¡Jamás te he visto desenvainar esa espada contra nada salvo las moras!

—Te equivocas, Gladys —dijo Shirley, y no para acabar con la disputa; habló con voz cansada pero sus ojos relucían—. Cuando corro peligro...

Elsbeth alargó la mano para tocar a su amante y desenvainó la espada con un prolongado suspiro de metal rozando metal. La sonrisa de «Gigi» se hizo un poco más ancha; sus viejos ojos empezaron a brillar como si ardieran, pues el momento en que se va a morir es aquel en que se vive con más intensidad...

Y «Diablo» se encabritó bajo los muslos de la boquiabierta Cally.

Cally sintió cómo el caballo daba un salto y el salto le arrebató las riendas de entre sus flacos dedos. Intentó agarrarse a las crines y sólo entonces se dio cuenta de que tanto ella como las otras tres mujeres estaban rodeadas por una multitud; el caballo se había fijado en la multitud antes que ella. Un sinfín de manos alzadas tiraron de su ropa y de sus piernas intentando hacerla caer de la silla. La multitud quería apoderarse de los caballos. Los buenos ciudadanos de Hoadley empezaron a luchar tanto entre ellos como con las mujeres para conseguir aquellos caballos que podrían alejarles de la destrucción. Algo que quizá fuera una roca o un ladrillo golpeó a Cally en su delgado hombro, haciéndole mucho daño; agachó la cabeza y empezó a dar patadas, no a «Diablo» sino a la gente que la agarraba por las botas. «Diablo» ya estaba luchando como un auténtico caballo surgido del infierno. Volvió a encabritarse y Cally se agarró a él con las manos y las rodillas, pegando el cuerpo a su cuello. Vio cómo los cuerpos caían ante el remolino de sus cascos delanteros y vio fluir la sangre, sorprendentemente roja, y también vio un rostro vagamente familiar que gritaba algo, palidecía y se precipitaba por el abismo... ¿Wozny? ¿El presidente del concejo de Hoadley? No importaba; esto era la guerra y la sangre era todavía más brillante que las impecables uñas de Zephyr Zook. Cally vio el destello de la espada de Elspeth; Elspeth no se apartaba de Shirley y repartía mandobles entre la gente que las amenazaba como si estuviera abriéndose paso por entre la maleza. En cuanto a «Gigi», Cally no sabía qué había sido de ella y no le importaba. Ella y «Diablo» lograron liberarse de quienes les acosaban y el caballo negro se alejó al galope, escogiendo su propio camino para salir de Hoadley.

Cally era consciente de las cosas que pasaban junto a ella en veloces relámpagos de una intolerable agudeza, tan deslumbrantes como la luz que se quebraba sobre la espada de Elspeth. Un destello: el pabellón del parque con sus guirnaldas multicolores colgando todavía de los postes y el alero, alzándose como una isla entre el abismo y la devastación (aunque ese general de bronce montado a caballo que abombaba el pecho como un palomo y que había montado guardia junto a él ya se había esfumado sin usar su espada ni una sola vez); en el pabellón y a su alrededor estaban los seiscientos sesenta y seis marginados de Hoadley que llevaban la marca de Ahira, aguardándola con expresión estólida, protegidos por su convicción de que ella les salvaría. Un espacio de tiempo en el que no sintió nada, sólo el retumbar de los cascos, y una nueva visión: ese lugar que Cally recordaba de otra cabalgada incontrolable, el camposanto abandonado (no pronuncies nunca la palabra «cementerio»), allí donde las violetas blancas languidecían sobre el espesor de la hierba. «Diablo» la había llevado a la colina que dominaba Hoadley. Desde detrás de ella, más abajo, le llegaban débilmente los olores y clamores de la catástrofe transportados por las corrientes de aire que se alzaban del infierno. Podría haber mirado hacia atrás y habría visto el pueblo, o lo que aún quedaba de él, y quizá hasta hubiera podido contemplar el fondo del abismo. Pero no lo

hizo, pues sus ojos hipersensibles no podían apartarse del cementerio, horrorizados por lo que veían: las tumbas se estaban abriendo. Bajo las maltrechas losas de mármol blanco, bajo los toscos bloques de piedra sobre los que había tallados tulipanes y signos contra el mal de ojo, bajo las lápidas de granito gris en las que había incrustados retratos ovalados de los difuntos con fotos color sepia de tiempos más recientes..., la hierba se abría bajo todos aquellos sitios y las violetas parecían desmayarse mientras dos metros de tierra húmeda violada por una intrusión imposible se abrían para revelar una oscuridad tan impenetrable como los cimientos de Hoadley.

Cally se tapó los ojos para no contemplar aquella visión; «Diablo» siguió avanzando, llevándosela consigo.

Pero el caballo negro se detuvo nada más dejar atrás el cementerio y la brusquedad del gesto hizo que su jinete, ligera como una pluma, casi saliera volando por encima de su hombro; el clamor que llegaba de Hoadley contenía un rugido distinto y la pestilencia que se alzaba del abismo encerraba una nueva fetidez que le hizo quedarse paralizado. «Diablo» se inmovilizó con las patas delanteras muy tensas y las orejas temblorosas, mirando hacia delante. Cally también miró por encima de sus negras crines.

Sus ojos famélicos lo encontraban todo tan dolorosamente vivido que casi tuvo que cerrarlos para ver... Y vio. Sobre la torre del agua. La torre se había inclinado pero sus pies de metal seguían aferrados al suelo; colgaba sobre el borde del precipicio suspendida de sus largas patas de araña, con el cuerpo bulboso balanceándose en la oscuridad. Y trepando por ese cadáver de arácnido metálico, tanteando lentamente el camino que lo haría salir del precipicio y llegar al borde, hasta Hoadley, había algo tan grande como el hinchado vientre de la torre y tan negro como el abismo. Mientras lo observaba Cally tuvo la impresión de que el día se volvía oscuro, como si fueran a tener tormenta; como si algo más que el humo ocultara el sol...

—¡La bestia! ¡La bestia! ¡La bestia!—gritaron los bebés de negros rostros escondidos entre los árboles que rozaban el cuello de Cally con los largos dedos de sus hojas.

«Diablo» dejó escapar un bufido de terror, giró sobre sí mismo y volvió a lanzarse al galope subiendo por la gravilla que antes había recorrido el tranvía. Cally había conseguido agarrar las riendas pero se dejó llevar, fascinada por la forma en que su negro y tempestuoso corcel atacaba la pendiente, sintiéndose atrapada por aquella inercia del destino y el prolongado vuelo de su salto cuando «Diablo» desafió el tronco caído en el suelo. Cabalgó con su frágil cuerpo suspendido sobre la silla de montar, y sus omoplatos asomaban de su espalda desprovista de carne como si fueran dos alas que pugnaban por desplegarse.

En cuanto llegó al parque de la cima, «Diablo» fue reduciendo el ritmo de su galope y acabó deteniéndose, igual que la vez anterior, aunque no se puso a pastar. Se quedó quieto en lo que antes debía ser el puesto de golosinas, jadeando y con los ollares muy dilatados; el aire apestaba a azufre. Un instante después inclinó las orejas hacia delante, asustado y como si se dispusiera a encabritarse. Dos siluetas estaban saliendo del edificio del carrusel, rodeándose con los brazos la una a la otra. ¿Amantes? Quizá..., pero cuando se inclinó por entre las negras y tensas orejas de «Diablo» Cally se dio cuenta de que su estado anímico parecía más cercano a la desesperación que a la pasión de los enamorados. Se abrazaban para no caerse. Avanzaban con paso tambaleante. Barry Beal y... la mujer llamada Ahira.

Una lengua de llamas brotó de lo alto del carrusel con un ruido parecido al piafar de un caballo y se quedó suspendida en el aire como un estandarte etéreo. «Diablo» volvió a asustarse y trató de retroceder, pero esta vez Cally no quiso acompañarle. Bajó al suelo, medio desmontando y medio cayendo, y fue hacia Ahira sintiendo el envaramiento de sus piernas. La miró fijamente: esa cabellera que antes era un lustroso torrente de miel colgaba ahora en revueltos y flaccidos mechones alrededor de un rostro afeado por las heridas y los morados. Ahira se dejó caer al suelo con la cabeza gacha y Barry Beal se

sentó junto a ella, rodeándola con el brazo en un gesto de amor y protección...

Desde que Barry Beal conoció a Ahira, Cally no le había oído mencionar ni una sola vez el nombre de Joan Musser, y sabía que la hipótesis más razonable era suponer que había olvidado a su Joanie y se había enamorado de Ahira, igual que el resto de los inadaptados. Sí, era una hipótesis razonable, pero..., en ese momento Cally estaba aún más hambrienta de amor que de comida y poseía la capacidad de percepción agudizada propia del visionario que ha ayunado, o de quien pronto va a morir. Le bastó con mirarlos para comprender la verdad, esa verdad que no tenía nada de razonable o lógico.

—Joan —dijo, yendo hacia ella—. Joan Musser.

La mujer alzó la cabeza. Cally contempló esos ojos verdes y percibió en ellos los saltones ojos color barro y algas de la mujer a la que Hoadley había llamado «Cara de rana». Contempló aquel rostro exquisito lleno de heridas, vio el rostro retorcido y lleno de odio que había pertenecido a Joanie y asintió con la cabeza.

—Así que tú eres la bruja... —dijo Cally con voz desapasionada.

—Hola, señora Wilmore —dijo Barry Beal—. Siento no haber ido a trabajar esta mañana. Tenía que ocuparme de algunas cosas. —Su brazo apretó el flaccido cuerpo de la mujer que había junto a él y ella se apoyó en su hombro, pero ni ella ni Cally le miraron.

—Tú eres algo peor —le dijo Ahira a Cally—. Te llamas Apocalipsis y eso es lo que eres.

Cally la contempló en silencio; ¿cómo podía haberse enterado de su nombre? Joan Musser le devolvió la mirada con sus hermosos ojos rodeados de moretones.

—Sé todo cuanto sabe el diablo —le dijo.

Y las llamas ardieron con más fuerza en el tejado del carrusel. Los ojos de Cally fueron hacia allí.

—¿Va a quemar el edificio? —se quejó—. ¿Por qué? —Sintió una especie de absorta irritación, como si estuviera contemplando una obra de teatro desde el cómodo asiento de un palco: la destrucción de Hoadley le parecía un mero espectáculo, pero la destrucción de algo tan hermoso como el carrusel tenía que ser ontológicamente maligna.

Joan torció el cuerpo para contemplar el carrusel y alzó los ojos hacia las llamas.

—El cubo —murmuró—. Después..., después le tocará el turno a todo el macrocosmos, al mundo entero.

—No ha sido culpa suya, señora Wilmore —se apresuró a decir Barry Beal—. Es cosa de Satanás. Ha sido él quien le prendió fuego. Cally oyó sus palabras y las de Joan Musser sin comprenderlas del todo pero sí comprendió aquellos conceptos a los que se referían: el cubo, Satanás, el mundo entero... Supo que sus hijos no la sobrevivirían y sintió cómo su butaca de teatro volvía a caer al suelo de Hoadley, esa tierra tan dura y tozudamente real, y el golpe le hizo sentir un dolor terrible. Durante un segundo fue incapaz de moverse, como si hubiera sufrido una auténtica caída física.

—¡Mis niños! —gritó por fin. Fue hacia el carrusel.

—¡Eh! ¡Señora Wilmore! —gritó Barry Beal al verla marchar—. ¿Qué está haciendo?

Cally no le respondió. No oía nada. Estaba decidida a hablar con el diablo y ordenarle que dejara en paz a sus niños: no sabía cómo conseguirlo pero su mente ardía con una temeridad digna de «Gigi». Apretó el paso hasta convertirlo en una carrera, cruzó el maltrecho umbral del edificio y subió de un salto a la plataforma. El cubo del carrusel parecía una gigantesca vela de formas barrocas con una llama en el extremo y pequeñas serpientes de llamas anaranjadas se deslizaban perezosamente por los radios del techo como si salieran de un nido situado en el centro, y el tejado y las vigas del edificio que había sobre la estructura en forma de rueda del carrusel ya habían empezado a arder creando una telaraña de fuego. Los caballitos de madera movían la

cabeza bajo las llamas con las crines revueltas y los ojos en blanco, abriendo la boca para enseñar los dientes en un alarido silencioso, como caballos atrapados en un establo incendiado y tan inmóviles como ellos; el pánico les había dejado paralizados, prisioneros de sus postes y del lugar que ocupaban. La pintura de sus arreos, sus cuellos curvados y sus sillas de montar brillaba con todos los colores de las golosinas bajo aquella brillante claridad, pero el mundo que había sobre ellos sólo tenía dos colores: naranja y negro, negro y naranja, fuego y sombra. Cally no vio nada que se pareciera al diablo. El viejo bastardo se había ido, naturalmente... De lo contrario Barry y su amiguita no habrían andado cojeando por allí perdiendo el tiempo para hablar con ella. Qué estúpida había sido.

Aun así Cally se quedó inmóvil ante el carrusel, contemplando los destellos del fuego y recordando las luciérnagas que habían flotado sobre un carrusel imposible que giraba en la noche... Y el pabellón del parque dando vueltas y más vueltas entre el parpadeo de sus bombillas... Y todo ese gran mundo condenado a perecer que daba vueltas bajo la luz de las estrellas...

—¡Joan! —gritó de repente, y en su voz había una autoridad tan salvaje que la mujer que se hacía llamar Ahira vino a ella y entró en las sombras del carrusel, avanzando bajo ese tejado en llamas con Barry Beal pisándole los talones descalzos como un perro fiel—. ¿Qué hechizo has arrojado sobre este sitio?

Joan la miró con ojos opacos, tan terriblemente cansada que no le quedaban fuerzas para aclararle su error.

—Es el cubo... Es el centro del universo.

—¿Y del tiempo? —Había algo..., una canción, un poema o un libro llamado Carrusel del Tiempo y la mente de Cally avanzaba dando saltos como un caballo que rebasa todas las barreras para seguir subiendo cuesta arriba. Joan no respondió. Su respuesta no importaba. Los ojos de Cally ardían con una febril intensidad en su flaca cabeza; se volvió hacia Barry—. ¿Puedes hacer que vaya hacia atrás?

—¿Qué? —Barry no podía seguir un razonamiento que daba tales saltos de lógica. Cally no tenía tiempo que perder y no le trató con su paciencia de antes.

—¡Barry, tenemos que hacer que el carrusel vaya hacia atrás! ¡Venga, muévete!

—Oh —jadeó Joan y aquellos grandes ojos rodeados por las sombras de un rostro que seguía siendo hermoso volvieron a cobrar vida. Lo había entendido—. ¡Barry, quiere que hagamos retroceder el tiempo! Lo suficiente para que nada de todo esto haya ocurrido...

—¡Al infierno con eso! Sólo quiero recuperar a mis hijos. —Cally sintió cómo empezaba a temblarle la voz y trató de controlarse—. ¡Barry, muévete! —Maldito retrasado... Siempre había sabido entendérselas con los coches y la maquinaria, ¿qué le pasaba ahora?

El blanco del ojo incrustado en la mancha de su cara ardía con el brillo del miedo y el resplandor de las llamas hacía que despidiera reflejos terribles. Apenas si podía hablar pero consiguió decirle lo que quería en un rápido tartamudeo.

—¡Se-señora Wilmore, esta co-cosa ya no tiene motor! Y aunque lo tuviera, los engranajes... —Se calló, asustado. Cally no sabía que ella era el horror al que Barry se estaba enfrentando, que todos los músculos de su rostro se movían en una continua serie de sacudidas, enrojecidos por la luz del fuego y brillando a causa de las lágrimas, como si ya no tuviera piel alguna con que cubrirlos.

—Pues entonces habrá que empujarlo —le dijo, y apoyó su frágil hombro en la robusta espalda de madera del caballito más cercano, un bayo. Clavó los pies unos centímetros más allá de la plataforma y tensó todos los músculos de su enflaquecido cuerpo..., ah, casi había conseguido quedarse sin nada a lo que llamar cuerpo. Trató de mover el gran peso inerte del carrusel.

—¡Espere un momento! —Barry fue corriendo hacia el caballito que había detrás de

Cally y empezó a empujar. No tenía más remedio que hacerlo: era eso o quedarse quieto viendo cómo Cally acababa partiéndose en dos pedazos. Un segundo después Ahira pegó el hombro al siguiente caballito y le imitó.

El carrusel llevaba mucho tiempo sin moverse..., desde 1955, de hecho. Ser despertado tan bruscamente de su largo sueño no le resultó nada agradable. Cally empujó y empujó hasta llegar mucho más allá de lo que debería haber sido el límite de sus fuerzas; Ahira se esforzó hasta que sus heridas empezaron a picarle por la sal del sudor, y no por la de las lágrimas. Barry Beal empezó a jadear y a soltar maldiciones. De repente irguió el cuerpo, gritó «¡Cabrón!» y le lanzó una patada a la plataforma.

La plataforma empezó a girar con un gemido y un chirrido de algo parecido a la irritación. Giraba muy, muy despacio pero giraba. Barry dijo «¡Hijo de puta!» con voz sorprendida y volvió a empujar el blanco hombro del caballito adornado con unos esplendorosos arreos, aquel en cuyas bridas había la placa de metal donde estaba escrito el número «666». Un poco más deprisa... Los ponis pintados empezaron a moverse por el tiempo con la cola por delante. Cally emitió un sonido ronco y gutural que pretendía ser un grito de alegría pero hasta sus mismos oídos pensaron que se parecía más a un jadeo agónico. El fuego se había ido extendiendo por el techo y las llamas desprendían cada vez más calor. Las ascuas caían sobre ellos y una aterrizó sobre el flaco brazo de Cally. Oyó el ruido que hacía al quemar su carne y se la quitó de encima, pero no sintió ningún dolor.

Pero un segundo después algo vivo le tocó el hombro y Cally dejó escapar un chillido de sorpresa.

Dio un salto hacia atrás y el carrusel siguió moviéndose sin ella, cada vez más deprisa, cobrando velocidad, pero aun así Cally pudo ver claramente la serpiente que estaba saliendo por la boca eternamente abierta del caballito. Era tan gruesa como la lengua de un caballo y tenía la cabeza roma, con forma de falo, el vientre de color naranja y la espalda negra: los ojos también eran de color naranja. La cabeza de la serpiente pasó junto a la cabeza de Cally y sus ojos se encontraron con los de ella. Cally gritó.

Una serpiente estaba saliendo de cada boca de madera. Cally cogió a Barry por el brazo cuando éste pasó trotando junto a él y le apartó del caballito blanco que estaba empujando. Barry se quedó inmóvil, perplejo, y vio la gruesa serpiente que asomaba por entre los dientes del animal hecho con madera tallada, llegándole hasta las rodillas, y el caballito estaba cambiando ante sus mismos ojos para convertirse en algo que ya no era blanco y no tenía nada de caballito de carrusel...

Negro y naranja, naranja y negro... Era una cigarra tan alta como Cally, con sus alas translúcidas agitándose y crujiendo..., pero tenía la cola de un escorpión. Y su rostro humano, terriblemente vivo, se inclinó hacia ella con el movimiento de la criatura: un rostro cubierto de arrugas, de ojos fríos y altivos que brillaban bajo una corona de oro. ¡Era el rostro de «Gigi»! Y, aun así, también era el rostro de un rey de la antigüedad, y la serpiente seguía asomando de su boca.

—¡Oh, Jesús! —gritó Barry, recuperándose por fin de su asombro—. ¡Joanie!

Joanie había pasado junto a ellos dos con la cabeza gacha, empujando su caballito: éste seguía siendo un caballo aunque echaba fuego por los ojos y un humo amarillo por los ollares, tenía una serpiente asomándole de la boca y su rabo se había convertido en un manojo de serpientes que se debatían, irritadas, estrellándose contra sus patas traseras. El bayo de Cally se había convertido en un dragón rojo. Miró hacia la plataforma y no vio ponis pintados sino una colección de bestias grotescas. Vio algo con el cuerpo de un leopardo, las patas de un oso y la cabeza de un león: la boca se abría para revelar los colmillos y la serpiente que tenía por lengua. Vio un buey con tres pares de alas. Vio un águila con centenares de ojos que le cubrían el cuerpo como las marcas de la viruela. Vio un ángel negro sentado con expresión impasible allí donde antes había estado una carroza. Vio un caballo con armadura lanzado al galope: la placa metálica que le

protegía el pecho estaba cubierta de llamas. Y por encima de todo aquello..., el fuego, el fuego avivado por el giro del carrusel hasta el punto de que ahora alzaba mil cabezas coronadas por crines color naranja y rugía como un león.

—¡Joanie! —gritó Barry, y la voz se le quebró como si fuera un adolescente, convirtiendo el grito en un chillido estridente.

Joanie por fin se había dado cuenta de lo que ocurría pero ya era demasiado tarde. Alzó la cabeza justo cuando la cigarra con el inflexible rostro de un tirano bajaba del carrusel. La criatura alargó sus negros antebrazos terminados en garras por encima del caballito; el animal se encabritó y empezó a relinchar, dominado por el pánico, y Joan intentó detenerse, soltar el caballito y alejarse de allí..., pero la cigarra movió las alas con un seco chasquido y se apoderó de ella. Flexionó sus dos pares de patas traseras, retrocediendo, y se la llevó consigo a la plataforma del carrusel, haciéndola pasar por entre la confusión de serpientes que se debatían. Joanie gritó. Barry Beal corrió hacia ella, gritando; sus gritos, el estrépito de sus pasos..., hasta el rugir del fuego que ardía sobre sus cabezas quedó ahogado por los gritos de Joanie.

Cally vio cómo la cigarra dejaba caer su víctima al suelo del tiovivo, como si fuera algo indigno de ser comido. El carrusel siguió girando y se llevó consigo el cuerpo de Joanie, ocultándolo tras la columna de llamas alrededor de la que giraba..., ahora estaba girando más deprisa de lo que Barry podía correr, y el grito de Joan se convirtió en un gimoteo que acabó esfumándose.

—¡No! Oh, no. No...

Joanie volvió a aparecer por detrás del cubo en llamas. Se agarraba a uno de los postes que había en la parte exterior de la plataforma, junto a los nerviosos cascos del caballo con ojos de fuego y cola venenosa, la cabeza inclinada de tal forma que su largo cabello casi rozaba el suelo, ocultándole el rostro... Al principio Cally no comprendió qué había ocurrido. Sólo se daba cuenta de una cosa: el vestido de Joan se había vuelto color rojo sangre. Y entonces oyó la risa de la cigarra, una carcajada que hacía pensar en el chirriar nocturno de los insectos y que brotaba de aquellos flacos labios que formaban su boca humana.

—Bienvenida, Ramera de Babilonia —dijo el rey de la muerte con la misma voz chirriante, contemplando la silueta que yacía junto a sus pies bajo las llamas anaranjadas.

Joan alzó la cabeza como alguien que está ahogándose en un mar de fuego.

—¡Basta! —gritó—. ¡Deten todo esto! —Cally vio su rostro iluminado por un destello tan penetrante como la punta de una espada, vio cómo había cambiado y sintió como si no pudiera respirar; le pareció que iba a desmayarse y tuvo la impresión de que las llamas que había sobre su cabeza se habían apoderado de todo el aire.

—¿Dónde están tus bebés, Ramera de Babilonia? —le preguntó burlescamente el rey.

—Por favor... —Joan perdió el conocimiento y el carrusel volvió a llevársela, retrocediendo hacia la nada.

Las ascuas cayeron sobre ella, hiriéndola con una picadura peor que la de la traición. Cally no las sintió y no movió ni un músculo, y vio que Barry estaba inmóvil junto a ella, igual de estupefacto. No fueron ellos quienes le pusieron fin al girar invertido del carrusel, sino el fuego que había sobre sus cabezas. El techo empezó a desplomarse con un diluvio de ascuas y un estrépito digno de cien bestias salvajes, y la primera viga atravesó la plataforma deteniéndola tan inexorablemente como la barra metálica que servía de freno en las vagonetas de la mina.

CAPÍTULO QUINCE

Cuando Elspeth hizo girar por primera vez su espada, el impacto del acero al abrirse paso

por entre la carne y el hueso reverberó subiendo por su brazo de piel morena e hizo temblar su carne. Una persona, un hombre con las orejas peladas por el sol y una cabeza que estaba quedándose calva..., un hombre estaba muriendo por obra suya; ¿cómo era posible? ¿Cómo era posible que cualquiera de las cosas que había visto ese día estuvieran ocurriendo? Todo parecía increíble e irreal, como un sueño carente de lógica, tan extraño y confuso como cierta noche en que un carrusel... Sólo había una cosa real: Shirley. Y Hoadley estaba intentando destruir aquella gran verdad dorada, la turba la golpeaba y tiraba de ella para hacerla caer al suelo y Elspeth dio mandobles con su espada, una y otra vez, abriéndose un camino que la llevara junto a esa corpulenta mujer rubia, allí donde ella, Matamoras y su montura podrían acabar con la gente que estaba atacando...

A su amada.

Elspeth volvió a levantar su espada aunque ya no era necesario. La multitud que rodeaba a Shirley quería un caballo, una forma de escapar, no enfrentarse a una espada; estaban lo bastante desesperados como para correr el riesgo que suponía la muerte lenta del SIDA, pero no querían una muerte rápida allí mismo. Empezaron a retroceder apenas vieron aquel largo acero cubierto de sangre. Pero en ese instante Elspeth ya no era una mariposa que flotaba en una pesadilla. Su espada se hizo tangible en su mano y sintió la dureza del hueso y la fuerza del músculo llegándole hasta su alma impertérrita, y les odió, odió a todos aquellos que le habían hecho algún daño a Shirley o que habían despreciado a Peter Wertz. Se había convertido en algo más que Elspeth y había un nombre más adecuado que ése para ella: era la Guerra, y mataría, les mataría a todos... «Guerrera» captó su estado de ánimo, lanzó un bufido y se encabritó, con las crines y la cola flotando al viento. La montura y la mujer de la espada se lanzaron hacia delante y las personas que unos instantes antes formaban una turba se pegaron las unas a las otras, chillando y tratando de escapar a la espada de la Guerra.

—¡Eh! —gritó Shirley, contemplándola boquiabierta—. ¡Elspeth! —Aquella mujer tranquila y jovial de músculos robustecidos por las labores de la granja casi había estado dispuesta a dejarse maltratar por la turba y, en todo caso, los malos tratos no la habían irritado lo suficiente como para responder a ellos matando. Había estado manteniendo a raya a sus atacantes de una forma casi distraída y cuando la Guerra cayó sobre la multitud sus ojos estaban viendo cómo «Diablo» se llevaba a Cally—. ¡Elspeth!

Su generala estaba llamándole y debía ser obedecida. La Guerra lanzó un suspiro y le dio la espalda a la escena de la carnicería cuando sólo había podido acabar con tres enemigos. Trotó elegantemente hacia la mujer que la esperaba montada en su gran animal gris, manteniendo la goteante espada con la punta hacia el suelo.

—Vamos —dijo Shirley—, salgamos de aquí. ¿Dónde está «Gigi»?

La generala no era su generala, después de todo, sino su capitana y su camarada de armas y «Gigi» era la traidora que la había llamado tortillera. La Guerra no sabía dónde estaba y su paradero no le importaba en lo más mínimo.

—«Gigi» puede irse al infierno —dijo.

—Probablemente lo hará —admitió Shirley—. Vamos. Por aquí. —Hizo avanzar a su montura y la Guerra se puso junto a ella, haciendo algún gesto amenazador cada vez que los habitantes del pueblo no se apartaban de su camino con la celeridad suficiente. Shirley la vigilaba por el rabillo del ojo—. No —protestó en un momento dado al ver alzarse la espada de la Guerra y sintió un cierto alivio al ver que la palabra surtía efecto.

Rodearon el pabellón, aún intacto, y se abrieron paso por entre la apretada multitud de inadaptados que había a su alrededor. La Guerra les lanzó una rápida mirada y consideró que no ofrecían ninguna amenaza. Estaba claro que eran refugiados. Pero al otro lado del abismo volvía a haber enemigos que gritaban y huían de algo..., pero no de su espada, para decepción de la Guerra. ¡Esos idiotas venían hacia ella! Alzó su arma lanzando un gruñido de irritación y aguardó el ataque de la multitud. ¡El ataque...! ¿A qué esperaba su capitana? ¿Por qué no le daba la orden? Pero cuando habló, la voz de Shirley había

perdido la confianza en sí misma y el volumen acostumbrados.

—Oh, Dios mío.

La Guerra siguió la dirección de su mirada, miró y vio: la bestia estaba asomando por el borde del precipicio.

Era de color negro, pero no con la lustrosa negrura de un caballo negro o el ala de un cuervo, sino con el negro polvoriento del carbón, un negro asfixiante y sucio propio de la enfermedad pulmonar, y era inmensa: Shirley pensó que parecía una especie de tumor enfermizo como aquel que en una ocasión amputó del pecho de su yegua gris; un melanoma, sí, pero uno tan grande como el siempre creciente montón de abono que había detrás de su establo; un monstruoso cáncer palpitante que venía hacia ella moviéndose sobre patas que parecían hilachas de sangre ennegrecida, y el número de patas era realmente excesivo, y la rapidez con que se movían no parecía propia de una criatura tan horrible y de tan tosco aspecto... La Guerra vio algo que se parecía a un inmenso hongo semiputrefacto y cubierto de arrugas, algo vivo y lamentablemente real que venía hacia ella y parecía crecer ante sus mismos ojos.

Ni tan siquiera la Guerra quería atacar a semejante criatura. La Guerra se estremeció y volvió a convertirse en Elspeth, y la espada colgó flaccidamente de su mano temblorosa. La bestia..., su negrura era la de la acuarela seca que se ha vuelto rancia, un color pervertido, un color preparado por una mano incompetente que había salido mal, el horror de una artista. Verla bastaba para helarle el corazón.

—Es hora de correr —dijo Shirley—. ¡Vamos! —«Dama sombría» se lanzó al galope incluso antes de que hubiera terminado de hablar. Las dos yeguas estaban agotadas pero la primera vaharada de la fetidez emitida por la bestia que llegó a sus ollares bastó para que enloquecieran de miedo. Galoparon al máximo de su velocidad subiendo por la colina del cementerio y dejando atrás Hoadley: «Guerrera» logró mantenerse muy cerca de la yegua pura sangre, más corpulenta y resistente que ella. Shirley intentó guiar a su montura para que esquivara a la gente con que se encontraban, pero no había forma de controlar a los animales. La yegua gris derribó a una mujer y un niño; «Guerrera», que la seguía casi rozándole los flancos, saltó sobre el niño pero pisoteó a la mujer con los cascos y Elspeth gimió y dejó caer al suelo la espada manchada de sangre.

—Elspeth, ¿te encuentras bien?

Shirley miró hacia atrás y vio cómo el rostro de Elspeth se volvía color ceniza bajo el bronceado color té de la piel. La pendiente había dejado tan agotada a la yegua de Shirley que ahora ya podía intentar controlarla de nuevo. Tiró de las riendas con una mano, se inclinó a un lado y agarró el bocado de «Guerrera» por la tira lateral con la otra mano, queriendo detener a las dos yeguas. Las yeguas giraron con ella, moviendo la cabeza y tratando de separarse la una de la otra, y en ese instante de terror Shirley se dio cuenta de que ya no era tan fuerte como el día anterior. Lanzó una maldición; fue dejando un reguero de imprecaciones tras la ruta seguida por aquellos dos animales ignorantes, gordos, maleducados como mulas y con cerebros tan pequeños como guisantes, y creyó morir más de una vez antes de que las dos yeguas acabaran deteniéndose sobre la hierba de la pradera que dominaba el viejo cementerio de Hoadley.

Las cigarras escondidas en los arbolillos que había bajo ella gemían y entonaban su lúgubre canción, y en ella ahora ya no había tanto abandono como la feroz satisfacción de quienes van a ver cumplidos sus deseos: «El fin..., el fin...». Tres bebés insecto negro y naranja volaron hasta el hombro de Shirley con un zumbido de alas. Shirley bajó los ojos hacia ellos, se estremeció y dejó que se quedaran allí donde se habían posado. Que bajaran por su camisa y que se acurrucaran entre sus pechos manchados por la enfermedad, si tal era su deseo y si es que eso podía servirles de consuelo. No pensaba negarle nada a nadie. Las tumbas abiertas y vacías bostezaban en un mudo rictus ante los cascos de su montura, como si pudieran contar una historia que Shirley no estaba dispuesta a oír. La muerte... ¿Cómo sería? Deseó que las yeguas se hubieran detenido en cualquier sitio

menos aquí y un instante después luchó por olvidar esa idea y el horror que invadía su mente. Elspeth parecía estar enferma.

La mujer que había sido la Guerra se aferraba a las crines de «Guerrera» y apenas la yegua se quedó quieta Elspeth se inclinó por encima de su hombro y vomitó. Su estómago no estaba lo bastante lleno para permitirle el copioso vómito que necesitaba. Elspeth jadeó y tensó el cuerpo, intentando librarse de lo que la atormentaba.

—¡Eh! —Shirley se inclinó sobre la grupa de «Dama sombría» y dio unas preocupadas palmaditas en la espalda de su amiga—. ¿Te encuentras bien?

Elspeth se fue tranquilizando, jadeando y escupiendo con el cuerpo apoyado en el cuello de su yegua para recuperarse, y Shirley dejó que se tomara todo el tiempo necesario. Desde donde estaba podía ver el abismo que parecía una gran mina a cielo abierto, y a la bestia que seguía rondando junto a él como si buscara algo que comer. Mirarla hizo que Shirley recordara el terror y sintiera cómo un escalofrío le trepaba por la columna vertebral y acababa alojándose en su pecho, pero desde esa distancia la bestia parecía un insecto oscuro y desprovisto de todo rasgo distintivo entregado a una ciega búsqueda de alimento. La habían dejado muy atrás.

Elspeth se irguió poco a poco y con bastantes dificultades, frotándose la boca con la mano. No miró a Shirley, sino hacia Hoadley o lo poco que aún quedaba de él.

—Quería matarles a todos —dijo en voz baja y tensa—. Quería hacerles pedazos.

—¿En serio? —le preguntó Shirley con ternura.

—No hagas bromas con eso.

—¿Quién está bromeando? Si no quieres hablar de eso no tienes por qué hacerlo.

—¡Tengo que hacerlo! He matado a varias personas. Les odio.—Elspeth se volvió hacia Shirley con los ojos entrecerrados y los párpados tensos—. Sigo odiándoles. Les odio a todos. Ellos..., la gente de Hoadley dice que todo el pueblo es una gran familia y que todos son amigos, pero Cally tenía razón, sólo te aprecian mientras hagas lo que quieren, digas lo que quieren y pienses lo que quieren. Quieren ser dueños de tu alma. —Las palabras brotaban de ella, de Elspeth la despectiva, la que siempre sabía controlarse, y cuando decía «tu alma» se refería a la de Shirley; era Shirley quien había sufrido por culpa de Hoadley, no ella. Shirley era la que había vuelto para vivir como una forastera en su propio pueblo natal, y en cuanto a cómo era posible que alguien con un corazón tan grande hubiera podido nacer en un sitio de mentes tan mezquinas..., bueno, eso estaba más allá de toda comprensión. Y era Shirley quien estaba sentada sobre su yegua con el rostro muy pálido, con los sarcomas cubriendo su cuerpo a cada momento que pasaba, sonriéndole débilmente con un triste afecto.

—Sí, son así —admitió Shirley.

Las pupilas de Elspeth se dilataron convirtiéndose en dos lagos sombríos clavados en ella.

—Pero tú, Shirl... —Una pausa para tragar saliva—. Tú... Tú siempre me has querido sin importar lo que hiciera o cómo fuese.

—¡Claro! —Shirley parpadeó; de lo contrario, ¿cómo podría amar a Elspeth? ¿Cómo podría amar a nadie? Era la única forma de amar que existía. Dios, pensar que Elspeth tenía que decir algo tan absurdo, como si todo aquello fuese nuevo para ella... La manaza de Shirley fue hacia ella de forma casi involuntaria, porque la pequeña belleza morena parecía una cierva asustada.

Sus manos se unieron salvando la distancia que había entre sus monturas y sus vidas. Cada mano apretó a la otra, la delgada mano morena de la artista casi perdida en la de Shirley, mucho más grande y demasiado pálida...

—Claro —repitió Shirley—. ¿Qué tiene de raro eso?

—He estado pensando que lo mínimo que puedo hacer es devolverte el favor.

—Diablos, Elspeth... —Shirley no estaba acostumbrada a hablar de esas cosas y no podía encontrar las palabras para decirle que el amor no exigía la devolución de aquellos

favores. El amor no pedía ni exigía nada. Aunque Elspeth ya debía saberlo, ¿no?

Quizá no. Pero la pequeña boba que se paseaba con una espada sí sabía otra cosa.

—¡Déjame decirlo! —Elspeth alzó su exquisita cabeza—. Que tú nacieras hombre... Eso no debería tener ninguna importancia. Y el que no me lo contaras todo tampoco debería tenerla. Tú eres tú, la persona que eres... La persona que me dio un hogar. —Alzó sus manos en un saludo, el gesto de una guerrera reconociendo la hermandad—. Eso es lo único que importa. No pienso dejar que ninguna otra cosa tenga importancia.

Shirley era una mujer de emociones profundas y no necesitaba expresarlas de una forma teatral. Sus dedos apretaron la mano de Elspeth y asintió con la cabeza, pero respondió al juramento con una advertencia fruto del sentido común.

—Pero tengo el SIDA y eso sí importa.

Elspeth la miró a los ojos.

—No. No importa.

—¡Y un cuerno que no!

—Shirl, todas moriremos muy pronto.

Era algo que debía ser aceptado como el amor o como el odio..., o como Hoadley. Shirley volvió a asentir con la cabeza. Las dos mujeres bajaron los ojos hacia el pueblo, cogidas de la mano, y Shirley dejó escapar un jadeo ahogado.

—¡Hija de puta! ¡Fíjate en esa bestia!

La criatura hecha de sombras y polvo de carbón se había desplazado hasta el otro lado del abismo, acercándose a ellas lo suficiente para que pudieran ver el movimiento de lo que parecían ser sus zarcillos, antenas o tentáculos... Estaba buscando algo, sí, pero no buscaba comida: se movía como si intentara encontrar el rastro de un olor. La observaron, con los ojos casi saliéndoseles de las órbitas, y vieron cómo erguía la parte anterior de su cuerpo informe en lo que podría haber sido exultación y emitía un alarido terrible que recordaba el ladrido de un sabueso. Después bajó sus..., sus sensores, o como se les pudiera llamar, se acercó un poco más a ellas y empezó a subir rápidamente por la colina, acercándose más y más.

—¡Cristo, está siguiendo nuestro rastro! —exclamó Elspeth.

—¡No quiero morir tan pronto! —Shirley desenredó su mano de entre los dedos de Elspeth con un apresuramiento nada romántico y cogió las riendas—. ¡Vamos! —Espolearon a sus monturas para que se lanzaran al galope colina arriba.

Aún no habían perdido de vista el cementerio cuando la mente de Shirley dejó de estar nublada por el pánico y comprendió lo que ocurría. La bestia no las estaba siguiendo a ellas. Estaba siguiendo a Cally. Sí, tenía que ser eso. Y había que advertir a Cally. Pero no le dijo nada a Elspeth. Shirley siempre había sido muy pragmática; conocía las limitaciones de la naturaleza humana. No quería que Elspeth se viera sometida a pruebas que quizá pudieran ser excesivas para ella.

Se dedicó a buscar las huellas dejadas por los cascos de «Diablo», claramente visibles en la gravilla y todavía más visibles allí donde había saltado el árbol caído que obstruía el trayecto seguido por las vías del tranvía. Cally había seguido ese camino.

Y entonces Shirley vio las llamas alzándose en la distancia.

—¡Elspeth! ¡Espera!

Ya empezaba a haber menos árboles y se encontraban en lo que no era un auténtico claro y estaba convirtiéndose en un joven bosque: allí había estado el parque del tranvía, con pequeños edificios medio en ruinas a su alrededor y un edificio más grande que estaba siendo consumido por el fuego a no mucha distancia. Las yeguas se encabitaron, asustadas no sólo por la visión y el olor de las llamas, sino por las serpientes, un gran número de ellas que huían de aquel infierno situado en lo alto de la colina, moviéndose tan velozmente como los rayos negros emitidos por un sol que agoniza. Y también había gente saliendo del edificio, tres personas que se arrastraron

bajo los escombros de una pared como si fueran serpientes y acabaron poniéndose en pie para avanzar con paso tambaleante. Shirley reconoció a Cally...

Sus músculos, cada vez más débiles, dejaron de esforzarse por seguir montados en aquella yegua aterrorizada. De todas formas, ¿qué importaba? Nada de todo aquello importaba. Dejó que la yegua la arrojara al suelo. Elspeth gritó y Shirley oyó el grito a través del torrente de aire que pasó zumbando alrededor de sus oídos, y un instante después la joven ya estaba inclinándose sobre ella. Elspeth había desmontado de un salto dejando que la yegua color sangre se marchara al galope.

—¡Shirl! ¿Estás bien?

Shirley yacía sobre su espalda, contemplando las copas de los árboles y el preocupado rostro de Elspeth.

—Claro. Me he tumbado a descansar un rato, nada más. ¿Por qué no iba a estar bien? —Dejando aparte un pequeño detalle sin importancia llamado SIDA... Pero eso no lo dijo.

La sangre se agolpó en las mejillas de Elspeth y le lanzó una feroz mirada de enfado.

—¡Arriba! —dijo secamente—. Idiota..., ¡levántate antes de que te muerda una serpiente! —Tiró del brazo de Shirley con una considerable brusquedad y la mujer rubia se puso en pie sintiendo cómo la pálida piel de su rostro se curvaba en una sonrisa; al menos Elspeth había vuelto a la normalidad...

Cally tosió y parpadeó con los ojos irritados por el humo, intentando ver... ¿Y Barry? ¿Había logrado salir de allí, había logrado sacar a Joan? No es que importara, claro. Pero importaba.

Allí estaban, cerca de ella, y Joan Musser tosía de forma tan ruidosa como ella y las lágrimas brotaban de sus ojos saltones bajando por su deformado rostro de fenómeno circense, ese rostro grotescamente familiar... Y Barry estaba diciendo «Joanie, Joanie», la rodeaba con sus brazos y besaba sus torcidas mejillas y sus ojos llorosos, haciéndole apoyar la cabeza en su hombro. «Joanie, no puedo creerlo... Me alegro tanto de que hayas vuelto. Joanie, te quiero», y Joanie Musser se agarraba a él como si en todo el mundo no quedara ningún otro objeto sólido.

Cally vio llegar a las mujeres por entre la calina teñida por el color de las llamas: vio dos siluetas, una oscura y otra dorada, Elspeth y Shirley, y vio cómo Shirley salía volando por los aires durante un instante, igual que un ángel, y cómo acababa cayendo al suelo. La yegua gris y la yegua color sangre se alejaron al galope sólo Dios sabía hacia dónde y «Diablo» alzó despectivamente su negra cabeza de la hierba que estaba mordisqueando para verlas pasar: las serpientes naranja y negro que se arrastraban por entre sus cascos no le hicieron mover ni un músculo.

Joan Musser también volvió sus ojos desbordantes de lágrimas hacia el ruido de pezuñas y cuando Elspeth la hizo ponerse en pie Shirley la miró.

—¡Vaya! —exclamó—. Es ella, Cara-no-sé-qué... La Musser, ¿verdad?

Joan ocultó la cara en cuestión pegándola al hombro de Barry y él la meció en sus brazos, hablándole en susurros y besando los revueltos mechones color paja sucia de su cabellera.

Cally fue tambaleándose hacia Shirley y empezó a hablar a toda velocidad, como si le debiera una explicación.

—Estaba segura de que conocía la respuesta —dijo—. Estaba tan segura... Creía que el carrusel era la clave. Lo hicimos girar hacia atrás para invertir el curso del tiempo pero no funcionó. —Miró por encima de su hombro hacia las ruinas llameantes que había a su espalda y acabó volviéndose hacia la grotesca pareja de jóvenes que se abrazaba bajo su luz—. Bueno, la verdad es que sí funcionó pero no de la forma que yo esperaba. Y entonces pensé: qué idiota soy. Ese carrusel que había alrededor de tu casa, Shirley..., giraba hacia atrás. Los caballitos estaban al revés. Y cuando Ahira hizo girar el pabellón

también se movía en sentido opuesto al normal. ¿Comprendes a qué me refiero? Hacer que el carrusel girara hacia atrás sólo sirvió para crear monstruos.

A Shirley no le importaba nada de cuanto estaba diciendo.

—Cally...

—Si pudiera hacerlo girar hacia delante... —La voz de Cally se fue perdiendo en el silencio como una nube deshilaclándose en el cielo. Se quedó muy quieta y en su inmovilidad había algo casi trascendente. Sus grandes ojos no veían el rostro de Shirley sino que estaban clavados en algo que se encontraba... más allá—. Todo se paró —susurró Cally—. Como Hoadley. Toda la diversión y las aventuras, todo el proceso de crecer y marcharse de casa y seguir adelante, y ellos lo detuvieron y lo encerraron en la oscuridad. Si pudiéramos...

—¡Cállate, por el amor de Dios! —dijo secamente Elspeth—. Hoadley se ha convertido en ruinas, igual que tu carrusel. El problema actual es...

—Cally... —la interrumpió Shirley—. Mark viene hacia aquí.

La cabeza de Elspeth giró en un gesto parecido al de una gata acechando su presa y la miró fijamente. Ésa no era la forma en que iba a expresar la dificultad a la que se enfrentaban. Para ella el problema se reducía a escapar de allí. Los caballos se habían largado, maldita sea, y la bestia...

—Ha estado buscándote —añadió Shirley.

—Ya veo —dijo Cally, y la expresión de su flaco y absorto rostro y su forma de volverse hacia el bosque por el que aparecería su esposo les hizo comprender que realmente lo veía todo, aun teniendo los ojos medio cegados por el humo.

—Cally, ¿vas a usar tu caballo? —le preguntó Elspeth—. Porque si no vas a usarlo...

—No. —Con voz muy tranquila—. No voy a usarlo.

—Vamos, Shirl. —Elspeth cogió a Shirley de la mano y tiró de ella hacia el caballo negro, ese medio de transporte con cuatro patas lo bastante grande y fuerte para llevarlas a las dos.

Un rugido hueco y el sonido de la madera haciéndose pedazos, allí donde el tronco caído obstruía el camino, no demasiado lejos de ellas. Al oír ese sonido «Diablo» alzó la cabeza, lanzó un bufido de terror y partió al galope colina arriba. Su único medio de transporte había desaparecido.

Shirley y Elspeth se quedaron inmóviles donde estaban en cuanto el destructor negro apareció ante sus ojos: la bestia entró en el parque del tranvía. Pero Cally fue hacia ella para recibirla.

La bestia..., era dos veces tan alta como Cally y su inmenso cuerpo estaba cubierto por un vello tan negro como la fibra del carbón, y en el vello, aferrándose a él, había centenares de cigarras con rostro humano que no paraban de gemir, quizá seiscientas sesenta y seis cigarras..., mas para los ojos de Cally las cigarras eran horrores viejos y ya conocidos que no significaban nada comparados con aquellas otras cosas vivientes, las protuberancias, las..., no sabía qué nombre darles. Había cuernos y miembros terminados en garras, había cabezas de serpiente, ranas, lagartos o pájaros con apariencia de reptiles que no paraban de moverse, había antenas o quizá fueran agujones que recordaban los bigotes de un bagre... Sí, era la misma abundancia de tantas cosas mezcladas e inclasificables lo que convertía a la bestia en una auténtica monstruosidad. Y, pese a ello, la bestia era muy parecida al piojo que había visto bajo el microscopio de la escuela elemental. Una cosa muy grande con un número excesivo de patas y antenas... Un piojo, pensó. Supongo que le llamé piojo, o lo pensé en más de una ocasión.

—Mark —dijo.

Mark fue hacia ella. No tenía ojos humanos que pudiera contemplar ni rostro humano que pudiera estudiar; no podía saber cuáles eran sus intenciones hacia ella. Pero, aun así, conocía muy bien una parte de sus emociones y sentimientos.

—Tienes hambre —le dijo.

Mark alzó la parte anterior de su cuerpo —lo que, evidentemente, era su cabeza—, y dejó escapar una especie de mugido: el vello color tizne y hollín se abrió para revelar su boca, unas fauces rojizas tan grandes como una tumba. Cally contempló esa abertura y asintió.

—Yo sé lo que es el hambre —le dijo—. Siempre estoy hambrienta. Antes solía comer, pero por mucho que comiera en mi interior siempre había algo que gritaba pidiendo más y más, como un bebé que llora pidiendo la luna... Algo insaciable. Hasta que sentí deseos de matar ese algo. Por eso dejé de comer.

El mugido se convirtió en un rugido. La bestia saltó hacia delante. Shirley emitió un grito carente de palabras, Elspeth chilló y Cally soltó una especie de graznido, más como una pura reacción al gesto que por culpa del miedo: antes de que tuviera tiempo para el terror la bestia ya estaba sobre ella y el impacto la dejó sin aliento, haciendo que su garganta soltara un jadeo parecido al chirrido de un oboe. La bestia la hizo retroceder, tambaleándose, y una pequeña fracción de su mente se dio cuenta de que no olía mal, no, no olía nada mal..., de hecho, olía igual que un fumador de pipa vestido con un traje de mezclilla. Y un instante después se dio cuenta de que la bestia no le había hecho daño. O, mejor dicho, de que no estaba haciéndole daño... Sus patas delanteras la empujaron hacia el carrusel en llamas y acabaron haciéndola caer al suelo, pero no había sacado las garras para herir y destrozar. Cally se quedó inmóvil entre aquellas grandes patas terminadas en garras, sin aliento, incapaz de hacer ni un solo gesto: estaba demasiado cerca del fuego y de aquel suave vello color hollín que cubría ese inmenso vientre, pero la bestia no usó su gran peso para aplastarla contra el suelo. Se había quedado inmóvil sobre ella, vacilando, como la torre del agua balanceándose sobre sus patas de araña al borde del infierno...

—Mark... —Intentó hablarle—. Mark. Tenía hambre, sí, pero no sólo de comida. Mi hambre..., te deseaba. Tenía hambre... de amor.

—Estúpida sentimentaloides —dijo una voz amarga que salió de las llamas—. ¡No le hables así!

El sonido de esas palabras hizo que Cally se moviera. Se arrastró bajo el vientre de la bestia y logró ponerse en pie. Conocía esa voz, o creía conocerla... Se quedó quieta, inmóvil entre la bestia y el carrusel en llamas, tan cerca de las dos cosas que el calor del fuego la hizo retroceder hasta quedar casi pegada al seno de la bestia, como si buscara consuelo en él. Pero sus ojos asustados no se apartaban del fuego y la criatura que acababa de hablar salió de entre las llamas que no podían hacerle ningún daño: el gran devorador, la langosta, la cigarra con cola de escorpión y la cabeza del Príncipe de la Oscuridad..., y el rostro de la Muerte, el rostro de «Gigi». La cosa avanzó sobre sus horribles patas negras, duras como el hueso, y se colocó junto a Cally como si fuera una vieja amiga y camarada de armas, y Cally no pudo retroceder para esquivar aquella desagradable intimidación, pues tenía la bestia a su espalda.

—Basta de gilipolleces —se quejó «Gigi»..., si es que aquello era «Gigi»—. Dile lo que realmente piensas de él.

Cally meneó la cabeza.

—No son gilipolleces —dijo—. No es más que la verdad. Le quiero. Quiero recuperarle. He olvidado por qué nos peleamos.

—¡Pues procura recordarlo! ¿Has olvidado cómo son los hombres? Son unos tiranos: todo lo que quieren y lo que intentan es dominarnos. ¡Date la vuelta, mira! Ahí hay uno, justo detrás nuestro. Ya puedes ver lo que es.

Cally no se movió. Sus ojos permanecieron clavados en la criatura con el rostro de «Gigi» que le hablaba.

—Puedo ver lo que tú eres —le dijo.

La criatura del carrusel lanzó un silbido; sus ojos color naranja se encendieron con un

resplandor tan intenso como las llamas de las que había surgido.

—Yo tengo casi toda la culpa de que Mark se haya vuelto así —dijo Cally—. Tú, en cambio..., te has creado a ti misma.

—¡Apocalipsis! —La voz de la Muerte se volvió todavía más terrible—. ¡Obedece a tu destino! —Y al escuchar esas palabras la bestia abrió su inmensa boca y ladró o mugió con un sonido temible y melancólico. Cally se estremeció, sintiendo el viento cálido de aquel aullido en su espalda.

—¿Destino? —replicó—. Te refieres a que he de hacer lo que tú quieras. Quieres que te obedezca, eso es todo. Los destinos no existen. —Sus ojos se iluminaron con el brillo de quien contempla una visión—. Sólo hay decisiones y sueños.

—¡Estúpida! —La cigarra avanzó haciendo crujir sus patas acorazadas.

—¡Sí, soy una estúpida! —La ira hizo que las palabras de Cally parecieran chisporrotear y en ellas había el calor del fuego anaranjado y la dureza del hueso negro. El rey-insecto que la amenazaba se quedó tan sorprendido que dio un paso hacia atrás y Cally siguió hablando—. Soy una idiota: me he pasado demasiado tiempo escuchándote. Tu camino es el camino del odio, la desesperación y la muerte y yo lo he seguido. ¡Mírame! —Bajó los ojos por primera vez; se observó a sí misma, extendiendo sus manos parecidas a garras en un gesto lleno de repugnancia—. Soy un esqueleto. Me he dejado convertir en algo casi tan horrible como tú.

—¿Cómo osas hablarme de esta forma?

Siguió gritándole pero Cally no la escuchó. Le dio la espalda a la Muerte.

Oyó el siseo de rabia y el repiqueteo de la cola de escorpión alzándose para atacar, pero no miró a su enemiga. Clavó los ojos en la bestia, tan cercana e inmensa que se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás para verla, o para ver todo lo que podía abarcar de ella. Y también vio otras cosas: más allá de la bestia había una pareja de jóvenes unida en un tenso y asustado abrazo..., Barry y Joan. Y al otro lado, una segunda pareja de amantes cogidas de la mano, igual de asustada, mirándola fijamente..., Elspeth y Shirley. Vio muchas cosas: los bebés famélicos que había en el vello de la bestia, la sombra de un pájaro, el lento girar del cielo. Pero no tenía ni idea de qué sentía la bestia.

—He escogido el camino de la vida —le dijo en voz baja y suave—. He renunciado a mi hambre. Comeré. Quiero darme un banquete con la vida.

—¡Apocalipsis! —La voz llena de amargura era como el escupitajo del fuego.

Cally la ignoró, hablándole sólo a la bestia.

—Ahora lo sé. Lo he visto. Sólo hay una forma de encontrar consuelo y amor, y es sembrarlo. Tienes que dar para recibir.

—¡Apocalipsis! —El aliento de la Muerte le quemó el hombro y sintió el jadear de su pasión en el cuello—. Yo también puedo dar. Te doy una última oportunidad...

—Vete al infierno —le ordenó Cally.

Algo o alguien aulló. La bestia lanzó un trompeteo y se alzó ante ella.

—Te quiero, Mark —le dijo Cally con ternura a la bestia un instante antes de que ésta saltara hacia delante.

«Gigi» seguía luchando con la turba cuando vio cómo Elspeth y Shirley se alejaban y reaccionó lanzando un chillido de irritación; ¡la espada de la Guerra no había derramado sangre para defenderla! No les importaba lo que pudiera ocurrirle. A nadie le importaba. Hasta la Guerra, el Hambre y la Peste odiaban a la Muerte.

Las cuatro mujeres se habían dispersado; estaba sola. (La idea le hizo sentir más rabia que dolor.) O, mejor dicho, la habían dejado atrás, abandonada, luchando contra cincuenta personas para conservar su montura..., y estaba a punto de perderla. Sintió cómo alguien tiraba de ella, desequilibrándola, y cayó; gritó..., algunos de los que oyeron ese grito creyeron captar el miedo, pero era un grito de furia. Aterrizó en el suelo,

indignada, y cien manos cayeron sobre «Aceite de serpiente». Pero no estaban acostumbrados a manejar caballos. No sabían cómo dominar a un caballo asustado. Aquellas manos que se debatían importunándole hicieron que el castrado enloqueciera. Cuando «Gigi» logró ponerse en pie, maldiciendo, diez personas yacían inmóviles en el suelo y «Aceite de serpiente» era una mancha clara que se esfumaba al galope entre el humo, perseguida por un grupito de hombres que se movían con lo que, por contraste, parecía una penosa lentitud.

—¡Capullos! —gritó «Gigi» con vehemencia—. ¡Le habéis asustado! —Sus gritos no tuvieron ningún efecto, tal y como se había imaginado, pero los hombres no tardarían en cansarse y abandonarían la persecución. Y quizá «Aceite de serpiente» también acabara cansándose y se detuviera a pastar pasado un rato; habían tenido un día agotador. «Gigi» partió en busca de su caballo sin lanzarle ni una sola mirada a los cuerpos pisoteados que yacían en el suelo.

Una hora después la Muerte estaba llorando.

Seguía el rastro dejado por «Aceite de serpiente» hasta la vieja fábrica textil: el caballo parecía haberse esfumado en el bosque que había detrás. Podía morir de hambre antes de que le encontrara, quizá se le enganchara la rienda en una rama y acabara estrangulándose a sí mismo... Aquel día el apocalipsis se cernía en el aire de una forma tan palpable como el humo y «Gigi» tragó saliva, lloró y se preocupó como si fuera la madre de un niño perdido. En ese mismo instante Shirley y Elspeth estaban en el parque del tranvía viendo cómo sus monturas huían al galope, más preocupadas por Cally, Joan Musser y Mark que por las yeguas. Y cuando Cally vio que «Diablo» lanzaba un bufido y partía hacia el crepúsculo unos instantes después aceptó su desertión y ni tan siquiera se permitió un encogimiento de hombros. «Diablo» no le debía afecto, lealtad o amor; el amor era algo reservado a las personas. Pero «Gigi» había perdido a «Aceite de serpiente» y para ella eso era como si aquel hijo de perra pomposo llamado Dios hubiera alargado la mano desde su caballo del cielo para llevarse lo único que le importaba.

Además, cuando te habías acostumbrado a montar ir a pie resultaba muy humillante. Esa turba de patanes de Hoadley había logrado humillarla, y lo sabían; probablemente ahora estarían riéndose de ella... Y sus nuevas botas de montar que tan elegantes resultaban sobre la grupa de un caballo eran una tortura a cada paso que daba. Tenía ampollas en los talones y el rígido cuero negro le había dejado las corvas en carne viva.

Aun así, dobló la esquina de la fábrica abandonada —ese edificio de ladrillos amarillos, tan amarillos como el cielo de Hoadley—, llorando y cojeando, y lo que vio hizo que dejara de llorar. Las cosas se habían puesto tan mal que llorar ya no servía de nada.

El appaloosa yacía entre los matojos y la pared de ladrillos, con la silla y las bridas puestas, tumbado de lado con el cuello estirado y una mancha de sangre en los ollares. Muerto.

Y Homer estaba junto a él, con un rifle en las manos.

—Siempre quise matar a ese caballo —le dijo.

«Gigi» le lanzó una mirada asesina. Sus fosas nasales —casi tan grises como su cabello color acero, ya fuera por lo que veía o por su larga enfermedad—, se contraían y se dilataban siguiendo el lento y dificultoso ritmo de su respiración. El cañón del rifle apuntaba hacia su pecho como el ojo de un diablo, tan cerca que casi habría podido tocarlo con la mano, tan cerca que no tenía más remedio que mirarlo. Tan negro... Aquel agujero poseía una negrura tan intensa que parecía a punto de estallar hacia dentro. Como un carbón muerto. Como su alma.

—No estaba en casa —se burló Homer—. Qué gran decepción, ¿verdad?

«Gigi» sabía que el caballo no era lo único que deseaba matar desde hacía mucho tiempo: también quería matarla a ella. El pecho le dolía como si alguien le hubiera arrancado el corazón con un cuchillo... Pero la idea de suplicarle ni tan siquiera se le

pasó por la cabeza. Irguió el cuerpo, sin prestarle atención al dolor.

—Bestia —le dijo—. Tirano. Monstruo.

Homer sonrió.

—Aja —dijo, y apretó el gatillo.

La bestia saltó.

La bestia surgida del abismo lanzó un rugido que hizo temblar la cima de la colina y las últimas llamas agonizantes del carrusel y atacó, surcando el vacío para terminar con quien la había irritado. Cally cayó casi encima de las llamas. Un grito flotó por el aire alzándose junto con el humo..., pero no era el grito de Cally. Al menos, no al principio.

Cally empezó a gritar unos segundos después.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Soy un maldito cobarde. Quizá si no hubiera estado tan asustado habría comprendido lo que estaba ocurriendo, lo habría entendido como lo entendió todo el mundo y quizá podría haber ayudado en algo, y puede que nada de todo aquello hubiera sucedido.

Joanie lo había entendido. Vio saltar a la bestia y gritó. Yo creí que gritaba por la señora Wilmore. Durante un minuto pareció como si la bestia fuera a matarla y a comérsela o algo así, y yo pensé que por eso estaba gritando, y quise correr para ayudar a la señora Wilmore, pero no podía hacerlo porque debía ocuparme de Joanie. Verán, yo había estado abrazando a Joanie todo el rato y a ella no parecía importarle, pero cuando gritó me dio un empujón como si quisiera que la soltase, y yo tuve miedo por ella, pensando que iría corriendo hacia allí y podía acabar herida, y no podía soltarla. No podía, aunque la señora Wilmore muriese... Acababa de recuperar a Joanie —a la vieja Joanie, quiero decir, la que era tan fea como yo—, y por fin había conseguido decirle que la amaba, y me parecía que si se quedaba conmigo durante un tiempo y dejaba que la amase quizás acabara viendo las cosas de otra forma. Me refiero a su vida y a todo lo demás, ¿comprenden? No podía dejar que se enfrentara a esa bestia sabiendo que no serviría de nada.

Y, de todas formas, resultó que la bestia no iba a por la señora Wilmore. Vi cómo la tiraba al suelo pero debió ser porque estaba en medio, sólo por eso. La bestia pasó por encima de ella y saltó sobre ese monstruo salido del carrusel, la cosa que parecía una cigarra con cola de escorpión, y la señora Wilmore rodó sobre sí misma alejándose del fuego y de la pelea. Acabó sentada en el suelo, mirando, y supe que no había muerto y que debía encontrarse bastante bien. Yo también me dediqué a mirar: la bestia había empezado ocupándose de esa cola de escorpión, atrapándola contra el suelo, y todas sus cabezas de serpiente y esas cosas que la cubrían mordían y bufaban como si escupieran fuego, pero aquel insecto parecía estar hecho de metal y no servían de mucho. Y la bestia tampoco podía usar esas grandes mandíbulas suyas para hacerle daño, porque el otro monstruo se las tenía sujetas con las garras negras de sus patas, y esas patas parecían tan resistentes como vigas de hierro. No sé cuál era más horrible, si la bestia o esa especie de insecto, y mi esperanza era que se mataran entre sí, y me alegré tanto al ver que estaban peleándose entre ellas y no atacándonos que me olvidé de que quizá Joanie no pensara lo mismo que yo. Y me olvidé de seguir manteniéndola bien sujeta. Y entonces ocurrió todo.

La señora Wilmore gritó. Joanie se soltó y fue corriendo hacia los monstruos que seguían peleándose, y lo que vi me dejó tan impresionado que tardé un poco en correr tras ella.

La bestia estaba cambiando ante mis ojos. Estaba volviéndose más pequeña y débil. Serpientes, garras, cuernos..., todo se esfumaba. El vello desaparecía alisándose para volverse piel. La bestia se estaba convirtiendo en un hombre, un hombre de lo más

normal, hasta era un poco más bajo que yo, y aquel otro monstruo seguía sujetándole con sus garras...

—¡Mark! —oí gritar.

Verán, hasta entonces yo no había comprendido que la bestia era el señor Wilmore y tampoco había comprendido el terrible peligro que corría atacando a la cosa que amenazaba a su mujer, pero Joanie debía haberlo sabido desde el principio. Antes había dicho que sabía cuanto sabía el diablo, ¿no? Supongo que no quería ver más desgracias, y por eso fue corriendo hacia él para ayudarlo.

—¡Mark! —gritó su esposa, llorando y tratando de levantarse para ir con él. Pero no podía. Aquella última caída parecía haberla dejado sin fuerzas y aun suponiendo que pudiera levantarse..., bueno, ¿qué podría hacer, estando tan flaca y medio muerta de hambre?

Y yo también eché a correr, más por Joanie que por el señor Wilmore. Le apreciaba mucho y había sido un buen jefe aunque no estoy seguro de si habría sido capaz de luchar contra ese monstruo sólo para protegerle, pero Joanie volaba ante mí con ese vestido rojo suyo que parecía un par de alas y corrí tan deprisa como pude, si bien tuve la impresión de que avanzaba despacio, muy despacio, y nunca podría alcanzarla o llegar allí a tiempo, y aquel aguijón venenoso estaba subiendo, podía verlo, el señor Wilmore le había puesto el pie encima pero no servía de nada, nadie podía ser tan fuerte como para inmovilizar esa cosa sólo con su pie... El aguijón era puro músculo recubierto de un caparazón muy duro, y era casi tan grande como él, y la langosta le rodeaba el cuello con sus manos negras hechas de hueso, y vi una horrible sonrisa en su vieja cara gris, y su cola fue subiendo en una curva como el brazo de un luchador, dentro de medio segundo más acabaría con él...

Y Joanie se lanzó sobre el aguijón.

Se agarró a ese aguijón duro y afilado, metiéndose la punta donde estaba el veneno por entre los pechos y lo abrazó como si fuera..., como si fuera su amante, moviéndose con él como si montara a caballo. Entonces supe que quizá hubiera salvado la vida de alguien pero había conseguido perder la suya, y que hubiera tenido ese final me volvió loco de rabia. Ni tan siquiera intenté detenerme. Me lancé sobre ese maldito rey de la muerte con su aguijón asesino y traté de hacerle pedazos con las manos desnudas. Recuerdo que le destrocé un ala como si fuera uno de esos juguetes que salen en las cajas de cereales para el desayuno. Recuerdo que estrellé mi puño en su viejo y horrible rostro, justo en uno de esos ojos odiosos. Recuerdo que le rompí uno de sus negros brazos y le di una patada en las tripas. Aparte de eso no recuerdo mucho más de lo que ocurrió hasta que me fui calmando un poco. Me quedé quieto, jadeando, y vi que las otras mujeres estaban junto a mí. Tenían en las manos ramas de árbol y habían estado usándolas como si fueran garrotes, ayudándome, y la maldita langosta asesina estaba tendida en el suelo, muerta.

Después les di las gracias. Supongo que quizá su ayuda fue lo que me permitió salir con vida de todo aquello, pero nadie podía hacer nada para ayudar a Joanie.

Estaba cubierta de sangre y trocitos de caparazón y me pareció que no podía moverse, pero aún no había muerto, porque me miró y fui hacia ella.

—Joanie —le dije—. Maldita sea, ¿por qué tuviste que hacer eso? —Nada más soltarlo supe que no debería habérselo dicho. No le quedaba mucho tiempo y no podía perderlo gritando o enfadándome con ella—. ¿Te duele? —le pregunté—. Joanie, dime que no te duele.

Sus ojos me dijeron que no le dolía. No podía hablar, y ni tan siquiera podía mover los labios. Me arrodillé junto a ella: sabía que no le dolería y quería abrazarla. Pero sus ojos me lanzaron una mirada de advertencia y un instante después comprendí por qué me miraba así. El aguijón seguía allí, junto a ella. Tenía miedo de que me envenenara.

—No lo tocaré —le dije, y Joanie dejó que la abrazara. Le sostuve la cabeza en mi

regazo y le besé la cara—. Eres muy hermosa —le dije. Supongo que nadie más la habría encontrado hermosa, sobre todo ahora que estaba cubierta de sangre, aunque a mí me lo parecía, pero cuando le dije que era hermosa no me refería sólo a su físico. Me habría gustado que no muriera pero si tenía que morir..., bueno, habría muerto de una forma muy hermosa. Habría muerto salvando a otra persona, una persona de lo más normal... ¿Acaso había alguien más normal que el señor Wilmore, que hasta era director de un salón de pompas fúnebres? Supongo que Joanie ya no odiaba a las personas normales.

La señora Wilmore estaba un poquito más lejos y abrazaba al señor Wilmore igual que yo abrazaba a Joanie. Le sostenía la cabeza en el regazo. Pensé que quizá estuviera muriéndose, y más valía que no fuera así. Si se moría, el que Joanie muriera no serviría de nada.

Joanie seguía respirando, pero muy despacio: estaba teniendo problemas para respirar, como si su pecho se negara a funcionar. El veneno estaba matándola poco a poco, ¿comprenden? Primero sus brazos y sus piernas, luego su pecho y luego acabaría con su corazón..., y después yo tendría que encargarme de cerrarle los ojos. Ella también debía saber lo que le estaba ocurriendo, porque la vi parpadear muy deprisa y movió los labios. Me di cuenta de que no podía hacer más que eso, y comprendí que deseaba decirme algo, así que pegué mi oreja a sus labios. Su voz era una especie de suspiro, tan débil que apenas si podía oírla. Aún no estoy seguro de si realmente me dijo lo que creí oír.

—Bar..., te..., quiero...

Quizá oí lo que deseaba oír y de todas formas no la creí. No estoy seguro de si realmente me dijo eso, pero aun suponiendo que lo dijera no eran más que palabras. Teniendo en cuenta tal y como estaban las cosas para ella..., bueno, quizá hubiera hecho lo mejor. Sabía que llevaba dentro demasiado dolor para amar a nadie. Me eché a llorar: no sé cuándo empecé pero vi que las lágrimas caían sobre ella, y eran lágrimas rosadas porque ese maldito insecto me había hecho un poco de daño y estaba sangrando. Miré a Joanie y ella me miró, y sus ojos siguieron mirándome incluso cuando dejó de respirar y de repente dejó de verme, aunque seguía teniendo los ojos abiertos, pero yo seguí abrazándola un rato más antes de soltarla. Después la puse bien y me encargué de cerrarle los ojos.

Hice un esfuerzo y dejé de llorar. Sus últimas palabras..., quería que dejase de llorar. Eso ya era algo: yo le importaba un poco, todo lo que alguien podía importarle. Estaba seguro de eso. Siempre pude saber lo que pensaba gracias a su voz.

Dios, ahora nunca volveré a oírla.

Claro que todo tiene su lado bueno, ¿verdad? Tal y como andaban las cosas, quizá ya no me quedara mucho más que aguantar.

—Tengo que admitir una cosa —le dijo Mark Wilmore a su esposa—. Tenías toda la razón del mundo.

Cally siguió sosteniéndole la cabeza en el regazo y le acarició la mejilla sin responder. Su mano estaba tan flaca que hacía pensar en una pajita para sorber refrescos, tan tenue que casi parecía insustancial. Miró a lo lejos, hacia el cielo suspendido sobre las copas de los árboles, ese cielo amarillo que estaba volviéndose negro con el humo de Hoadley. Todo esto: muerte y peste, hambre y guerra, fuego y tumultos y un abismo negro, la destrucción de Hoadley y el fin del mundo... Su mente y su forma de pensar habían cambiado tanto que necesitó un momento para comprender que Mark le estaba recordando cómo había empezado aquella larga discusión, y que deseaba arreglar las cosas entre ellos. Quería reconciliarse antes del final.

—No estoy tan segura —dijo por fin—. Tengo la impresión de que he sido la causante de casi todo. Esos bebés que oía eran imaginaciones mías, pero después los árboles se llenaron de bebés con cara de insecto. Decidí que los hombres eran unos monstruos y... Mark, respecto a la chica que fue violada... Tú... Ya sabes...

No lo sabía. Le lanzó una mirada de incompreensión.

—¿No lo recuerdas?

—¿La rubia que trabajaba en el drugstore? No recuerdo nada de ella. ¿Qué hice?

—Nada.

—Cal, necesito saber qué hice.

—No, no lo necesitas. Confía en mí. —Aquel hombre amable y educado que era su esposo no tendría que cargar con el peso de unos recuerdos tan horribles, y ni sus más locas esperanzas la habían preparado para un desenlace tan perfecto. Bajó la vista hacia él y le dedicó una sonrisa tan radiante como la luz del amanecer—. Y no recuerdas... —Vaciló, temiendo pronunciar la palabra «bestia» y logró encontrar un eufemismo—. ¿No recuerdas haber estado debajo del pueblo?

Mark meneó la cabeza. Tampoco recordaba haber salido del abismo; recordaba muy poco de lo ocurrido cuando era Mark la Bestia.

—Sólo recuerdo... haber vuelto. Sabiendo que te amaba.

Su amor por ella le había hecho recobrar la forma humana, o quizá fuera el amor de Cally..., tanto daba. Unió su mejilla a la de Mark y le abrazó. Se había hecho una distensión en la rodilla pero Mark se encontraba bien. Si seguía acostado sobre su regazo era tan sólo porque sentía una especie de letargía agri dulce, como ella. Pasarían juntos esas últimas horas de sus vidas y de su mundo.

—Hiciste bien mandando a los niños fuera del pueblo —dijo Mark después de que ella se hubiera erguido y encontrado su mano con las suyas. El temblor de su voz le dijo mucho más de lo que decían las palabras: Mark deseaba poder estar con los niños una última vez. Pero creía que seguirían viviendo después de que ellos hubieran muerto. Los dedos de Cally se tensaron sobre su mano pero no dijo nada. Hacerle compartir el sufrimiento de lo que estaba pensando no serviría de nada: sacarles de Hoadley había sido inútil. El fin del mundo daría con ellos poco después de que hubiera logrado encontrar a Mark y a Cally. No podía salvarles durante mucho tiempo.

El carrusel ya casi no ardía. Barry Beal seguía inmóvil sobre el cadáver de Joan Musser, encorvado como un oso. Nadie había intentado hablar con él. Alguien se movió por entre los árboles, ladera abajo: Shirley y Elspeth subían por el sendero del tranvía abrazadas la una a la otra. Habían ido a echarle un vistazo a Hoadley y, quizá, a estar un rato solas.

—El abismo sigue haciéndose más grande —le informó Shirley a Cally, tratando de hablar en voz baja como si tuviera importancia el que alguien más pudiera oírles. Quizá lo hacía para no molestar a Barry—. El pueblo casi ha desaparecido, y hemos visto una bestia que andaba dando vueltas por allí.

Mark parpadeó y se irguió con un leve fruncimiento de ceño, como si la nueva bestia representara una especie de competencia desleal.

—¿Otra bestia?

—Tiene sentido —dijo Cally. Hoadley había sido un pueblo donde las mujeres estaban amargadas y los hombres lucían su ego en la manga del traje; con tales habitantes el suministro de bestias estaba más que asegurado. La nueva bestia se encargaría de llevar al otro lado de las montañas aquello que había empezado en Hoadley, el cubo del universo. Quizá fuera «Gigi». Quizá matara a Owen y Tammy, tal y como había matado a otros muchos niños...

El cielo estaba oscureciéndose y las sombras se volvían todavía más oscuras de lo que habían sido antes a causa del humo. Otros quizá hubieran pensado que aquello era el crepúsculo de un día muy, muy largo, pero Cally sabía que no era otro crepúsculo como los demás. Era el comienzo de la noche definitiva.

La única luz procedía del carrusel y sus llamas habían ido disminuyendo de tamaño hasta convertirse en ascuas. Cally se volvió hacia allí para ver cuánto tardaría en oscurecer del todo...

Su mano cayó sobre el hombro de Mark.

—¡Los caballos!

Mark la miró, viendo la leve separación de sus labios, viendo lo vulnerable y fuerte que era...

—Ese caballo negro tuyo se ha ido —dijo—. Podrías haber huido de mí montada en él. Eso sí que lo recuerdo.

Cally estaba mirando algo situado más allá de Mark.

—¡No estoy hablando de esos caballos! —No lamentaba que los cuatro caballos de la Muerte, la Guerra, el Hambre y la Peste se hubieran escapado: lo único que sentía era una mezcla de impaciencia e irritación—. ¡Mira! —Señaló con la mano—. ¡Mark, allí!

Mark se dio la vuelta y vio lo que señalaba: el resplandor blanco del caballo del héroe ardiendo en la penumbra, con las crines y la cola de oro. Y había más: palominos y pintos con sillas de montar amarillas, y caballos grises con manchitas color perla y las pezuñas de plata... El asombro le dejó boquiabierto. Todo estaba sumido en la oscuridad..., todo salvo los caballos que parecían brillar y al principio no comprendió lo que significaba.

—¡El carrusel! —jadeó Cally—. ¡Mark, sigue intacto!

El edificio que lo había protegido y escondido o ensombrecido su resplandor había desaparecido entre las llamas, convirtiéndose en un montón de ascuas ennegrecidas. Hasta la estructura circular del carrusel se había esfumado; el techo y las vigas que giraban sobre él habían sido sustituidos por nubes de humo. Pero los caballos seguían brillando en el crepúsculo, intactos y libres después de haber sufrido una misteriosa transformación. Los caballos flotaban entre la negrura del humo, el anochecer y el apocalipsis, brillando como el rocío de la aurora, como criaturas aladas que acabaran de nacer surgiendo de entre las cenizas...

—Mark, si pudiéramos conseguir que se pusiera en marcha... —dijo Cally con un hilo de voz.

Las estrellas seguían iluminando el cielo en algún lugar perdido más allá del humo y las nubes.

—Cal... —se quejó Mark, boquiabierto, intentando comprender el significado de lo que estaba viendo.

—Hacia *adelante*, ¿no lo entiendes? Tiene que girar hacia adelante.

Se dio la vuelta disponiéndose a protestar, pero verla se lo impidió. La tenue luz del carrusel poseía la misma cualidad purificadora que la claridad lunar y hacía que su rostro carente de carne pareciera etéreo, como si perteneciera a un espíritu: ya no era el rostro de un esqueleto, sino el de un ángel.

Cally se levantó usando el hombro de Mark para que su pierna dislocada no tuviera que soportar ningún peso. El contacto de su mano temblorosa hizo que Mark sintiera la apremiante excitación que la invadía y se apresuró a sostenerla para impedir que cayera; Cally ya había echado a caminar con paso cojeante.

—¡Shirley! ¡Elspeth! —gritó.

Estaban acurrucadas no muy lejos de allí, abrazadas la una a la otra, sin ser conscientes de nada que no fuera su presencia pero el grito de Cally las hizo volver a la realidad. La voz de Cally poseía la misma potencia que un clarín llamando al combate.

—¡Vamos! Tenemos que poner en marcha a Hoadley.

—¿Hoadley? —Shirley la miró y parpadeó un par de veces—. Hoadley ha desaparecido.

—Todavía no. Escucha.

—¿Qué he de escuchar?

—¡En el aire! Escucha.

La queja, esos suspiros familiares ya desgastados por el tiempo que seguían y seguían con la misma cantinela de siempre... Los árboles que había a su alrededor estaban llenos de cigarras con los rostros de los bebés abortados, las almas muertas y los malos

recuerdos.

—Dos cuchillos cruzados quieren decir que habrá una disputa —lloriqueaba una.

—Sal por la misma puerta por la que entraste —dijo la voz temblorosa de otra cigarra—, o alguien morirá.

—Niña que silba y gallina ruidosa...

—¡Siempre acaban de una forma espantosa!

—Si miras el cielo acabarás volviéndote loca..., loca..., loca...

—El final —gimoteaban—, el final...

—Sí, no cabe duda de que es Hoadley —dijo Shirley con una melancólica ternura en la voz.

Cally ya estaba yendo hacia el carrusel.

—¡Vamos!

—Dios —dijo Elspeth, recobrando un poco de su tono despectivo habitual—. Si eso es Hoadley, ¿por qué *queréis* salvarlo?

—Porque si desaparece el resto del mundo no tardará en seguirle.

Todos la creyeron. Las cigarras seguían canturreando en la oscuridad.

El caballito de madera destinado a ser la montura del héroe ya no lucía un ominoso disco metálico ni tenía brida que pudiera sostenerlo, pero sus revueltas crines doradas parecían una corona. Su grupa no estaba cubierta por ninguna silla de montar, pero un manto blanco y oro digno de un rey protegía sus hombros y sus flancos, y un broche de plata lo sujetaba bajo su cuello. Cally fue cojeando hacia él. Apartó el brazo del hombro de Mark y puso la mano sobre un corvejón blanco, como pidiéndole al carrusel que se moviera, pero la retiró enseguida.

—¡Está caliente! —exclamó.

—Claro —gruñó Mark, reuniendo todo su sentido común y apretándolo con su mente como hace un niño con su manta de franela. Las ascuas brillaban alrededor de su esposa como si fueran estrellas aprisionadas en la tierra: sus pies habían removido las cenizas que las cubrían. El carrusel se había incendiado; el caballo tenía que estar muy caliente.

Aunque también debería haberse convertido en una ruina calcinada...

—No es eso —dijo Cally, y puso la mano sobre la cabeza del caballo, contemplando los ojos azules que ardían en la orgullosa blancura de su rostro—. ¿Qué pasa? —le preguntó—. Es cierto, quería salvar a mis niños. Quería volver a verles, quería tener otra oportunidad de llevar una vida distinta. Con Mark. Y necesitamos un mundo en el que vivir, y me gustaría que fuese como lo que aún queda de éste... ¿Qué tiene eso de malo?

Los límpidos y distantes ojos de cristal color zafiro no le respondieron. Un rizo de oro —oro auténtico, no un mero brochazo de pintura—, formaba una especie de división entre ellos, y los ojos parecían capaces de ver más allá de la realidad, trascendiéndola como si fueran los ojos de un dios nacido en el cielo; ¿a quién se le ocurriría ponerle ojos azules a un caballito de carrusel? El caballo blanco no tenía la boca abierta, como la mayoría de caballos de carrusel, y aquello hacía que su cabeza alargada poseyera una expresión de triste y tranquila dignidad. Cally hincó una rodilla entre las cenizas, como si se enfrentara a su Señor en el Día del Juicio Final.

—Hoadley —dijo en voz baja—. Tengo que querer salvar a Hoadley, ¿verdad? Pero, ¿cómo puedo querer eso? Lo odio. Engendró a mi familia, sí, pero es una familia en la que sólo ha habido culpas y malos tratos...

Mark había estado escuchando el llanto de las cigarras perdidas en la noche y ver cómo su esposa hablaba con un caballo de madera había conseguido ponerle un poco nervioso.

—Cal, por el amor de Dios... —gruñó y Cally volvió su flaca cabeza para mirarle. Las lágrimas brillaban en sus pómulos.

—Ya te lo dije. —Era una voz que no esperaba oír y que hablaba en un tono levemente burlón—. No tienes ni idea de lo que es pasarlo realmente mal. Y aunque lo supieras... —Elsbeth vaciló, perdiendo su desdén cuidadosamente calibrado, y cuando dio la respuesta (ella, de entre todas las personas posibles), las palabras brotaron de sus labios con la suavidad de un pájaro que remonta el vuelo en la noche—. Aunque lo supieras lo más horrible de todo es que allí sigue habiendo amor mezclado con el dolor y el daño...

Cally la oyó, aunque no miró a quien había hablado.

—Es cierto —murmuró—, quiero que me amen...

En la noche, en las laderas de la montaña, en los árboles achaparrados..., todo Hoadley dejó de llorar y se quedó callado, escuchando, esperando. Mark sintió cómo el mundo dejaba de respirar, cómo su mente se quedaba en blanco y el corazón andaba con los pies descalzos en la desolación de su pecho. Los ojos de vidrio que brillaban sobre la cabeza de Cally se encendieron con la firme llama azul de una vela que arde allí donde ningún viento puede hacerla temblar. Más allá de las nubes, en alguna parte, ¿se habría detenido el solitario girar de las estrellas?

—Tengo que amarles —dijo Cally—. Quiero amarles..., les amaré. Soy Apocalipsis y les perdono y gozaré con sus vidas, me daré un banquete con ellas. Viviré, tendré hambre y comeré, y no volveré a pensar nunca más en si me aman o no.

Y el caballo blanco se encabritó en un gesto triunfal, haciendo que el manto se alzara sobre sus hombros como un gran par de alas.

Cally cogió la mano de Mark y se puso en pie, y en algún lugar las estrellas empezaron a tejer un dosel de luces para el carrusel. Cally dio un paso hacia atrás.

—No os preocupéis —le dijo a Shirley y Elspeth cuando vio que se disponían a ayudarla—. No hace falta que lo toquemos. Girará.

Mark puso los ojos en blanco y Elspeth parecía perpleja, pero Shirley asintió como si lo hubiera entendido todo.

—Claro —declaró—. En cuanto has conseguido sentir eso todo encaja en su sitio.

Y unas vocecitas suaves como la niebla que venían de todos los montos de la noche empezaron a cantar:

—Mira a los caballitos, mira qué bonitos, vuelta y vuelta, arriba y abajo, hola y adiós, hola y adiós...

La rueda de caballos resplandecientes empezó a moverse lentamente en la noche mecida por la canción de cuna. Los arbustos vibraron con las notas del gran vals circular del tiempo y los bebés insecto se prepararon para conciliar el sueño, y Barry Beal, que seguía inclinado sobre el cuerpo de Joan Musser, dejó escapar un suspiro que brotó de lo más hondo de su alma y alzó los ojos hacia el cielo.

Las nubes se movían como si las impulsara un viento muy fuerte, aunque no hacía viento. Las estrellas empezaban a brillar en los claros del cielo.

El carrusel estaba girando cada vez más deprisa. Barry Beal lo miró como si lo viera por primera vez y sus ojos se iluminaron con la ingenua alegría de un niño al contemplar los palominos color rayo de sol, los caballos grises con manchas de luna y el caballo blanco como la luz de una estrella que dirigía su danza, con la corona de sus crines doradas flotando al viento... Barry se puso en pie y fue hacia Mark con una muda curiosidad en el rostro. Mark se encargó de hablar por los dos.

—¿Qué lo hace girar? —preguntó.

—La esperanza —dijo Cally.

Creía que no volvería a ver otro amanecer pero llegó y lo vi, y nunca he visto un cielo semejante, como si estuviera hecho con vidrieras y tuviese todos los colores de las mariposas. No había dormido. Volví junto a Joanie y los demás se marcharon durante un rato pero volvieron y se quedaron a mi lado, así que todos lo vimos, y aquel extraño tióvivo

seguía girando y girando a mi espalda.

Ese amanecer ocurrieron un par de cosas bastante raras. La señora rubia y fuerte, la que tenía la piel toda pálida y llena de manchas, estaba cerca de mí y cuando la luz del amanecer cayó sobre su piel todas las manchas desaparecieron en un minuto, dejándola tan lisa y suave como la piel de un bebé. La señora rubia se echó a llorar y la señora Wilmore vino a ver qué le pasaba, y me di cuenta de que cuando esa luz la tocó la señora Wilmore engordó un poquito aunque aún no había comido nada.

Entonces miré a Joanie, conteniendo el aliento, con la esperanza de que... Pero no ocurrió nada. Joanie estaba bien muerta y habría tenido un aspecto bastante feo aun suponiendo que su piel no estuviera del mismo color que la pintura vieja de un porche, y ése era el color que tenía. Cuando la luz del amanecer cayó sobre ella Joanie tendría que haber parecido hecha de oro y rosas pero no fue así. Parecía un gran morado. Deseé tener algo para cubrirla.

Y no quería cubrirla con cualquier cosa. Era Joanie, y si viviera habríamos sido..., habríamos hecho...

El señor Wilmore y las otras mujeres vinieron hacia mí y empezaron a decirme cosas amables intentando consolarme pero yo no les escuché. No quería ir a ningún sitio, no quería comer, ni hacer nada ni ver a nadie. No había nada ni nadie que me importara un cuerno, salvo Joanie. Apoyé la cabeza en las rodillas y traté de pensar en qué haría ahora que Joanie estaba muerta. Y entonces tuve una idea. Supe dónde había algo lo bastante bueno para cubrir a Joanie.

Me puse en pie, miré hacia allí y vi que iría perfectamente: era todo blanco y oro mezclados como si alguien los hubiera batido, igual que la crema, con un reborde de flores blancas y un gran ribete dorado, y por la forma en que le hacía pliegues sobre los hombros y la espalda comprendí que era suave y cálido, como el manto hecho para un rey.

—Eh, caballo blanco —le dije—. Eh, ¿puedes bajar aquí un momento?

—¡Barry, no! —me gritó la señora Wilmore. Luego me dijo que tenía miedo de que volviera a detener Hoadley y el señor Wilmore quiso saber qué pretendía con eso, pero yo no les hice ningún caso. Lo único que quería era un lienzo para cubrir el cadáver de Joanie, y el caballo blanco saltó del carrusel y vino hacia mí trotando como si bailara.

—Quiero esta manta tuya para Joanie —le dije.

Y el caballo arqueó su cuello como la luna recién nacida, y le vi inclinar la cabeza para decir que sí. Él sabía lo que quería, ¿comprenden? Abrí el broche, le quité la manta y volvió al carrusel. Soltó un relincho muy fuerte, como si le alegrara haberse librado de la manta y el relincho hizo que ese amanecer pareciera el repicar de una gran campana amarilla.

La manta era tal y como yo pensaba, suave y tan agradable al tacto como si fuera de seda, y supe que iba a quedar estupendamente. En cuanto la puse sobre Joanie me sentí un poco mejor empecé a dejarla bien bonita y no me importó que los demás siguieran de pie a mi alrededor contemplándome.

—Barry —me dijo el señor Wilmore—, ¿no crees que antes deberíamos llevar la difunta al salón?

A Hoadley, quería decir. A lo que quedaba del pueblo... Eso hizo que alzara los ojos hacia él.

—No —dije—. Creo que le habría gustado más estar aquí arriba. —No sé si Joanie tenía algún hogar pero me imaginaba que, de tenerlo, debía ser este carrusel, y no quería que nadie del pueblo la mirara.

—¿Pertenece a alguna iglesia?

—No. —Sabía en qué estaba pensando—. No, no la pondrá en ningún cementerio. A ella tampoco le habría gustado eso.

—¿Dónde, entonces?

Seguí haciéndole pliegues a la manta: me estaban saliendo muy bonitos. Me gustaba

la forma en que las flores blancas parecían estar hechas de la misma tela. Le daban peso y consistencia.

—¿Tenía familia? —me preguntó el señor Wilmore unos instantes después.

—Su madre. Se marchó del pueblo. Su padre. —Si seguía vivo—. Probablemente estará tan borracho que no le importará mucho el que haya muerto. —Bastó con que pensara en el señor Musser y lo que le había hecho a Joanie para que lo viera todo rojo y me sintiera arder por dentro, y pensé: ya sé qué he de hacer cuando acabe con esto. Tengo que matar a ese cabrón. No me importaba lo que pudiera ocurrirme. Estaría sentado en ese porche suyo que parecía estar a punto de caerse, con su botella, y yo iría hacia él y se la metería por la nariz y le daría de patadas hasta reventarlo como si fuera una calabaza de Halloween... Tenía tantas ganas de matarle que me dolía todo. Apreté los puños, sentí cómo jadeaba y todo el mundo empezó a preguntarme «Barry, Barry, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?».

Y entonces pensé que lo que yo quisiera hacer no tenía importancia. Sólo había una cosa importante, y era lo que Joanie habría querido que hiciese. Quizá Joanie ya no quisiera verle muerto...

Verán, yo sabía un par de cosas sobre Joanie. Sabía que la vida le había hecho mucho daño, y sabía que antes de morir cambió de opinión sobre un montón de cosas.

No respondí a nada de lo que me estaban preguntando, sino que grité:

—Joanie, ayúdame a pensar. —Joanie estaba tendida ante mí, muerta, pero yo seguía teniendo la esperanza de que podría ayudarme—. Sólo por esta vez, deja que lo entienda bien y haga lo que debo.

—¿Que entendas bien el qué? —quiso saber el señor Wilmore.

—Mark, cállate —le dijo la señora Wilmore.

Acabaron quedándose callados y me dejaron pensar, y necesité un poco de tiempo pero me esforcé mucho y acabé dando con la solución. Pude sentirlo, igual que podía sentir cómo la manta iba quedando cada vez mejor bajo mis dedos. Alcé los ojos y lo primero que vi fue a la señora Wilmore, así que decidí explicárselo.

—Joanie les perdona a todos —le dije—. A todos. Si pudiera les habría salvado. Si viviera habría montado en ese caballo blanco.

—Tienes toda la razón —dijo la señora Wilmore y me pareció que hablaba muy en serio. Ella lo sabía, igual que el caballo blanco, y me bastó con mirarla para saber que ahora tenía una amiga. Ella comprendía a Joanie y todo lo que le había ocurrido.

El sol había subido un poco más en el cielo y sus rayos atravesaban las copas de los árboles haciendo que las hojas verdes parecieran todavía más hermosas, y el cielo era de un azul muy límpido, como el azul de los ojos del caballo blanco que seguía girando y girando en el tiovivo, y todo era..., bueno, como si todo volviera a ser nuevo. Era algo muy especial.

—Así debió ser todo en el primer lugar que giraba —dijo la señora Wilmore en voz baja, y al principio no lo comprendí pero luego recordé las palabras que Joanie había escrito y puesto en aquel espejo que había dentro del tiovivo.

—Barry —dijo el señor Wilmore, hablando igual de bajo que ella—. Quieres que sea enterrada... aquí.

Yo no quería enterrarla. Pero había que hacerlo, ya que estaba muerta, y sabía que éste era el sitio adecuado. Asentí con la cabeza. Después me quedé a solas con Joanie mientras él y las mujeres bajaban a Hoadley.

—Apuesto a que éste será el funeral más extraño de toda tu vida, Mark —dijo Cally cuando volvieron a subir la colina con las palas, sintiéndose mucho más fuerte que antes, como si hubiera recuperado parte de su antigua personalidad y ya estuviera volviendo a desempeñar su papel de siempre.

—Éste será mi último funeral —dijo Mark.

Cally aceptó aquel hecho como otro pétalo que añadir a la cada vez más exuberante flor de su felicidad, casi como algo natural y que ya daba por descontado. Hoadley estaba sumido en la confusión o había desaparecido en el abismo, por lo que tuvieron que ir hasta el establo de Shirley para encontrar unas palas (al pasar junto a ella vieron que la verja había vuelto a la normalidad pero el castillo se había derrumbado; Elspeth ya no podría encerrarse en aquella torre improvisada), y cuando entraron en la casa Cally, asombrada, descubrió que el teléfono de Shirley seguía funcionando y llamó a su madre. Los niños se encontraban bien. Todos los síntomas parecían haber desaparecido de la noche a la mañana. Tan pronto como pudieran hacer los arreglos precisos, Mark y Cally irían a recogerlos.

—Vaya —le dijo a su esposo, sonriendo—. Así que abandonas las pompas fúnebres, ¿eh?

—No pienso seguir siendo una muleta para los que se tambalean, no seguiré siendo un pilar de Hoadley y no voy a ser el hijo obediente o el esposo que-se-ocupa-de-todo. —Le sonrió con la misma sonrisa que Cally recordaba de los lejanos días estudiantiles, cuando tenía la costumbre de meterle una serpiente de tela movida por resortes en el bolso.

—Diablos... —observó Cally con gran entusiasmo—. ¿Y qué serás entonces?

—Seré una persona y estaré vivo —dijo Mark, y se volvió hacia ella, la cogió por los hombros y la besó. Aquel beso no fue ninguna formalidad sino la expresión de un impulso incontenible.

—Cuidado, pareja —dijo Shirley, sonriendo. Les había llevado la mayor parte del trayecto de vuelta en su camioneta para ayudarles a cavar la tumba—. Guardadlo para después.

—Tengo hambre —dijo Cally.

—Como siempre —se quejó la joven morena de ojos apasionados que caminaba junto a ella.

—No, Elspeth, lo que quiero decir es que realmente tengo hambre.

Mark, el prosaico, y Shirley, la pragmática, habían traído consigo una bolsa de papel en la que habían metido provisiones sacadas del refrigerador de Shirley. Mark metió la mano en la bolsa sin decir nada y le entregó a su esposa una manzana, una golden deliciosa muy grande de piel amarilla. Fueron hasta donde Barry Beal seguía arrodillado sin prestarles atención a ellos o a sus preocupaciones, colocando una capa digna de un rey en pliegues, dobleces, ondas y cuidadosas arrugas sobre el cuerpo de Joan Musser. Mientras caminaban, Cally se comió su manzana sin dejar nada, ni el corazón.

EPÍLOGO

Los medios de comunicación dijeron que era el peor hundimiento de mina conocido en toda la historia. Cuando hablaron con los supervivientes los reporteros se enfrentaron al silencio de quienes se sienten muy incómodos o a la histeria. Esta última, expresada en términos de osos ardiendo y bestias imposibles, cuatro mujeres montadas a caballo e insectos con rostros humanos, fue considerada una mera expresión de fiebre del milenio y rápidamente olvidada. De todas formas, la censura del gobierno habría impedido su publicación.

Antes de que el primer día llegara a su fin, los habitantes de Hoadley celebraron una reunión al aire libre y, por unanimidad, tomaron la decisión de reconstruir el pueblo. Cualquier otro curso de acción sería inconcebible. Sus amistades vivían en Hoadley. Hoadley era su familia. Sólo había que hacer unas cuantas reparaciones; casi todo el mundo había sobrevivido. Hubo trece muertos (sin contar a Bud Zankowski, cuyo cadáver no fue encontrado hasta meses después), y Homer Wildasin había sido detenido como

sospechoso de asesinato en cuanto se descubrieron los cadáveres de «Gigi» y su caballo. Nadie hizo muchos comentarios sobre él. Bastantes ciudadanos de lo más respetable habían presenciado el cambio; sabían quién había sido la segunda bestia (aunque ignoraban la identidad de la primera) y cuanto menos se hablara del asunto mejor..., especialmente delante de quienes no eran del pueblo.

Hacia el anochecer del primer día los muertos ya habían sido enterrados: yacían bajo la primera capa de lo que acabarían siendo muchas capas de escoria arrojada al abismo donde habían caído, que terminó convirtiéndose en su fosa común. El cuerpo de Gladys Wildasin no estaba junto con los demás. La policía se lo había llevado para que el forense le practicara la autopsia, y nadie la echó de menos.

La mayoría de habitantes de Hoadley (salvo Elspeth y Cally) no captó la fina ironía encerrada en el hecho de que los montones de escoria que siempre habían parecido arrojar su sombra sobre Hoadley, esas viejas y horribles «pilas de huesos» que absorbían el aire y a luz, acabaran convirtiéndose en un cómodo medio de curar la mayor herida del pueblo. Hoadley los utilizó para llenar el abismo, Mark y las tres jinetes que seguían con vida se unieron a los numerosos voluntarios (entre los que había muchos con extrañas cicatrices color vino en la sien) que se encargaron de ese duro trabajo, y descubrieron que la desaparición de Gerald Wozny y Zephyr Zook unida a la aturdida y/o impotente resignación de los otros miembros leí concejo hizo aparecer nuevos líderes. Pocos supervivientes eran capaces de seguir mirando por encima del hombro a nadie, pero una persona en particular acabó siendo apreciada y respetada por casi todo el mundo, y antes de que pasara un año fue elegida para desempeñar un cargo público: su nombre era Shirley Danyo.

Hoadley siempre había insistido en llevar las cosas a su manera y así se siguió haciendo, pese a las sugerencias de los funcionarios federales, los administradores de la Cruz Roja y toda una variedad de forasteros dispuestos a entrometerse en todo lo posible. Se tardó bastante tiempo, cierto, pero el abismo acabó desapareciendo bajo la escoria y se dio comienzo a las tareas de reconstrucción (entre las que estaba incluida la construcción del nuevo negocio de Mark Wilmore, financiada por el gobierno: Mobiliario para el Hogar y Decoración de Interiores). El pabellón del parque presenció la construcción de un monumento lo suficientemente ostentoso en recuerdo de las víctimas. Sobre él, naturalmente, se grabaron los nombres de los muertos:

Rev. Ronald R. Berkey
Beulah G. Coe (Sra. de Elmer Graybill Coe)
Izetta «Temblores» Enwright
Sojourner Faith Hieronymus
Gustave Delmar Litwack
Fr. Anatole Leopold
Rose Zankowski Kondas (Sra. de Ralph H. Kondas)
Osvaldo «Oruga» Pessolano, Jr.
Jessica Sue Rzeszut
Luther Wesley Wasserman
Gladys Gingrich Wildasin
Gerald Q. Wozny
Zephyr Angelica Zook (Sra. de Howard B. Zook)

Junto al ápice del obelisco, sobre la lista de nombres, había una inscripción escogida por la autoridad literaria del pueblo y nueva bibliotecaria, Cally Wilmore. Algo bonito y que no desentonaba, sacado de Donne o Shakespeare, o quizá de la Biblia. Nadie lo sabía porque nadie, salvo quizá Cally, llegó a leerlo con la atención suficiente para recordarlo.

Pero en el Parque del Tranvía, grabada sobre una placa de bronce que parecía

confundirse con el suelo, había otra inscripción recordada por aquellos ciudadanos de Hoadley que la leyeron, aunque no era leída con demasiada frecuencia, pues pocos eran los que subían hasta allí; en la cima del monte ya no quedaba nada capaz de atraer ni tan siquiera a las chicas malas y los chicos ansiosos de poner a prueba su virilidad. Los cobertizos maltratados por el tiempo y la intemperie seguían en pie, pero el edificio del carrusel ya no existía: de él sólo quedaba un montón circular de escombros entre el que emergían los negros cuerpos calcinados de unos cuantos caballitos de madera.

Barry Beal recorría el viejo trayecto de la línea casi cada día pero a nadie importaba; todo el mundo sabía que Barry Beal era medio retrasado y nadie le prestaba demasiada atención a sus actos. Cally Wilmore fue hasta allí montada en su nuevo caballo aquel blanco día de invierno en que lo trajo a casa. Aparte de esas visitas, los cazadores de ciervos iban allí una vez cada otoño, y durante la primavera alguien daba un paseo bajo la luz de la luna o los boy scouts plantaban allí sus tiendas durante el verano.

Eso hizo que se requiriese cierto tiempo. Pero en cuanto pasaron unos años empezó a correr la historia de que si alguien iba a ese sitio al amanecer, se sentaba en el suelo y se quedaba muy quieto, sin hacer ningún ruido —y si el amanecer era de una belleza excepcional—, podría oír cómo el silencio vibraba con el etéreo sonido de una música de órgano tocando al compás del tres por cuatro. Y si la persona en cuestión miraba hacia las ennegrecidas ruinas del carrusel (y si la tierra estaba cubierta de niebla, con hilachas y dobleces de vapor bajo el verdor de los árboles), quizá pudiera ver un caballo blanco de crines ondulantes que daba vueltas y vueltas sobre esas oscuras cenizas, tan blanco y etéreo como la niebla. Y había otros caballitos de carrusel, aunque costaba mucho más verlos, caballitos amarillos, marrones y pintos manchados que seguían al caballo blanco dando vueltas y vueltas y vueltas... Sentada sobre la grupa del caballo blanco había una joven vestida con un traje tan rojo como el corazón de un enamorado, una joven color leche y miel de una hermosura sublime..., pero la imagen era tan fugaz como el tiempo, pues quien la viera apenas si podía contener el aliento cuando ella y los caballos ya se habían esfumado como la niebla que se desvanece con la salida del sol.

Y si la persona parpadeaba y miraba hacia abajo quizá pudiera ver el primer rayo de sol reflejándose en la placa de bronce pulido incrustada en el suelo. ¿Qué hacía esa placa en un sitio tan improbable? ¿Y quién había pagado algo tan caro, quién la había subido por el sendero del tranvía y la había colocado allí, encargándose de podar la hierba que crecía a su alrededor? ¿Y quién había escogido esas palabras tan extrañas que había grabadas sobre ella?

Si se inclinaba un poco, el ciudadano de Hoadley podría leerlas, sintiendo en su cuello el calor del sol:

«Así debió ser tras el nacimiento de la luz
En el primer lugar que giraba, los caballos hechizados y su cálido paso
Saliendo del verde establo entre relinchos
Para recorrer los campos del deleite.»

FIN